LEXI THURMAN



LEONID

ESTABA DISPUESTO A PERDERLO TODO,
MENOS A ELLA

CAPÍTULO 1

SERENA

Llevaba soñando con mi boda desde que tenía uso de razón.

Sabía perfectamente cómo quería que fuera: que se celebraría en Turín, en la misma iglesia en la que mis padres se habían casado hacía más de veinte años atrás. Aunque el vestido lo elegiría yo, llevaría el mismo velo que mi bisabuela había escogido en su boda y que todas las mujeres de mi familia se habían ido pasando de generación en generación como un verdadero honor. Además, deseaba que fuera en primavera, porque, de alguna manera, mi boda con mi marido simbolizaría el comienzo de un amor que, al igual que las flores en esa estación, comenzaba a florecer.

Hasta había ensayado en mi habitación los pasos del baile nupcial que bailaríamos al ritmo *I will always love you de Whitney Houston.*

Había planeado cada detalle, incluso los más insignificantes.

Bueno, casi todos.

Porque, curiosamente, no había pensado demasiado en mi futuro marido. No lo había hecho porque estaba convencida de que no era algo por lo que tendría que preocuparme. Tenía la absoluta certeza de que mi padre escogería al indicado, al hombre que conseguiría que mi corazón se detuviera cada vez que nuestras miradas se cruzaran.

Quizá me había equivocado un poco en eso.

O, tal vez, no del todo, porque cuando distinguí la figura de mi prometido a unos metros de distancia de mí, mi corazón dejó de latir, pero no de la manera en la que esperaba que lo hiciera. Me paré de golpe, tan repentinamente que una pobre chica que caminaba detrás de mí casi se chocó conmigo. Quise disculparme con ella, pero no pude hacerlo porque no fui capaz de pronunciar ni una sola palabra. Me había quedado muda, paralizada.

—¡¿Qué mierdas hace él aquí?! —maldijo Renzo, dando voz a mis pensamientos de una forma mucho más vulgar y arisca de los que yo los hubiera expresado.

Ladeé mi cabeza hacia mi guardaespaldas, confundida. Tan solo fue un instante, no llegó ni a unos pocos segundos, pero cuando volví a mirar hacia delante, él estaba frente a mí.

¿Cómo podía ser tan rápido?

—Rena —me saludó con una sonrisa encantadora. Aquel diminutivo de mi nombre que yo misma le había dicho meses atrás, y que en su momento me sonó tan familiar, ahora me parecía extraño e inquietante. Quise corregirlo, pedirle que se dirigiera a mí con mi nombre completo, pero no me atreví a hacerlo—. Me alegro tanto de volver a verte. —Se acercó para darme dos besos y yo, instintivamente, retrocedí. Su sonrisa se ensanchó y me pareció ver un brillo de retorcida satisfacción en sus ojos. Él fue a dar otro paso hacia mí, pero entonces Renzo se interpuso entre ambos.

—No deberías estar aquí —espetó con tono seco.

Aunque tan solo podía ver su ancha espalda, estaba convencida de que tenía sus brazos cruzados delante de su pecho y esa expresión de pocos amigos que utilizaba cuando quería intimidar a alguien. Claro que, pensándolo bien, esa era prácticamente su expresión habitual. Mi

guardaespaldas no era conocido precisamente por su buen humor.

Esa, entre muchas otras razones, era exactamente por lo que mi padre lo había elegido para protegerme. Sin embargo, su actitud intimidante no parecía surtir efecto en mi prometido.

—¿No puedo venir a recoger a mi prometida al aeropuerto? —preguntó este, y a pesar de que la forma de formularla podía parecer casual, incluso amigable, percibí un filo de advertencia en su voz—. ¿Qué clase de prometido sería si no viniera a recibirla? Además, no te preocupes, tengo permiso para hacerlo. —Y, en esta ocasión, sí que pude detectar a la perfección el toque de burla que empleó al articular las últimas palabras.

Él rodeó a Renzo, y entonces, volvió a estar frente a mí, pero más cerca esta vez. Tanto, que podía sentir su aliento fresco acariciar la piel de mi rostro. No sabía cómo había conseguido meterse en el pequeño espacio que me separaba de mi guardaespaldas, como si quisiera demostrar que este no podía protegerme de él, que nadie podía hacerlo.

Nuevamente, retrocedí; esta vez, más de tres pasos, buscando la mayor distancia posible entre nosotros, algo que la primera vez que lo vi jamás pensé que haría con él. Nunca creí que su simple presencia me obligaría a retroceder.

Tampoco imaginé que Leonid Vasiliev sería mi prometido. Mi futuro marido.

Aún no asimilaba dirigirme a él de esa manera. Teniendo en cuenta que la última vez que lo vi, él era el prometido de mi prima Isabella, supuse que, de alguna forma, era algo normal.

No podía mentirme a mí misma, Leonid seguía luciendo tan guapo como siempre. Se había dejado crecer un poco su cabello rubio, provocando que se notara un poco más la ondulación en sus mechones. Su piel seguía perfectamente bronceada, lo que me sorprendía, ya que a pesar de que estábamos a finales de mayo, Dublín no era precisamente conocido por su buena temperatura y sus días soleados, ni por un clima cálido.

Sus ojos verdes, intensos y enmarcados por unas largas y oscuras pestañas, seguían dejándome sin aliento, como si pudieran atravesarme con su mirada. La nariz recta y bien definida le daba un aire sofisticado, mientras que su mandíbula, fuerte y afilada, realzaban la masculinidad de su rostro.

La primera vez que lo vi recordé haberme preguntado si ese chico acababa de salir de algún tipo de desfile de modelos. Parecía un actor de Hollywood, igual de irresistible que los que salían en las películas. Incluso me encontré a mí misma tratando de buscar alguna imperfección en él, pero Leonid no tenía ninguna.

Aunque las imperfecciones de Leonid no estaban en su físico, sino en su interior. Puede que su exterior fuera espectacular y magnético, pero su alma estaba podrida y era negra como el carbón.

—Toma. —Su voz me sacó de mi ensoñación, y no fue hasta que bajé la mirada que me di cuenta de que sostenía un ramo de flores en su mano derecha—. Como no sabía cuáles eran tus flores favoritas, pedí que me hicieran un ramo con una mezcla de flores variadas.

En cualquier otra situación, me hubiera derretido. Sin embargo, en esta, un escalofrío helado recorrió mi espalda y ni siquiera me fijé en las flores, porque tan solo podía contemplar sus manos y recordar que, la última vez las había mirado, habían estado cubiertas de sangre.

—No seas tímida, cógelas —insistió Leonid. Para cualquiera, su insistencia podría parecer genuina, pero yo sabía que él era perfectamente consciente de que mis dudas no tenían nada que ver con timidez. Él conocía la verdadera razón de mis reticencias hacia él, pero no le importaba en lo más mínimo. Y eso lo hacía aún más inquietante.

Estiré los brazos para tomar el ramo de flores aunque fuera lo último que deseaba hacer en

ese momento. Lo hice porque esa era mi naturaleza. No me enfrentaba a las situaciones; simplemente, las aceptaba

—Gracias —dije, evitando que mis manos tocasen las suyas. Leonid arrugó ligeramente la nariz, como si se hubiera dado cuenta y no le hubiera gustado, pero el gesto fue tan fugaz que me quedé con la duda de si realmente había ocurrido o si todo había sido producto de mi imaginación—. No hacía falta que te molestaras.

Leonid fue a responderme, pero fue interrumpido por Renzo.

—Ya nos hemos entretenido demasiado, vamos. —Sin esperar a que contestara, echó a andar con agilidad, como si no llevara en cada mano una maleta de más de treinta kilos. Aunque, ¿de qué me sorprendía? Había visto a Renzo levantar pesas mucho más pesadas en el gimnasio.

Pese a que agradecí su intervención, por un instante temí que Leonid se sintiese insultado y se enfrentase a Renzo, pero, afortunadamente, no sucedió. Tampoco se marchó, sino que caminó a mi lado y nos acompañó hasta que llegamos a la salida del aeropuerto, que, por suerte, no estaba tan llena de gente como otras veces en las que había llegado a la ciudad.

Renzo se dirigió hacia un coche negro estacionado cerca de la salida. Cuando me acerqué lo suficiente, vi a un hombre sentado en el asiento del conductor y lo reconocí como uno de los soldados de mi tío.

Iba a abrir la puerta, pero una voz tan dulce como la miel y venenosa como una serpiente me detuvo.

—Rena viene conmigo. —No era una pregunta, sino una afirmación.

Renzo se congeló y yo me giré hacia Leonid, que se había apoyado casualmente en el capó de un coche que estaba aparcado justo delante del vehículo negro de mi tío.

—¿Qué? —pregunté en un chillido de pánico del que no estaba precisamente orgullosa.

—Yo te llevo a casa de tu tío. Ellos —señaló con la cabeza a Renzo y al soldado de mi tío — pueden venir detrás de nosotros —lo dijo con una confianza que rozaba la soberbia.

—Ni de coña —espetó Renzo con un resoplido antes de que yo pudiera siquiera procesar las palabras de Leonid—. Eso no está permitido.

—Rena es mi prometida y mi palabra es ley.

—Eso debes hablarlo con su padre. Mientras él no me ordene lo contrario, no irá contigo.

—Como te he dicho, tengo permiso —repitió Leonid—. Jamás haría nada que vaya contra las normas. —Aunque lo dijo con seriedad, su tono era burlón.

Renzo entrecerró los ojos como respuesta y Leonid se encogió de hombros. Y después, ignorando completamente a Renzo, se separó del coche con la obvia intención de acercarse a mí.

Escuché cómo mi guardaespaldas farfullaba una serie de palabras ininteligibles que, seguramente, serían una decena de insultos, y soltó mis maletas para acercarse hacia Leonid. Conocía lo impulsivo que era Renzo y sabía que si lo dejaba, terminaría estampando a Leonid contra el coche. Por eso estiré mi mano y agarré su muñeca, deteniéndolo.

No quería más víctimas.

—Renzo. —Su nombre salió de mis labios a modo de súplica.

Sus ojos oscuros se suavizaron y aquel instante fue suficiente para que recapacitara y ladeara su cabeza hacia el coche de mi tío, donde se encontraba el soldado. Algo debió de decirle él con la mirada, porque Renzo sacó su móvil del bolsillo izquierdo de sus pantalones y lo desbloqueó. Miró su pantalla y comenzó a maldecir en voz baja.

—Soy un hombre de honor, nunca haría nada que deshonrase a Rena —dijo Leonid, provocando que centrara mi atención en él. Su expresión era igual de imperturbable que siempre,

pero sus ojos verdes estaban fijos en el punto que mi mano aún seguía sosteniendo la muñeca de Renzo. Por instinto, la aparté, y al instante me odié por ello, porque no estaba haciendo nada inapropiado. Entonces, ¿por qué tenía la sensación de que Leonid me estaba intentando hacer sentir lo contrario? Leonid rodeó el coche y abrió la puerta del copiloto—. ¿Subes? —me preguntó con una sonrisa, pese a que ambos sabíamos que era una pregunta envenenada.

Porque, aunque quisiera, no podía decir que no.

Entonces me pregunté quién había autorizado a Leonid que pasara tiempo a solas con él. Seguramente, mi tío. Porque mi padre no lo haría; no, él nunca me haría eso.

Miré a Renzo durante un segundo y tuve la tentación de pedirle que me acompañara, pero no lo hice. Porque conocía a mi guardaespaldas como la palma de mi mano y sabía que mi petición haría que se saltara las órdenes que había recibido y se metiera en problemas. Aunque Renzo tenía veintiún años, dos más que yo, seguía comportándose como un adolescente temperamental.

Inspiré profundamente y obligué a mis piernas a andar y a caminar hasta el asiento del copiloto. Mi cuerpo tembló ligeramente cuando pasé al lado de Leonid, que seguía sosteniendo la puerta, y juraría que lo vi sonreír. Él estaba disfrutando con aquello, disfrutando con mi incomodidad. Y aunque sabía que debía mantenerme tranquila, fingir que él no me afectaba para nada, nunca se me había dado bien aparentar. Por eso, cuando alcé la barbilla para mirar a Renzo antes de entrar en el coche, debería parecer una oveja a punto de entrar al matadero, a pesar de mis intentos porque mi guardaespaldas no se preocupase por mí.

—Nos vemos ahora, Renzo —me despedí de él.

—Cualquier cosa que necesites, llámame. —Alzó su teléfono, demostrándome que estaría pendiente de mí y eso me relajó un poco, porque Renzo siempre me protegía—. Vamos a ir detrás todo el rato —añadió cuando entré en el coche. Esa advertencia no era para mí, sino para Leonid.

—Buen viaje —le escuché decir a Leonid con un tono amargo tan evidente como el sarcasmo impregnado en sus palabras. Cerró la puerta detrás de mí y, un minuto después, entró en el coche, sentándose en el asiento del conductor.

Definitivamente, era rápido. Muy rápido.

Pensamiento que hizo que el nudo que se había comenzado a formar en mi estómago desde el instante en el que lo había visto se apretara aún más. Porque hacía que las posibilidades de escapar de él se redujeran.

Traté de desviar esa idea de mi mente mientras intentaba abrocharme el cinturón, pero mis manos temblorosas complicaron un proceso sencillo. Para cuando lo logré, Leonid ya había arrancado el coche.

—Por fin estamos solos, Rena. Como debe ser —dijo Leonid, rompiendo el silencio que se había instalado en el vehículo.

Apreté con fuerza el ramo de flores que él me había regalado contra mi regazo, como si eso pudiera protegerme. Por supuesto que él no perdería la oportunidad de atormentarme, recordándome que estaba en sus manos y que no podía escapar. Cerré los ojos, sin poder evitar recordar la última y única ocasión en la que habíamos estado solos.

Bueno, en realidad, había habido una tercera persona…

—Es Serena —solté mientras abría los ojos de nuevo. Leonid arqueó una ceja rubia interrogante y me miró de reojo mientras tenía su atención puesta en la carretera—. Serena —repetí con más fuerza—, Rena tan solo me llaman las personas cercanas a mí. —No sabía si lo

dije por un estallido o porque necesitaba distraerme de aquel día al que mi mente me estaba transportando de nuevo. Seguramente, un poco de ambas.

Aunque en cuanto esas palabras salieron de mi boca, me arrepentí. Era consciente de que enfrentarme a Leonid era un error. Yo era una persona que siempre evitaba los conflictos y nunca me enfrentaba a nadie.

Temí su reacción, pero él ni siquiera pareció inmutarse.

—Somos muy cercanos —rebatió con calma—. Soy tu prometido, vamos a casarnos —me recordó, y no pude evitar notar una pizca de burla en su voz.

—¿Por qué?

Normalmente, tampoco tendía a ser tan directa, pero esa pregunta llevaba rondando por mi mente desde hacía exactamente seis días, cuando mi padre me anunció nuestro compromiso. Seis días con sus seis noches en los que no había hecho más que darle vueltas a sus razones, pero, por más que lo hacía, no había llegado a ninguna conclusión.

No lo comprendía.

Pero si creía que Leonid iba a aliviar mi tormento de alguna manera, definitivamente mi prima Isabella tenía algo de razón y era una crédula. Porque por supuesto que él no me ofreció ninguna explicación.

—¿Por qué no? —se limitó a contestar encogiéndose de hombros.

—Papá me dijo que lo propuso tu padre.

Eso era lo único que había aliviado un poco mi tormento. Tal vez, Leonid no estaba de acuerdo. Quizá su padre tenía razones que ninguno de los dos entendíamos. Quizá él estaba tan incomodo como yo por aquello.

Leonid se detuvo frente a un paso de cebra. Escuché el sonido de una bocina, y al mirar hacia atrás, me di cuenta de que era Renzo. Me había olvidado que nos seguían de cerca y eso me hizo relajarme un poco.

—En realidad, fui yo.

—¿Tú? —repetí, sorprendida, volviendo a centrar mi atención en él.

—Sí, yo —respondió él mientras pisaba ligeramente el acelerador.

¿Por qué él querría casarse conmigo?

Mi padre no me había explicado los motivos que escondían nuestro compromiso, pero yo había asumido que se trataba de un acuerdo de negocios entre el padre de Leonid y mi tío.

Entonces, una idea asoló mi mente.

—¿Es por lo que sucedió en el aparcamiento? —pregunté, sintiendo cómo mi garganta se cerraba con tan solo mencionar aquel día—. Te prometí que no iba a contar nada.

Leonid no me contestó, él continuó conduciendo por la carretera en silencio. Apoyé mi cabeza sobre el asiento con resignación cuando me di cuenta de que no iba a obtener ninguna respuesta de su parte. Él disfrutaba torturándome. Miré por la ventana, reconociendo las calles del barrio residencial en el que acabábamos de adentrarnos.

Al pasar por la garita de control, una sensación de alivio me invadió al ver la mansión de mi tío a lo lejos. Por fin habíamos llegado.

Leonid aparcó el coche en el camino de entrada. El motor aún zumbaba cuando, con la rapidez de un mago, me desabroché el cinturón. Fui a abrir la puerta, pero antes de que pudiera hacerlo, Leonid detuvo mi mano con la suya.

A pesar de que su contacto fue suave, la aparté como si quemara. Leonid volvió a arrugar la nariz con disgusto, ese fugaz gesto que había hecho en el aeropuerto cuando evité tocarlo. Pero,

de la misma manera que antes, tan solo fue durante un instante, para volver a esa expresión imperturbable tan característica suya.

—Sé que no vas a decir nada —dijo, respondiendo a la pregunta que le había hecho minutos antes.

Aunque la arrogancia con la que se expresó provocó que la ira hirviera a través de mis venas, la aplaqué. Lo hice porque vi una oportunidad de cancelar la boda y tuve que lanzarme a por ella.

—No, no voy a hacerlo —repetí con una desesperación de la que no estaba orgullosa—. Anula el compromiso. Aún estamos a tiempo, todavía no se ha hecho público. —Eran muy pocas las personas que conocían la noticia. Al menos, en nuestros círculos—. Mi padre estará de acuerdo.

Leonid arrugó el ceño y me dio una mirada que no entendí.

—¿Cuál es el problema? Después de lo que pasó con tu prima, yo necesito una esposa para afianzar mi posición y tú necesitas un marido.

—Puedes buscar a cualquier otra mujer —propuse, tratando de razonar con él. Porque siempre había abogado por el diálogo—. Estoy convencida de que tendrás muchísimas opciones dentro de mi familia. —No estaba segura de si casarse con una mujer de la mafia italiana era la razón por la que me había elegido, pero si era así, a pesar de que yo no vivía en Dublín, las últimas veces en las que había estado de visita, Leonid era el tema principal de la mayor parte de las mujeres, estuvieran o no casadas, por lo que muchas estarían encantadas de comprometerse con él. Y también los padres de estas, ya que él ostentaba un alto cargo en la Bratva. Hasta yo sabía que era un buen partido—. Si quieres, puedo hablar con mi padre o, si lo prefieres, con mi tío.

—¿No quieres casarte? —preguntó, ignorándome—. Creía que era lo que se esperaba de todas las hijas de los altos cargos de la mafia.

La pregunta me pilló desprevenida.

Quería casarme, quería un esposo, y no solo porque fuese mi deber. De hecho, que mi padre no me hubiera encontrado un prometido a mis diecinueve años era algo que me empezaba a preocupar un poco. Pero lo que no deseaba era que fuera Leonid.

No después de lo que vi aquel día en el aparcamiento.

—Claro que quiero —contesté con indignación.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —indagó, pero ni siquiera me dio tiempo a responder, porque él solo llegó a la conclusión correcta—. No quieres casarte conmigo.

No intenté rebatir su afirmación. No tenía sentido hacerlo. Era demasiado transparente, y él ya había leído la respuesta en mi rostro.

—Por favor, Leonid —nunca me había importado suplicar, pero, por alguna razón, aborrecí suplicarle a él. Sin embargo, no me quedaba otra opción, y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que estuviese en mi mano para salir de ese compromiso—, anula el compromiso.

—No —respondió con contundencia.

Lo miré con desesperación, buscando que se compadeciera de mí. Él no necesitaba ese matrimonio conmigo. A pesar de que era hija de un alto cargo de la mafia, no comprendía mucho sobre los negocios de mi mundo; nunca me habían interesado. Pero sabía que podría encontrar otro compromiso que le aportara los mismos beneficios que el mío. Entonces, ¿por qué no lo anulaba?

Sin embargo, no conseguí nada. No encontré nada más que frialdad en sus ojos verdes.

Debería saber que Leonid Vasiliev nunca se compadecería de mí. Para eso debería tener corazón y él carecía de uno.

Los bruscos golpes de unos nudillos contra el cristal provocaron que pegara un pequeño respingo. Renzo se cruzó de brazos y le dedicó una mirada fulminante a Leonid, para después, hacerme un gesto con la cabeza, indicándome que saliera.

—Creo que es mejor que…

—Me vaya —terminó él por mí antes de que yo pudiera hacerlo—. No te preocupes, prometida —la palabra bailó en sus labios con un toque de burla. Él se estaba regocijando—, no pienso quitarte más tiempo. —Leonid se inclinó hacia mí, no sabía en qué momento se había desabrochado su cinturón. No pude evitar apretarme contra el asiento, como si de esa manera pudiera huir de él—. Nos vemos pronto. —Aquello sonó como una extraña combinación entre una promesa y una amenaza.

No fue hasta que no escuché un clic, que no me di cuenta que me había abierto la puerta. Salí tan rápido del coche que casi me choqué con Renzo.

—¿Estás bien? —me preguntó con preocupación—. ¿Te ha hecho algo?

—Perfectamente —le respondí, tratando de esbozar una sonrisa que no llegó a mis ojos—. ¿Entramos?

Renzo escudriñó mi rostro durante unos instantes y pude ver que no me creyó ni durante un solo instante, pero también me di cuenta que decidió dejarlo estar.

—Sí.

Renzo se dio la vuelta para entrar por la puerta de entrada de la casa de mi tío. Afortunadamente, parecía lo suficientemente distraído, porque cometí un último error. Justo antes de cruzar la puerta, me detuve y miré hacia el coche de Leonid.

El vehículo seguía aparcado en el mismo lugar. Ahora, Leonid sostenía el teléfono contra su oreja, aparentemente conversando con alguien, pero sus ojos permanecían fijos en mí. Lentamente, alzó su mano izquierda y llevó su dedo índice a los labios. Apenas rozó la curva de su boca antes de que sus labios se fruncieran en una sonrisa.

Me quedé petrificada. Un sudor frío recorrió mi columna vertebral.

Para cualquiera, aquel gesto podría parecer una simple señal de silencio; casual, sin importancia. Pero yo sabía que entre nosotros significaba mucho más.

Porque ese era el gesto que Leonid me había hecho aquel día en el aparcamiento del club, antes de disparar a un hombre delante de mí.

CAPÍTULO 2

LEONID

—¿Es que no hay ni un puto día en el que no me toques los cojones?

—Si te soy sincero, esperaba un recibimiento un poco mejor después de una semana sin vernos —respondí, cerrando la puerta detrás de mí—. Y además, acabas de regresar de tu luna de miel, deberías estar relajado.

Mikhail lanzó un resoplido. Él no parecía contento, pero eso no era algo sorprendente viniendo de él. Mi Pakhan siempre parecía estar cabreado; especialmente conmigo, aunque, para ser justos, yo me esforzaba bastante en lograrlo.

—¿Tenías que ir a recogerla al aeropuerto? ¿En serio? —bufó con irritación—. Me ha llamado Edoardo y está que trina. Ya sabes lo tradicionalistas que son.

Tradiciones que él se pasó por el forro de los huevos cuando follaba con Isabella a escondidas de todos.

Aunque, en realidad, a Mikhail le importaba una auténtica mierda que Edoardo estuviera molesto. Mikhail soportaba a Edoardo Carbone, el Don de la familia más importante de la mafia italiana en Dublín, tan poco como yo. Lo que a Mikhail le cabreaba era que Edoardo lo hubiera llamado, molestándolo.

Pero ahora Edoardo era su suegro y cada vez que tuviera un inconveniente, acudiría a él, así que ya podía ir acostumbrándose.

—Consideré que era oportuno ir a recoger a mi prometida al aeropuerto —respondí, encogiéndome de hombros—. Además, no sé de qué se queja tanto, hablé previamente con él y lo convencí. —Quien dice convencer, dice coaccionar, pero bueno, lo importante era que estuvo de acuerdo y me prometió que se aseguraría de que Riccardo, el padre de Serena, también lo estuviera.

Mikhail se pasó las manos por la cara con desesperación mientras maldecía en ruso. Apostaba lo que fuera a que, en esos momentos, deseaba darme un puñetazo. Y yo sabía que me lo merecía.

Era consciente de que, dos días atrás, cuando Serena llegó a Dublín, no debería haber ido a buscarla al aeropuerto, y mucho menos llevarla a casa de su tío en mi propio coche, los dos solos. Era tensar mucho la cuerda, y más teniendo en cuenta las circunstancias de nuestro compromiso. Podía parecer una provocación hacia los Carbone, pero realmente no lo era.

Desde el momento en que supe el vuelo exacto en el que llegaría, la necesidad de verla comenzó a carcomerme por dentro. No me consideraba una persona impulsiva y, mucho menos, temeraria, pero había decidido arriesgarme. No había podido resistirme.

—No tenía que haberte respaldado con el compromiso —masculló Mikhail con la mandíbula apretada—. De todas las mujeres que había en el mundo, ¿tenía que ser ella?

Me encogí de hombros.

Mikhail no me había respaldado por su buen corazón, lo había hecho porque, en el fondo, a él le interesaba hacerlo.

—Como ya sabes, después de que me quedara sin prometida —Mikhail entrecerró los ojos,

pero no apuntó nada—, mi padre exigía que encontrase otra pronto. Si no lo hubiera hecho yo, se hubiera encargado él. Además, escogiendo a Serena como mi prometida, resolvíamos ese pequeño *problemilla* que teníamos. Hemos matado dos pájaros de un tiro

—Problemilla que no tendríamos si tú hubieras hecho lo que te ordené —recalcó Mikhail con un bufido.

—Hice lo que me ordenaste. Me dijiste que me ocupara de Zeno Brambilla y eso fue lo que hice.

—No recuerdo haberte dicho que tuvieras espectadores. Y mucho menos, que fuera Serena Calissano.

—Eso fue un pequeño cabo suelto —reconocí con una mueca—. Por eso me he ocupado de que guarde silencio. Y por si en un futuro no es suficiente, convirtiéndola en mi esposa, me aseguro de que no le convenga hablar. Ya sabes cómo es nuestro mundo, no está bien visto que las mujeres hablen mal de su esposos.

Lo cierto era que tenía otras razones, unas que incluso me costaba reconocerme a mí mismo. Pero esa excusa funcionaba para Mikhail.

Él resopló.

—Tampoco recuerdo haberte ordenado que lo mataras. ¡Te dije que le dieras un escarmiento! ¡Sacaste una pistola y mataste a uno de los soldados de Edoardo a plena luz del día, en su territorio, y en un club privado lleno de italianos! Es un puto milagro que nadie te viese o escuchase el tiro.

—Evidentemente, usé un silenciador. Y además, no sé de dónde viene tanto drama. Zeno Brambilla se merecía morir.

—Fue una locura, Leonid. Eres mi segundo, mi hombre de confianza. El hombre en el que no solo yo tengo que confiar ciegamente, sino que mis soldados tienen que considerar su ejemplo a seguir. No puedes cometer ni un fallo. Y siempre debes obedecer mis órdenes al pie de la letra.

Mikhail tenía razón: esa era la función de mi cargo. Un cargo que nunca había deseado y del que siempre había querido huir. Podría haberlo hecho, pero había decidido quedarme por una buena razón.

Aun así, cumplía con mi deber y lo hacía bien.

Ni siquiera conocía a Zeno Brambilla antes de que Mikhail me diera la orden. La única explicación que me ofreció fue que Brambilla estaba indagando sobre la desaparición de Mattia Trentin, un soldado de bajo rango de Edoardo Carbone, a quien habían dado por desertor. Brambilla sospechaba que no se había marchado por voluntad propia, y Mikhail me pidió que lo asustara un poco, que lo amedrentara para que dejara de investigar.

Y esa había sido mi intención, seguir sus órdenes a pies puntillas.

—Esa escoria no se merecía vivir, Mikhail. Estaba abusando de una trabajadora del club deportivo.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que hay otro testigo más? —me preguntó Mikhail, separándose de la pared en la que estaba apoyado.

Tenía la sensación de que él se había mantenido alejado de mí, ya que su control pendía de un hilo.

—Ella no nos dará ningún problema, Mikhail —le dije con un ademán de mano que provocó que él frunciese el ceño—. Es polaca y volvió a su país después del incidente. Le di el dinero suficiente para que pudiera empezar de nuevo y seguir manteniendo a su familia.

—¿Y no has pensado que volverá a por más? ¿Que puede chantajearnos?

Mikhail cerró sus manos en puños. Apostaría todo mi dinero a que estaba deseando darme un puñetazo.

Ni siquiera me inmuté. A esas alturas, la irascibilidad de mi Pakhan no era una de mis preocupaciones.

—No lo hará, me he asegurado de ello. No tiene ninguna conexión con la mafia y ni siquiera conocía quién era Zeno Brambilla ni a qué se dedicaba, solo sabe que es rico y peligroso. Además, ella no me vio matarlo. Se marchó antes de que me encargara de él. —De hecho, ella seguía creyendo que estaba vivo.

—Déjame ver si lo entiendo —murmuró Mikhail en un tono de voz letal—. La trabajadora de un club privado, donde son miembros habituales altos cargos de la mafia italiana, estaba siendo abusada a plena luz del día por uno de los hombres de uno de los miembros. Tú apareciste como un ángel salvador y la salvaste. Y no solo eso, le diste el dinero suficiente para que regresase a su país y tuviese una buena vida allí. ¡¿Crees que es tan imbécil como para pensar que lo hiciste por la bondad de tu corazón?!

Hombre, visto así…

—Si por una casualidad regresa a chantajearnos, se llevará una sorpresa desagradable —le aseguré.

Mikhail bufó.

—Algo que podíamos haber evitado si siguieses al pie de la letra mis putas órdenes.

—Lo evitaremos, ella no regresará.

Mikhail estaba dándole demasiadas vueltas.

—¿Serena la vio? —preguntó, dando por válida mi afirmación, o probablemente, decidiendo que, de momento, era mejor no seguir discutiendo.

—No, ella debió llegar más tarde. Sé que fue arriesgado, pero tenía que hacerlo, Mikhail. No podía dejar a ese desgraciado con vida. En mi lugar, tú hubieras hecho lo mismo que yo.

Mikhail suspiró y se pasó una mano por su cabello negro. Él no lo negó, porque sabía que era verdad. Mikhail era más impulsivo que yo.

—Parece que Mattia y él compartían su afición por abusar mujeres. Quizá por eso eran tan amigos. —Arqueé una ceja y Mikhail inspiró profundamente—. Él trató de abusar de Isabella. No hizo nada porque llegué a tiempo.

Si intentó abusar de Isabella, Mattia estaba muerto. Mikhail no me lo dijo, pero yo ya me lo imaginé en el instante que me dio la orden. No tenía por qué darme explicaciones, aunque en ese momento él no lo había hecho porque se estaba acostando con mi prometida.

Evidentemente, no quería encargarse él para no despertar sospechas. Aunque Mikhail no lo sospechaba, yo por aquel entonces ya lo sabía.

—Envíame todos los datos que tengas sobre la trabajadora del club —me ordenó—. Quiero comprobar por mí mismo que no va a ser ningún problema.

Me tensé.

—Ya lo he hecho yo. Estoy rastreándola.

—Leonid —me advirtió Mikhail, a punto de perder la paciencia. Luego se congeló—. ¿Crees que voy a hacerle algo? ¿Que sería capaz de hacer daño a una mujer inocente? —preguntó, ofendido.

Durante unos instantes, no respondí. No lo hice porque esa era la principal razón por la que había decidido omitirle esa información a Mikhail. La Bratva era un lugar hostil en el que, a veces, personas inocentes terminaban siendo perjudicadas solamente por haber estado en el lugar

equivocado en el momento equivocado. No había límites con tal de salvar a la organización; porque la Bratva siempre iba por delante. Y aquella pobre joven bastante había sufrido para pagar los platos rotos.

Antes de ser su segundo, hubiera contestado que sí, pero después del año que llevaba trabajando a su lado, sabía a conciencia que jamás sería capaz de hacer algo así. Mikhail podía ser muchas cosas, pero tenía principios.

Por eso, dije con un suspiro:

—Te pasaré todo lo que tenga.

Mikhail asintió.

—Todo ha salido bien —apunté—. Edoardo cree que Brambilla también ha desertado, que Mattia y él lo planearon juntos. Y que Brambilla se quedó unos días más para disimular. Además, no parece que le importe, no los ha buscado demasiado.

Mikhail soltó una carcajada sin humor.

—Dos soldados de bajo rango que saben poco de los negocios de su familia. No considera que merezca la pena gastar tiempo, dinero y energías en buscarlos. Y ese es un gran error. Si deserta hasta el más bajo de mis soldados, no pararé hasta encontrarlo y matarlo.

No estaba mintiendo. Él lo había hecho. Pero también sabía que era una advertencia para mí. Su manera de decirme que me dio la oportunidad de irme una vez, pero que no habría una segunda.

Lo sabía, era consciente de ello cuando decidí quedarme. Era un alto precio a pagar. Uno que pagaría con gusto por lograr descubrir la verdad.

No le respondí, porque no tenía nada que decir.

Bajé la vista hacia el suelo al sentir algo rozando la suela de mi Havaiana. Un jarrón blanco, intacto, se balanceaba suavemente. Mi mirada vagó por el salón abierto de la *penthouse* de Mikhail, notando por primera vez que había cierto desorden poco usual. Un par de cojines esparcidos por el suelo, un libro abierto con las páginas arrugadas tirado sobre la alfombra, y una pequeña lámpara volcada.

No necesitaba ser muy perceptivo para darme cuenta de lo que había pasado.

—Veo que Isabella ya se ha enterado de mi compromiso.

—Quería que lo supiera por mí.

—Has esperado a decírselo justo cuando acabáis de llegar de la luna de miel.

Hacía más de dos meses que le había propuesto a Mikhail la idea de casarme con Serena Calissano, la prima de Isabella, su mujer. Hacía mes y medio que se lo comunicamos a Edoardo Carbone, y una semana más tarde a Riccardo Calissano. Y hacía ocho días que se lo habían notificado a Serena.

—No cambiaría nada haberlo hecho antes —dijo, alzando los hombros.

En realidad, sí. Su viaje de novios habría sido mucho menos divertido. Isabella era una mujer temperamental, caprichosa y malcriada, algo que a mí me resultaba bastante irritante y me ponía de los nervios, pero que, por alguna razón, había cautivado a Mikhail.

Aunque él tenía parte de razón. Por mucho que se enfadase, Isabella no podía evitar mi matrimonio con su prima.

Ni siquiera la propia Serena podía.

—Al menos, solo has tenido una perdida.

Mikhail siguió mi mirada hacia los trozos de cerámica rojizos y verdes esparcidos por el suelo, al lado de la estantería. Me fijé en una pequeña figura en forma de conejo intacta en una de

las baldas.

—Ah, esa es una escultura que nos regaló su madre como regalo de bodas —murmuró Mikhail—. Isabella es bastante selectiva a la hora de arrojar objetos cuando se enfada. La odiaba, decía que no iba con la estética del piso.

—Intuyo que la noticia no le ha alegrado mucho —comenté mientras recogía el jarrón del suelo y lo colocaba sobre la mesa auxiliar de la entrada. Alcé la mano en la que sostenía el ramo de flores que había llevado para Serena dos días atrás y lo coloqué en el jarrón.

—¿Me has traído flores? —me preguntó Mikhail con una ceja arqueada.

Sonreí.

—Es un bonito detalle para celebrar tu regreso de la luna de miel.

Mikhail resopló.

—¿A ti te parece que estoy de humor para gilipolleces?

—Se las compré a Serena.

—¿Le compraste flores? ¿En serio?

—¿Qué tiene de raro? A las chicas le gustan las flores, ¿no?

Había tenido bastantes citas y tenía la suficiente experiencia como para saber que un ramo de flores o una caja de bombones era un regalo perfecto para una primera cita. No a todas las mujeres les gustaban las flores, pero intuía que a Serena sí. Ella aceptó el ramo, pese a que era evidente que no quería hacerlo, pero luego lo dejó olvidado en el asiento del copiloto de mi coche. En realidad, se deslizó desde su regazo hasta caer sobre el cuero del asiento. Ella lo había dejado a propósito.

Como si no quisiera tener nada que le recordara a mí, como si deseara borrar cualquier huella de mi existencia en su vida. Podía entenderla, pero eso desató una frustración ardiente en una parte de mí.

Ella era mi prometida.

Tenía que buscarle un bonito anillo de compromiso que llevara en su dedo. Un anillo que la proclamase al mundo como mía. No sabía muy bien de donde surgía ese pensamiento, esa necesidad de marcarla, de asegurarme de que todos supieran que me pertenecía. No era propio de mí, y sin embargo, la idea se aferraba a mi mente con una intensidad casi obsesiva.

Desde prácticamente la primera vez que la había visto me había sentido atraído por ella, pero no de una manera física. O por lo menos, no solo por ello. Serena era una mujer preciosa, pero había algo más importante, más atrayente, que no sabía cómo definir.

—Leonid —me llamó Mikhail, sacándome de mi ensoñación—, ¿me estás escuchando? —Asentí vagamente con la cabeza, aunque realmente no había oído ni una sola de sus siguientes palabras. Mikhail bufó, pero continuó—: ¿Algo más que me tengas que contar de esta semana?

Mikhail se había mantenido al margen de los negocios durante la luna de miel a Barbados con su esposa. Algo que nos había pillado a todos por sorpresa, ya que Mikhail no era de los hombres que eludían sus responsabilidades ni durante un minuto. Pero imaginaba que Isabella le había mantenido muy ocupado.

Como su segundo, me había quedado a cargo.

Le había estado enviando informes diarios, así que ya estaba al tanto de todo, pero quería asegurarse. Mikhail podía haberse tomado unas vacaciones, pero era un Pakhan que no se aprovechaba de su posición para vivir cómodamente mientras los demás luchaban por la organización. Él peleaba en el barro y se ensuciaba las manos incluso más que cualquiera de sus hombres.

Y yo llevaba una semana prácticamente sin dormir más de cuatro de horas seguidas, pero me había dejado la piel. Porque aunque nunca lo reconocería en voz alta, mi pecho se hinchó de orgullo cuando Mikhail me comunicó la decisión de dejarme al cargo. Como su segundo, formaba parte de mis funciones hacerme cargo de sus responsabilidades cuando él se ausentaba, pero nuestra relación no había empezado de la mejor manera, y el año que llevaba en el cargo no había sido fácil. Había estado seguro que se lo encargaría a alguno de los altos cargos de la organización que se ocupaban de los negocios en Rusia.

Sin embargo, había confiado en mí.

—No, todo en orden —respondí.

Mikhail asintió.

—¿Cuándo llega el vuelo de tu padre? Me gustaría hablar con él de negocios antes de esta noche.

—Podrás hacerlo. Ahora mismo está volando hacia aquí.

Mikhail me hizo un gesto con la mano. Ya había terminado, por lo que podía irme. Mikhail no era de los que se despedía con educación como haría cualquiera.

—Pasa un buen día. —Porque él fuese un maleducado, no tenía que serlo yo—. Dile a Isabella que las flores las has comprado tú para ella. Quizá eso le quite el enfado.

Sin esperar su respuesta, me di la vuelta y caminé hasta la puerta de entrada. Justo cuando estaba a punto de girar el pomo, él me llamó de nuevo.

—Leonid —giré mi cabeza para mirarlo—, compórtate esta noche. No quiero más putas gilipolleces —me advirtió—. Compórtate adecuadamente.

—Lo haré—dije, aunque no estaba seguro de ello.

No cuando se trataba de Serena Calissano. Con ella, no podía prometer nada. Especialmente sí seguía intentando romper nuestro compromiso. No, ella no podía librarse de mí. No lo permitiría. Y sería capaz de cualquier cosa para que le quedase claro.

CAPÍTULO 3

SERENA

Dublín siempre había sido como un segundo hogar para mí.

No lo visitaba tanto como me gustaría, pero las veces en las que había estado estaban asociadas a bonitos recuerdos con mi familia. Anécdotas durante mi infancia y mi adolescencia.

Sin embargo, esta última vez la llegada al aeropuerto no se había sentido tan cálida como las otras. Y la casa de mi tío tampoco se sentía tan acogedora. Quizá el problema era que, las otras veces, mi prima Isabella había estado allí.

Apenas había visto a mis tíos. Tan solo había mantenido una breve conversación de dos minutos con mi tío en la que rápidamente me había dicho que tenía mucho trabajo que hacer, y con mi tía había coincidido en el desayuno, pero nuestras interacciones tampoco habían sido muy largas. Ambos pasaban todo el día fuera de casa. Sabía que eran personas ocupadas, pero ni siquiera habían estado para recibirme. Y mi primo Ivo estaba pasando el fin de semana en un campamento a las afueras de la ciudad.

Los dos días que llevaba en la casa se me habían hecho extremadamente aburridos e interminables. Al menos me había traído cuatro libros nuevos que leer, aunque ya me había terminado dos e iba por el tercero. Menos mal que también tenía conmigo mi dispositivo Kindle.

De hecho, estaba tan aburrida que hacía más de una hora que me había preparado para la cena de esa noche. No pude evitar coger el teléfono por enésima vez en menos de diez minutos. El vuelo de mi padre debería haber llegado ya al aeropuerto.

Esa noche tenía una cena con Leonid, su padre y el mío para hablar de nuestro compromiso. Aunque esa idea me removía el estómago, estaba ilusionada porque me reencontraría con mi padre. Desde que me había notificado mi compromiso, apenas lo había visto, y nuestras conversaciones habían sido escasas. No sabía cuánto tiempo se quedaría en la ciudad, pero esperaba aprovechar su visita para poder charlar con él con más tranquilidad.

Fruncí el ceño cuando no recibí ningún mensaje de él. Se había conectado hacía cinco minutos, lo que quería decir que ya había llegado. Entonces, ¿por qué no había respondido a mis mensajes? Tal vez estaba ocupado recogiendo el equipaje.

Fui a entrar en la página del aeropuerto para ver si su vuelo había aterrizado cuando una voz me interrumpió:

—¡Rena!

Mi prima Isabella abrió la puerta de la que siempre era mi habitación cuando estaba allí y yo me levanté de la cama de un salto para correr hacia ella y abrazarla. La estreché entre mis brazos con fuerza. Mi prima no era la persona más cariñosa del mundo, pero me lo permitió.

—Estás guapísima. Barbados te ha sentado genial —le dije cuando me separé de ella. Su piel lucía un par de tonos más bronceada que la última vez que la vi en su boda. Ella llevaba su largo pelo castaño recogido en un moño con una pinza en forma de flor y un vestido color naranja de tirantes. Por debajo podía ver el lazo de su bikini rosa; era evidente que acababa de llegar del aeropuerto—. ¿Hace cuánto has vuelto?

Pero Isabella no me respondió.

—Te casas. —No fue una pregunta, sino una afirmación. Aun así, asentí—. ¿Por qué no me lo has contado antes?

Suspiré y retrocedí un par de pasos, dejándome caer sobre el borde de la cama. Enredé en mi dedo uno de mis mechones rizados.

—Mi padre me lo comunicó la noche anterior a tu boda, Bella. Pensé que lo sabías, pero cuando hablamos el día de tu matrimonio, justo antes de que te casaras, me di cuenta de que no tenías ni idea. No quise estropearte tu día.

—Nunca me estropearías nada, deberías habérmelo contado.

—¿Para qué? —espeté. Una parte de mí había deseado desahogarme con mi prima. Ella era una de las personas más importantes de mi vida, pero sabía que eso sería ser egoísta—. No hubiera cambiado nada. Después de todo lo que has pasado, te merecías disfrutar de tu boda y de tu luna de miel.

Isabella negó con la cabeza. Me miró durante unos instantes en silencio, reflexiva, y después, se sentó a mi lado.

—¿Qué tal estás?

—Estoy… —Inspiré profundamente sin saber cómo terminar la frase, así que no lo hice—. Toda esta situación es un poco rara, ¿sabes?

—No quieres casarte con Leonid, ¿verdad?

Contemplé a mi prima en silencio. Ella me conocía como la palma de su mano y no había nada que pudiera esconderle. Aunque me encantaría ser sincera con ella, no podía hacerlo. No podía contarle todo lo que mi unión con Leonid escondía. Llevaba meses ocultándole un secreto, pero quería protegerla.

Le había prometido a Leonid que no le contaría nada a nadie. Isabella era la mujer de su Pakhan, él no la dañaría. Pero mi prometido había matado a sangre fría a uno de los hombres de mi tío. No tenía la menor idea de la razón, ni si Mikhail estaba al tanto. No sabía nada. Y no pondría en riesgo a Isabella.

Sin embargo, terminé negando con la cabeza, porque no era ninguna mentirosa.

Isabella siguió en silencio, como si estuviera esperando a que le dijera algo más. Cuando no lo hice, habló:

—Puedes contármelo, Rena. Puedes contarme lo que sea.

Mordí mi labio inferior con fuerza.

—No puedo.

—Sí puedes —insistió, e hizo una pausa, como si me estuviera dando una última oportunidad para hablar. Cuando no lo hice, confesó—: Lo sé todo. Sé que Leonid lleva meses amedrentándote para que no cuentes lo que vistes aquel mediodía en el aparcamiento del club.

¿Ella lo sabía?

—Bella, yo… —balbuceé, sin saber qué decir—. Prometí que no diría nada… Yo…

—Mikhail me lo ha contado. Fue él quien se lo ordenó a Leonid.

—¿Entonces Leonid estaba siguiendo las órdenes de Mikhail?

—Sí.

—Eso es traición, Isabella. Él era uno de los hombres de tu padre.

Puede que no supiera mucho sobre los entresijos de la mafia, pero sí lo suficiente como para ser consciente de que dos organizaciones que tenían una alianza como nosotros con la Bratva no podían matarse entre sí.

—¿Crees que no lo sé? —Isabella suspiró—. Mi padre no sabe nada y no debe enterarse —

me dijo con seriedad—. El hombre al que viste asesinar a Leonid era Zeno Brambilla. —A pesar de que sabía que era uno de los soldados de mi tío porque lo había visto en varias ocasiones, desconocía su nombre. Y tampoco había querido indagar sobre él después de ver cómo Leonid lo mataba. Había guardado esos recuerdos debajo de la alfombra y seguirían allí si Leonid no se hubiera prometido conmigo—. Era amigo de Mattia. ¿Te acuerdas de Mattia?

—Oh, sí, ese chico que no dejaba de perseguirte cada vez que te veía. —Hice una mueca, porque nunca me había dado buenas vibraciones. Tenía algo que no me gustaba, pero sabía que Isabella había tenido una pequeña historia con él, antes de aburrirse y darle calabazas, como había hecho con todos los chicos que conocía hasta que Mikhail llegó a su vida.

—Mattia está muerto. Lleva muerto más de siete meses. Mikhail lo mató. —Abrí la boca, sin saber cómo asimilar aquella información, pero Isabella me hizo un gesto con su mano para que me callara. Su mirada permaneció pérdida durante un instante en recuerdos del pasado—. Me encontré a Mattia en el autocine, en una de las citas clandestinas que tuve con Mikhail. Él intentó abusar de mí.

—¿Él…? ¿Él llegó a…?

—No, afortunadamente Mikhail llegó antes de que pudiera hacerlo.

—Oh, Bella, lo siento mucho…

Estiré mi mano para agarrar la suya, pero ella la apartó antes de que pudiera hacerlo. Por supuesto que Bella no me dejaría consolarla.

—No pasó nada. —Mi prima movió la cabeza de un lado a otro, como si de esa manera pudiera borrar esos dolorosos recuerdos—. Zeno Brambilla estaba esa noche con Mattia en el autocine. Él no vio nada de lo que pasó, pero estaba haciendo demasiadas preguntas y Mikhail le pidió a Leonid que se encargara de él.

—Entonces Mikhail le ordenó matar a Zeno.

Lo que debería haber sido una pregunta se escapó de mis labios como una afirmación desesperada.

—No, solo que lo amedrentara lo suficiente para que dejara de buscar a Mattia.

—Entonces, ¿por qué lo mató?

—No lo sé —respondió Isabella con franqueza.

Me llevé una mano a la boca, horrorizada, sin poder pronunciar una sola palabra. La angustia yacía en mi estómago como una losa inamovible, apretándome las entrañas hasta robarme el aliento. Había intentado justificar las acciones de Leonid, a pesar de que no tenían excusa alguna, creyendo que había podido seguir las órdenes de Mikhail, que la culpa recaía en Mikhail y no en él.

Que, quizá, había algún tipo de salvación en Leonid.

Pero todo era peor de lo que había imaginado.

—Zeno era un imbécil —murmuró Isabella.

Miré a mi prima, incrédula. A veces, podía llegar a ser una insensible.

—No me importa cómo fuera. Es una vida humana, Bella. Él no hizo nada para merecerlo. Solo estaba intentando saber lo que le sucedió a su amigo.

—Son gajes del oficio, Serena. —Isabella se encogió de hombros—. La mafia es así. Y confía en mí, Zeno no era ningún inocente. Ningún hombre de la mafia lo es.

A pesar de haber nacido en la mafia y haber normalizado ciertos comportamientos, era consciente de que mi padre no tenía un trabajo normal. Muchos de sus negocios no eran del todo legales. Sabía que los hombres de la mafia tenían que cometer actos que no eran del todo éticos.

Actos en los que evitaba pensar.

Aunque, ante todo, eran hombres de honor.

Pero ¿qué honor había en lo que Leonid hizo? ¿Qué honor había en asesinar a alguien por diversión?

—Lo sé, Isabella, no he vivido diecinueve años en una cueva. —Mis palabras provocaron que mi prima levantara una ceja. Yo evitaba las discusiones y los enfrentamientos, pero estaba más irascible de lo normal—. Se rigen por normas y honor, mi padre me lo ha explicado muchas veces. Pero ¿qué honor hay en matar a un hombre sin una razón y ocultarlo para no asumir las consecuencias?

—No es tan fácil, Serena —resopló Isabella—. Mikhail escondió lo de Mattia porque en ese momento yo estaba prometida con Leonid. Nadie podía enterarse de que nos veíamos a escondidas. Zeno fue un daño colateral, pero necesario. Y debe seguir siendo un secreto, porque la verdad solo provocaría una guerra que mataría a hombres a los que queremos.

—¿Y por eso debo casarme con un hombre al que nunca amaré? —Cuando escuché mis propias palabras, me sentí miserable—. Sé que debería querer sacrificarme por el bien de la familia, pero no quiero, Bella. Quiero un marido que sea bueno para la familia, pero también para mí. Y Leonid no lo es.

Isabella estiró su mano y la apoyó sobre la mía. Era una de las pocas veces en las que mi prima era cariñosa por iniciativa propia.

—No, Rena. No debes sacrificarte.

—Tú sabías la clase de hombre que era Leonid. —Mi prima me lo advirtió. Lo hizo cuando conocí a Leonid y creí que era un príncipe salido de un cuento. Si la hubiera hecho caso y me hubiera mantenido alejada de él, quizá no estaría en esa situación—. ¿Por eso no querías casarte con él?

Ella negó con la cabeza.

—Leonid no es peor que otros mafiosos. Simplemente, me enamoré de Mikhail. Yo no creía en el amor y me burlaba de ti por ello, pero estaba equivocada. Soy feliz, Rena, y no deseo menos para ti. No permitiré que tengas menos. Haré lo que sea necesario para que no tengas que casarte con él. Como si tengo que pasar por encima de Mikhail para ello.

—No, no quiero ocasionar ningún problema entre Mikhail y tú. —Mikhail nunca había sido santo de mi devoción. Cada vez que estaba en el mismo espacio que él me producía un escalofrío helado; lo había hecho incluso cuando no sabía quién era él. Tal vez era su aspecto rudo o esa manera distante que tenía de comunicarse, pero había algo en él que me daba mala espina y me hacía mantener cierta distancia con él. Sin embargo, nunca había visto a mi prima tan feliz como lo era a su lado y eso era lo único que importaba para mí—. Es mejor que te mantengas al margen. —Mi prima negó con la cabeza y sus cejas negras se arrugaron. Ella abrió la boca para replicar, pero me adelanté—. Además, estoy segura de que mi padre se encargará de ello.

—¿Tu padre? —repitió lentamente—. Él ya ha aceptado el trato, Serena.

—Tan solo porque no le quedó otra opción —respondí demasiado a la defensiva, y no me gustó cómo sonó mi voz, pero tampoco la mirada que estaba viendo en los ojos castaños de mi prima—. Él me lo dijo, que no le quedó otro remedio. Y sé que es verdad, porque mi padre nunca obligaría a hacer algo que no deseo si no fuera porque no tiene otra opción. Pero volveré a hablar con él, estoy segura de que puede volver a intentarlo. No hay nada que papá no pueda conseguir.

Mi prima entrecerró los ojos y pude ver en su mirada que ella estaba siendo cuidadosa,

como si no supiera si decirme lo que pensaba o no.

—Rena… —comenzó.

Unos nudillos golpeando la puerta la interrumpieron. Afortunadamente, porque estaba bastante convencida de que lo que tenía que decir no me iba a gustar.

—Serena, ¿estás lista?

—Sí, tío —respondí lo suficientemente alto para que pudiera escucharme—. Puedes pasar —añadí a la vez que mi prima me miraba y entornaba los ojos.

Mi tío abrió la puerta y entró en la habitación. Llevaba un traje negro con finas rayas grises y una corbata de color burdeos.

—¿Al final tú también vienes a la cena? —pregunté con una sonrisa, porque había entendido que tan solo seríamos mi padre, el de Leonid, él y yo. Aunque por mi parte, cuantas más personas fuésemos, mejor.

Mi tío arrugó el ceño.

—Claro —contestó con extrañeza. Sus ojos se posaron en mi prima—. Hija, ya has llegado. No sabía qué pasarías por casa.

—He llegado hace menos de una hora —le informó Isabella con una sonrisa tensa.

Ninguno de los dos hizo un amago para acercarse a saludar. A pesar de que sabía que Isabella quería a su padre, la relación entre ellos siempre había sido bastante distante.

Poco tenía que ver a la relación que se esperaba que una hija tuviese con un padre; a la que mantenía mi padre conmigo.

—¿No me has dicho que estabas lista? —Mi tío me miró con disgusto a la vez que señalaba mis pies cubiertos por unas zapatillas de casa rosas.

—Sí. —Me quité las zapatillas para estirarme y coger los mocasines blancos con un poco de tacón que había dejado cuidadosamente a un lado de la cama y ponérmelos—. Oye, ¿papá ya ha llegado? —le pregunté mientras cogía mi teléfono—. No me ha respondido a los mensajes. Imagino que estará de camino hacia aquí.

—¿Tu padre? —repitió mi tío con incredulidad—. Ah, sí —hizo un gesto con su mano, mostrándome todos los anillos dorados que llevaba en sus dedos—, Riccardo al final no va a venir. Hemos decidido que era mejor que se quedase en Turín. Allí tiene cosas importantes de la que ocuparse.

Sentí que la decepción me invadía al escuchar las palabras de mi tío. Mi padre era un hombre muy ocupado, estaba acostumbrada a que pasase la mayor parte de tiempo viajando y fuera de casa, pero él siempre estaba ahí para mí cuando lo necesitaba. Él siempre cumplía sus promesas conmigo; cuando me decía que iba a estar, estaba.

Como si nos hubiera escuchado hablando de él, mi teléfono se iluminó. Lo desbloqueé para ver que era un mensaje de mi padre.

«Princesita, al final no he podido ir. Espero que tengas una buena cena. Te quiero».

—¿Más importantes que su propia hija? —le escuché espetar a mi prima.

—Isabella, no te entrometas en asuntos que no te incumben —le regañó mi tío.

—Claro que me incumben, yo también soy parte de esta familia, papá. Riccardo debería haber venido.

—Isabella, ya basta.

—No pasa nada —intervine, interrumpiendo a mi prima. Lo último que me faltaba era ocasionar una discusión entre padre e hija—. Entiendo que papá tenía negocios de los que ocuparse —dije con una sonrisa temblorosa—. Está bien.

No, nada estaba bien.

Mi madre tampoco me había contactado. Ni una llamada, ni un mensaje, nada. Ella tenía que saber que papá no iba a venir.

¿Qué estaba pasando?

Aunque si papá decía que tenía negocios importantes, entonces debería tenerlos. Él no era ningún mentiroso. Nunca lo había sido conmigo. Y esa semana mi madre estaba muy ocupada preparando un acto muy importante que iba a celebrar en unos días la asociación que ella presidía.

Respiré tranquila al darme cuenta de que todo tenía sentido. No me estaban dejando tirada. No, ellos nunca harían algo así. Era su hija y me querían con locura.

Me dirigí a la butaca de color crema donde había dejado cuidadosamente mi americana de color crema y me la puse. Después, me colgué el bolso del mismo color y me guardé el móvil en él.

—Yo también voy —dijo Isabella, decidida—. Cenaré con vosotros.

Edoardo, mi tío, lanzó un bufido.

—Hija, no digas ridiculeces. No pintas nada.

Isabella se cruzó de brazos.

—Pues igual que tú.

Vi cómo mi tío empezaba a ponerse rojo. A pesar de que mi prima siempre había tenido mucho carácter, no tendía a enfrentarse a su padre. Aunque eso debió de cambiar en el momento en que se casó con Mikhail y dejó la casa familiar.

Me giré y me acerqué hasta donde estaba Isabella. Alargué mi mano y coloqué la mía sobre su muñeca.

—No te preocupes, Bella. Descansa y recupérate del viaje. Va a estar todo bien.

Mi prima no parecía muy convencida, pero asintió. Ella sabía tan bien como yo que su presencia solo ocasionaría problemas.

—Está bien, pero vete escribiéndome, ¿vale?

—Lo haré.

—Venga, vamos —me apremió mi tío.

Mi tío echó a andar y mi prima y yo lo seguimos hasta la entrada de la casa. Me despedí de mi prima con un corto pero intenso abrazo en la que la estreché contra mí con tanta fuerza que podía dejarla sin respiración y que, sorprendentemente, ella me permitió. Después, entré con mi tío en un vehículo negro. Él se sentó en la parte trasera y yo ocupé un lugar a su lado en el extremo opuesto del coche.

Esbocé una sonrisa cuando reconocí al conductor. Saludé a Renzo y este me respondió con un leve asentimiento desde el espejo del retrovisor con su habitual expresión malhumorada, pero pude entrever una pequeña sonrisa en sus labios.

Tener a Renzo conmigo me relajaba.

Durante los primeros minutos del trayecto me mantuve en silencio, con mi mirada fija en la carretera.

Mi corazón se hundió con fuerza al pensar que volvería a ver a Leonid. Había estado tan ilusionada y esperanzada con la idea de reencontrarme con mi padre que había opacado todo lo demás, pero ahora… No quería volver a verlo ni tampoco cenar con él.

Y mucho menos casarme con él.

Una parte de mí había tenido la ilusión de que mi padre vendría con la noticia de que el

compromiso estaba anulado. Porque papá sabía que yo no quería casarme con Leonid. Pero si él no podía hacer nada, ¿tal vez Edoardo podría conseguir anular el compromiso? No entendía mucho de los asuntos de la mafia, pero sabía lo suficiente como para entender que Edoardo, como Don de la familia, tenía el suficiente poder como para oponerse.

Quizá si lograba razonar con él…

Ladeé mi cabeza para mirar a mi tío. Él tenía su atención puesta en su teléfono y no había pronunciado ni una sola palabra en todo el trayecto. No teníamos una relación cercana, pero nunca me había tratado mal.

—Tío —llamé su atención. Él no levantó la vista de su teléfono, pero por la vaga forma en la que movió su barbilla, supe que me había escuchado—, ¿a qué restaurante vamos? —pregunté, tratando de romper el hielo. No pude evitar pensar en mi prima Isabella. Ella hubiera ido directa al grano, pero yo no era tan valiente como ella. Aunque, a veces, desearía serlo.

—La Fonte della Pasta.

—Oh, me encanta ese lugar —dije, y mi tío asintió como única respuesta. Mordí mi labio inferior al darme cuenta de que mis intentos de conversación estaban siendo en vano—. Tío, me gustaría hablar contigo sobre mi compromiso con Leonid.

Aquello pareció despertar su interés, porque, por primera vez desde que habíamos entrado en el coche, me miró. Aunque en sus ojos oscuros, lejos de ver simpatía, vi cierta hostilidad.

—No creo que haya nada que hablar sobre eso

—En realidad… —hice una pequeña pausa, animándome a mí misma a seguir hacia delante — no creo que sea la mejor idea que Leonid y yo nos casemos. Si pudieras hablar con Leonid…

—¿Desde cuándo las mujeres decidís esas cosas?

—Tío, yo no quiero ca…

—Serena, Leonid y tú vais a casaros. Aún quedan unos minutos para llegar, así que te puedes entretener leyendo una de esas revistas online de cotilleos que tanto os gusta a las mujeres. —Mi tío chasqueó la lengua e hizo un gesto con la mano, dando por terminada la conversación. Volvió a fijar la mirada en su teléfono, ignorándome por completo.

Ni siquiera me había dado la oportunidad de explicarme. No había querido escucharme.

Mi prima Isabella era un poco temperamental y su forma de expresarse a veces era un poco excesiva, pero iba a tener razón y su padre era un…

—Gilipollas. —La palabra salió abruptamente de mis labios. No era una persona que decía palabrotas, y mucho menos, en voz alta.

Mi tío arqueó una ceja oscura y me miró.

—¿Has dicho algo?

—No, tío —respondí rápidamente.

Mi tío asintió y volvió a mirar su teléfono.

Dejé escapar un suspiro de alivio a la vez que me llevé una mano al corazón. Menos mal que había dicho la palabra bajito y él no me había escuchado. Aunque cuando oí a Renzo soltar una carcajada, supe que no la había pronunciado lo suficientemente bajo.

CAPÍTULO 4

SERENA

La Fonte della Pasta se encontraba en las últimas plantas de uno de los rascacielos más altos de Dublín.

Era uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad y, aunque tenía listas de espera de seis meses, mi tío siempre decía con orgullo que podía conseguir una reserva de un día para otro gracias a su estrecha relación con el chef.

Mientras seguía a la *maître*, recorrí el restaurante con la mirada. Apenas había cambiado desde la última vez que estuve allí. Las mesas, impecablemente dispuestas, estaban decoradas con velas elegantes y centros de flores frescas, mientras el suave murmullo de las conversaciones y la tenue melodía del piano en vivo, llenaban el ambiente.

Subimos a la segunda planta. La maître apartó unas cortinas de terciopelo granate, donde había una amplia estancia con unos ventanales que ofrecían una vista panorámica de la ciudad iluminada, reflejándose en los suelos de mármol pulido.

A pesar de que había varias mesas, todas estaban vacías, a excepción de una redonda con cuatro sillas, donde se encontraba un hombre.

—Edoardo —saludó este, levantándose de la silla. La rodeó para acercarse a mi tío y estirar su mano hacia él—, es un placer volver a verte.

Mi tío sonrió, mostrando una hilera de dientes excesivamente blancos.

—El placer es mío, Georgy —respondió mientras estrechaba su mano.

El hombre se giró hacia mí.

—Tú debes ser Serena —dijo con una sonrisa—. Yo soy Georgy, el padre de Leonid. Estaba deseando conocerte. —Se acercó a mí para darme dos besos.

Esbocé una sonrisa, sintiéndome increíblemente incómoda.

Así que aquel hombre era el padre de Leonid.

Georgy debería estar a principios de sus cincuenta. Era un hombre atractivo, que tenía un encanto innato que estaba segura de que Leonid había heredado de él. Tan solo había cruzado con dos palabras con él y ya podía percibirlo.

Me pregunté si en su caso era cierto o era tan falso como el de su hijo.

Porque Leonid también me pareció amable la primera vez que nos conocimos. Creí que era un caballero. ¡Qué equivocada había estado!

—¿Nos sentamos? —sugirió Georgy con suavidad. Tuve la sensación de que notó mi incomodidad. Aunque no me extrañaba, ya que no era buena escondiendo mis emociones.

—Claro —respondió mi tío.

Georgy se sentó en el asiento que había ocupado minutos antes de que llegáramos. Mi tío se sentó frente a él y yo a su lado. Cuando miré al frente me di cuenta de que el asiento de Leonid estaba vacío. ¿Dónde estaba él? Me fijé en la copa de vino tinto que Georgy tenía, pero la de Leonid estaba vacía e intacta.

¿No había llegado aún? Tal vez estaba en el baño.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza y me giré para centrar mi mirada en las cortinas de

terciopelo granates que nos separaban del resto del restaurante, esperando que apareciera en cualquier momento. La espera era peor.

—¿Dónde está tu hijo? —le escuché preguntar a mi tío.

—Él tiene que estar a punto de llegar —contestó Georgy.

Me di la vuelta para mirar a Georgy.

—¿No habéis venido juntos?

—Leonid está ocupándose de unos negocios —me dijo Georgy, evitando dar demasiadas explicaciones. Pude notar que le molestaba tener que dármelas, pero, aun así, fue amable.

Esa era la razón por la que no tendía a hacer demasiadas preguntas. A los hombres de nuestro mundo no les gustaba tener que dar explicaciones. Incluso podía notar la incomodidad con mi padre cuando tendía a ser demasiado curiosa.

Sin embargo, me parecía extraño que no llegaran los dos juntos. ¿Y por qué Leonid llegaba tarde?

Cogí uno de los panecillos que se encontraban en la canasta de mimbre que se hallaba a un lado de la mesa y le di un pequeño mordisco tratando de contener la punzada de irritación que me invadió. Encima de que estaba obligada a tener que acudir a aquel encuentro, Leonid ni siquiera tenía la decencia de ser puntual. Yo me había molestado en prepararme con el tiempo suficiente para estar a la hora. ¿Es que tanto le costaba a él hacer lo mismo?

Vaya falta de educación.

—En lo que viene Leonid, ¿por qué no vamos pidiendo las bebidas? —sugirió Georgy con una sonrisa cordial, chasqueando los dedos a un camarero que se encontraba a un lado de la sala esperando ser llamado.

—Qué remedio. —Mi tío soltó un pequeño gruñido, como si la tardanza de Leonid le molestase. Mi tío tendía a ser bastante temperamental y había escuchado a mi padre decirle a mi madre en voz baja que le molestaba hasta el zumbido de una mosca. Aunque, en esta ocasión, mi tío tenía razón, Leonid ya debería haberse presentado.

Suspiré, porque aunque intentaba que no me importase su tardanza, lo hacía. No era porque quisiese verlo, sino porque no toleraba las faltas de respeto.

Además, cuanto antes llegase él, antes podría irme.

—He pedido una copa de un Tenuta San Guido que es maravilloso —dijo Georgy, señalando su copa casi vacía—. Aunque estoy seguro, Edoardo, de que tú me puedes hacer una buena recomendación.

Mi tío pareció relajarse un poco y comenzó a hablar sobre sus extensos conocimientos de vinos, criticando la recomendación que el camarero le había hecho a Georgy y haciendo las suyas propias. Según Edoardo, tenía un paladar refinado como ninguno. Papá no estaba de acuerdo, le había escuchado comentárselo a mi madre.

El camarero tomó nuestros pedidos. Yo me pedí un refresco, nunca me había gustado demasiado el alcohol y era lo que menos necesitaba esa noche.

Georgy empezó a hablarnos sobre su viaje en avión y le hice varias preguntas sobre Moscú. Tan solo quería distraerme y Georgy era un gran conversador, él me lo puso fácil. Consiguió que me relajara.

Aunque mi calma terminó en el instante en el que los ojos de Georgy se fijaron en un punto detrás de mí y pronunció el nombre que se había grabado en mi memoria durante los últimos meses como si fuera mi peor pesadilla:

—Leonid.

Bajo la mirada hasta los pies de su hijo y suspiró de alivio. Yo también miré sus zapatos negros, aunque, probablemente, por una razón diferente a la de él. Mi corazón comenzó a martillear en mi pecho y mi respiración se aceleró. Ese era el efecto que Leonid Vasiliev conseguía cada vez que estaba a mi alrededor.

Tuve que reprimir el instinto de levantarme y echar a correr. No había otra cosa que anhelara más en ese instante que huir y no mirar atrás hasta que me asegurara que no estuviera lo suficientemente lejos de él.

Sin embargo, todo ese pánico fue sustituido por una furia helada corriendo por mis venas cuando escuché un pequeño sonido; algo parecido a un resoplido suave que hizo que inspirara hondo y alzara la mirada hasta posarla en los ojos verdes más intensos y bonitos que había visto en mi vida.

Su sonrisa era tan falsamente acogedora como siempre, pero había un borde de suficiencia en la manera en la que curvaba los labios que hizo que levantara aún más la barbilla y mantuviera mi mirada en la de él.

Mi tío se levantó de la silla y, por inercia, hice lo mismo. Porque así era cómo me habían educado.

Normalmente, los hombres de nuestros círculos siempre saludaban a otros hombres primero, pero Leonid se dirigió hacia mí.

—Prometida —la palabra salió con fuerza de sus labios, como si quisiera recordármelo. Cómo si se me hubiera olvidado en algún momento—, estás preciosa hoy. —Sus ojos recorrieron lentamente mi vestido blanco satinado de manga larga y me horrorizó que una parte de mí se sintiera complacida por el halago. Leonid avanzó un paso y su mano se posó en mi espalda baja para atraerme hacia él y darme dos besos—. El blanco te favorece. Quizá es porque es el color de los ángeles —me susurró en el oído antes de alejarse de mí.

La primera vez que nos habíamos conocido, él se había referido a mí como un ángel. En aquel entonces me había sentido alagada y vergonzosamente sonrojada, como una adolescente que suspiraba por el prometido de su prima. Ahora deseaba que esos halagos fueran para otra persona.

—¿Qué tal si vamos pidiendo? —sugirió mi tío cuando terminó de estrechar la mano de Leonid—. No sea que vayan a cerrar el restaurante antes de que terminemos de cenar —añadió con los dientes apretados.

No había ningún peligro de que eso sucediese. Daba igual la hora de cierre, nos atenderían igual, pero mi tío quería dejarle claro a Leonid que no le había gustado su tardanza.

—Siento mi retraso —se disculpó Leonid, aunque me dio la sensación de que no lo sentía. Leonid rodeó la mesa para ocupar un lugar al lado de su padre. A pesar de que Georgy se había levantado para recibirlo, me llamó la atención que no se saludaran. Ni siquiera un simple apretón de manos—. Había atascos.

Mi tío frunció el ceño.

—¿Atascos? Cuando hemos venido nosotros la carretera estaba muy tranquila.

Leonid sonrió.

—¿Sí? Pues qué mala suerte la mía.

Abrí la carta y me concentré en ella, evitando mirar a Leonid.

—¿Qué nos recomiendas, Edoardo? —preguntó Georgy.

—Risotto ai funghi. Es la especialidad del restaurante —dijo mi tío.

—Me pediré uno entonces. Me encanta la comida italiana, pero nunca sé qué pedir.

—¿Y tú, *prometida*?

Debería haber supuesto que Leonid no me dejaría ignorarlo durante mucho tiempo. Con resignación, bajé la carta y mis ojos se encontraron con los suyos.

—Estoy entre gnocchi alla sorrentina o parmigiana di melanzane, no me decido.

—Si quieres, podemos pedir los dos y compartirlos —sugirió Leonid.

—No —mi negativa salió demasiado rápida, demasiado estridente—. Prefiero comer solo un plato, si no te importa —añadí con una sonrisa suave y nerviosa, temerosa de haber sido demasiado brusca. Miré a mi tío, buscando algún tipo de desaprobación en su mirada, pero él estaba concentrado en la carta.

—Claro que no me importa —dijo Leonid. Su expresión no cambió y su sonrisa no vaciló, pero algo en la forma en la que arrugó la nariz, una mueca que tan solo duró un instante, me hizo tener la sensación de que me estaba mintiendo—. A mí tampoco me gusta comer de dos platos. —Dejó la carta sobre el mantel y la cerró. Apoyó sus codos sobre la mesa y se inclinó ligeramente hacia delante—. Pero si hay algo que no permito, es que coman de mi plato.

Un escalofrío helado recorrió mi columna vertebral y tuve el impulso de retroceder, sintiendo mi espalda golpear levemente contra el respaldo de la silla. ¿Por qué tenía la sensación de que Leonid ya no estaba hablando de comida?

—Estoy de acuerdo con Serena —intervino Georgy en un tono conciliador—. Es mejor no compartir. Al final, comes un poco de varios platos y no disfrutas de ninguno.

Asentí con una sonrisa nerviosa.

Pese a que lo cierto era que a mí sí me gustaba compartir comida. Era algo que hacía muy a menudo cuando iba a un restaurante; una costumbre que había heredado de mis padres. Pedir un solo plato era más aburrido, de esa manera podías probar más comida y conocer sabores nuevos. Sin embargo, la tan sola idea de compartir un plato con Leonid hizo que mi estómago se retorciera, por eso me había negado.

Si ni siquiera podía compartir un plato con él, ¿cómo iba a compartir una cama?

Un sudor frío recorrió mi cuerpo y cerré mis manos, sintiendo cómo mis uñas arañaban la piel de mis palmas. Traté de desviar esos pensamientos de mi mente.

No podía entrar en pánico. No en ese momento.

—¿Qué plato vas a pedir al final? —me preguntó Leonid, consiguiendo que volviera a centrar mi atención en él.

—Gnocchi alla sorrentina —respondí sin pensar. Porque cuando él me hablaba, me resultaba imposible hacerlo.

—Lo siento, Edoardo, voy a decantarme por la sugerencia de mi prometida —dijo Leonid, mirando a mi tío—. Al fin y al cabo, ella es italiana.

Mi tío juntó sus cejas.

—Yo también soy italiano.

—Por supuesto que lo eres, Edoardo. Pero tú llevas toda tu vida viviendo en Dublín.

Los ojos de mi tío se entrecerraron y su piel bronceada comenzó a adquirir un tono rojizo que no auguraba nada bueno. Leonid lo observó con una sonrisa inocente que parecía tan real, pero que yo no me creí ni durante un solo momento.

Porque Leonid lo estaba provocando. Lo había estado haciendo desde el instante en el que había llegado. Si algo había aprendido de Leonid durante estos meses en los que había estado martirizándome, era que ninguno de sus gestos o acciones era casual, que todo era parte de una obra maestra creada en su cerebro.

Leonid Vasiliev era el titiritero y los demás éramos sus títeres. Nos manejaba a su antojo para su macabro divertimiento.

Mi tío abrió la boca dispuesto a replicar, pero, por suerte, el camarero irrumpió en ese instante para tomar nota de nuestros pedidos, acallando la respuesta que estaba a punto de brotar de sus labios.

—¿Por qué no hablamos sobre el compromiso de los chicos? —sugirió Georgy cuando el camarero se alejó de nosotros.

—Claro —musitó mi tío.

—Es una pena que Riccardo no haya podido venir —comentó casualmente Georgy, pero pude ver cierta tensión en él.

—Una pena —repitió mi tío—. El viaje era demasiado largo y tenía negocios que atender.

—Mi padre también tenía negocios en Londres y ha venido para estar unas pocas horas —apuntó Leonid en tono calmado mientras le daba un sorbo al vaso de agua que se acababa de servir.

—Y agradezco que Georgy haya podido hacer un hueco en su apretada agenda —dijo mi tío con una sonrisa tensa sin enseñar los dientes—. Todos tenemos agendas apretadas. —Hizo un gesto con su mano—. Además, Serena es como una hija para mí. —Ni siquiera se molestó en mirarme durante un segundo para que aquella mentira fuera más creíble y yo me contuve para no poner los ojos en blanco—. Riccardo y yo hemos estado hablando sobre las fechas de la boda. No consideramos que, esta vez, haya prisa.

La simple mención de la boda hizo que mi estómago se revolviera, pero estiré mi mano para coger otro panecillo de la cesta y le di pequeño mordisco, masticándolo con desesperación. No porque tuviese hambre, sino porque necesitaba concentrarme en otra cosa.

—Es cierto que no nos corre tanta urgencia como la otra vez, pero sería adecuado que no se alargara demasiado en el tiempo —aconsejó Georgy—. No queremos que, esta vez, vuelva a suceder lo mismo.

—No sucederá —prometió Leonid—. No permitiré que Serena se case con otro que no sea yo.

Un estremecimiento helado me subió de los pies hasta la nuca. Porque podía sentir el peso de su mirada en mí y la intensidad de sus palabras. Pude saber con seguridad de que Leonid no mentía; él estaba dispuesto a cumplir su promesa aunque tuviera que dejarse la vida en ello.

Mi respiración comenzó a acelerarse y traté desesperadamente de no entrar en pánico. No podía derrumbarme, pero cada vez estaba más cerca de hacerlo. Las puertas alrededor de la jaula que Leonid había construido para mí, y que yo pensaba que estaban medio abiertas, comenzaban a cerrarse; cada vez me daba más cuenta de que estaba más atrapada de lo que creía.

Y aquello era demasiado para mí. Simplemente… no podía con ello.

Un carraspeo suave hizo que me aferrara a la tierra y no siguiera en aquella espiral de autodestrucción que iba a conseguir que terminara desmoronándome. Alcé la vista para encontrarme con los ojos suaves del camarero, que quería que apartara las manos que estaban arañando el mantel para dejar mi plato.

Le sonreí nerviosamente mientras le dejaba espacio para que posara nuestros pedidos sobre la mesa.

—Pensaba que habías dado tu beneplácito —le dijo mi tío a Leonid cuando el camarero se marchó—. Soy un hombre de honor, por mucho que Mikhail sea el Pakhan, no hubiera permitido esa boda si tú no hubieras estado de acuerdo.

La abrupta boda entre mi prima Isabella y Mikhail había sorprendido a todo nuestro entorno. Isabella había sido la prometida de Leonid y, de alguna manera, Mikhail se la había quitado. Hasta donde conocía, Leonid lo había aceptado, pero no sabía si estaba de acuerdo con ello o lo había aceptado porque no le quedaba otra opción. Al fin y al cabo, Mikhail era su superior.

Leonid había parecido tan encantado con mi prima… No me sorprendía, ya que Isabella era el sueño de cualquier hombre. ¿Se habría enamorado de ella? ¿Y si seguía estándolo?

Aunque no debería importarme, mi estómago se hundió ante aquel pensamiento. Alcé mi mirada y observé su rostro, tratando de buscar algún tipo de respuesta en él, pero lo único que encontré fue que no se creía las palabras de mi tío. Algo por lo que yo no podía culparlo, porque yo tampoco lo hacía.

—Y estuve de acuerdo —confirmó Leonid—. Isabella no era la mujer adecuada para mí, pero Serena lo es. No tengo dudas sobre ello.

—Centrémonos en lo importante —dijo Georgy, reconduciendo la conversación—. ¿Qué fechas habéis barajado?

Bajé la vista y centré la atención en mi plato. Los gnocci se veían deliciosos y, por un instante, me olvidé de dónde estaba y pinché uno con el tenedor para llevármelo a la boca.

Dios, estaban buenísimos.

Pero mi evasión se terminó cuando sentí una rodilla rozando contra la mía. Fue un roce suave, pero que provocó que el calor ascendiera por mi cuello, porque supe perfectamente que era Leonid. Instintivamente, me moví hacia atrás, rehuyendo de su contacto. Él volvió a mover la rodilla hacia delante, rozando de nuevo la mía. El limitado espacio no me permitía moverme más.

Levanté la mirada para encontrarme con la de Leonid. Su expresión era impasible como siempre y una pequeña sonrisa adornaba sus labios. Sin embargo, pude ver una chispa de desafío brillando en sus ojos.

No había sido un roce accidental. Él lo estaba haciendo apropósito.

¿Por qué? ¿Acaso disfrutaba torturándome?

—Un año para la boda es demasiado tiempo —le escuché decir a Georgy.

—No es tanto —rebatió mi tío—. Preparar una boda tan importante requiere muchos meses de organización. He tenido que convencer a Riccardo, porque, de hecho, siente que es un poco ajustado. Esa es nuestra última propuesta.

Un año.

Las palabras se filtraron en mi mente. Un año me daba la posibilidad de que mi padre encontrase la manera de sacarme de ese compromiso. Él me encontraría otro marido, uno que fuera adecuado para mí.

—Entonces, quiero tener citas con mi prometida —dijo Leonid, provocando que yo abriese mucho los ojos.

Todo el alivio que me había embargado se convirtió en terror.

—¿Citas? —repitió mi tío, mirándolo como si hubiera perdido la cabeza—. Eso no es posible, Leonid. Mi sobrina es una joven decente.

—Serán encuentros al aire libre. Tan solo quiero que, durante ese año, nos conozcamos mejor. Si la boda se va a alargar, creo que es lo justo.

Mi tío negó con la cabeza.

—Me temo que eso no será posible. Serena vive en Turín.

Leonid masticó lentamente la porción de pasta que tenía en su boca y dejó el tenedor sobre la mesa, al lado de su plato.

—Mi prometida vivirá en Dublín a partir de ahora. Esa condición es innegociable para nosotros.

Esperé que mi tío se negara, pero cuando el silencio invadió la mesa sentí cómo la ansiedad crecía dentro de mí.

Cuando mi padre me pidió que hiciera mi maleta para ir a Dublín, había creído que mi estancia sería de unos pocos días, una semana como mucho. No había preguntado cuánto se alargaría, porque no tendía a hacer preguntas. Quizá debería empezar a ser como mi prima y hacerlas más.

No podía mudarme a Dublín. En Turín estaba mi familia, tenía mi vida.

Mudarme a Dublín y tener citas con Leonid significaba que sería su prometida oficialmente. Que no podría escapar de él. Que, inevitablemente, aquello terminaría en boda.

El pánico me invadió.

Sentí que mi corazón comenzaba a latir tan rápido que, por un instante, creí que se me iba a salir del pecho. No podía respirar. Necesitaba aire.

—Voy a salir un momento afuera —dije, e hice algo que era la primera vez que hacía en mi vida. Antes de esperar una respuesta, me levanté y aparté las cortinas granates para cruzar la amplia estancia del restaurante que, afortunadamente, también estaba vacía, y fui directa hacia la puerta que conducía hasta la amplia terraza.

Esperaba que el aire fresco me diera un poco de paz. Paz que necesitaba si no quería tener un ataque de pánico.

CAPÍTULO 5

LEONID

Era un buen hombre.

Por eso, en cuanto la vi levantarse y salir, no pude evitar salir detrás de ella. Ni siquiera me importó la mirada de advertencia que mi padre me dirigió o su mano sobre mi rodilla, pidiéndome que me contuviera.

Ella estaba mirando al horizonte, sus manos sostenían con fuerza la barandilla y estaba ligeramente inclinada hacia delante. No mentía al decir que se veía como un auténtico ángel. Con su cabello rubio rizado cayendo sobre sus hombros y ese vestido blanco de manga larga de satén. Recordaba haberlo pensado la primera vez que la vi.

Su cuerpo temblaba ligeramente. Pese a que estábamos en mayo, el tiempo en Dublín seguía siendo bastante fresco y las temperaturas bajaban bastante por las noches. Por eso había cogido mi americana, que había dejado colgada en el respaldo de mi silla, antes de ir detrás de ella.

—Las vistas son preciosas —dije, posando mi chaqueta alrededor de sus hombros. Serena ladeó la cabeza para mirarme, confundida. Ella parecía un cervatillo asustado, con esos grandes ojos azules observándome tras esas largas pestañas. Fue a quitarse la americana que le había puesto, pero yo apreté un poco más su hombro—. Quédatela, estás temblando. —Pude ver cómo fruncía el ceño en desacuerdo, pero luego miró mi mano, que seguía sobre su hombro, y terminó aceptando, como si esa fuera la manera más rápida de conseguir que me aparta de ella. Quité mi mano con impotencia, porque esa chica parecía rehuir cualquier tipo de acercamiento físico conmigo, como si le repulsara el solo hecho de que compartiéramos espacio. Aquello debería ser razón suficiente para que renunciara a ella. Pero solo me hacía desearla aún más.

Durante unos instantes, ninguno de los dos dijo nada. Serena volvió a fijar la vista en el horizonte, y yo aproveché para admirar la ciudad.

Dublín de noche tenía su propio encanto. Las luces de los edificios y farolas se reflejaban en el río Liffey, y las calles, llenas de vida, seguían en movimiento a pesar de la hora. Desde allí arriba, todo parecía más callado, casi pacífico, pero sabía que la ciudad nunca dormía del todo.

La primera vez que pisé Dublín fue hacía más de un año. Nunca antes había estado en ella y recordaba haberla detestado con toda mi alma desde el primer instante en el que salí del aeropuerto. Casi tanto como aborrecía Moscú. Dublín era muy diferente a Los Ángeles, y los días eran grises y la temperatura era fría. Sin embargo, con el tiempo, me había encontrado a mí mismo acostumbrándome. No podía decir que fuera mi ciudad preferida, pero me sentía cómodo en ella.

—¿Por qué? —La voz aterciopelada de Serena me trajo de vuelta a la realidad. Ladeé mi cabeza hacia ella, pero no me estaba mirando, sus ojos seguían fijos en el frente—. ¿Por qué me haces esto? ¿Es para torturarme?

¿Torturarla? Casi quise reírme.

Yo jamás querría torturarla. Bueno, siendo sincero, sí quería. Pero no de la manera en la que ella imaginaba.

Quería torturarla con mi lengua en su clítoris, lamiéndolo lentamente, sin la presión suficiente para hacerla correrse. Quería verla suplicarme que la follara, quería que se rindiera ante mí.

Moví la cabeza para sacar esos pensamientos de mi cerebro antes de que tuviera una erección.

—Yo necesito una esposa y tú necesitas un marido —respondí con una exhalación—. Esta boda nos conviene a los dos.

Los matrimonios por conveniencia eran algo que me resultaba aberrante. Era una de las muchas razones por las que aborrecía la Bratva, pero en la mafia era algo normal. Mi padre comprometió a mi hermano cuando él apenas era un niño. Los padres comprometían a sus hijos como una manera de hacer negocios y crear alianzas. Fingí aceptar mi matrimonio con Isabella porque no podía hacer otra cosa, pero había estado buscando una salida desde el principio.

Sin embargo, con Serena lo había decidido yo. Porque para mí no era por conveniencia. Además, ella no estaba en contra de esa práctica. No solo había investigado lo suficiente como para saberlo, sino que ella misma me lo confirmó días atrás. Serena no se oponía a los matrimonios concertados, ella se oponía a casarse conmigo.

Por razones que desconocía, se refería a nuestro matrimonio como si fuese una pena de muerte y a mí como si fuese el mismísimo Satanás. Ni siquiera me había dado la oportunidad de conocerme.

—No quiero casarme contigo, Leonid —dijo, girándose y encontrando la valentía para enfrentarse a mí. Me gustaba cuando lo hacía—. No quiero este matrimonio. —Y a pesar de su rechazo, en lo único que pude pensar fue en lo bien que le sentaba mi americana sobre sus hombros. No me gustaban las americanas, normalmente prefería vestir de manera más informal. La única razón por la que la había utilizado esa noche era porque ese restaurante tenía códigos de vestimenta y no quería que no me dejaran entrar y darle la excusa perfecta a Edoardo para no reunirse con nosotros. Pero me alegraba de habérmela puesto esa noche, porque el negro contrastaba con su vestido blanco. O quizá simplemente era que ella olería a mí. Joder, necesitaba conseguirle un anillo ya—. Tengo mi vida en Turín. Mi familia, mis actividades, mis amigos…

—Podrás visitar a tu familia siempre que quieras durante este año y cuando nos casemos.

—No puedo dejarlo todo de un día para otro. Una mudanza es algo que lleva un tiempo.

Sabía que era lo que estaba intentando hacer. Serena era tan transparente que ni siquiera era capaz de disfrazar correctamente su pobre intento de negociación, que no era más que una estrategia para ganar tiempo mientras buscaba la manera de librarse de nuestra boda.

Estaba seguro de que acudiría a su padre. Riccardo, ese italiano presuntuoso que llevaba años buscando marido a su hija, pero que consideraba que yo era insuficiente. Si no fuera porque no les quedaba otra opción después de lo que había pasado con Alessandro Roveda, ni siquiera hubiera malgastado un minuto de su preciado tiempo hablando conmigo. No me había creído ni por un instante la patética excusa que Edoardo había puesto. Riccardo no había acudido porque era incapaz de ver cómo su hija iba a casarse conmigo.

Tal vez yo no era digno para casarse con un ángel como Serena, pero no era menos digno que cualquier otro mafioso.

—Ahora eres mi prometida, Serena; mi responsabilidad. Tengo enemigos que pueden querer atacarte para hacerme daño. Si fuera por mí, yo me encargaría de tu seguridad, pero sé que tu familia se lo tomaría como una ofensa. Lo acepto, pero no voy a permitir que estés en otro

país donde no pueda asegurarme de que estás segura. Y que me jodan si permito que un enemigo te use para llegar a mí.

Joder, ¿desde cuándo hablaba como un hombre de la mafia? Sonaba como Mikhail. Y también estaba empezando a hablar tan mal y con tantas palabrotas como él; una mala costumbre que tenía que empezarme a quitar.

Sabía que estaba siendo un hipócrita, porque aunque esas razones eran completamente ciertas, la verdad era que quería tenerla cerca. No podría soportar un año entero sin verla.

Serena suspiró con resignación y volvió a mirar al frente. Pude ver la indecisión en ella.

—¿Y por qué las citas?

—¿Y por qué no?

Ella volvió a suspirar. Pude sentir cómo los engranajes de su mente comenzaban a girar. Estaba buscando las palabras adecuadas, calculando cada frase antes de dejarla salir.

Esperaba muchas cosas. Que Serena me prometiera de nuevo que no contaría nada de lo que vio, que me pidiera otra vez anular la boda, pero nunca esperé lo que dijo:

—Estás disfrutando de esto, ¿verdad? —murmuró, mirándome de nuevo. Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas—. Disfrutas atormentándome, de la misma manera que mataste a ese hombre por diversión. Isabella me ha contado que Mikhail no te ordenó matarlo.

¿Eso era lo que ella creía? ¿Que lo había matado por pura diversión?

Toda mi vida me había esforzado por hacerme creer a mí mismo y a los de mi alrededor que era un buen hombre. Una buena persona que había nacido en el entorno equivocado. Una vez me alejé de Moscú y comencé una nueva vida en Los Ángeles, lejos de la Bratva, ni siquiera tuve que esforzarme para que la gente lo creyera, porque todos lo asumían. Era el novio que toda mujer querría y el amigo que cualquiera desearía tener. Me convertí en la compañía perfecta.

Pero Serena estaba empeñada en creer que era el diablo. Ella ni siquiera se había molestado en preguntarme si había alguna razón para haber asesinado a Zeno Brambilla, simplemente había asumido que una retorcida diversión y sed de sangre eran las razones que me habían llevado a hacerlo.

Podría haberle contado la verdad, que lo había matado porque había estado a punto de violar a una pobre chica. Que ese bastardo se merecía una muerte mucho más lenta de la que recibió.

Sin embargo, no lo hice. Me quedé en silencio, porque ¿cambiaría algo que intentara explicarme? Serena parecía pensar siempre lo peor de mí.

Para ella, siempre sería un monstruo.

—¿Por qué yo? —preguntó—. ¿Por qué yo, Leonid? —repitió de nuevo con desesperación —. Podrías casarte con la chica que quisieras.

«Porque te quiero a ti. Porque te quise desde el primer instante en el que te vi».

Podía sentir las palabras acariciando la punta de mi lengua, y estuvieron a punto de deslizarse por ella como miel derretida, pero las retuve.

Sus grandes ojos azules me miraron cubiertos de lágrimas y con una desesperación que debería haber tocado mi corazón. En cualquier otra situación y tratándose de cualquier otra persona, lo hubiera hecho.

La luz de la terraza la iluminaba directamente y tan solo le faltaban las alas para parecer un ángel. Me pregunté si había elegido el color blanco en señal de pureza. Ella era un alma pura, Serena Calissano era real y transparente. De las pocas cosas genuinas que podías encontrarte en el mundo en el que, desgraciadamente, había nacido.

Ella era una rosa entre espinas.

Sabía que debería dejarla ir, pero no estaba dispuesto a renunciar a ella. Porque la quería para mí.

Quería arruinarla, quería destruirla y ensuciarla.

Quizá, al final, Serena tenía razón y no era tan buen hombre. Quizá, en el fondo, no quería serlo.

Por eso, en vez de responder a sus preguntas, le dije:

—Deberíamos volver dentro, tu tío y mi padre nos están esperando.

—Deberías dejar de provocar tanto a Edoardo —me recriminó mi padre cuando aparqué frente al aeropuerto—. Yo tampoco soporto a ese italiano, pero estás tensando demasiado la cuerda y se va a romper.

Su vuelo a Londres salía en menos de dos horas y ahora comprendía por qué me había pedido que lo llevara hasta el aeropuerto en vez de pedirse un taxi, como haría habitualmente. Quería darme uno de sus últimamente tan frecuentes sermones. Mi padre era un hombre exigente para el que nada de lo que hiciera sería suficiente y por supuesto, siempre sabía hacer las cosas mejor que yo.

—¿Qué quieres que te diga? No puedo evitarlo —reconocí con despreocupación mientras me encogía de hombros.

En vez de bajarse del coche, mi padre buscó en el bolsillo de su chaqueta de traje marrón y sacó una cajetilla de cigarros arrugada. Observé con disgusto cómo rebuscaba en el otro bolsillo para sostener un mechero y encender el cigarrillo.

Sabía perfectamente que detestaba el tabaco, y mucho más que lo fumara en mi coche, pero él lo estaba haciendo de todas maneras. Y luego mi padre se preguntaba de quién había heredado esa tendencia para sacar a las personas de quicio.

—De todas maneras, no es tan importante. Ya tenemos la alianza con los italianos con el matrimonio de Isabella y Mikhail —dijo mientras le daba una larga calada a su cigarro—. Si Edoardo y Riccardo deciden negarse a seguir adelante con el compromiso, no perdemos tanto. Seguimos manteniendo la alianza y podemos encontrarte con facilidad otra esposa que sea igual de beneficiosa. O incluso más. Tras la anulación de tu anterior compromiso, recibí unas cuantas propuestas muy interesantes.

Ni por un instante me dejé engañar por su tono despreocupado y esa mirada perdida al horizonte. Mi padre tenía puesta toda su atención en mí; él me estaba tanteando, tratando de comprender por qué insistía tanto en esa propuesta de matrimonio.

—Ellos no se van a echar atrás —aseguré de una forma más brusca de la que me gustaría mientras me inclinaba hacia delante para pulsar el botón y abrir la ventanilla con más presión de la que debería. Le estaba dando a mi padre lo que estaba buscando y no podía hacer nada para evitarlo. No cuando Serena Calissano estaba involucrada—. Sabes tan bien como yo, que después de que el segundo al cargo de su familia estuviese a punto de matar a Isabella y Mikhail la salvara, nos lo deben. Bastante que hemos mantenido en silencio la traición de Alessandro Roveda.

Edoardo nos pidió que no dijésemos nada. Él había puesto al corriente a sus hombres de mayor rango, porque no le había quedado otra, pero prefería que los demás soldados pensasen que Alessandro falleció en manos de sus enemigos.

No le convenía que ni sus hombres ni las demás organizaciones se enterasen de que su segundo, su hombre de máxima confianza, había intentado derrocarlo sin que él sospechase nada.

Eso lo haría ver débil.

Mi padre se tensó levemente con la simple mención de Alessandro. No por su traición, sino porque ese hombre había sido el verdadero padre de mi hermano mayor, Yaroslav. Del hijo que mi padre había criado como suyo propio.

—He hablado con Mikhail sobre ti. —Lo miré con fingido desinterés, porque lo que Mikhail decía sobre mí no debería importarme, pero lo cierto era que lo hacía. Durante el paso de los años había aprendido a fingir y a ocultar mis emociones casi a la perfección, pero mi padre me conocía demasiado bien—. Me ha dicho que has hecho un buen trabajo.

Me odié a mí mismo por la manera en la que mi pecho se hinchó con orgullo al escuchar aquellas palabras. Pero me odié incluso más cuando la emoción me embargó al oír las siguientes palabras que pronunció a la vez que me daba unas palmaditas sobre el muslo:

—Bien hecho, hijo. Estoy orgulloso de ti.

Su aprobación no debería importarme. Tan solo era un niño cuando dejé de intentarlo, cuando me prometí a mí mismo que no volvería a tratar de hacerlo. No merecía la pena, no cuando su aceptación estaba relacionada con la cantidad de sangre con la que se manchaban mis manos. Era desquiciante darse cuenta de que, a cuanto peor persona eras, con mejores ojos te veía tu padre.

Aunque no importaba lo sanguinario que fuera, porque nunca llegaría a ser suficiente para él. Había nacido a la sombra de un hermano mayor que era perfecto; él era el que había nacido para brillar, él era el que estaba destinado a ser un hombre de la mafia, a ser el segundo del Pakhan.

Yo solo era un recordatorio. El recordatorio de que la mujer que mi padre había amado con todo su corazón falleció dándome a luz. A pesar de que nunca me lo había recriminado, tenía la sensación de que en su fuero interno lo hacía, que me culpaba por ello. Mi padre intentó que mi madre abortara cuando ella estaba embarazada de mí y los médicos le dijeron que era un embarazo de riesgo. Pero mi madre quiso tenerme, arriesgó su vida por la mía.

¿Por qué sino mi padre permitió que me alejara de él a medida que me hacía mayor? Él jamás le hubiera consentido a Yaroslav tener una vida lejos de la mafia. Sin embargo, nunca se negó cuando yo le pedí irme a estudiar a Los Ángeles.

Y eso era algo de lo que, en un pasado, me había aprovechado. Pero que ahora, al pensarlo, me producía cierta irritación.

Porque yo era igual de Vasiliev que lo había sido Yaroslav. Igual de Vasiliev que era mi padre.

Era mi derecho de nacimiento.

En serio, ¿qué cojones me pasaba? ¿Desde cuándo eso me importaba? Joder, estaba perdido.

«O quizás nunca has estado más orientado que en estos momentos. Quizás estás en el camino correcto, donde siempre debiste estar».

Aunque las palabras se repitieron en mi mente, no dejé que llegaran a mí.

Mi padre le dio la última calada al cigarrillo y lo lanzó por la ventana. Se desabrochó el cinturón de seguridad y estiró la mano para abrir la puerta de copiloto cuando yo lo detuve.

—Él no lo hizo. —Era la primera vez desde que explotó todo siete meses atrás que hablaba directamente sobre mi hermano con mi padre—. Yaroslav jamás intentaría traicionar a Mikhail.

Yaroslav era leal a él, era leal a la Bratva.

Mi padre se quedó congelado. Durante unos instantes permaneció en silencio, y por un momento, temí que abriera la puerta del coche y se marchara.

Hacía siete meses descubrimos que mi hermano mayor, Yaroslav, había averiguado que su verdadero padre no era el que él creía. Y eso lo había llevado a querer traicionar a su organización y a su mejor amigo. No me lo creí ni por un instante; ni siquiera cuando vi el vídeo donde él lo reconocía. Pero mi padre sí lo hizo, también Mikhail.

—Yaroslav se suicidó, Leonid. Lo hizo porque los remordimientos pudieron con él.

—No se suicidó, lo mataron —dije con determinación, cerrando mis manos en puños—. Lo asesinaron las mismas personas que nos quieren hacer creer que quería traicionar a Mikhail. No sé por qué reconoció esas mentiras en el vídeo, pero…

—Ya basta, Leonid —me cortó mi padre, alzando levemente la voz, algo que nunca hacía —. Mikhail y tú no os creísteis su suicidio y tuvisteis que remover toda la mierda. ¿Y qué conseguisteis aparte de ensuciar su recuerdo?

—Nadie sabrá jamás que ese vídeo existe.

Para todo el mundo, Yaroslav se había suicidado porque no podía soportar más la vida que llevaba, porque no aguantaba seguir siendo un soldado de la Bratva.

Por favor, ¿quién se podía creer semejante patraña? Quien se lo creyese era evidente que no conocía a mi hermano.

—No, no lo harán —confirmó mi padre con una exhalación amarga—. Pero lo sabemos Mikhail, tú y yo. Hubiera preferido no saber que mi hijo mayor era un traidor.

—Yaroslav no era un traidor, papá. —Tan solo tener que pronunciar la palabra traidor y el nombre de mi hermano en la misma frase hacía que la furia ardiera en mis venas—. Tampoco era un cobarde que se suicidaría para escapar de la mafia. Él vivía para nuestra organización. —«Nuestra». La palabra se repitió como un eco en mi mente, porque hacía siete meses atrás jamás me hubiera considera parte de la Bratva a pesar de serlo—. Voy a limpiar su imagen con la verdad.

Mi padre suspiró con cansancio. Apoyó su cabeza en el respaldo del asiento y la ladeó para mirarme.

—¿Por qué te importa? Vosotros ni siquiera erais cercanos.

Mi padre no se equivocaba.

Mi relación con Yaroslav no había sido precisamente buena. A pesar de que mi hermano fue mi referente, un héroe durante mis primeros años de vida, cuando crecí, nos distanciamos. Pero no por las razones que todos a nuestro alrededor creían: nuestro distanciamiento poco tenía que ver con mi rencor por nacer a la sombra de un hermano que se llevaría todo el poder y reconocimiento, porque nunca quise el puesto de Yaroslav.

Me alejé cuando comencé a ver lo que la Bratva te hacía, cuando fui lo suficientemente mayor como para entender que las atrocidades de nuestro mundo no estaban hechas para mí. Mi hermano no opinaba de la misma manera que yo, porque él hubiera muerto por nuestra organización.

A pesar de que, durante los últimos años apenas habíamos hablado, había tenido la segura convicción de que, si algo me pasaba o si lo necesitaba para algo, él estaría ahí por mí.

Extraño pero cierto.

—Porque él lo haría por mí —respondí sin dudar—. Se merece que limpie su nombre y que vengue su muerte, papá. Es lo menos que puedo hacer por él.

Mi padre me miró durante unos instantes, en silencio.

—Mikhail me dijo que te quedaste el teléfono —murmuró al cabo de unos minutos—. Aparte del vídeo, había un audio —aquellas palabras se hundieron dentro de mí. Porque se refirió a Yarolav como mi hermano, no como su hijo— lo confesaba todo. —Uno no, había más de cinco, pero preferí omitir esa información—. ¿Lo escuchaste?

Pude ver en sus ojos que quería que le desmintiese las palabras de Mikhail, que le dijese que nada de eso era cierto, pero no podía hacerlo. Aunque era lo que más deseaba en esos momentos, no podía negar la realidad.

—Sí, pero él estaba mintiendo.

—¿Has encontrado algo que avale eso?

—No, pero muchas cosas no cuadran. Alessandro aseguro que el no falsificó las pruebas que culpaban a Orel —dije, nombrando a uno de nuestros hombres. Uno que Mikhail y yo habíamos matado pensando que estaba detrás de la muerte de Yaroslav, pero no había sido así—. ¿Por qué Orel envió a un sicario a matar al hombre que le dio las pruebas a Yaroslav de que Alessandro era su padre? ¿Y por qué…?

—Alessandro mintió, él colocó las pruebas falsas —me interrumpió—. Él fue quien envió al sicario a matar a ese hombre, para evitar que lo chantajeara con revelar lo que sabía. El sicario os mintió por órdenes de Alessandro. No pudimos volver a interrogarlo, ya que un día después de que Mikhail matara a Alessandro, descubrimos que el sicario había sido asesinado días antes. Déjalo ya, Leonid. La vida sigue; no hay nada que podamos hacer para cambiar el pasado. Tu hermano está muerto y ahora tú eres el segundo. Tienes responsabilidades de las que ocuparte: céntrate en la Bratva y olvídate de Yaroslav.

No esperó mi respuesta. Salió del coche y cerró la puerta con más fuerza de la necesaria. Rodeó mi vehículo para dirigirse hacia el maletero y sacar su maleta. Me hizo un gesto con la mano a modo de despedida mientras se dirigía hacia el interior del aeropuerto.

A pesar de que estaba apretando el volante con tanta fuerza que temí partirlo en dos, por una parte, fue mejor así. Porque aquella conversación no iba a llevarnos a ninguna parte. No lograría convencer a mi padre y yo no iba a darle la respuesta que él quería escuchar.

Porque jamás me rendiría. No importaba la cantidad de audios o de vídeos que viese de mi hermano reconociendo sus planes de traicionar a la Bratva, porque tenía la absoluta certeza de que era inocente.

Puede que mi padre y Mikhail lo hubieran abandonado, pero yo nunca lo haría.

Seguiría luchando por descubrir la verdad, seguiría luchando por él.

Porque se lo debía.

CAPÍTULO 6

SERENA

—No me puedo creer que me digas que *Love Actually* es mejor *Pretty Woman* —se quejó mi madre al otro lado de la línea.

—Mamá, no digo que sea mejor. Sabes que me gusta *Pretty Woman*.—A mi madre le encantaba esa película y me hacía verla, mínimo, una vez al año—. Simplemente, si tendría que elegir entre las dos, escogería *Love Actually*.

Mi madre exhaló un suspiro de indignación y yo no pude evitar reírme. Adoraba que mi madre se pusiera tan dramática.

—Te lo perdono porque sabes que no puedo criticar ninguna película que protagonice Julia Roberts. Aunque, dime, tu película favorita sigue siendo *Notting Hill*, ¿verdad? Eso no ha cambiado.

—Por supuesto que sí —respondí con los ojos cerrados a la vez que sonreía. Apreté el auricular contra mi oreja mientras me impulsaba con los pies y me hacía girar a mí misma en el taburete alto en el que estaba sentada—. Oye, mamá, ¿qué te estás leyendo ahora? Necesito nuevas lecturas.

No solo había heredado de mi madre mi afición por las películas románticas, sino que también me había transmitido su pasión por la lectura. Ni mi padre ni mis dos hermanos mayores eran aficionados a leer, por lo que mi madre estaba particularmente orgullosa de haber conseguido transmitirme su pasión por las letras.

—Pues en el club de lectura estamos leyendo *Los siete maridos* de Evelyn Hugo. Pero tú ya te lo leíste el año pasado, ¿no?

Aquellas palabras me hicieron abrir los ojos y dejar de girar en la silla. Fueron como un golpe de realidad para mí. Porque mi madre y yo acudíamos juntas a ese club de lectura y yo hubiera ido sino me encontrase en Dublín en contra de mi voluntad. Yo estaría releyendo Los siete maridos y seguiría con mi vida.

La vida que Leonid me había arrancado.

Mi madre siguió hablando, rellenando mi silencio con más recomendaciones de libros; seguramente, porque, tal vez, su mención al club de lectura le había hecho llegar a la misma conclusión que yo. Pero yo no podía escucharla, no podía hacerlo porque mi mirada estaba en la bandeja de galletas con chispas de chocolate caseras que tenía delante de mí y que yo misma había hecho esa tarde.

—Mamá —la llamé, interrumpiéndola suavemente—, he hecho unas galletas con chispas caseras. ¿Quieres que te las enseñe por videollamada?

Durante un largo instante hubo un silencio en el otro lado de la línea.

—Mi vida, sabes lo mucho que me gusta ver y probar todo lo que cocinas, pero se me ha estropeado la cámara del móvil y no puedo hacer videollamadas. ¿Por qué no me envías una foto para que pueda verlas?

Ella me estaba mintiendo. Mi madre siempre llamaba por videollamadas; decía que así podía ver nuestros rostros mientras hablábamos. Era una costumbre que mi padre había

terminado aceptando, que a mí me gustaba, que mi hermano Elio ignoraba y que mi hermana Melania detestaba.

La mentira ni siquiera era elaborada. Si se le hubiera estropeado las dos cámaras del móvil no habría tardado ni media hora en ir a la tienda más cercana a comprarse otro.

La realidad era tan evidente que me fue imposible seguir ignorándola. No podía seguir fingiendo. De la misma manera que había fingido creer que mi madre se había equivocado al pulsar el botón a la hora de ver su llamada, o creerme que papá realmente estaba trabajando y no podía ponerse al teléfono porque estaba en una reunión importante en esos momentos. Lo había hecho por la misma razón por la que había evitado sacar el tema de Leonid.

Porque si cerraba los ojos y hablaba de cualquier tema trivial con mi madre, podía imaginarme que yo me encontraba en nuestra casa de Turín mientras ella estaba fuera porque había acompañado a mi padre a uno de sus viajes de negocios y no en la cocina de mis tíos esperando a que Leonid viniese a recogerme para nuestra cita.

A veces, vivir en una mentira es más fácil que hacer frente a la realidad. Más fácil que aceptar que mis padres no se atrevían ni a mirarme a la cara porque les costaba asumir que no había nada que pudieran hacer para evitarme un destino que no deseaba. Y más fácil que aceptar que nada me salvaría de un matrimonio con Leonid.

—Mamá —dije, observando el reflejo de mi vestido azul de flores en la puerta de cristal medio abierta que se encontraba frente a mí—, tengo que irme.

Ella exhaló un sollozo que no tardó en tratar de disimular con una tos débil. Otro golpe más de realidad.

—Claro.

Ambas sabíamos que, si en esos momentos, estuviera haciendo una videollamada con mi madre, ella se hubiera echado a llorar en el instante en el que me hubiera visto. Mi madre era demasiado sentimental y casi tan transparente como yo. Podía intentar disimular por teléfono, pero nunca si la miraba a los ojos.

Ella no lo hubiera soportado, y yo tampoco.

—Te quiero —me despedí.

—Yo también, cariño.

Y tras escuchar aquellas palabras, finalicé la llamada.

Mi corazón se encogió, pero abrí la cámara y le saqué una foto a las galletas recién horneadas para enviársela. Porque sabía que, pese a todo, le haría ilusión verlas.

—Serena —la voz de Renzo hizo que alzara la mirada. Él estaba en medio de la cocina, y al ver su expresión, me di cuenta de que llevaba más tiempo del que creía—, ¿estás lista?

—Sí. —Me levanté del taburete de un salto y cogí mi cárdigan blanco y el bolso del mismo color que había dejado sobre la encimera. Cuando vi que giró las llaves de coche alrededor de su dedo índice, pregunte—: ¿Me llevas tú?

Renzo asintió y un poco de la presión que sentía en mi estómago se alivió. Había supuesto que sería Leonid quien vendría a recogerme, así que, al menos, no tendría que estar a solas en un coche con él de nuevo.

Atravesé la cocina para dirigirme a la puerta esperando que Renzo viniera conmigo, pero el caminó hasta la encimera y se inclinó para coger una galleta.

—Tus galletas son lo mejor. Y a mí ni siquiera me gusta el dulce.

Sonreí. Y la presión en mi estómago se alivió un poco más. Tal vez mi vida se estaba desmoronando, pero podía contar con Renzo.

Eso hacía aquella situación un poco más fácil.

El viaje en coche se me hizo absurdamente corto, como si el tiempo hubiera decidido jugar conmigo, acelerando justo cuando yo quería que se detuviera. Como si quisiese recordarme que mi encuentro con Leonid era algo no podía evadir, que era algo iba a pasar quisiera o no.

No me sorprendería que el tiempo se hubiera puesto de su parte.

Miré hacia mi izquierda cuando sentí que el coche se detenía.

—¿Ya estamos?

Renzo frunció sus oscuras cejas.

—Eso creo —musitó.

Ladeé mi cabeza para mirar a través de la ventana y no tardé en verlo. Leonid estaba a unos pasos de nuestro coche y alzó su mano para saludarme.

Renzo ya estaba bajando del coche, pero yo permanecí quieta en mi asiento, inmóvil. Me pregunté qué pasaría si le pedía que me llevara de vuelta a casa. Aunque, en el fondo, sabía exactamente qué sucedería. Conocía lo suficientemente bien a Renzo como para tener el pleno convencimiento de que cumpliría con mi petición pese a que eso desataría una guerra. Y también sabía lo suficiente de Leonid como para intuir que no aceptaría ese rechazo.

Con un suspiro de resignación, estiré mi mano y mis dedos se cerraron sobre la hebilla del cinturón de seguridad, y juraría que la sonrisa de Leonid se ensanchó. Tardé unos pocos segundos en apretar el botón, con un chasquido seco la banda de la tela se aflojó sobre mi pecho. La deslicé con desgana y abrí la puerta.

Una brisa fresca me recibió, a pesar de que no era un día particularmente frío.

—*Prometida* —me saludó Leonid cuando estaba cerrando la puerta del coche y aquella palabra hizo que la empujara con más fuerza de la debida, provocando un sonido seco que me hizo girar brevemente la cabeza hacia el vehículo con preocupación—. Es un placer volver a verte. —Se acercó a mí y pude ver un brillo de retorcida diversión chisporroteando en sus ojos verdes—. Estás guapísima. —Apreté los labios sintiendo cómo mis mejillas comenzaban a encenderse sin poder evitarlo.

Él fue a inclinarse hacia mí para darme dos besos, pero yo di un paso a un lado, apartándome de él. Leonid arrugó la nariz, pero luego movió levemente la cabeza.

—Venga, vamos —dijo con su característica sonrisa. Durante un instante, él miró fijamente un punto a mi izquierda, y no fue hasta que no me giré que no me di cuenta de que estaba mirando a Renzo, que nos observaba fijamente con los brazos cruzados. Después, me hizo un gesto con la mano y comenzó a andar.

Caminé a su lado hasta salir del estacionamiento. Hice una mueca al ver lo que se dibujaba a lo lejos. Las luces de colores, los sonidos confusos de música y risas, y la silueta inconfundible de una noria girando lentamente en el horizonte me hicieron fruncir el ceño, sorprendida.

—¿Me has traído a una feria? —pregunté, sin poder disimular la mezcla de asombro y curiosidad en mi voz.

Leonid asintió con una sonrisa divertida, como si hubiera estado esperando justo esa reacción, como si hubiera querido sorprenderme. Lo que no tenía ningún sentido, ya que a Leonid no le importaba. Ni siquiera entendía por qué se molestaba en todo este asunto de las citas.

—Vi un anuncio por casualidad en una de esas pantallas del autobús, las que ponen

publicidad para lavarte el cerebro mientras viajas, y pensé que te gustaría.

—¿Viajas en autobús? —pregunté, sorprendida.

—Solía utilizarlo a menudo en Los Ángeles para ir a la universidad, pero ya apenas lo uso.

—¿No es peligroso?

En nuestro entorno no era habitual utilizar el transporte público por una cuestión de seguridad. Sus enemigos podían atacarle. Me sorprendía que un alto cargo de la Bratva como él lo hiciera, aunque, a esas alturas, debería saber que Leonid era diferente a cualquier hombre de la mafia que hubiera conocido.

—Oh, Rena, me encanta el peligro —respondió con un destello en sus ojos tan desquiciante que me heló la sangre. Porque él no estaba mintiendo—. Además, mi Pakhan tiene una pequeña obsesión con la puntualidad y el autobús no siempre coopera.

—Siempre puedes mirar los horarios de antemano y coger uno que llegue antes —dije, porque me puse tan nerviosa que solté la primera tontería que se me pasó por la cabeza.

Leonid se encogió de hombros.

—No me gusta esperar… en nada —murmuró, su mirada se alzó un poco, como si aquellas palabras tuvieran más de una interpretación.

Sabía que se estaba refiriendo a nuestra boda. Él no quería esperar un año.

—Yo prefiero esperar a que me esperen. Se llama educación —contesté, evitando caer en su trampa.

Aunque, en el momento en el que esbozó una sonrisa traviesa, supe que había caído igualmente.

—Soy un hombre educado, Rena. Solo que creo que la vida es mucho más que vivir con prisas. Me gusta disfrutar de cada momento, con calma, sin apuros. —Hizo una pausa, comenzando a caminar de nuevo, y yo le seguí—. Ahora, por ejemplo, quiero disfrutar de nuestra cita sin que nada nos atosigue. Ni siquiera tu guardaespaldas.

Renzo bufó, porque lo escuchó perfectamente, pero no respondió. Él estaba detrás nuestro, lo suficientemente lejos como para respetar las distancias, aunque lo suficientemente cerca como para poder vigilarme. Renzo seguía las órdenes de mi padre y de mi tío; sin embargo, tenía la plena convicción que, a pesar de que no se lo hubieran ordenado, él estaría allí igualmente, protegiéndome. Porque si en alguien podía confiar, era en él.

—No es una cita.

—Sí que lo es. Somos dos prometidos que van a pasar el día a una feria. Eso es una cita.

—¿Para ser una cita no deberíamos haberlo decidido los dos? —espeté con irritación.

Leonid se detuvo para mirarme.

—¿No te gustan las ferias?

De todos los lugares a los que esperaba que Leonid me llevaría, jamás hubiera imaginado una feria. Tal vez un restaurante caro o a la ópera. Debería haberlo sabido mejor, Leonid no era como el resto de hombres de la mafia, o no como los que conocía.

Él había escogido un lugar más personal, más romántico. Aunque no había nada romántico en sus intenciones.

Leonid carraspeó y me dí cuenta de que estaba esperando una respuesta.

—Me encantan —respondí con honestidad. Porque, al contrario que él, yo no era ninguna mentirosa.

—Lo suponía. —Sonrió con satisfacción—. Eres el tipo de persona que disfrutaría de una tarde en la feria.

—No sabes la clase de persona que soy. No me conoces, Leonid.

—Creo que te equivocas, *prometida*. Creo que te conozco mejor de lo que piensas.

No, el que se equivocaba era él. Sin embargo, decidí no contestar y embarcarme en una discusión eterna. Por eso di por finalizada la conversación y comencé a andar de nuevo. Él me siguió y nos dirigimos hacia la feria. A pesar de que parecía no ser muy grande, estaba llena de gente. Observé los puestos, las brillantes luces de colores que decoraban sus techos de lona y las personas agolpándose en cada uno de ellos. Me fijé en el carrusel de madera que vi a lo lejos y una montaña rusa en la que no tenía ninguna intención de montarme.

Ladeé la cabeza para mirar a Leonid. Con aquella camisa de manga larga con un estampado de palmeras, unas bermudas azules y unas Havaianas negras, estaba completamente mimetizado con el lugar. Parecía inofensivo, con ese encanto innato suyo, y esa belleza masculina que no parecía terrenal. Nadie pensaría ni en sus sueños más locos que aquel hombre se manchaba las manos de sangre diariamente.

Ese era el gran problema de Leonid. Que para ser un hombre de la mafia, no parecía ser uno.

Pero yo había visto detrás de esa capa que mostraba al mundo. Había visto al monstruo que se escondía en su interior y no podía olvidarlo.

—¿Qué tal tu primera semana en Dublín? —me preguntó, rompiendo el silencio que se había instaurado entre nosotros.

Era una pregunta casual, del tipo que se hace solo para iniciar una conversación. Pero su tono tenía algo más… una intensidad sutil, como si detrás de esas palabras hubiera un interés más profundo, como si de verdad estuviera interesado en saber la respuesta.

—Bastante aburrida —reconocí.

—Eso va a cambiar hoy. Dicen que las ferias que se celebran en Dublín son las mejores. ¿Has estado en alguna?

—En Turín muchas veces. Cada vez que hay una cerca y puedo ir, lo hago. Pero aquí es la primera vez.

Él arqueó una ceja.

—¿Y por qué si te gustan?

—Hasta ahora solía venir dos o tres veces al año, y como mucho, un par de semanas cada vez.

—Aún así. Raro sería que en ninguna de esas visitas no tuvieses la oportunidad de visitar una.

Me encogí de hombros.

—Siempre vengo para estar con mi prima y a ella no le gustan este tipo de planes. Prefiere ir a cenar o de compras.

—Pero a ti sí te gustan y eso debería bastar —señaló. Cuando lo miré con confusión, alzó las manos, y con una sonrisa extraña, apostilló—: Olvidaba que estábamos hablando de tu prima.

No supe interpretar sus palabras. Estaban llenos de un tono mordaz.

Cuando conocí a Leonid por primera vez, Isabella y él aún estaban prometidos y él parecía encantado con ella. Entonces, ¿por qué ahora notaba una evidente repulsión hacia mi prima? ¿Estaba dolido con ella porque lo había rechazado? Tal vez sentía que había jugado con él porque él sí había estado enamorado de ella.

Esa fea sensación que se había asentado en mi estómago días atrás cuando en la cena que mantuvimos salió el tema de su compromiso con mi prima, regresó con fuerza a mí.

Porque no deberían importarme los sentimientos de Leonid hacia Isabella. No, no lo hacían. Me importaba un comino de quien estuviera enamorado o no Leonid. Entonces, ¿por qué ese desagradable hundimiento en mi vientre no se iba?

—¿Por qué estás haciendo esto, Leonid? —pregunté directamente.

Él tuvo el descaro de parecer confundido.

—¿El qué?

«Fingir que te interesas en mí, fingir que te gusto».

—Molestarte en traerme aquí —respondí en su lugar—. Como si te importara.

—Vamos a casarnos, claro que me importas. Y te he traído a la feria porque sabía que te gustaría. ¿No es lo que se hace en una cita?

—¡No lo sé! —exclamé con irritación, levantando la voz más de lo que me hubiera gustado. Porque Leonid me miraba con tanta seriedad y parecía tan decidido que, por un instante, me dejó sin argumentos—. Es la primera vez que tengo una —suspiré—. Y además, esto no es una cita real.

—Es una cita real, Rena —lo dijo con cansancio, como si no supiera qué hacer para que me entrara en la cabeza.

—Me parece que en eso disentimos.

—Vaya, te gusta discutir, ¿eh?

—En realidad, no.

No me gustaban las discusiones ni ningún conflicto en general. Siempre huía de ellos, los evitaba como la peste. La palabra «no» no estaba en mi diccionario y a menudo hacía cosas que no quería hacer tan solo por evitar un problema.

Mi prima Isabella decía que era demasiado blanda, pero yo prefería pensar que era una persona pacífica.

Con todo el mundo, menos con Leonid.

—¿Quieres uno? —me preguntó Leonid, cambiando de tema, y no fue hasta que seguí la dirección que su dedo índice apuntaba que no fui consciente de que se había detenido frente a un puesto y yo con él. Abrí la boca para negarme, pero entonces vi los algodones de azúcar y el dulce aroma invadió el aire. Antes de que pudiera reaccionar, Leonid ya estaba pidiendo uno y sacando su cartera para entregarle un par de monedas al vendedor.

Mis ojos se iluminaron cuando me extendió el algodón de azúcar rosa. Hacía más de un año que no probaba uno.

—No te he dicho que sí —me quejé—. Que sepas que solo lo acepto para no hacerle el feo al vendedor —dejé claro, cogiendo el palo con resignación. Arranqué un pedazo con los dedos y un pequeño murmullo de felicidad se escapó de mis labios cuando sentí el azúcar fundiéndose en mi lengua.

—A veces no hace falta una respuesta verbal —apuntó Leonid empezando a caminar de nuevo.

—En mi caso, sí —repliqué, arrancando otro pedazo—. Siempre.

—En lo realmente importante, te preguntaré, Rena. —El tono serio que adquirió su voz provocó que girase la cabeza para mirarlo. Sus ojos me observaban con una intensidad que hizo que me estremeciera—. A pesar de que sabré que no me equivoco.

—Estás muy pagado de ti mismo.

—No, solo te conozco —respondió, encogiéndose de hombros. Y antes de que pudiera refutar, señaló con una irritante satisfacción—: He acertado con lo del algodón de azúcar, ¿no?

—A todo el mundo le gusta el algodón de azúcar. Y yo también te conozco a ti, Leonid.

—Si es así, sabes mas que yo.

No comprendí sus palabras, pero el tono amargo que desprendió de ellas hizo que quisiera cambiar de tema.

—¿Tú no quieres otro?

Porque ¿quién podía resistirse a un algodón de azúcar?

Partí otro pedazo y me lo llevé a la boca. Los ojos de Leonid siguieron mi movimiento y el peso de su mirada consiguió que el algodón se derritiera con mayor rapidez entre mis labios. Tragué saliva; mi garganta se sintió repentinamente seca y mi pulso se aceleró.

—Quizá luego —dijo con voz ronca.

Y yo asentí tontamente porque ni siquiera podía comprender lo que estaba pasando. El efecto que Leonid parecía provocar en mí.

Lo seguí mientras caminábamos por la feria. Le dejé que nos guiara, mientras yo me envolvía en la felicidad azucarada que me proporcionaba el algodón. Puede que los dulces no solucionaran la vida, pero, sin duda, la endulzaban.

De pronto, sentí a demasiada gente a mi alrededor, como si, de repente, todos en la feria hubiera decidido reunirse justo dónde me encontraba. Aunque no parecía haber nada especial en ese punto, el bullicio se volvió casi agobiante.

—Ven, vamos a salir de esta marabunta —dijo Leonid, haciéndome un gesto mientras se adentraba en un estrecho callejón que yo no había visto.

Al cruzarlo, nos adentramos en otra parte de la feria que era más tranquila. No había tanta gente y se podía respirar con tranquilidad.

Me detuve cuando vi una papelera y lancé el palo vacío. Después, me limpié con la servilleta de papel los restos de azúcar en mis manos y la tiré.

—Te has dejado un poco de algodón ahí —me dijo Leonid, señalando la comisura de mi labio inferior. Fui a buscar en mi bolso un Kleenex, pero él no me dio tiempo, se inclinó hacia mí y la yema de su dedo índice acarició mi labio con lentitud, atrapando el diminuto copo rosado que se había quedado pegado a mis labios. Se llevó el dedo a su propia boca y observé con fascinación cómo atrapaba el azúcar con su lengua—. Tan dulce cómo imaginé —susurró.

Me quedé inmóvil, sin saber cómo reaccionar.

—¿Noria? —preguntó Leonid, señalando a su derecha hacia la noria. Había estado tan absorta que ni siquiera la había visto.

Y de nuevo, volví a asentir patéticamente con la cabeza.

—Clar... claro.

—Vamos.

Leonid me hizo un gesto y nos dirigimos hacia la noria. Acababa de pasar el turno anterior, por lo que no había fila. Él se situó frente al taquillero y yo me quedé a su lado. Observé con fascinación cómo la estructura giraba. Mis pensamientos se agolpaban uno tras otro de forma desordenada e incoherente, mi cuerpo vibraba y, de alguna manera, pese a no haber subido aún, me sentía como si estuviera montada en una noria.

¿Así era cómo me hacía sentir Leonid?

—¿Qué cojones haces? —Una voz hostil y demasiado familiar para mí me sacó de mi ensoñación. Renzo se encontraba a mi lado con los brazos cruzados, claramente enfadado.

—Montar en una noria. —Leonid se encogió de hombros, y como si fuera evidente, señaló la noria que se encontraba frente a nosotros—. Rena quiere.

Por supuesto que aquella explicación no fue suficiente para Renzo.

—Has intentando escaquearte de mí.

Y, en ese momento, me di cuenta vergonzosamente que me había olvidado por completo de mi guardaespaldas. Ni siquiera me había molestado en comprobar si nos seguía. Eso era algo que nunca me había pasado. Renzo siempre me daba espacio, se mantenía a una distancia prudente para que pudiera sentirme libre, sola incluso. Pero, aun así, siempre era consciente de su presencia. Incluso cuando salía con amigas lo buscaba con la mirada de vez en cuando, solo para asegurarme de que seguía allí.

Pero, esta vez, con Leonid, precisamente cuando menos segura debería sentirme y más debería buscarlo, me había olvidado de él.

¿Qué me pasaba?

—En absoluto —respondió Leonid. Su tono era calmado, pero contenía una soberbia que ni siquiera se molestó en disimular—. Quizá es que no estás haciendo bien tu trabajo.

Renzo resopló y dio un paso hacia Leonid, desafiante.

—¡¿Pero de qué cojones vas?!

—Dejadlo —intervine antes de que la situación se les escapase de las manos. Porque conocía lo suficientemente a Renzo como para saber que una palabra más y estamparía a Leonid contra las verjas de metal que nos rodeaban, sino le daba un puñetazo—. Nos están mirando.

Hice un leve gesto con la cabeza, indicando con discreción a una mujer que, de la mano de una niña pequeña, paseaba a nuestro alrededor y nos observaba con curiosidad.

Ninguno de los dos captó la sutileza, porque se giraron de inmediato para mirarla, provocando que la mujer, avergonzada, apartara la vista apresuradamente.

—¿Quieres subir a la noria? —me preguntó Renzo con una evidente desconfianza.

—¿Crees que la obligaría? —Leonid se metió las manos en los bolsillos, y pese a su tono calmado y su lenguaje corporal relajado, pude notar cierta indignación en sus palabras.

—Quiero subir —suspiré mirando a Renzo. Porque, ciertamente, me apetecía—. Hace años que no subo a una.

Renzo asintió.

—Subo con vosotros entonces.

—No, no vas a subir —dijo Leonid.

—Tengo órdenes de asegurarme de que no estáis solos en ningún momento.

Leonid puso los ojos en blanco.

Esa era una de nuestras tradiciones. Leonid ya la rompió cuando me llevo en su coche desde el aeropuerto. Yo no veía nada de malo en que los prometidos estuviesen a solas. De hecho, había estado segura de que compartiría momentos románticos a solas antes del enlace con mi prometido. Pero Leonid no era el prometido que yo había soñado.

—No cabemos —le dijo a Renzo.

Miré las cabinas por un instante; Leonid no se equivocaba. Las cabinas eran pequeñas, y tanto Leonid como Renzo, eran grandes. Tampoco quería poner en riesgo mi vida.

—Renzo, tan solo van a ser unos minutos —traté de persuadirlo con una sonrisa temblorosa —. Las cabinas son transparentes. Voy a estar bien. —O eso esperaba. Porque aquellas razones no eran suficientes para detener a Leonid.

Renzo observó las cabinas con los ojos entrecerrados.

—Iré en la siguiente cabina a la vuestra —decidió.

—Pues tendrás que comprar tu ticket —Leonid alzó su teléfono, mostrándole unos tickets

electrónicos con una sonrisa de suficiencia—. Puedes comprarlos online, pero cuesta hacerlo. Lo sé porque ayer estuve dos horas hasta que lo conseguí, pero también tienes la cabina ahí. —La noria se detuvo y le señaló con su cabeza la larga fila que se había formado en tan solo unos pocos minutos—. Buena suerte con eso.

¿Leonid había invertido dos horas de su tiempo en conseguir unas entradas electrónicas para que no tuviera que esperar? Mi corazón golpeó con fuerza en mi pecho. Era un gesto bonito.

No, Leonid no tenía gestos bonitos. Estaba convencida de que tenía una motivación oculta y retorcida para hacerlo. Aunque no supiera cuál era, seguro que había una.

—No hace falta —contestó Renzo con una calma que me sorprendió hasta a mí—, porque ellos me darán sus entradas. —Señaló con su barbilla a los dos hombres que se encontraban detrás nuestro en la fila.

—¿Perdona? —preguntó uno de ellos, el que era el más alto de los dos, frunciendo el ceño, claramente confundido.

—Claro que sí, colega. Y si quieres, también te doy un ramo de flores —añadió el otro, soltando una carcajada—. ¿Qué es esto, una cámara oculta? Porque si es una broma, te aviso que tengo muy mal sentido del humor.

Renzo se giró hacia ellos.

—¿Tengo pinta de ser un hombre que hace bromas?

No supe cómo terminó la conversación porque el taquillero nos llamó para que nos montáramos en nuestra cabina, pero Renzo terminó subido con los brazos cruzados en la cabina detrás a la nuestra.

Al final, se había salido con la suya.

—A tu guardaespaldas le gusta mucho demostrar el hombre de la mafia que es —me dijo Leonid con una expresión extraña.

—¿No os gusta a todos?

Él se encogió de hombros.

Me acomodé en mi asiento mientras él, frente a mí, se estiraba en el suyo. Traté de colocarme de manera que mis rodillas no rozaran las suyas, pero era un espacio tan reducido que resultó prácticamente imposible.

—La última vez que me monté en una noria fue en Santa Mónica, el día antes de mudarme a Dublín.

—Por como lo dices, parece que no querías mudarte.

—Lo que quiera o no quiera poco importa.

—Debería importar —respondí a la vez que sentía cómo la noria comenzaba a moverse—. No deberíamos vernos obligados a hacer algo que no queremos.

—Para ser la hija de un alto cargo de la mafia eres muy inocente.

—¿Inocente? —repetí con indignación—. ¿Por creer en la libertad de elección sin importar quién sea mi padre?

—Tu padre llevaba años buscándote un marido y tú estabas encantada con ello —refutó con amargura—. ¿Qué tiene eso de libertad de elección?

—Claro que estaba encantada —reconocí, porque a pesar de que sentí que me estaba lanzando una acusación, no veía nada de malo en ello—. Mi padre me iba a buscar al hombre perfecto para mí.

«Tú no lo eres».

Aquellas palabras no las pronuncié en voz alta, pero no hizo falta. Podía leerse claramente

en mi rostro y Leonid lo notó.

Su expresión era tan imperturbable como siempre, pero, por un instante, tan efímero que apenas pude percibirlo, vi un destello de dolor en sus ojos. Y si no fuera porque sabía que el diablo no tenía sentimientos, pensaría que lo había herido.

—Y aún no estabas prometida porque ese hombre no existe, Rena,

—Existe. Y me merezco la oportunidad de conocerlo.

No sabía bien que estaba intentando. ¿Quizá que Leonid comprendiese que se estaba equivocando? No estaba segura, pero fuera lo que fuera, no funcionó.

—Es precioso, ¿verdad? La ciudad de noche —dijo, cambiando de tema y mirando por la ventana de la cabina—. Todas lo son —continuó antes de que yo pudiese responder—. De niño me gustaba imaginarme que volaba y recorría Moscú desde el cielo.

—¿Te criaste allí?

A pesar de que creía que así era, no estaba segura. Leonid hablaba un inglés perfecto y su acento parecía americano. Si no supiera que era ruso, hubiera asumido que era americano.

—Sí.

—Nunca he estado. ¿Es una ciudad bonita?

—Sí, es preciosa —me respondió con la mirada fija en la ventana—, a pesar de que durante la mayor parte de mi vida lo único que he buscado era irme de allí. Hubiera dado cualquier cosa con tal de marcharme y no volver nunca. Pero ¿sabes qué? —No esperó a que le contestara—. Moscú es para mí como esa prenda de ropa que compraste un día sin saber por qué y que sabes que nunca te la pondrás para salir a la calle, pero de la que no puedes deshacerte. Y que, de vez en cuando, te la pones en casa para mirarte en el espejo con nostalgia y, después, volver a colgarla en el fondo del armario, donde sabes que estará cogiendo polvo durante otros cinco años más.

—¿Echas de menos vivir allí?

—No de manera permanente —contestó con contundencia—. Pero sí echo de menos el bullicio en las plazas, las cafeterías pequeñas donde el aire siempre huele a café recién hecho y las vistas desde el río Moscova, especialmente cuando el sol se pone. Todo eso tenía algo que me mantenía conectado con la ciudad, algo que, aunque me cueste reconocer, nunca he encontrado en otro lugar.

—Me gustaría ir alguna vez.

—Podemos ir unos días durante el viaje de novios. Con suerte, nos casaremos en verano y la temperatura será agradable.

Aquellas palabras me devolvieron a la realidad. Durante unos instantes, mientras conversábamos, mientras Leonid me hablaba tan despreocupadamente sobre él, había creído que aquello era una cita real, una como las que veía en las películas románticas que tanto me gustaban. Tenía todos los elementos para serlo: el chico guapo, la noria, una noche estrellada y aquella brisa que empezaba a anunciar el comienzo del verano.

Había sido fácil hacerlo. Demasiado fácil. Porque, desde fuera, no había nada extraño. Éramos una pareja de enamorados disfrutando de las vistas desde la noria.

Sería sencillo dejarme llevar, fingir que Leonid era el hombre del que me estaba enamorando. Podía, incluso, intentarlo. Pero nunca funcionaría. Porque había visto su negro corazón y nunca me enamoraría de un hombre así.

Aquello no era real. Era solo un juego retorcido, una fantasía que él quería creyese para lograr sus objetivos, fuesen los que fuesen.

La noria se detuvo durante unos instantes y el silencio se instauró entre nosotros. Sentí que mi asiento se tambaleaba ligeramente, pero no me importó. Nunca había tenido miedo a las alturas; es más, me gustaban. El poder observar las ciudades desde lo alto, un privilegio que tan solo tenían las aves, era algo impresionante.

Y Dublín era preciosa. Las vistas desde la noria eran impresionantes.

Traté de concentrarme en los edificios que se veían a lo lejos o en lo diminutas que parecían las personas que estaban en la feria desde donde estábamos. Sin embargo, me fue imposible cuando noté la mirada de Leonid sobre mí.

Detesté sentir que sus ojos se hundían bajo mi piel, detesté que mi respiración se ralentizara y detesté que tuviera algún tipo de efecto en mí.

—Está durando más de lo que pensaba —murmuré, más para mí misma que para él. Porque era incapaz de relajarme cuando me encontraba junto a él.

Me pareció escuchar su risa, pero fue muy sutil, por lo que no estaba segura.

—Mejor, más tiempo para disfrutar de la buena compañía —dijo—. Y de las vistas.

Al principio, no respondí, me quedé en silencio. Porque no quería seguir hablando, no quería continuar con aquella farsa. Pero, por alguna razón que no comprendí, unos segundos más tarde, quizá por educación o simplemente por inercia, tuve la necesidad de añadir:

—Son bonitas.

—¿Prefieres estas vistas o las de las del restaurante?

—No sé, son diferentes… Ambas son bonitas.

Esperé que la conversación se detuviera ahí, pero, por supuesto que, Leonid, a pesar de haberse dado cuenta de que no tenía ganas de hablar, no iba a quedarse callado.

—Me gustó la pasta del otro día —comentó—. Dicen que La Fonte della Pasta es el mejor restaurante italiano de la ciudad.

—No lo es. Puede que sea el más lujoso, pero no es el mejor.

El mejor restaurante italiano de Dublín se llamaba La Tavola di Giuseppe. Era un pequeño local que se situaba en St. Patrick 23, escondido al fondo de un estrecho y maloliente callejón que ni mi tío ni mi prima visitarían ni en sus peores pesadillas.

—¿Y cuál es?

Dejé de mirar las vistas para mirarlo a él.

—¿Te importa?

—Si no me importara, no hubiera preguntado.

—No te gustará. No es ostentoso.

—¿Por qué no me llevas y dejas que lo averigüe por mí mismo?

—No —me negué—, es mi lugar.

Sabía que estaba siendo ridícula e infantil. No era mi lugar, era un restaurante al que acudía mucha más gente que yo. Pero desde que lo descubrí por casualidad, cuando me perdí una tarde de verano hacía años atrás, había sido mi lugar privado, al que siempre iba. No quería compartirlo con él.

—Tu lugar —repitió Leonid con los labios apretados, desviando su mirada hacia la ventana —. Entiendo.

No, no lo hacía.

Y esa fue la razón por la que alcé la barbilla y con una sonrisa le dije:

—Genial.

Porque sentía una extraña satisfacción de que a él pudiera fastidiarle. Quería devolverle, de

alguna manera irracional, un poco de todo el tormento que él me estaba haciendo pasar.

Durante unos instantes, ambos nos mantuvimos en silencio.

—¿Qué tienes con él?

Miré a Leonid, que señaló con su barbilla hacia la cabina de Renzo, que no nos quitaba la vista de encima. Seguía con los brazos cruzados y no pude evitar reírme al pensar que se le iban acalambrar.

—Es mi guardaespaldas —respondí sin entender.

—Parecéis cercanos.

—Lo somos —reconocí—. Él lleva muchos años trabajando para mi familia; prácticamente hemos crecido juntos —dije cuando sentí que la noria se detenía.

Por fin había terminado el trayecto.

Me levanté y Leonid se levantó a la vez que yo. El espacio era pequeño y estaba muy cerca de mí, tanto que podía sentir su aliento fresco sobre mi piel.

—Aunque me considero un hombre generoso —Leonid sonrió, como si fuera una broma privada que no comprendí—, no comparto lo que es mío, Rena.

Y a pesar de que no entendí sus palabras, en ese instante me di cuenta por qué no podía fingir con Leonid. Puede que se mostrara amable y como un auténtico caballero, pero tenía esa oscuridad dentro de él, esa oscuridad que estaba viendo en esos momentos en sus ojos. Y aunque era bueno ocultándola, antes o después, acababa saliendo a la superficie.

CAPÍTULO 7

SERENA

Después del viaje la en noria me había sentido mareada y prácticamente había corrido hacia el baño más cercano. Afortunadamente, mi explicación rápida de «necesito encontrar un baño» había convencido a Leonid, y aunque me había seguido detrás hacia los aseos que se encontraban hacia la derecha de la noria, no me había detenido.

Necesitaba un momento a solas.

Me aferré al borde del lavabo con las manos temblorosas. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho y mi respiración era irregular. Con un movimiento torpe, abrí el grifo y junté mis manos bajo el chorro, dejando que el agua se acumulara en mis palmas antes de lanzarla sobre mi rostro.

«No comparto lo que es mío, Rena».

Las palabras se repetían una y otra vez en mi mente.

Leonid me abrumaba. Simplemente, era demasiado.

El agua fría sobre mi piel me trajo un poco de calma, y cuando sentí que mi respiración se acompasaba, cerré el grifo. Contemplé mi reflejo en el sucio espejo que se encontraba frente a mí durante unos instantes. Abrí mi bolso para sacar mi gloss y aplicarme un poco en los labios. No sabía si lo hacía para distraerme o simplemente para alargar ese momento en el baño lo máximo posible. Quizás, ambas.

—Estoy haciendo lo que me pediste —le escuché decir a un hombre. Las paredes de los baños portátiles eran finas, así que se debía escuchar todo. Al principio no le presté atención, no hasta que oí las siguientes palabras—: Sí, lo estoy siguiendo. Su acompañante es guapa, pero una frígida. Hasta me da pena el pobre imbécil, la ha traído a un lugar aburrido como este y ni siquiera se han besado.

El hombre estaba apoyado por fuera en una de las paredes del baño, por eso podía escucharle tan nítidamente.

Aunque una parte de mí quería quedarse y seguir escuchando la conversación, no lo hice. Yo no era una cotilla, y además, aquella conversación era muy extraña, casi perturbadora. Pero, probablemente, me estaba perdiendo el contexto.

Cerré el bolso, me colgué la correa en el hombro y salí por la puerta. Había oscurecido del todo. La luna estaba tapada por las nubes y solo una farola iluminaba el camino.

No vi a Leonid ni a Renzo, pero si vi a un hombre que se dirigía de regreso a la feria. Estaba bastante segura de que se trataba del mismo que había escuchado hablando por teléfono. Caminaba tranquilamente, vestido completamente de negro y una capucha negra cubría su cabeza. Tuve la sensación de que buscaba ocultarse. Él ladeó la cabeza hacia mí y sus ojos me miraron fijamente. No lo había visto antes. De haberlo hecho, lo recordaría; no solo porque nunca se me olvidaba una cara, sino porque el ojo derecho de aquel hombre era de cristal.

Sin saber por qué razón, empecé a andar tras él. No estaba pensando y tampoco sabía bien qué pretendía con ello. Tal vez me estaba volviendo loca.

No lo conocía de nada, pero algo en mí me pedía que le preguntase sobre lo que había escuchado. Parecía una enajenada mental. No me reconocía. Aun así, lo seguí, haciéndome

hueco entre la gente.

Por un instante, pensé que se había dado cuenta, porque empezó a andar más rápido, lo que me pareció una tontería. Si realmente hubiese sabido que lo estaba siguiendo, me habría confrontado y yo me hubiera muerto de la vergüenza. Sabía que tenía que retroceder, pero no lo hice. No hasta que me choqué contra un torso musculoso que me obligó a detenerme.

Un aroma familiar, cálido, que reconocí al instante, me invadió.

—¿Serena? —Alcé los ojos para encontrarme con los de Leonid—. ¿Qué haces?

Incliné mi cabeza hacia un lado para mirar hacia delante, pero el hombre se había esfumado.

—Yo… yo…

—¿Tú? —repitió, pero yo no respondí. Porque, ¿cómo le explicaba que había escuchado una extraña conversación y que me había puesto a seguir a un hombre que no conocía de nada? ¿Quién era yo ahora, Jane Tennison? Sí, había tenido una época en que me gustaban los libros de género policíaco, aunque mi preferido siempre había sido el romántico. Desde que me habían comprometido con ese hombre, me estaba costando reconocerme—. ¿Estás intentando huir de mí?

—¿Qué? —dije con incredulidad. Entonces fui consciente de su cercanía y de su agarre en mis caderas y traté de liberarme, pero él no me soltó—. No estoy huyendo de ti, Leonid. Suéltame.

—No intentes escapar de mí, Rena. —Su agarre se afianzó, y aunque no me estaba apretando lo suficiente para hacerme daño, sentí que su toque quemaba bajo la piel—. Si por un instante crees que puedes alejarte, correr un poco de mí, es porque te lo permito. Pero no creas ni por un segundo que puedes huir de mí, porque no puedes hacerlo—me advirtió y, después, me soltó.

—Estás loco.

Leonid me dio una sonrisa enfermiza.

—Cuando se trata de ti, no te imaginas cuánto. No me provoques, porque ni yo mismo sé hasta dónde estoy dispuesto a llegar.

Aquello no era una amenaza, sino una promesa, y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Lo más extraño era que, por primera vez, no fue miedo lo que se apoderó de mí. Era algo diferente, una sensación que no lograba comprender.

—¡Serena! —gritó Renzo, llegando hasta nosotros—. ¿Estás bien?

—Sí, tan solo he salido por la salida equivocada del baño y me he perdido. A veces, soy un desastre orientándome.

Mi pobre excusa no convenció a Renzo. No era la mejor orientándome, pero tampoco era de las que se perdían. Probablemente, tampoco ayudó que Leonid aún siguiera sujetándome, algo que me di cuenta solo cuando Renzo bajó la mirada hacia mi cadera.

Me revolví en su agarre, y esta vez, él me soltó.

—No tienes derecho a tocarla hasta que estéis casados —le advirtió Renzo con los dientes apretados—. Si la haces daño, te mataré, aunque eso me cueste la vida.

Leonid soltó una carcajada sin rastro de humor.

—Porque sé que no es posible, si no pensaría que eres tan imbécil como para desear a mi prometida.

Renzo abrió los ojos y todo su cuerpo se tensó.

Leonid le respondió algo, pero yo no lo escuché, simplemente comencé a caminar. Estaba

cansada de aquella situación. Leonid actuaba como un novio celoso y posesivo.

Él me lo había dejado claro, yo le pertenecía.

Y un comino.

Yo no era de nadie, y menos de él.

—Me voy a casa —declaré en voz alta sin tan siquiera molestarme en mirar hacia atrás. Estaba confundida, enfadada, y muy harta. Jamás me rebelaba de esa manera, pero, en esos momentos, no me importó si llegaba a oídos de mi tío y me llevaba una buena bronca. No podía más. Había llegado a mi límite.

—Espera —escuché la voz de Leonid, pero no me detuve. Sin embargo, él era rápido, me alcanzó con facilidad y sostuvo mi muñeca para que me parara—. Espera.

—¡Suéltame! —grité.

Leonid abrió los ojos, sorprendido, aunque rápidamente lo encubrió. Yo también estaba sorprendida. Nunca alzaba la voz de esa manera.

—Estás deseando librarte de mí, ¿verdad? —Su expresión era seria, no había ni un rastro de sonrisa en su rostro—. Te ofrezco la posibilidad de deshacerte de mí. —Él debió de darse cuenta de que aquellas palabras fueron suficientes para detenerme, porque me soltó—. No me verás durante dos semanas. —Él hizo una mueca extraña que no comprendí cuando yo frunció el ceño —. No puedo darte más que eso —añadió con cautela. Esperó un instante, pero cuando no dije nada, añadió—: Dos semanas sin citas. Tan solo tienes que ganarme a eso. —Señaló el puesto que se encontraba frente a nosotros

Sonreí al ver el puesto.

—Acepto.

Leonid arrugó el ceño.

—No me has preguntado qué pasa si gano yo.

—¿Qué quieres? —pregunté al darme cuenta de que él tenía razón. Ni siquiera me había preocupado por eso.

Él miró hacia atrás, concretamente a Renzo, que nos observaba a unos pasos de distancia, y se inclinó hacia mí como si fuera a contarme un secreto. No hacía falta que se acercara tanto, porque Renzo no podía escucharnos.

—Un beso.

Él quería un beso.

—Eso no es apropiado. Nosotros no estamos casados.

Leonid se encogió de hombros, como si eso no le importara.

—¿Aceptas o no?

Librarme de Leonid durante dos semanas. El trato era demasiado tentador como para negarme.

—Acepto. —No esperé a que Leonid respondiera, me dirigí hacia el puesto.

Una mujer de mediana edad estaba de pie y, a su lado, sentada en un taburete, una chica pelirroja, que no debía ser mucho más mayor que yo y que se encontraban en el puesto mirando el móvil, aburrida. Era uno de los pocos puestos que estaba vacío y me pregunté si esa era la razón por la que Leonid lo había escogido.

«O quizá porque tiene una buena puntería. ¿Acaso no lo has comprobado ya?»

El pensamiento me abordó, y con él, las imágenes del aparcamiento en las que disparaba a Zeno Brambilla. Cerré los ojos con fuerza, como si de esa manera pudiera borrar un recuerdo que, desgraciadamente, jamás desaparecería de mi mente. Aun así, traté de enviarlo a un rincón

oscuro y escondido de mi memoria.

—Danos seis dardos, por favor —le escuché decir a Leonid en el mismo instante en el que abrí los ojos.

—Buenas noches, pareja —nos saludó la mujer. Vi que sostenía seis dardos y los dejaba sobre el mostrador que se encontraba frente a nosotros—. ¿Necesitáis que os explique el juego?

—Gracias —le agradeció Leonid con una sonrisa brillante—. No hace falta, somos amantes de las ferias. Conoces el juego, ¿verdad? —me preguntó, y yo asentí—. Para darle más emoción, cada uno lanzará un dardo cada vez. Si tú explotas más globos que yo, ganas tu premio, y si yo exploto más, lo gano yo.

—Con tres globos ganáis un peluche —intervino la mujer, señalando la amplia variedad de peluches colgados que había en varios estantes.

—Por supuesto —dijo Leonid con una sonrisa lenta—, el peluche. Gracias por recordármelo. —Hizo una pausa—. Perdona que sea tan directo, ¿pero cuál es tu nombre?

La mujer no pareció tomarse a mal las confianzas de Leonid, sino todo lo contrario.

—Me llamo Beatrice, y ella es mi hija Suzette. —Señaló a la chica, que levantó su mirada del móvil al escuchar su nombre.

—Yo soy Leonid y ella es Serena. No quería incomodarte, pero me gusta dirigirme a las personas por su nombre.

Beatrice hizo un gesto con su mano.

—Por supuesto que no me molesta, chico. Estoy totalmente de acuerdo contigo. Cada día somos más impersonales, ya no conocemos ni a nuestros vecinos.

—Qué razón tienes —Leonid se rio y, después, se giró hacia mí—. Vamos, las damas primero.

—Oh, qué joven más educado —dijo Beatrice con un suspiro.

Ahogué el impulso de entornar los ojos.

—No —me negué—, tú primero.

Leonid se encogió de hombros y cogió un dardo.

—Como la dama prefiera —cedió con cierto sarcasmo en su voz. Cogió el dardo con destreza y lo lanzó prácticamente sin pensarlo, explotando un globo azul que estaba en el centro —. Es mi color favorito, ¿sabes?

No le respondí a pesar del hormigueo que recorrió mi cuerpo cuando su mirada vagó por mi vestido azul de flores. Me limité a coger uno de los dardos, pero no lo lancé.

—¿Qué pasa si los dos explotamos la misma cantidad de globos?

—Entonces habrá revancha hasta que uno de los dos explote más globos que el otro.

—La revancha corre a cuenta de la casa —se ofreció Beatrice con una gran sonrisa.

Era evidente que había sido cautivada por el encanto de Leonid. Incluso la hija de Beatrice, Suzette, había guardado su teléfono y nos observaba con atención. En realidad, miraba a Leonid.

No podía culparlas.

A mí me pasó lo mismo cuando lo conocí.

—Oh, muchas gracias, Beatrice. Es todo un detalle de tu parte.

Sostuve el dardo, y al contrario que Leonid, me tomé mi tiempo para mirar la cantidad de globos que había frente a mí. Lancé el dardo, que impactó sobre un globo amarillo, que, con un pop, estalló en pedazos.

—Eso ha estado bien —me halagó Leonid.

Él cogió otro dardo y, con un movimiento certero, lo lanzó y explotó un globo rojo que se

encontraba en el centro, justo al lado del globo que acababa de explotar yo. Entorné los ojos, porque estaba segura de que el muy fanfarrón lo había hecho apropósito.

Él me dio una sonrisa inocente y cogió un dardo, extendiendo su palma para tendérmelo.

Pero yo no lo cogí, sino que agarré uno de los que estaban sobre el mostrador y lo lancé con demasiada rapidez, casi sin pensarlo, pero exploté un globo verde que se encontraba en la segunda fila.

—Dos de dos —murmuré con orgullo.

—Bien jugado, *prometida*. —Leonid cerró la palma de su mano, sus dedos apretaron el dardo durante unos instantes antes de que los abriera y lo sostuviera entre ellos. Esta vez, se tomó unos segundos antes de lanzarlo, como si estuviera decidiendo hacia qué globo apuntar. Primero, inclinó su mano levemente hacia la derecha; luego, hacia la izquierda. Aunque estaba bastante segura de que estaba alargando a propósito el momento, montando un pequeño espectáculo. Repitió el movimiento dos veces, y finalmente, lo lanzó hacia la derecha, explotando un globo azul—. ¿Qué puedo decir? Tengo una buena puntería.

—Eso es algo que ya me has demostrado —respondí, e inspiré profundamente cuando las imágenes del aparcamiento amenazaron con regresar a mí de nuevo. Me obligué a mí misma a detenerlas y cogí el único dardo que quedaba.

No podía perder. Si lo hacía, él ganaría.

Observé las filas de globos de diferentes colores, apilados uno al lado del otro, como si quisiera memorizarlos, y después, miré a Leonid. Mis ojos descendieron inevitablemente hasta sus labios. El labio inferior un poco más grueso que el superior. Algo en su expresión me descolocaba, como si sus labios estuvieran diciéndome más de lo que quería escuchar. Como si me estuviesen invitando a probarlos.

Vaya tontería.

Negué con la cabeza y dirigí mi mirada de nuevo hacia los globos. Sentí el áspero material del dardo en las yemas de mis dedos, notando la punta aguda sobre mi piel. Me centré en un globo rosa que estaba en cuarta posición, en la tercera fila. Aunque me lo pensé mejor y moví levemente el dardo hacia la derecha, apuntando al globo verde que estaba a su lado.

Verde, como los ojos de Leonid.

No pude evitar ladear la cabeza hacia él; primero hacia sus ojos, y luego descendí hasta sus labios.

Volví a centrarme en los globos y lancé el dardo hacia el globo verde. Surcó en el aire y parecía que iba a impactar en él, pero rebotó contra la madera con un sonido seco y después, cayó al suelo.

Junto con mis esperanzas.

—Oh, vaya. —A pesar de que no me atreví a enfrentarlo, sentí la mirada de Leonid sobre mí con tanta intensidad que podía leer hasta mi alma—. Has perdido.

—Supongo que sí —musité.

—No habéis perdido —dijo Beatrice con una sonrisa—. Habéis ganado un peluche. Podéis escoger el que queráis.

Leonid contempló los peluches de la estantería.

—¿Cuál quieres? —me preguntó.

Ni siquiera los miré.

—No hace falta.

—Supongo que tendré que elegir yo —suspiró—. Vamos, dame ese —le pidió a Beatrice.

Ni siquiera presté atención al peluche que escogía. No lo quería.

Leonid se despidió de la mujer y de su hija y yo hice lo mismo con una sonrisa que me costó esbozar. Cuando me di la vuelta, escuché cómo Beatrice le susurraba a su hija:

—Las cosas te irían mejor si empiezas a juntarte a chicos buenos como ese y dejas de perder el tiempo con esos indeseables a los que te arrimas.

—Oh, mamá, ¿qué más me gustaría a mí? Pero ese tipo de hombres escasea. Los pocos que hay, o están fuera de mi alcance, o ya están ocupados. Solo las más afortunadas logran tenerlos.

Ahogué la risa amarga que amenazó con escapar de mis labios.

Chico bueno.

Si ellas supieran… Yo no era una afortunada. Estaba lejos de serlo.

—¿Y ahora? —le pregunté a Leonid mientras caminábamos.

—Nos vamos a casa, es tarde. Le prometí a tu tío que llegarías antes de las once.

No me estaba refiriendo a eso y él lo sabía. Había perdido la apuesta, le debía un beso y Leonid me había reconocido que no le gustaba esperar. Quizá había decidido dejarlo pasar. Tal vez se había compadecido de mí.

En el aparcamiento quedaban unos pocos coches; la mayor parte de gente se había ido. Renzo me hizo un gesto para que lo siguiese al coche en el que habíamos llegado, pero Leonid me detuvo con sus palabras:

—No he podido traerla porque he tenido que venir directo de una reunión de negocios, pero yo la llevo de vuelta a casa.

Renzo cruzó los brazos y negó con la cabeza.

—No puedes estar a solas con ella.

—No tengo permitido estar con ella a solas en la feria, pero si llevarla y traerla en mi coche. Llama a Edoardo y pregúntale.

Renzo sacó el móvil y se alejó un poco de nosotros. Pude ver por su rostro en cuanto mi tío le cogió el teléfono que Leonid no mentía.

—No tiene sentido, en el coche también estamos a solas —murmuré en alto, aunque era mas para mí misma que para él.

De hecho, era peor en el vehículo, ya que la feria era un espacio público y estábamos rodeados de gente.

Leonid giró la cabeza.

—Supongo que tu tío sabe cuando una tradición debe ser rota. Si fuese por mí, estaríamos a solas todo el rato, pero tu tío es la clase de persona que necesita creer que tiene algo de control aunque no sea así.

No respondí, porque en eso no se equivocaba.

Renzo colgó el teléfono y nos miró, pero no se acercó. No había nada que pudiera hacer. Al fin y al cabo, Renzo tan solo seguía órdenes.

Leonid, con una sonrisa burlona, se despidió de él con la mano.

—Vamos —me dijo, dirigiéndose hacia su coche—. Hay un trato que tienes que cumplir.

Por supuesto que él no lo estaba dejando pasar. Leonid no se apiadaba de nadie. Podía fingir con su fachada de niño bueno, pero no lo era.

Había sido una tonta dudando lo contrario por un momento. Él solo quería deshacerse de Renzo antes de exigirme el beso que le debía.

Mi estómago se encogió. pero cuando Leonid pulsó el botón de las llaves de su coche, desbloqueando las puertas, me dirigí hacia su vehículo. Él cerró la puerta detrás de mí y tuve la

sensación de que había hecho un trato con el diablo.

No, era peor. Porque Leonid no se quedaría con mi alma y me dejaría en paz. Él siempre me atormentaría.

Leonid no pronunció ni una sola palabra durante todo el viaje de transcurso a casa. Al parecer, no le importó el silencio que se instauró en el coche y no intentó sacar conversación como de costumbre.

Apoyé mi cabeza sobre el cristal y me limité a observar las carreteras oscuras mientras escuchaba el sonido de fondo de la radio sonar en el coche. Leonid tarareaba suavemente y yo entrecerré los ojos tratando de evadirme

Sentí cómo el coche se detenía y miré por la ventanilla para darme cuenta de que ya habíamos llegado. Me desabroché el cinturón y fui a bajarme del vehículo cuando él me detuvo.

—¿No se te olvida algo? —preguntó desabrochándose el cinturón.

Su premio por ganar.

Mi corazón se detuvo, pero entonces Leonid se giró para estirarse hacia los asientos traseros y cogió un objeto que reconocí como un peluche cuando lo dejó caer sobre mis muslos, encima de la tela de mi vestido.

—Es tuyo.

El peluche que había ganado en la feria. Lo miré por primera vez. Tenía que reconocer que era bastante mono.

—¿Un pájaro? —A pesar de que sonó como una pregunta, era una afirmación. Era un pájaro con el pelaje azulado y los ojos del mismo color.

—Me ha recordado a ti —respondió Leonid con un encogimiento de hombros. Cuando arrugué el ceño, añadió—: Tiene tus mismos ojos y, en cierta manera, eres como un pajarito.

—Yo no soy ningún pájaro —repliqué con indignación mientras apretaba el peluche contra mí.

—Cierto, no eres cualquier pájaro —continuó—. Me recuerdas a una golondrina.

Bufé, estaba cansada de sus tonterías. Me consideraba una persona calmada que siempre tendía a mantenerme tranquila. No me gustaban los enfrentamientos y prefería agachar la cabeza que discutir, pero Leonid tenía una habilidad especial para sacarme de quicio. Era como si supiera qué botones presionar para provocarme.

—Buenas noches, Leonid.

—Espera —me detuvo—, hay otra cosa más.

Leonid me miró fijamente durante unos instantes antes de inclinarse lentamente hacia mí.

Él iba a cobrarse su recompensa.

Tan solo me habían besado dos veces. El primero fue Domenico Testa con seis años, un niño del internado de chicos cercano a mi escuela con el que compartimos una función escolar. Fue después de esta, y sus labios tan solo rozaron los míos. Y el segundo fue Giulio Rizzo, el hermano de una chica de mi colegio. Yo tenía dieciséis, y él era dos años mayor que yo. Me besó cuando me llevó a mi casa en su coche después de que hubiese estado visitando en su casa a su hermana, que estaba enferma. Ese beso duró poco más que el primero. Prometió que me llevaría al cine la siguiente semana, pero nunca lo hizo. No me importo, ya que él y yo nunca podríamos tener una relación. Y ese beso no había significado nada; ni siquiera podía considerarse un beso real.

Pero tenía la certeza de que Leonid no se conformaría con un beso fugaz. Él saborearía su victoria, se regodearía en ella. Podía gritar, incluso golpear el cristal para que alguien acudiese en mi ayuda… pero no lo hice. Me quedé quieta, en silencio, porque él había ganado. Y yo, por mucho que me pesara, siempre cumplía mis tratos.

Resignada, cerré los ojos. Podía fingir que estaba en cualquier otro lugar, dejar que mi mente vagara hacia un recuerdo feliz. Pero, a medida que sentía el aroma de Leonid acercarse a mí, su calor, su aliento sobre mis labios, fue imposible. Él estaba en todas partes, no podía ignorarlo.

No quería hacerlo.

Pero, entonces, escuché un clic y su calor desapareció.

Abrí los ojos, confundida, y lo vi de nuevo reclinado en su asiento, como si nada hubiese pasado—. ¿Qué clase de caballero sería si no te abro la puerta? —dijo, y fue entonces cuando sentí una suave brisa sobre mi cuello y me di cuenta de que se había inclinado para abrir la puerta. ¿Él no había pretendido besarme? Había pensado que...—. No necesito trucos ni apuestas para conseguir que una mujer me bese.

—¿No vas a besarme? —Ni siquiera sabía por qué lo estaba preguntando; probablemente, porque estaba confundida.

—No, hoy no. Pero dentro de poco serás tú quien me pida que lo haga. Voy a hacer que lo desees, que no puedas pensar en otra cosa, que te preguntes cómo se sentirán mis labios sobre los tuyos, qué sabor tendrá mi boca. Y cuando ocurra… no será por una apuesta, será porque tú lo quieres más que nada.

—Yo no…

—Buenas noches, golondrina —me interrumpió.

Bajé del coche más confundida y avergonzada de lo que había estado nunca. Él había jugado conmigo. Se había pasado todo el viaje haciéndome creer que me besaría, me había mentido adrede y disfrutado de mi incomodidad.

Pero, lo cierto era que, esa noche, Leonid no era el único que había mentido.

CAPÍTULO 8

SERENA

Diez días, doscientos y cuarenta horas, catorce mil minutos.

Sostuve el pequeño guijarro que había encontrado entre la hierba y me estiré para lanzarlo al pequeño pero bonito estanque que se encontraba frente a mí. Observé cómo la piedra saltaba una, dos, hasta tres veces sobre la superficie del agua, dejando una serie de ondas perfectas hasta que se sumergió debajo del agua.

—Sabía que estarías aquí.

Mi prima se encontraba a mi lado, observándome con una ceja arqueada en señal de disgusto. Llevaba su largo pelo castaño recogido en una coleta, con dos mechones sueltos que estaban perfectamente colocados.

—Vamos, Bella. Siéntate —Señalé con mi mano el fular sobre el que me encontraba sentada, que afortunadamente, llevaba conmigo y que había extendido sobre la hierba pensando precisamente en ella, ya que a mí no me importaba mancharme un poco—. Te he comprado café. —Alcé el cartón porta vasos con los dos cafés para llevar que había comprado en la cafetería—. Café latte con leche de almendras y un toque de vainilla, como a ti te gusta. —El rostro de mi prima se suavizó, pero su ceja oscura seguía arqueada—. Por favor —le pedí, poniendo mi mejor cara de cachorrito.

Funcionó.

Con un bufido de resignación, Isabella se sentó a mi lado, dejando cuidadosamente el bolso de Louis Vuitton detrás nuestro, colocado sobre el pañuelo.

—Mira que hay sitios en el campus —se quejó, cogiendo el café que le señalé con la barbilla.

Aquella mañana de lunes, después de salir del despacho de mi tío, le había escrito un mensaje a mi prima para vernos. Ella estaba en la universidad, pero tenía un hueco a media mañana.

Mi prima le dio largo trago trago a su café. Pude ver en sus ojos castaños que estaba esperando a que le dijera el motivo de mi mensaje, pero me estaba dando mi tiempo. Era un gesto muy generoso teniendo en cuenta lo directa que era Isabella, pero, seguramente, no se contendría más de tres minutos.

Cogí mi vaso de cartón de chocolate caliente, que ahora estaba templado, ya que no era muy amante del café, y le di un largo trago antes de hablar.

—Tu padre me ha llamado a su despacho esta mañana. —Isabella se tensó, pero no dijo nada—. Me ha anunciado que mi fiesta de compromiso con Leonid será en diez días.

—No me lo puedo creer —masculló, pese a que por su expresión pude ver que no le sorprendía en absoluto.

—Tú no lo sabías, ¿verdad?

—Por supuesto que no, Rena. Si me hubiera enterado, te lo hubiera dicho —dijo, pareciendo casi indignada.

—Lo siento, Bella. Por supuesto que me lo dirías. —Una semana antes ni siquiera le habría

hecho esa pregunta.

—¿Cómo estás?

—Es… —me tomé unos segundos para pensar una respuesta. Alcé una mano, enredando mi dedo en el lazo de tela que recogía mi cabello— extraño. Lo hace más real.

Porque, de alguna manera, había creído que podría librarme de mi boda con Leonid. Seguía teniendo la esperanza de que mi padre encontraría una salida.

—Llevo años imaginando mi fiesta de compromiso, pero no de esta manera, ¿sabes? La manera en la que tu padre me lo ha comunicado ha sonado tan fría, tan impersonal…

—Como si fuera una transacción económica y no un matrimonio —terminó mi prima por mí.

—Sí —respondí.

Aunque lo que más me había dolido era que hubiera sido mi tío el que me lo había comunicado y no mi padre. Pero no me atreví a exponer mis pensamientos en voz alta, porque si los guardaba en el fondo de mi mente, tan solo serían puras suposiciones de las que podría olvidarme. Al igual que mi compromiso, si lo expresaba en voz alta, se volvía más real.

—Porque eso es lo que son los matrimonios en nuestro mundo, Rena. Son negocios que nuestros padres hacen para su conveniencia.

Mi prima y yo habíamos tenido esa conversación decenas de veces. Sabía que los matrimonios en nuestro mundo eran de conveniencia, pero eso no era incompatible con enamorarse.

—Tú estás enamorada —señalé—. Y mis padres también lo están.

—No dudo que tus padres se quieran, Rena. Y yo he encontrado una felicidad que jamás aspiré ni pensé en encontrar, tengo que darte la razón en eso. Pero no la hubiera encontrado en un matrimonio concertado. La encontré sin buscarla.

—¿Y qué propones que haga? —le pregunté—. ¿Qué me ponga a dar vueltas por tu campus esperando a que aparezca? —Aunque lo dije con evidente ironía, mi prima se encogió de hombros con naturalidad.

—El chico sentado en el banco con su portátil te ha estado mirando. No es mi tipo, pero es mono.

Giré la cabeza para comprobarlo, y para mi sorpresa, el chico me sonrió… a mí, no a ella. Rápidamente volví a mirar hacia el lago, como si no me importara.

—Es una locura.

—Lo es —concordó ella—. Pero eso es el amor, Rena. Arriesgarse, hacer locuras. A diferencia de lo que crees, no va a llamar a tu puerta. Y si lo hace, no va a valer con que te quedes quieta dejando que suceda.

—El amor es fácil, Bella. Si es complicado, no es amor.

—Tal vez en las películas y en los libros, en la vida real no es así.

—Lo fue para mis padres. Y es como quiero que sea para mí.

Isabella no contestó, se limitó a darle un largo trago a su café. No sabía si no tenía nada que decir o no quería expresar lo que estaba pasando por su cabeza

—Sé que mi padre encontrará una solución —espeté al fin—. Él siempre lo hace y esta vez no será diferente. Y después, encontrará al hombre perfecto para mí, ese que lleva años buscando y todavía no ha aparecido.

Mi prima se terminó su café y después dejó el vaso de plástico vacío sobre mi pañuelo, a su lado.

—Rena, tu padre no es un casamentero. Esa es una fantasía tuya, una que has tenido desde niña y que yo he ignorado porque sabía que no querías escuchar la verdad y que un día te darías cuenta por ti misma. Pero ese día ha llegado y sigues sin hacerlo. Tu padre es un hombre de negocios, y para él el matrimonio de sus hijas es eso, un negocio. Lo fue el de tu hermana y lo será el tuyo.

Negué con la cabeza.

—No, no es así. —Puede que fuera el caso de su padre, no del mío—. ¿Si tan solo se preocupara de los negocios por qué ha estado tardando tantos años en encontrarme a un marido? —La mayor parte de chicas de mi entorno se comprometían cuando apenas eran unas adolescentes, si no lo estaban ya desde niñas—. Además, él tampoco quiere que me case con Leonid. Lo hace por obligación, porque no le queda otra. Le supliqué que cancelara el compromiso, Bella, y sé que mi padre no se hubiera negado si de verdad no le quedaría otra opción. —Mi padre jamás me diría que no en algo tan importante.

Isabella suspiró.

—Tal vez te ha mentido…

—No, mi padre no me miente.

Él no lo haría, ¿verdad?

—Si tu padre no quiere que te cases con Leonid es porque no beneficia en nada a sus intereses o los de la familia. No es porque le importen tus sentimientos —espetó Isabella con más dureza de la necesaria—. Tienes que espabilar, Rena. No puedes seguir viviendo en una mentira —suspiró. Fui a replicar, pero ella hizo una mueca y habló antes de que yo pudiera hacerlo—. ¿Leonid te ha hecho algo? ¿Te hizo algo el sábado?

Desde que descubrió mi compromiso con Leonid, mi prima me había estado llamando y enviándome mensajes insistentemente. Especialmente, después de mi encuentro con Leonid.

—No —respondí, sin evitar ponerme nerviosa por su mirada exhaustiva.

—¿Seguro?

—Seguro. Te lo dije, me llevó a una feria, comí un algodón de azúcar, subimos a la noria y luego me llevó a casa.

Isabella se relajó.

De la misma manera que hice por teléfono, omití varios detalles. Como la manera en la que mi cuerpo se había erizado cuando me dijo que nunca podría huir de él o la forma en la que se inclinó en el coche hacia mí.

Creí que me besaría, pero no lo había hecho. En cambio, las palabras que me había dicho me habían afectado más que si lo hubiera hecho. Jamás anhelaría un beso de él. Y jamás se lo pediría. Él estaba muy equivocado. ¿Pero, entonces, por qué había soñado con sus labios esa noche?

Leonid se estaba metiendo en mi cabeza, martirizándome hasta en mis sueños, como si quisiera demostrarme que no había lugar en el que pudiera escapar de él.

Tenía que salir de aquel compromiso lo antes posible.

—No me sorprende que te llevara a una feria —comentó Isabella rodando los ojos—. ¿También te consiguió un peluche?

—¿Cómo lo sabes?

Mi prima hizo una mueca.

—No lo sabía, pero es típico de él. Le gusta fingir toda esa mierda de chico perfecto.

Suspiré.

—Pero no lo es. —Fijé mi mirada al frente, en el lago, aunque no estaba observándolo—. Él es… el diablo.

Isabella chasqueó la lengua.

—Un diablo atractivo, eso no se lo podemos negar.

—Eso es lo que menos me importa.

Pero hasta yo sabía que estaba mintiendo. Por mucho que no quisiera admitirlo en voz alta, no era inmune a la belleza de Leonid. Nadie podía serlo.

Y por la manera en la que mi prima me miró, supe que se dio cuenta.

—Ahora tengo que irme, tengo otra clase en menos de cinco minutos. Pero ¿por qué no te vienes esta noche a casa?

Negué con la cabeza.

—No creo que sea buena idea.

—Mikhail no está —me aclaró, leyendo mis pensamientos. Estaba feliz por mi prima, pero prefería mantener cierta distancia con su marido—. Se marchó ayer a Moscú con Leonid por negocios. No vuelve hasta mañana por la noche.

Por eso no había tenido noticias de Leonid desde el sábado. Él estaba fuera, pero no tardaría en regresar. Lo que hizo que mi estómago diera un vuelco con tan solo pensar en volver a quedar con él.

—Rena, ¿me estás escuchando? —me llamó mi prima, moviendo su mano con fastidio por delante de mi cara. Mi prima odiaba cuando no le prestaba atención—. Mañana no tengo clases, podemos pedir comida a domicilio y te dejo que elijas una de esas películas ñoñas que tanto te gustan. Solo una.

Esbocé una sonrisa. Porque Isabella no era muy expresiva, pero esa era la manera que tenía mi prima de hacerme sentir mejor. Además, salir de la casa de mi tío por una noche me vendría bien.

—Nunca podría decir que no a una noche de chicas. Y menos aún a *Notting Hill*.

—¿Otra vez *Notting Hill*? —se quejó Isabella—. ¿Es que no existe otra peli? Sabes qué, da igual, tú eliges. Y a la mañana siguiente podemos ir al centro de compras. Deberías comprarte un vestido sexy para tu fiesta.

Mi expresión cayó.

—No quiero ningún vestido, Bella. Ni siquiera quiero ir a mi fiesta de compromiso.

Mi prima cogió el bolso y se puso de pie. Giró la cabeza y luego la ladeó para mirarme.

—El chico guapo del banco sigue mirándote. Deberías ir a saludarle, y por cierto, en los baños de la segunda planta de la facultad de ciencias, nunca hay nadie. Lo sé porque he estado allí con Mikhail. A veces, viene a visitarme al campus. Ya sabes de lo que hablo, ¿no?

Puede que fuera virgen y me hubiera criado en un entorno protegido, de la misma manera que mi prima lo había hecho, pero no era tan crédula.

—Sí, Bella, sé que las parejas tienen sexo —mascullé negando con la cabeza.

—No hace falta ser pareja para tenerlo —apuntó guiñándome un ojo—. Y ese chico tiene pinta de ser bueno en la cama.

Entrecerré los ojos sintiendo que mis mejillas se enrojecían, aunque la sonrisa traviesa de mi prima dejaba claro que solo estaba bromeando.

—No tiene gracia.

—Un poco sí, solo por ver tu cara. Te has puesto hasta roja. A ver si al final te va a gustar de verdad.

—Es porque estás hablando alto y te puede escuchar. Y nunca tendría sexo con un hombre que no fuera mi marido, eso arruinaría mi reputación.

—Quizá eso es lo que necesitas para que Leonid rechace el compromiso.

Puede que mi prima no estuviese del todo equivocada. En mi familia llegar virgen al matrimonio era importante. Los hombres se sentía insultados si no era así.

«Eres mía y yo no comparto».

Las palabras de Leonid regresaron de nuevo a mi cerebro. ¿Qué haría si se enteraba que me había ido con otro hombre? Por alguna razón tenía la sensación de que Leonid no se limitaría a cancelar el compromiso. Estaba bastante segura que ese hombre no vería la luz del día siguiente.

Nunca involucraría a alguien inocente. Además, yo jamás me acostaría con otro hombre solo por venganza o desesperación.

Mi primera vez sería en nuestra noche de bodas, con mi marido. El hombre del que me enamoraría y con el que formaría una familia.

Sería un acto de amor genuino y para siempre. Como debía ser.

—Me tengo que marchar o el profesor no me dejará entrar en clase —me dijo mi prima cuando se dio cuenta que no iba a responder—. Y encima, no puedo faltar porque es la última clase antes del examen final —bufó—. ¿Vienes conmigo?

—No —eché un vistazo hacia atrás para mirar a Renzo, quien nos observaba desde la distancia, y cogí otro guijarro—, me quedaré un rato más.

Mi prima asintió y fue a darse la vuelta para irse, pero antes de hacerlo, se detuvo.

—No le des tantas vueltas, Rena. A veces, las cosas se solucionan por sí mismas.

Le di una pequeña sonrisa. La optimista de las dos siempre había sido yo, no ella. Pero el amor la había cambiado. Seguía siendo ella, pero abrir su corazón había provocado que las partes buenas de ella que mantenía ocultas saliesen a la luz .

La historia de amor de mi prima y Mikhail no había sido fácil. Había sido dura y tormentosa, pero con un final feliz. Contra todo pronóstico, lo habían logrado.

Quizá yo estaba equivocada. Tal vez, mi prima tenía razón y el amor no tenía por qué ser un camino de rosas sin espinas. Quizá se trataba de eso: caminar, aunque duela, aunque sangres un poco por el camino… porque, al final, si es real, vale la pena.

Pero aun así, no sabía si yo estaba hecha para ese tipo de amor. Tal vez el amor real no era para mí.

CAPÍTULO 9

LEONID

¿Puede una celda ser bonita?

Eso era lo que Moscú había significado para mí. Una cárcel dorada, una prisión envuelta en lujo que me obligaba a permanecer entre sus brillantes muros. Con cada minuto que pasaba en la ciudad, sentía que algo en mí se marchitaba, como si poco a poco me perdiera a mí mismo.

Durante años había estado desesperado por huir, por escapar de sus cadenas invisibles, hasta el punto de que había llegado a detestar incluso sus detalles más mínimos. Sin embargo, ahora que la contemplaba desde la distancia, no podía negar que Moscú era una de las ciudades más hermosas que había visto nunca.

Sus cúpulas doradas resplandecían bajo el sol invernal, elevándose majestuosas sobre el horizonte. Las fachadas de los edificios antiguos, cubiertas de escarcha, parecían salidas de una pintura. Las calles adoquinadas, bordeadas de árboles desnudos por el frío, se entrelazaban con avenidas modernas iluminadas por luces que titilaban como estrellas. El Kremlin se alzaba, imponente, vigilante, mientras la Catedral de San Basilio, con sus cúpulas multicolores en forma de espiral, parecía una fantasía sacada de un cuento.

Y, aun así, toda esa belleza me resultaba asfixiante. Porque, por muy hermosa que fuera la prisión, seguía siendo una prisión.

La primera vez que regresé a Moscú para el funeral de mi hermano después de más de siete años, no detesté la ciudad tanto como hubiera creído. No estuve ni una hora; de hecho, asistí a escondidas, desde lejos, y pensé que la pérdida de Yaroslav había tapado cualquier otro sentimiento. La segunda vez, la visité por motivos de negocios, ocupando el puesto que le había pertenecido a mi hermano, y que ahora, yo ocupaba.

Quizá la asfixia había desaparecido porque ahora tenía un motivo: encontrar al culpable del asesinato de Yaroslav y, de alguna manera, sabía que en Moscú encontraría la clave. Pero ahora, a pesar de que no sentía a Moscú como mi hogar, cada vez que recorría las calles, sentía cierta familiaridad. Como si no fuera mi hogar definitivo, pero si una parte de mí perteneciera allí.

Ahora, cada vez que Mikhail me enviaba a Moscú, le pedía alargar mi estancia unos días. En esa ocasión, habíamos ido juntos, pero él solo se había quedado dos días. Y me había dejado quedarme más porque le interesaba. Había aprovechado para mandarme a mí a las reuniones a las que él no tenía paciencia para acudir.

Apoyé mi mano sobre el cristal de la terraza cubierta del piso de mi hermano. Todo seguía intacto; al parecer, igual que antes de morir. Mi padre no había pasado por el apartamento desde que encontró el cuerpo sin vida de Yaroslav hacía poco más de un año. Todas las pertenencias de mi hermano seguían en su lugar. Retrocedí un paso y me fijé en la terraza, contemplando las dos macetas que se encontraban en ella. Era toda una suerte que Yaroslav odiase las plantas y siempre hubiera optado por plantas artificiales, porque estarían todas muertas.

Cada vez que venía a Moscú pasaba por el que fue el apartamento de mi hermano. No me quedaba en él, ya que prefería hospedarme en un hotel, pero siempre hacía una visita fugaz; que consistía en revisar todo el piso. Observaba hasta el más pequeño detalle, dejándolo todo de

nuevo en su sitio, como si fuese a encontrar algo que no había visto antes. Como si, finalmente, fuese a encontrar la pista que necesita; algo para seguir tirando del hilo. Cualquier cosa me servía.

Sin embargo, ninguna de las veces lo había hecho. Y, esta última vez, tampoco.

Quien asesinó a mi hermano fue muy cuidadoso.

Puede que tuviese todo en mi contra, puede que estuviese solo en esto, pero no pensaba rendirme. No me importaba cuánto me costara, pero pensaba encontrar al culpable del asesinato de Yaroslav. Iba a vengar su muerte.

—Te creo, Yaroslav —dije en voz alta, apoyando mi espalda contra la pared, como si él pudiese escucharme—. Pero me lo pones tan difícil…

Mi móvil vibró en el bolsillo derecho de mis pantalones, devolviéndome a la realidad. Cogí mi teléfono para mirar la pantalla y ver un mensaje de Mikhail.

«Espero que estés en el aeropuerto. A las ocho te quiero aquí. No más cagadas. Si yo tengo que ir a tu mierda de fiesta de compromiso, tú también vienes».

Mi fiesta de compromiso.

Edoardo y Riccardo se habían resistido, pero, al final, no les había quedado más remedio que aceptar la celebración de la fiesta de compromiso. Ellos querían alargarlo en el tiempo, especialmente Riccardo, como si eso le fuera a hacer ganar tiempo. ¿Ganar tiempo para qué?

Iba a casarme con Serena.

Ella ni siquiera lo sabía cuando fui con ella a la feria. Había visto su mirada perdida cuando le dije que no le podía dar más de dos semanas.

Me pregunté qué vestido habría elegido para esa noche. ¿Iría de blanco, o tal vez habría elegido otro color? Quizá uno azul que combinara con sus ojos.

Ella era tan dulce, tan buena, con esas sonrisas suaves que parecía dedicarle a todo el mundo menos a mí. Me gustaba que sacara su carácter, ese fuego que parecía tener reservado para mí, pero no me gustaba que quisiera alejarse de mí, ni tampoco la confianza que tenía con su guardaespaldas. Ese gilipollas que no se separaba de ella ni por un momento.

Deslicé mi dedo por la pantalla, pasando por el mensaje de Mikhail, pero no le respondí. Deslicé a través de mi teléfono para llegar a una carpeta encriptada con el nombre de mi hermano y pinché un archivo de audio. El que me había pasado a mi teléfono desde el móvil de Alessandro.

Era un audio de no más de treinta segundos. Lo había escuchado tantas veces que me había memorizado cada palabra de memoria

—Vamos a hacernos con todo el poder, Yaroslav —prometió Alessandro Roveda con una risa seca—. Juntos, reinaremos. Tú y yo.

—Tú, yo y tu contacto —señaló Yaroslav—. ¿Cuándo me vas a decir quién es él?

—Pronto, hijo. Muy pronto.

Entonces, lo escuché. Era tan leve que era la primera vez que me fijaba. Un suave y seco clic. Reconocí ese sonido; era el sonido de un bolígrafo. Yaroslav estaba apuntando la conversación.

Mi hermano había tenido la costumbre de apuntar en papel todas las cosas importantes. Las escribía en notas que guardaba en los lugares más remotos, junto con la hora y la fecha en la que las había escrito. Solía hacerlo porque decía que no se fiaba de las tecnologías, que no existía método más efectivo que escribirlo a mano. Al parecer, era una costumbre que heredó de nuestra madre.

Si él descubrió algo, lo guardó en un Post-it que estaría pegado en el lugar más extraño de la casa.

¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Prácticamente corrí por todo el apartamento. Empecé a mirar en la cocina, entre las tazas del desayuno y los platos, dentro de la nevera, e incluso, del congelador, donde encontré una lista de la compra. Tan solo mi hermano guardaría la lista ahí. Volví a revisar el salón, mirando entre todas las estanterías.

Y fue cuando llegué a su baño donde lo encontré. Estaba entre una caja de de papeles higiénicos sin usar, la única razón por la que me asomé a inspeccionarlos detenidamente fue porque me di cuenta de que el plástico estaba ligeramente abierto y no faltaba ni un solo rollo. Entonces, lo vi: un pequeño Post-it de color morado pastel, pegado en el cartón del rollo del centro.

«4 Bogland Road, Ashgrave, Dublín 24, Ireland».

Era una dirección.

Leí la fecha en la que escribió esa nota. Dos de abril, a las diez de la mañana.

Tres días antes de su muerte.

No sabía lo que me encontraría allí, pero Yaroslav quería que fuese a buscarlo. Si lo había apuntado y escondido, debía ser algo de gran importancia.

Me guardé la nota en el bolsillo derecho de mis vaqueros y fui hasta el salón, donde había dejado mi móvil sobre la mesa de comedor. Lo desbloqueé y busqué el chat con Mikhail.

«Voy de camino al aeropuerto».

Pulsé enviar y volví a bloquear el teléfono.

Ahora sí estaba preparado para regresar a casa.

CAPÍTULO 10

SERENA

Nunca creí que mi fiesta de compromiso sería así.

La fiesta de compromiso era el evento más importante antes de la ceremonia.

Al igual que con la boda, había pensado en cada detalle: las flores, la música, el vestido perfecto, los invitados que acudirían… Tenía cientos de ideas que había ido recopilando de otras fiestas a las que había asistido; incluso llevaba años llenando un diario de boda, anotando cada inspiración, cada ilusión. Guardaba con cuidado un ajuar que había ido reuniendo poco a poco a lo largo de mi vida, como si al hacerlo pudiera preparar el escenario perfecto para un amor que aún no conocía.

Pero, al final, ni siquiera había participado en la preparación de la fiesta. Mi tía se había encargado prácticamente de todo. No me había preguntado ni pedido mi colaboración, y aunque podía resultar un poco descortés teniendo en cuenta que era mi fiesta, en el fondo me estaba haciendo un favor. Y tenía la sensación de que, si al final no me quedaba más remedio que casarme con Leonid, ella también se ocuparía de mi boda, como si todo estuviese ya fuera de mis manos.

Y, tal vez, pese a que me negaba a aceptarlo, era así.

—Guau —silbó Isabella—, estás impresionante.

Su mirada se arrastró por mi vestido de color blanco puro que me llegaba por encima de las rodillas. El escote bardot dejaba al descubierto mis hombros, y la tela satinada se ajustaba a la perfección a mis curvas. Era sofisticado y un poco sexy a la vez.

Perfecto para una fiesta de compromiso.

Era lo único que había elegido, y solo porque mi prima prácticamente me había arrastrado a hacerlo. Según ella, una mujer siempre tiene que estar deslumbrante, aunque sea solo para callar bocas… o para dejar a todos con la boca abierta. Era muy típico de Isabella decir algo así, con ese aire desafiante y elegante que la caracterizaba.

Me esforcé por darle una sonrisa que no llegó a mis ojos. Mi prima debió de darse cuenta, porque apretó mi mano con fuerza, dándome ese pequeño impulso que necesitaba para no darme media vuelta y salir corriendo.

Estábamos en el vestíbulo del hotel donde se celebraría la fiesta, un lugar tan elegante que parecía sacado de una revista de diseño. El mármol blanco pulido del suelo reflejaba las cálidas luces doradas que colgaban de las lámparas de cristal, inmensas y centelleantes, como cascadas de estrellas suspendidas del techo. A un lado, un majestuoso piano de cola ocupaba su lugar junto a una fuente ornamentada que soltaba un murmullo constante, casi relajante, como si el edificio intentara calmar a quienes cruzaban sus puertas. Todo estaba perfectamente dispuesto: arreglos florales en tonos crema y vino burdeos decoraban las esquinas, y el aire olía a rosas frescas y a perfume caro.

Aún no habíamos entrado al salón donde tendría lugar la celebración, pero ya sentía que todo era demasiado elegante, demasiado frío, demasiado impersonal, demasiado poco yo. Eso no era lo que deseaba para mi fiesta de compromiso.

Aunque no debería importarme, ya que quería escapar del compromiso, y si lo lograba, esa fiesta sería recordada por los invitados como una decepción, como algo que se olvida.

¿Pero cómo la recordaría yo?

—Ahí están por fin. —Mi tía nos hizo un gesto con la mano—. Los padres de la novia tienen que entrar a la fiesta con ella.

No fue hasta que no giré la cabeza y vi a la persona que se encontraba a su lado que no entendí del todo sus palabras.

—¡Mamá! —grité, y prácticamente corrí hacia ella, lanzándome a sus brazos.

—Mi vida. —Mi madre me estrechó entre sus brazos y me apretó contra ella—. Me alegro tanto de verte de nuevo.

—Y yo, mamá. Te he echado mucho de menos.

Tuve que separarme de mi madre cuando sentí que me faltaba la respiración. Ahora entendía a quién había salido con esos abrazos que daba.

—Serena, no puedes correr así o se te romperá el vestido —me regañó mi tía, chasqueando la lengua con un evidente tono de desaprobación—. Ten cuidado.

—Su vestido está perfectamente, Eleonora —dijo mi madre con sus manos sobre mis hombros—. Mi hija está preciosa, aunque ella lo está con cualquier cosa que se ponga.

Mi madre y mi tía eran muy diferentes. Mientras mi madre me aceptaba tal y como era y nunca había intentado cambiarme, mi tía había intentado moldear a mi prima Isabella a su gusto. Probablemente, con buena intención, pero lo cierto era que lo único que había conseguido era todo lo contrario.

—Gracias, mamá.

—¡Princesita! —Mi padre se acercaba a nosotras mientras abría los brazos para recibirme.

Y yo me derretí en sus brazos. Porque, aunque estaba un poco disgustada con mis padres por la manera en la que me habían estado evitando y que ambos asistieran a mi fiesta prácticamente cuando comenzaba, eran mis padres y los quería con todo mi corazón.

Los había echado de menos.

—Estás preciosa, princesita.

—Tú también estás muy guapo, papá —dije mientras me separaba de él—. Definitivamente, el azul es tu color —añadí, señalando su corbata.

—¿Qué tal si vamos entrando? —le escuché sugerir a mi tío Edoardo.

No lo había visto llegar. Debería haber venido con mi padre.

—Eso me dice siempre tu madre —me dijo mi padre, sin responder a mi tío. Pensé que quizá no lo había oído y fingí que yo tampoco lo había hecho. Porque lo último que me apetecía hacer era entrar dentro. Lo único que quería era volver a Turín con mis padres—. Tengo que haceros caso a vosotras, que sois las que sabéis.

Me reí.

Mi tío carraspeó.

—¿Entramos dentro? —preguntó, y ahora se encontraba frente a nosotros. Tenía el ceño arrugado y los labios fruncidos en una evidente mueca de fastidio. A mi tío no le gustaba que le ignorasen. A pesar de llevar unas semanas viviendo en su casa, no tenía demasiado trato con él, pero era un hombre bastante temperamental—. Es la segunda vez que lo repito. Al parecer, la primera vez no me habéis escuchado.

—Te he escuchado perfectamente, Edoardo —respondió mi padre con una sonrisa—. Todos sabemos que, con tu tono de voz, es imposible no hacerlo, pero mi hija mayor y su marido están

al llegar y creo que lo más apropiado es que entremos toda la familia junta. Si te parece bien, claro. —Hasta yo percibí que había un cierto retintín en sus últimas palabras.

Siempre había intuido que mi padre y mi tío tenían sus desavenencias; especialmente, porque tenía la mala costumbre de espiar un poco a mis padres.

Aun así, mi padre jamás había dejado que aquello se notara en público. Siempre había mantenido su rol con una precisión impecable, como si mostrar la unión familiar al mundo fuese un traje que se ponía con la misma facilidad con la que se anudaba la corbata.

Pero ahora… había algo distinto.

No sabría decir qué exactamente, pero se percibía. Un tono apenas más seco, una sonrisa más tensa de lo habitual, una cortesía que rozaba la ironía.

Mi tío farfulló algo por lo bajo, lo suficientemente inaudible como para que no llegara a entenderlo… o quizás simplemente no quise hacerlo, ya que estaba inmersa en la tranquilidad y felicidad que me había dado la llegada de mis padres.

Mi hermana Melania y su marido Saverio llegaron en el momento perfecto, rompiendo la tensión que se estaba formando en el vestíbulo.

—Tu hermano no ha podido venir, ha tenido que quedarse en Turín encargándose de los negocios —me contó mi padre.

Mi padre estaba preparando a mi hermano para que lo sustituyese. Podía notar en cada palabra y la forma en la que su pecho se hinchaba a la hora de hablar sobre Elio, que mi padre estaba muy orgulloso de él. Al parecer, su trabajo durante estos últimos años estaba siendo impecable.

Aunque me hubiera gustado que hubiera acudido y verlo, lo cierto era que mi relación con Elio era prácticamente inexistente. Yo era la pequeña de los tres hermanos, y me llevaba diez años con Elio. Cuando mi hermano se independizó con dieciocho años y se marchó a la universidad, yo tenía ocho años.

Tan solo nos veíamos cuando venía a casa durante las vacaciones. Y cuando finalizó la carrera, se casó y se fue a vivir con su mujer.

—Perdón por la tardanza —se excusó Saverio, pasándose una mano por su cabello exageradamente engominado—. Como siempre, ha sido culpa de mi mujer. —Giró los ojos, señalando con ellos a mi hermana—. Se ha tirado dos horas en el baño para intentar ponerse guapa.

—Estás preciosa, Melania —le dije a mi hermana, señalando el vestido largo verde marino que le quedaba como un guante.

Esta me dio una sonrisa sin mostrar sus dientes. Cordial, pero sin ningún tipo de sentimiento.

—¿Ahora ya podemos entrar? —espetó mi tío, que cada vez estaba más impaciente—. Los invitados están esperando.

Justo en ese momento, un hombre apareció discretamente desde una esquina del vestíbulo. Llevaba un traje de dos piezas de color burdeos, una corbata del mismo color, y un pequeño pin dorado que lo identificaba como parte del personal del hotel. Su presencia era silenciosa pero firme, como si estuviera entrenado para aparecer justo en el momento adecuado.

—Si son tan amables de acompañarme —dijo con cortesía, haciendo un leve gesto con la mano para indicar el camino.

Lo seguimos, atravesando un largo pasillo alfombrado en tonos marfil y dorado. Se detuvo tras una gran puerta de madera tallada que daba acceso al salón principal, donde aguardaban los

invitados.

La abrió, pero antes de que ninguno pudiésemos entrar, mi tío le colocó una mano en el hombro a mi padre.

—Les he pedido que me dejen uno de los despachos. Vamos, tenemos que hablar.

—¿Podría negarme? —respondió mi padre despidiéndose de mí con un beso en la mejilla.

—Tanta prisa para que entremos y luego se marcha. Hay que joderse —se quejó mi prima en un murmullo que todos escuchamos con claridad.

Tuve que morder mi labio inferior con fuerza para no reírme. Porque mi prima tenía toda la razón.

—Isabella, esa no es manera de hablar —le riñó su madre a la vez que se ponía una mano en la boca como si no pudiese creerse la osadía de su hija.

—Perdón, paso demasiado tiempo con mi marido. Se me están pegando sus formas.

—¿Dónde está él, por cierto? —preguntó mi madre.

—Viene más tarde, tenía trabajo pendiente.

Aquella era la explicación que Isabella les había dado a sus padres, pero a mí me había contado la verdad. Mikhail no era un hombre demasiado sociable y tendía a evitar este tipo de fiestas como la peste; especialmente cuando mi tío se encontraba en ellas.

Y aunque Mikhail no era santo de mi devoción, podía entenderlo.

Entramos en el salón. La decoración era impecable, incluso deslumbrante. Todo olía a dinero, a perfección planificada, y a evento cuidadosamente producido para ser recordado. Pero como imaginaba, demasiado frío e impersonal.

Los camareros se movían por el salón con bandejas de bebida y comida. La banda esperaba en una esquina para amenizar la fiesta. Mi tía no había dejado nada a la improvisación, pero yo me sentía como una invitada en mi propia fiesta.

En cuanto di un par de pasos en el salón los invitados se acercaron para felicitarme y hablar conmigo. Sabía que Leonid todavía no se encontraba allí, pero, esa vez, no era por falta de educación, sino como parte de otra de nuestras tradiciones.

El novio debía llegar mínimo media hora más tarde que la novia para que esta pudiese disfrutar siendo el centro de atención. Pero, justamente, eso era algo que a mí no me gustaba ser. Me sentía incómoda, fuera de lugar. Además, apenas conocía a ninguno de los invitados. Al igual que todo lo demás, la lista de invitados también había sido hecha por mi tía.

A pesar de ello, hablé con las personas que se me acercaron y les agradecí por sus felicitaciones, fingiendo una sonrisa que, cada vez, se sentía más tensa en mi rostro. Asentía, respondía con cortesía, incluso soltaba alguna risa breve cuando la ocasión lo requería, pero, en realidad, lo único que quería era buscar algo de consuelo en mi madre o pasar un rato con Isabella. Sin embargo, mi prima desapareció en cuanto su marido llegó, y mi madre se había mezclado con los invitados y era incapaz de encontrarla.

—Pero si aquí está la futura novia. —Tuve que reprimir las ganas de suspirar cuando vi a Livia y a Vittoria, las insoportables amigas de mi prima, acercarse a mí.

Livia se colocó a mi derecha y Vittoria a mi izquierda.

—Felicidades por la boda. —Al menos Vittoria tuvo la decencia de felicitarme.

Livia y Vittoria eran crueles conmigo. Estaba acostumbrada a ese tipo de comportamiento; la mayor parte de las chicas de nuestro mundo eran así las unas con las otras, por eso tendía a juntarme con las personas que conocía en las actividades a las que me apuntaba. Lo que no comprendía era por qué mi prima quedaba con ellas cuando era evidente que ni siquiera entre

ellas eran amigas reales.

—Gracias —respondí con una sonrisa tensa. Iba a poner una excusa para irme, pero Livia habló antes de que pudiera marcharme.

—Vas vestida como toda una princesita —añadió, mirándome de arriba abajo de una manera que pretendía ser ofensiva. ¿Qué tenía de malo ser una princesa?—. Entre tú y yo, no sé qué ha visto él en ti.

—Livia —le regañó Vittoria, pero podía ver la satisfacción en sus ojos.

Aunque Livia tendía a ser más cruel, la prefería antes de Vittoria. Porque, al final, ambas eran iguales, pero, al menos, Livia era más transparente.

—¿Qué? —dijo Livia—. No pretendo ser ofensiva, solo se lo digo porque tenemos confianza. Serena no se lo toma a mal, ¿a qué no? No tiene nada de malo ser el segundo plato. La opción rápida.

Ella estaba celosa.

Apostaba a que le hubiera gustado que Leonid la hubiera escogido a ella. Y a mí me hubiera encantado.

Desgraciadamente, no había sido así.

—No te preocupes, Livia. No me molestas —mentí.

Aunque ella pensaba que me estaba haciendo de menos, nunca lo lograría. Podría enfrentarme a ella, pero no me gustaban los enfrentamientos y no conseguiría más que una discusión que no me llevaría a ninguna parte.

No hay mejor desprecio que no hacer aprecio. ¿O eso decían, no?

—Buenas noches, chicas. —Me quedé petrificada al escuchar esa voz detrás de mí, porque prefería mil veces la compañía de Livia y Vittoria antes que la de él. Ni siquiera me había enterado de que había llegado a la fiesta. Livia se movió hacia la izquierda y Leonid se colocó a mi lado—. ¿Qué tal va la noche?

Las expresiones de Vittoria y de Livia cambiaron radicalmente.

—Muy bien, Leonid —respondió Vittoria pestañeando exageradamente—. Felicidades por vuestra boda. Nos alegramos de que estés tan feliz.

—Le estábamos diciendo a Serena que parece una princesa de cuento —añadió Livia, enredando un mechón de su cabello rubio entre sus dedos.

—Ella no es ninguna princesa de cuento —negó Leonid con calma—. Es una mujer real. Una muy inteligente y preciosa, ¿no os parece?

Leonid rodeó mi cintura con su brazo y me atrajo hacia él posesivamente. Su expresión era tan relajada como de costumbre, pero había algo perturbador en él. Un destello gélido en sus ojos y un aura oscura que comenzaba a rodearlo.

No sabía describirlo, pero, por la forma en la que Livia y Vittoria intercambiaron una breve mirada incómoda, lo notaron también.

—Sí… claro —acordó Vittoria, haciendo un esfuerzo porque su voz no temblara.

—Ser una princesa de cuento no es nada malo —recalcó Livia, como si quisiera justificarse.

—En eso te tengo que dar la razón —coincidió Leonid con una sonrisa afilada—. Supongo que si estamos en un cuento, yo sería el príncipe. —Vittoria miró a Leonid con interés, pero Livia frunció levemente el ceño—. Y vosotras, las hermanastras feas y envidiosas.

A punto estuve de atragantarme con mi propia saliva.

Las dos abrieron la boca, pero la cerraron. Ninguna de ellas fue capaz de encontrar ninguna palabra adecuada.

—Creo que lo mejor es que os dejemos solos. —se excusó Vittoria, que estaba empezando a palidecer, mientras estiraba su mano para agarrar la muñeca de Livia y tirar de ella—. Felicidades de nuevo, pareja.

Leonid posó su mirada en Livia y, aunque pude ver que estaba claramente indignada, también me di cuenta de que no se atrevía a enfrentarse a mi prometido. Ella bajó los ojos hasta mis zapatos blancos, como si quisiera desesperadamente huir de la mirada de Leonid.

—Sí, felicidades. —Su voz sonó temblorosa y no sé si fue por temor o por rabia; quizá, por ambas.

—Uff… —resopló Leonid, rodando los ojos cuando se fueron—. Menudas dos arpías.

Me giré para mirarlo, pero entonces me di cuenta de que aún me sujetaba por la cintura. Me aparté bruscamente y él me liberó al instante.

—¿Se puede saber qué haces? —Bajé la voz cuando me di cuenta de que la había alzado más de la cuenta—. Sé defenderme yo sola, no necesito que nadie lo haga por mí

Leonid me observó durante unos instantes, como si estuviera intentando entenderme, y después, se encogió de hombros.

—¿Ah, sí? Porque no lo parece. Estabas permitiendo que te vapuleasen.

—No estaba permitiendo nada. Simplemente, a veces, no hay mayor desprecio que no hacer aprecio.

—Estoy de acuerdo, pero también hay que saber poner límites. Especialmente, el día de nuestra fiesta de compromiso.

—Justo porque toda la atención está puesta en mí, hoy menos que nunca quería discutir con ellas.

—Pero no parece importarte discutir conmigo.

Miré a mi alrededor, y aunque habíamos bajado el tono, algunos invitados nos estaban observando, atentos a nuestra conversación.

—¿Es mucho pedir que me dejes en paz?

Normalmente, no solía ser tan brusca; ni siquiera con él. Pero estaba tan harta y cansada. Y furiosa, muy furiosa.

Ya no porque se negase a romper el compromiso, sino porque me había engañado. No nos habíamos vuelto a ver desde la feria. Durante ese tiempo, según me había contado mi prima, él había estado en Rusia por negocios.

Debería estar contenta de haberme librado de él, pero también estaba enfadada. Con él y conmigo misma.

Si hubiese ganado la apuesta, Leonid no hubiese perdido nada, ya que no tenía intención de verme en diez días. En cambio, yo sí había tenido mucho que perder.

Aunque al final no había perdido nada porque él no me había besado y no tenía intención de reclamar su premio.

¿Entonces, por qué me molestaba tanto? ¿Y por qué había pasado estos últimos días mirando el teléfono, esperando una llamada de él?

—Un poco difícil teniendo en cuenta que soy tu prometido y esta es nuestra fiesta de compromiso. No sé si se te ha olvidado —me recordó, interrumpiendo mis pensamientos.

—No, pero pensaba que a ti sí.

—¿Qué? —Por primera vez, le vi sorprendido, y eso me dio fuerzas para seguir.

—Un prometido avisa a su prometida que se va de viaje. Y, una vez allí, la llama de vez en cuando para que ella sepa que está bien.

—¿Estabas preocupada por mí, golondrina? —preguntó con una sonrisa descarada. Su voz sonaba claramente complacida.

Sentí cómo se me encendían las mejillas.

—No, claro que no —me corregí con rapidez; demasiada rapidez—. Pero como te gusta alardear tanto de que estamos prometidos, te estaba recordando que no te comportas como uno.

—Yo creo que me echabas de menos.

Puse mis manos en mis caderas.

—Por supuesto que no.

—No tienes nada de lo que avergonzarte, yo también te echaba de menos. —Dio un paso para acercarse a mí, inclinó la cabeza y me susurró al oído—: A cada segundo del día. Estaba ansioso porque que llegase este día para volver a verte.

Se separó de mí, pero el frescor de su aliento mentolado permaneció cerca de mi oreja. Sus labios apenas habían rozado mi piel, pero mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera procesarlo, como si cada centímetro de mí fuera consciente de su cercanía. Un hormigueo recorrió mi espalda, y por un instante, mis pensamientos se nublaron.

Y si él había logrado eso de mí con un débil roce y con unas pocas palabras, ¿qué conseguiría con un beso?

No pude detenerme en ese perturbador pensamiento porque sentí una mano agarrar mi hombro con suavidad.

—Serena, cariño. —Me tensé cuando reconocí la voz de Saverio—. Apenas hemos podido hablar en toda la noche.

Le sonreí, pero me moví de manera disimulada hasta que conseguí que apartara su mano. A pesar de ser el marido de mi hermana desde hacía años, la presencia de Saverio siempre me resultaba inquietante. Por eso, trataba de rehuirlo.

Aunque, afortunadamente, tan solo coincidíamos unas pocas veces al año.

—Lo siento, Saverio —me disculpé tan solo por ser educada—. Está siendo una noche ajetreada.

Saverio asintió levemente, fingiendo que me escuchaba, pero él ni siquiera me estaba mirando. Sus ojos negros estaban fijos en Leonid.

—Por fin te conozco, Leonid —dijo, mostrando una hilera de dientes tan blancos y relucientes como las teclas de un piano recién limpiado—. Yo soy Saverio Grimaldi, el marido de la hermana de Serena. Es un placer conocerte.

—El placer es mío —respondió Leonid, estrechando la mano que Saverio le ofreció.

—He escuchado hablar mucho sobre ti, Leonid. Mikhail y tú lo estáis haciendo muy bien en Dublín, recuperando lo que os pertenece. —Su mirada vagó por la sala durante un instante antes de volver a centrarse en Leonid—. Supongo que ya sabes que mi padre es el alcalde de Palermo.

—Algo he escuchado —murmuró Leonid sin mostrar el menor interés.

—Entonces también habrás escuchado que yo también estoy en política.

—Pues mira, de eso no había oído nada. ¿Acabas de empezar?

Pude ver la cara de incredulidad de Saverio, incluso la furia contenida en sus facciones. A él no le gustaba que alguien no reconociera su apellido o no mostrara la reverencia que esperaba por su posición. Estaba acostumbrado a que su nombre hablara por él, a que todos se esforzaran por complacerlo… pero Leonid no parecía impresionado en absoluto. Más bien, parecía aburrido.

De hecho, estaba bastante segura de que le estaba provocando adrede.

—Bueno, ahora que somos familia, querrás que te ponga al día.

—No en especial, si te soy sincero.

Tuve que aguantar la risa, estaba bastante segura de que Saverio estaba echando humo.

—¿Cómo dices? —preguntó con furia apenas contenida.

—Supongo que no te han avisado que soy un bromista.

Saverio se relajó visiblemente a la vez que se reía.

—Casi te creo. Quería hablarte sobre un proyecto que pienso que os puede interesar.

Saverio dijo algo más, pero yo dejé de escuchar.

Miré a Leonid, que observaba a Saverio con fingido interés. Para cualquiera, habría parecido auténtico, pero yo podía ver lo que se escondía detrás de esa fachada. Y fue en ese instante cuando lo comprendí: la manera en que me miraba cuando hablábamos, cómo se había comportado en la feria, la atención que ponía en cada palabra que salía de mis labios… Todo eso sí era real. Él quería estar allí. Le importaba lo que yo pensara, lo que yo dijera. Le importaba yo.

No sabía cómo tomarme esa revelación. En realidad, todo lo que tenía que ver con Leonid me desconcertaba.

Aproveché el momento para alejarme con la excusa de que tenía que ir al baño. Necesitaba un poco de respiro para pensar con claridad. La presencia de Leonid enturbiaba mis pensamientos.

Primero busqué a mi madre con la mirada, pero ella estaba hablando con mi tía y un grupo de mujeres a las que no conocía. Sabía que si me acercaba a ellas, me atosigarían con preguntas y no lograría hablar con mi madre. Después, busqué a mi prima. Estaba sentada en una silla alta frente a la barra. Bueno, en realidad, ella estaba sentada en el regazo de Mikhail.

Él le susurró algo al oído y el rostro de mi prima se iluminó con una felicidad genuina. No quería interrumpirlos, así que decidí ir al baño, aunque, en realidad, no tenía ganas. Pero, al menos, podría esconderme allí un rato antes de que otro invitado viniera a abordarme.

Evité los aseos que estaban justo a la salida del salón; aunque no había mucha cola, sí la suficiente como para obligarme a socializar, y eso era lo último que me apetecía en ese momento. En su lugar, seguí los carteles indicativos —los típicos letreros con la figura del baño — que apuntaban hacia unos servicios más alejados; probablemente, en una zona más tranquila del hotel. O, por lo menos, una zona donde los clientes no supieran quién era yo.

Tras recorrer un par de pasillos poco transitados y descender por una escalera, finalmente llegué a unos baños.

Entré y descubrí que solo había un único habitáculo, que, en ese momento, estaba ocupado. Me acerqué al lavabo y me eché un poco de agua en el rostro, esperando que el agua fría me ayudara a despejarme un poco. Después, observé mi reflejo en el espejo, comprobando que el maquillaje no se hubiera arruinado.

Afortunadamente, seguía perfecto. Mi prima Isabella podría dedicarse a ser maquilladora si quisiera; tenía que reconocer que había hecho un gran trabajo. Tan solo llevaba unas sombras de colores rosas pálidos y un poco de máscara de pestañas que resaltaba mi mirada. No llevaba base de maquillaje, sino corrector, bronceador y un sutil colorete que daba un toque de color a mis mejillas. Y para los labios, un perfilador de color nude y un gloss.

El acabado era natural pero bonito, tal y lo que yo buscaba.

Me aparté del lavabo para acercarme a la pared, evitando apoyarme, ya que si se me manchaba el vestido, a mi tía le daría un infarto. Miré de nuevo hacia la puerta del compartimento del baño. La mujer que estaba dentro estaba tardando mucho, pero no tenía prisa.

Necesitaba ese descanso.

Estaba a punto de sacar el móvil del bolso cuando escuché unas arcadas ahogadas, seguidas por un sollozo entrecortado.

Preocupada, toqué la puerta con suavidad.

—¡Ya voy! —respondió una voz que conocí a la perfección.

—¿Melania? —llamé a mi hermana—. ¿Estás bien?

—¿Serena? Sí, tranquila, estoy perfectamente.

Escuché cómo tiraba de la cadena y, un minuto después, mi hermana abrió la puerta y salió. Tragué saliva al verla, porque, definitivamente, no estaba bien. Su rostro estaba pálido y desdibujado bajo el maquillaje arruinado. Y parecía que estaba a punto de vomitar de nuevo.

—¿Seguro que estás bien? Te he escuchado vomitar.

Melania trató de esbozar una sonrisa que terminó siendo una mueca tensa.

—Tan solo ha sido algo que me ha sentado mal.

—¿Quizá la bebida?

Puede que nunca hubiera hablado con mamá y papá de este tema, pero había notado durante los últimos años que Melania tenía la tendencia a beber más de la cuenta durante las veces que nos juntábamos. Cada vez era más habitual verla con una copa en la mano.

Melania me miró como si no entendiese la pregunta o, más bien, como si le sorprendiese que yo se la hiciera.

—No —respondió, dándome una mirada que no comprendí—, hace meses que no pruebo una gota.

—Melania, sé que…

—Estoy bien, Serena —me cortó—. Solo ha sido algo que he comido.

A pesar de sus palabras, podía ver que algo no iba bien. Mi hermana y yo no teníamos una relación cercana. Con una diferencia de edad de siete años, ella se marchó de casa cuando yo tenía apenas once años. Aunque siempre había intentado acercarme a ella, Melania me lo impedía. Era como si quisiese marcar una distancia conmigo.

—Está bien, Mel. Si necesitas algo, dímelo.

Mi hermana asintió.

—Por cierto, se me ha olvidado decírtelo, pero felicidades por tu boda, Serena —dijo antes de salir del baño.

¿Por qué tenía la sensación que, en vez de felicitándome, me estaba dando el pésame?

En cuanto regresé al salón, Leonid se acercó a mí. Estaba casi segura de que había estado esperándome.

—Vamos, es nuestro momento —dijo, ofreciéndome su brazo, y, por inercia, lo enlacé con el mío.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté, sorprendida.

Sin responder a mi pregunta, Leonid nos llevó hasta el centro del salón, esquivando con agilidad a los invitados y evitando a aquellos que querían hablar con él.

Nos detuvimos al lado de un camarero con unas copas de champán en una bandeja. Este le ofreció una a Leonid y, después, otra a mí. La cogí por inercia mientras le respondía con una sonrisa.

Antes de darme cuenta de lo que estaba sucediendo, Leonid hizo chocar su copa contra la

mía, haciendola tintinear. Eso llamó la atención de los invitados, aunque, en realidad, ya la teníamos. Él levantó su copa con firmeza, silenciando a aquellos que aún no se habían percatado de que estábamos a punto de hacer el brindis; yo entre ellos. Los murmullos cesaron lentamente, y todos los ojos se centraron en nosotros.

Mi estómago se retorció debido a los nervios.

—Quiero agradeceros a todos por acompañarnos en este día tan especial —dijo—. Especialmente, a mi padre —señaló con la barbilla a Georgy, al que aún no había visto ese día y se encontraba junto a Mikhail e Isabella en una esquina del salón—, por haber dejado todos sus compromisos laborales de lado por unas horas.

Por alguna razón, aquello me sonó más a reproche que a halago, pero Georgy levantó la copa y sonreía, encantado.

—Por supuesto, también a los padres de Serena —continuó—. No solo por estar hoy aquí, sino por aceptarme como su futuro yerno. Pero, sobre todo, por entregarme a su preciosa y amada hija. Prometo que la cuidaré, protegeré, y siempre estaré a su lado.

Leonid había usado la palabra entregar deliberadamente. Ellos me habían dado a él. Y yo ahora era suya.

Pude ver cómo la vena del cuello de mi padre palpitaba. Si no le conociese bien, pensaría que estaba a punto de lanzarse encima de mi prometido. Mi madre bajó la cabeza, como si ni siquiera se atreviese a mirarme a la cara.

En cambio, mis tíos, parecían complacidos.

Tampoco se me pasó desapercibida su última promesa. Esa iba dirigida para mi. Él siempre estaría junto a mí, no podría escapar de él.

Nunca.

La sala explotó en aplausos y yo tan solo quería hacer un hueco a mi alrededor y que la tierra me tragara. Sentí un leve pellizco en mi muñeca y ladeé mi cabeza hacia Leonid, que me miraba con una sonrisa suave en sus labios.

—¿Quieres decir algo, cariño? —me preguntó.

Las mujeres en mi mundo no hablaban durante el brindis. No sabía si era por otra tradición o porque quitaba protagonismo al hombre. Mi mundo podía ser un poco machista en algunas ocasiones.

Siempre había pensado que no me importaba, pero, en ese momento, fui consciente de que Leonid hubiese tenido ese detalle me parecía algo muy tierno. Algo que el prometido de mis sueños no habría hecho porque se habría regido a lo que se esperaba de él, pero Leonid rompía las normas constantemente.

Y, esta vez, lo había hecho para darme mi lugar; uno que me pertenecía.

—Solo daros las gracias a todos por estar aquí —dije con una sonrisa temblorosa, centrando mis ojos en el frente.

Me tranquilizó ver que mi padre parecía un poco más relajado y que mi madre había alzado la mirada para darme ánimos, ya que sabía el pánico que me daba hablar en público. Aunque mi tío tenía el ceño fruncido mientras negaba con la cabeza.

Más aplausos.

Pensaba que ya habíamos terminado cuando Leonid se giró hacia mí. Llevó su mano derecha hacia el bolsillo de su americana y sacó una caja de terciopelo rojo que extendió hacia mí.

—Sé que esto es algo que normalmente debería suceder en la intimidad, pero he querido

hacerlo frente a todos para sellar nuestro compromiso de manera pública y definitiva.

No me dio tiempo a procesar sus palabras, porque él había abierto la caja y estaba deslizando un anillo en mi dedo.

Escuché el sonido amortiguado de los aplausos, pero yo solo podía contemplar mi anillo de compromiso. Era deslumbrante, con un diamante en el centro que brillaba con luz propia, rodeado de diamantes más pequeños.

Yo no nunca lo hubiera elegido. Era demasiado grande, demasiado ostentoso. No era el anillo de compromiso que había soñado, ni siquiera pensaba que un anillo así me gustaría, pero se sentía perfecto en mi dedo. Era como si Leonid hubiera sido capaz de ver por debajo de mis gustos y mis preferencias y encontrar aquello que anhelaba sin saberlo.

—¿Te gusta, golondrina? —me preguntó en un susurro, solo para mis oídos.

La palabra no estuvo a se deslizó por mi lengua. Deseaba expresarle mi disgusto, decirle lo mucho que me horrorizaba, porque no quería que él tuviera la satisfacción de haber acertado. No quería ver la victoria reflejada en su rostro. Estuve a punto de decírselo, pero no pude hacerlo.

Porque no podía mentir. No en eso y ni siquiera a él.

—Me encanta.

Su rostro se iluminó con una sonrisa, pero no era irónica ni desafiante. Era genuina, como si hubiera logrado algo mucho más grande que simplemente darme un anillo. Como si hubiera logrado, de alguna forma, tocar una parte de mí que ni siquiera yo conocía.

Y, el problema era que, tal vez, él estaba en lo cierto.

CAPÍTULO 11

SERENA

—¿Bailas conmigo, princesita?

Mi padre me tendió su mano y yo no dudé ni un instante a la hora de cogerla. Lo seguí alrededor de la pista. A pesar de que no lo detestaba como mi padre, bailar no era lo mío; me gustaba la música, pero no era buena siguiéndola. Aunque con el paso de los años había conseguido convertirme en una bailarina aceptable. Es decir, era capaz de bailar y coordinar lo suficiente para no caerme al suelo.

—Tu madre estará orgullosa de nosotros —me dijo mi padre mientras girábamos sobre nosotros mismos, leyendo mis pensamientos.

—No estamos haciendo el ridículo —añadí con una sonrisa—. Bailar siempre ha sido cosa de mamá, no nuestra. —Como en la mayor parte de fiestas a las que acudíamos había que bailar, mamá nos apuntó a mi padre y a mí a unas clases de vals—. Las clases de salsa es la única actividad que nunca ha conseguido que me apunte con ella.

—Es que no se puede ser perfecto en todo, princesita —apuntó mi padre, y yo me reí.

Apoyé mi cabeza en su hombro y me dejé llevar por la música, sintiéndome como una niña de nuevo, segura, en brazos de mi padre. Era la primera vez en más de dos semanas que podía pasar un rato con él, y aunque no fuera a solas y de la manera que me hubiera gustado, quería aprovecharlo.

Sin embargo, al pensar las razones de todo lo que había pasado, no pude evadirme y aparté mi rostro de su hombro para mirarlo.

—Papá —lo llamé—, ¿Edoardo fue quien aceptó el compromiso por ti, verdad?

Semanas antes jamás me hubiera atrevido a formular aquella pregunta. Porque, seguramente, no querría escuchar la respuesta. Era más fácil creer una mentira que afrontar la verdad, pero ahora no podía mirar hacia otro lado.

Necesitaba saberlo.

—Princesita…

Mi padre se quedó en silencio, siendo incapaz de contestarme. Pero no hacía falta, porque al ver la expresión de culpabilidad en su rostro, tuve mi respuesta.

—Lo aceptaste tú, ¿verdad? —Ya no era una pregunta, sino una afirmación amarga—. ¿Y seguiste adelante aúnn cuando te dije que no quería casarme con él? ¿Aún cuando te lo supliqué?

—No podía hacer otra cosa.

En el fondo, lo había sospechado desde el instante en el que no había acudido a la cena que mantuve con Leonid y su padre. Una sospecha que había ido creciendo cada vez que evadía mis llamadas y mis mensajes.

Pero era más fácil seguir pensando que él se había negado y que mi tío le había obligado a aceptarlo. Más fácil para mí.

—Si podías, papá. Siempre se puede. —Hice una pausa para respirar—. Estabas buscándome un marido, el hombre perfecto. Solo tenias que haber buscado más antes de aceptar.

—Los negocios no funcionan de esa forma, princesa.

—Es verdad —dije con una ironía poco frecuente en mí—. Los matrimonios son un negocio.

—No quería que lo fuese, no para ti. Por eso aún no estabas comprometida.

Miré a mi padre con confusión.

—¿No estabas buscándome marido?

—No.

Me quedé petrificada, iba a pedirle más explicaciones, pero una voz me lo impidió.

—¿Me permites la mano de tu hija, Riccardo? —Leonid estiró su mano hacia mí.

Aunque estaba disfrazada de petición, no lo era.

Mi padre no se movió. Sentí cómo la siguiente canción comenzaba a sonar y también pude sentir las miradas sobre nosotros. Quizá esa fue la razón por la que Eleonora, mi tía, se acercó hasta nosotros.

—¿Bailamos, Riccardo?

No queriendo llamar la atención el día de mi compromiso, traté de deshacerme del agarre de mi padre.

—Vamos, papá. —Él finalmente me soltó.

—Gracias, Riccardo —agradeció Leonid cuando mi padre caminó hasta mi tía, pero pude percibir el sarcasmo en sus palabras.

Leonid colocó una de sus manos sobre mi espalda, y con la otra, agarró una de sus mías. Lo hizo con confianza, como si tuviera todo el derecho de hacerlo. Él me guio a través de la pista con una habilidad que mi padre no tenía. Se movía con seguridad, y me encontré a mí misma siguiéndole.

—No se te da mal.

Hice una mueca.

—He dado clases de baile.

—Se nota.

Puse los ojos en blanco.

—No necesito que me adules.

—Tienes razón. Y tampoco te gusta.

—No, no lo hace —le dije a la vez que girábamos al ritmo de la música.

—A la mayor parte de las chicas de tu clase social les gusta ser el centro de atención. Viven para que les digan lo guapas que están.

—Supongo que a muchas, sí —dije, porque era la verdad—. Supongo que soy diferente en ese sentido.

—Por suerte para mí, lo eres.

Levanté la cabeza para mirar a Leonid a los ojos.

—No sé por qué dices eso. Esas chicas te pegan más que yo —murmuré, intentando mantener la compostura mientras seguíamos moviéndonos por la pista—. De hecho, muchas de ellas no te han quitado ojo en toda la noche. Y tampoco han hecho el menor esfuerzo por disimular que les resultas atractivo. He escuchado a varias decirlo incluso estando yo delante.

Leonid sonrió con calma, como si nada de lo que acababa de decir le sorprendiera.

—La mayoría de ellas son artificiales, aburridas y maliciosas. Solo intentan provocarte porque están muertas de envidia.

—¿Porque voy a casarme contigo?

—En absoluto —respondió con seguridad, sin dejar de mirarme a los ojos—. Están

envidiosas porque no son ni la mitad de guapas que tú, porque no tienen tu clase, tu elegancia, ni ese aire sereno que hace que todos te miren cuando entras a una habitación. Porque no tienen tu fuerza, tu inteligencia, ni ese brillo sutil en los ojos cuando te enfadas o cuando sonríes. —Se inclinó ligeramente hacia mí, acercando su rostro al mío mientras seguíamos bailando—. Y porque saben, aunque no quieran admitirlo, que tú eres infinitamente más deslumbrante que todas ellas juntas.

Tragué saliva y bajé la mirada. No quería que se diese en cuenta lo que sus palabras provocaban en mí. Una mezcla de sentimientos que me confundían.

Levanté la cabeza, pero miré hacia los lados. La música continuaba y todos seguíamos bailando.

—Mi tía ha hecho un buen trabajo con la fiesta —dije, rompiendo el silencio entre nosotros y en un intento desesperado de cambiar de tema.

Leonid soltó una carcajada consciente de lo que intentaba hacer.

—¿Ella también se ha encargado de decidir las bebidas que se sirven? —me preguntó, siguiéndome el juego.

—Sí, claro.

—Entonces voy a tener que tener una conversación con ella.

Sus palabras llamaron mi atención y giré la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Porque qué?

—Deberían tener de todo y no es así.

—No he escuchado a nadie quejarse —dije, aunque no había prestado mucha atención y no me había acercado a la barra—. ¿Qué falta? ¿Vodka? —No entendía mucho de bebidas alcohólicas, pero me sonaba que era muy popular en Rusia. Con lo perfeccionista que era mi tía, me extrañaba no se hubiese asegurado de eso.

Leonid hizo una mueca.

—Hay suficiente vodka como para emborrachar a toda la ciudad.

—¿Alguna bebida alcohólica típica de Rusia?

—No. Hay alcohol de todo tipo.

—¿Entonces?

Leonid suspiró pesadamente.

—He pedido un vaso de leche fría con cacao. ¿Y te puedes creer que no tienen cacao en polvo?

Lancé tal carcajada que, incluso, algunas de las parejas que estaban bailando se detuvieron para mirarnos. Me solté un segundo del agarre de Leonid para limpiarme las lágrimas que salían por mis ojos. Tal vez estaba exagerando, pero hacía tiempo que no me reía tanto.

Cuando me recuperé, volví a agarrarme a Leonid y continuamos bailando.

—¿Te parece gracioso? —preguntó con fingido enfado.

—Un poco, la verdad. —Él entrecerró los ojos—. Pide un batido de chocolate. Estoy segura de que hay, aunque solo sea para usarlo de mezcla con el alcohol.

Él se detuvo y me miró con seriedad.

—No es lo mismo —dijo con tono grave—. Los batidos de chocolate ya vienen preparados, demasiado dulces y con ese sabor artificial. La leche con cacao en polvo es otra historia… puedes ajustar la cantidad a tu gusto, el sabor es más puro, más auténtico. Y además, se disuelve como si estuvieras preparando algo especial, no solo sirviendo una bebida cualquiera.

La seriedad con la que lo dijo provocó que volviese a reírme. Aunque, esta vez, lo hice en

un tono bajo.

Él comenzó a bailar de nuevo, guiándonos al ritmo de la música.

—No me puedo creer que lo digas en serio.

—Muy en serio. Es nuestra fiesta de compromiso, deberían tener en cuenta nuestros gustos.

De nuevo, como aquella vez en la noria, estaba hablando con él, disfrutando del momento. Leonid lo hacía tan fácil que hasta parecía real…

Sin embargo, sabía que no lo era. Nada de aquello era real.

Y entonces, la realidad me golpeó con fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, solo que no lo entiendo —espeté con sinceridad. Sabía que debería guardármelo para mí, pero sentí la necesidad de decírselo—. En muchos momentos eres educado, gracioso, buen conversador. Pareces un chico normal.

—Soy un chico normal.

—No, eres un…

No fui capaz de terminar la frase, pero Leonid lo hizo por mí.

—¿Un asesino?

—Sí.

—Mira a tu alrededor, Rena. Estás rodeada de ellos. Tu padre, tus tíos, todos los hombres de tu familia lo son. Eso es en lo que la mafia te convierte.

—Es diferente.

—¿Lo es? ¿Eso crees?

—Lo vi en tus ojos, Leonid. Disfrutaste con ello. Disfrutaste… —bajé la voz tanto que ni siquiera yo misma podía escucharme— matándolo.

Él me miró fijamente durante unos instantes.

—Tienes razón, lo hice —reconoció a la vez que la canción terminaba. Entonces, Leonid me soltó. Retrocedió un paso y se apartó de mí—. Disfruta del resto de la fiesta.

Antes de que pudiera reaccionar, él se marchó, dejándome sola en la pista. No estaba muy segura de lo que acababa de pasar, pero lo que sí sabía era que Leonid escondía en su interior mucho más de lo que dejaba ver a simple vista.

CAPÍTULO 12

LEONID

Las fiestas de compromiso me parecían un sinsentido, y más, aquella.

No estaba en contra del matrimonio. De hecho, siempre había soñado con conocer a una mujer en un pub, en una cafetería o en la universidad, quedar con ella, empezar a salir, y, eventualmente, casarme. Pero, en el fondo de mí, siempre había sabido que esa era una aspiración que nunca podría tener.

Porque eso era lo que hacían las personas normales. Y yo no era normal.

Serena tenía razón al decírmelo. Ni siquiera era igual que muchos de los hombres de la mafia.

Y aunque me lo había negado a mí mismo, quizá tenía que empezar a asumirlo. Comenzar a aceptar que había algo dentro de mí, una pieza, que me hacía diferente. Esa pieza que siempre me había impedido encajar del todo en la sociedad por mucho que lo hubiera intentado con todas mis fuerzas durante casi siete años en Los Ángeles.

Tal vez yo siempre había estado destinado a terminar en un matrimonio de conveniencia con solo veintidós años y asistir a una fiesta de compromiso ridícula llena de personas que se acercaban a mí con un interés. Porque aquello no era una fiesta de compromiso, sino una reunión de negocios disfrazada de una.

Aunque yo mismo había elegido a la novia, el simple hecho de tener el poder de hacerlo, por encima de todo, debía repugnarme, pero no lo hacía. Porque aunque detestara con toda mi alma todo lo que aquello significaba, merecía la pena en el momento en el que vi el anillo de compromiso que había comprado en el dedo anular izquierdo de Serena.

Y nunca me había sentido tan orgulloso y cachondo en mi vida al saber que todo el mundo sabría a partir de ahora que esa mujer era mía. Tan primitivo y retorcido como pudiera sonar.

—¿A qué estás jugando, Leonid?

Isabella Carbone se encontraba frente a mí. La prima de mi actual prometida, la esposa de mi Pakhan y mi exprometida.

—¿Jugando? —repetí—. No estoy jugando a nada.

—Corta el rollo, Leonid. Mira, no sé por qué estás tan empeñado en casarte con mi prima, pero como me entere de que le haces algo, pienso encargarme de arruinarte la vida. No necesito saber utilizar un arma para eso.

Nunca estaría lo suficientemente agradecido a Mikhail por haberme librado de ella. Era insoportable.

—¿Me estás amenazando, Isabella? Que sepas que no me gustan las amenazas.

—Tómatelo como una amenaza o como una advertencia. Mi prima no es como nosotros, Leonid. Ella es diferente. —Su expresión se suavizó por un instante, pero después volvió a endurecerse—. No te tengo miedo.

Isabella Carbone era una princesita de la mafia que había crecido entre algodones y se creía intocable por ser la hija de un Don y ahora, se lo seguía creyendo por ser la esposa de un Pakhan de la Bravta. Pero poco me importaba que fuera la mujer de Mikhail. Si se entrometía en mi

camino, no tendría piedad con ella.

Cuando se trataba de Serena, no razonaba.

—Y no pretendo que me lo tengas, Isabella. De hecho, como ahora vamos a convertirnos en familia, voy a darte un consejo. —Me incliné hacia ella para quitarle la copa que estaba bebiendo —. Es mejor que no te metas en los asuntos que no te incumben o puede que te salpiquen y seas tú quien termines cubierta de sangre. —Le di un trago a su copa solamente para fastidiarla. Isabella era tan caprichosa y mimada que ni siquiera era capaz de compartir nada—. ¿*Bellini*, verdad? Está bueno. —Se la devolví, y aunque quedaba más que la mitad, sabía que ella ya no la tomaría

—¿Todo bien? —preguntó una delicada voz, impidiendo que Isabella me respondiera. Pero no era la interrupción de Mikhail como habría esperado, sino que mi prometida se encontraba frente a nosotros con una mueca extraña en su rostro.

—Bien, Rena —contestó Isabella con una sonrisa apretada.

Serena no pareció convencida, pero asintió.

—¿Puedo hablar un momento contigo —pensaba que se dirigía a su prima, y al menos, me libraría de Isabella, pero entonces sus ojos se posaron en mí— Leonid?

—Claro.

Serena le hizo un gesto a su prima y después se dirigió hacia una de las ventanas abiertas del salón que daban a un jardín. Dio unos pasos hasta que se aseguró de que estábamos lo suficientemente lejos de cualquier mirada indiscreta, como si no quisiera que nadie nos pudiera escuchar.

—¿Es por venganza por lo que estás haciendo todo esto? —preguntó, sorprendiéndome—. ¿Quieres vengarte de Isabella porque ella te dejó por Mikhail?

¿Qué?

De todas las cosas que me esperaba que me dijera, esa ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

No pude evitar reírme.

—¿Estás hablando en serio?

Pero la expresión de Serena no dejaba lugar a bromas.

—Querías casarte con Isabella.

—Nunca quise casarme con Isabella, Mikhail me hizo un favor rompiendo nuestro compromiso. Intuí que estaban juntos desde prácticamente el principio.

Serena parecía desorientada.

—¿Y te dio igual?

—Ya te he dicho que no quería casarme con ella. No tengo ningún interés en tu prima. Es caprichosa, materialista y superficial. No me fijaría en ella ni aunque fuera la última mujer en el mundo.

—No te metas con ella. Isabella… —Serena comenzó, indignada, pero ella no pudo rebatirme ninguna de las palabras con las que acababa de describir a su prima porque eran ciertas —. Ella es buena.

—Si tú lo dices…

Ni siquiera comprendía por qué Serena la toleraba. Estaba seguro de que Isabella tan solo la mantenía cerca porque podía hacer con ella lo que quisiera.

—¿Entonces no estás interesado en ella? —Serena parecía incrédula—. Parecía que te gustaba, parecías tan fascinado por ella.

Suspiré.

—Ese era mi papel, Rena. Eso era lo que se suponía que tenía que hacer.

Y lo hacía bien.

Era muy bueno fingiendo. Llevaba haciéndolo durante tanto tiempo que hasta había llegado a engañarme a mí mismo.

—¿Y lo que estás haciendo ahora también es un papel? —preguntó, y vi la vulnerabilidad en sus ojos azules.

Isabella tenía razón. Serena no era como nosotros, ella era diferente a todos. Era genuina, de verdad, y tenía un corazón que no estaba hecho para el mundo en el que habíamos nacido. Pero eso no era suficiente para que la dejara ir.

Nada lo era.

—No, no lo estoy haciendo. Es un matrimonio de conveniencia, pero te he elegido yo.

—¿Necesitabas una novia y yo era la única opción que te parecía elegible? ¿Porque soy diferente al resto?

Me había marchado y alejado de ella después de bailar porque me asustaba lo mucho que Serena podía llegarme a conocer; incluso más que yo mismo. Pero, aun así, ella estaba equivocada conmigo.

—Tengo que casarme quiera o no. Y tú eres la única con la que quiero hacerlo.

—¿Y si no tendrías que casarte por obligación? ¿Seguirías queriendo casarte conmigo?

—Sí. —No tenía ninguna duda.

Si ella no fuese la hija de un alto cargo de la mafia, miembro de una familia que nos debía un favor, yo hubiera encontrado la manera de hacerla mía. Porque ella me pertenecía, lo sentía en cada poro de mi piel. Y no la dejaría escapar.

—¿Y cómo sé que no estás fingiendo? ¿Cómo sé que esto es real? ¿Cómo sé que no es un juego macabro solo para hacerme daño?

Jamás la haría daño. No intencionadamente, no físico. Ella era lo más real que había habido nunca en mi vida.

—Lo que siento por ti es real, Rena —le dije, dando un paso acercándome más a ella—. Nunca finjo cuando estoy contigo ni para bien ni para mal. Eres la única con la que soy capaz de ser yo mismo. Con mis luces y sombras.

Ella tragó saliva.

—Yo estaba un poco celosa de Isabella —reconoció—. No se por qué, pero cuando te he visto hablando con ella, me he enfadado. He creído que, tal vez, me estabas utilizando para fastidiarla, para vengarte porque te dejó por otro.

La miré y no pude evitar esbozar una sonrisa. Estaba preciosa, vulnerable y tan sincera como siempre. Serena era exactamente lo que mostraba, sin máscaras, sin fingir.

Estiré la mano y le acaricié la mejilla con el dorso. Ella cerró los ojos un segundo, como si se aferrara a ese gesto, y luego acunó mi mano entre las suyas.

—Nunca sentí nada por ella.

—Es muy guapa y atractiva, todos los hombres se fijan en ella.

Me incliné un poco más hacia ella, acortando la distancia. La miré directo a los ojos,

—Yo solo te veo a ti, Serena —dije, apenas un susurro—. Eres solo tú.

—Demuéstramelo. Demuéstrame que es real.

—¿Cómo quieres que lo haga? —le pregunté. Ella no respondió—. Pídeme que te bese. Así te demostraré que no hay nada irreal en esto. Que no finjo, que solo te deseo a ti. Déjame

demostrártelo.

Ella tragó saliva, como si estuviera luchando con lo que sentía. Sus labios temblaron levemente, y su mirada se posó en la mía, profunda e intensa.

Asintió con la barbilla, fue un leve movimiento. Suficiente para darme permiso, pero yo quería más.

—Palabras, Rena. Necesito palabras.

—Bésame, Leonid —pidió al fin, con una dulzura que me estremeció.

Y entonces hice lo que llevaba deseando desde que escapó de mí en el aparcamiento.

Uní sus labios a los míos. El beso al principio fue suave, casi tierno. Pero en cuanto ella suspiró en mi boca y sentí cómo su cuerpo se rendía ante nuestro contacto, lo profundice. Le rodeé la cintura con mi brazo, atrayéndola más a mí.

Su boca sabía aún mejor de lo que pensaba. Cálida, dulce y con ese sabor a deseo y entrega que me desarmaba completamente.

Había besado a muchas chicas, pero ninguna despertó en mí lo que logró ella. Ninguna me había hecho sentir así: tan vivo, tan vulnerable y, al mismo tiempo, tan completo. Porque con Serena, no era solo un beso; era algo más. Algo que no podía explicar, pero que me atravesaba hasta lo más profundo.

Si hubiese tenido alguna duda de si me estaba equivocando con nuestro compromiso, se hubiera disipado en este mismo momento. Aunque nunca había habido ni la más mínima duda en mí.

Si por mí hubiera sido, la hubiera llevado a una de las habitaciones del hotel y follado hasta dejarla temblando, agotada y con la certeza de que era mía y de nadie más. Pero ella no estaba preparada para eso, no aún.

Había logrado que me pidiese que la besase y lograría que suplicara por mi polla. Porque lo que quería de Serena era su rendición; su entrega total. No solo su cuerpo, sino cada parte de ella.

Cuando me separé de ella, parecía confundida, atrapada entre el deseo y el miedo. Pude verlo en sus ojos, ese brillo tembloroso que delataba su desconcierto. Y antes siquiera de que se moviera, ya sabía lo que iba a hacer.

—Huye, golondrina… —murmuré con una sonrisa ladeada—. Huye antes de que te atrape.

Y eso fue exactamente lo que hizo. Salió corriendo, sin mirar atrás, como si el fuego que habíamos encendido la quemara desde dentro.

Aunque se olvidó de algo.

Algo pequeño, pero brillante, que captó mi atención al rozar casi la punta de mi zapato. Me agaché para recogerlo y lo sostuve entre los dedos, observándolo con calma: un pendiente grande, elegante, con una gema de aguamarina en el centro que brillaba débilmente bajo la luz tenue.

Mi golondrina me había dejado un pequeño recuerdo… un detalle delicado, precioso como ella. Un regalo involuntario que me guardé con cuidado en el bolsillo derecho de mis pantalones de traje.

Y sonreí.

Porque aunque hubiera huido, siempre la atraparía.

CAPÍTULO 13

SERENA

Los domingos eran mi día favorito de mi semana.

Había sido así desde que era pequeña.

Y no era porque fuera el día de misa, sino porque, para nosotros, era el día familiar. Con el cargo que ostentaba papá solía estar ocupado; tanto mi madre como yo nos habíamos acostumbrado a que pasara la mayor parte del día fuera de casa, pero siempre hacía lo posible para compartir, aunque fuera, un pequeño rato en familia.

Los domingos solíamos hacer planes como ir al cine, hacer alguna receta en familia —a mí me encantaba la cocina y mi padre era un excelente cocinero—, jugar a juegos de mesa o salir a pasear.

Sin embargo, los domingos en casa de mis tíos eran muy diferente. Ninguno de los dos me había propuesto ningún plan y, honestamente, tampoco me apetecía demasiado estar en compañía de ninguno de los dos. E Ivo, mi primo pequeño, pasaba casi todos los fines de semana en un campamento de la iglesia.

Mis padres, mi hermana y su marido se habían ido a su hotel nada más terminada la fiesta, ya que cogían un avión pronto por la mañana. Casi no había podido hablar con ninguno de ellos.

Así que estaba sola.

A pesar de que el día no acompañaba para darse un baño, me había sentado al borde de la piscina que mis tíos recientemente habían inaugurado, remojando mis pies mientras leía un libro.

Aunque, honestamente, no había podido concentrarme ni en una sola línea. Porque no podía dejar de pensar en Leonid y en el beso que habíamos compartido. Lo que debería preocuparme era que, como él había vaticinado, se lo había pedido. Lo había hecho porque era algo que, pese a que me había negado a mí misma decenas de veces, deseaba.

Y ahora que nos habíamos besado, quería más. Lo quería todo.

¿Cómo podía desear a un hombre como él? Un hombre con un corazón más negro que el carbón. Un hombre muy diferente a los protagonistas de las películas y los libros románticos.

Con un suspiro de resignación, cerré el libro y lo dejé a mi costado.

Maldito Leonid. Seguía atormentándome incluso cuando no estaba presente.

Y además, por si no fuera suficiente, había perdido uno de los pendientes que mi madre me regaló por mi último cumpleaños. Y no eran unos pendientes cualquiera, sino uno de los pocos recuerdos que teníamos de mi abuela.

Los había buscado en el coche, por la mansión de mi tío, hasta había llamado al hotel para preguntar, pero nada. A mis diecinueve años, no podía recordar ni una sola vez en la que hubiese perdido algo; ni siquiera el tapón de un bolígrafo.

Pero Leonid… él provocaba caos en mi mundo ordenado. No solo desordenaba mis pensamientos, mis sueños y mis expectativas. Él también parecía descolocar mis cosas, mi lógica, mi control.

—Se te van a helar los pies —dijo una voz a mi lado, sacándome bruscamente de mis pensamientos.

Alcé la mirada y encontré a Renzo observándome con ese gesto tranquilo y protector tan suyo, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón.

—Luego te vas a poner enferma —me advirtió con un tono suave pero firme.

—¿Desde cuando eres la voz de la razón? No te pega nada.

Renzo se quitó los zapatos con los pies y se sentó a mi lado, metiendo los pies dentro de la piscina.

—Eres una enferma horrible y luego me toca soportarte a mí.

—¿Te han dicho alguna vez que, a veces, eres insoportable?

Le lancé un poco de agua con los pies.

—Puede ser, pero no soy ningún mentiroso.

Renzo estaba en lo cierto. Afortunadamente no tendía a ponerme enferma demasiado a menudo.

—No sé cómo con ese carácter tienes tanto éxito con las chicas. En serio, ¿cómo te aguantan?

—Es que no hablamos. Y sobre todo, les mantengo la boca ocupada para que no hablen ellas.

Sentí cómo mi cara se ponía más roja que un tomate. Pero la culpa era mía por haberle hecho esa pregunta sabiendo lo soez que Renzo podía ser.

—¿Estás bien? —me preguntó, su expresión adquiriendo seriedad—. Después de tu fiesta de compromiso —aclaró, aunque le había entendido.

Suspiré.

—Lo estoy, pero tampoco me queda otra.

—No me gusta ese tío —masculló.

—A mí tampoco.

Aunque eso no era cierto, no del todo. Me gustaba cuando hablaba con él de temas triviales, cuando compartíamos risas y, sobre todo, me gustaba cuando me besaba.

—Me van a ascender —soltó de repente.

—¿En serio? —Sonreí—. Me alegro mucho por ti, Renzo.

Era lo que él llevaba años buscando. Renzo siempre había aspirado a más que a ser mi guardaespaldas. Al principio había notado el desagrado, no por mí, sino por un trabajo que era evidente que él consideraba inferior a lo que se merecía. Pero, con el tiempo, le había visto cómodo; incluso disfrutarlo.

No conocía mucho de los entresijos de nuestro mundo, pero había escuchado que, en los últimos años, además de encargarse de mi seguridad, había comenzado a adquirir más responsabilidades. Y posiblemente, había sido bueno en ellas.

—¿Así que mi padre enviará a otro de sus hombres para encargarse de mi protección?

—Aún me quedaré tres meses más. Después, uno de los hombres de tu tío se encargará hasta que te cases, y entonces, será la responsabilidad de tu marido. —Renzo hizo una mueca, evidenciando que aquella idea le producía el mismo rechazo que a mí—. Uno de sus hombres se encargará.

Sabía que eso sucedería tarde o temprano. De hecho, no lo había pensado hasta ese momento, pero si me casaba con Leonid, serían sus hombres quienes se encargarían de mi protección. De todas maneras, saber que en el futuro Renzo ya no estaría a mi lado hizo que un hueco se creara en mi estómago.

Porque era otra persona más que se iba. Cada vez, me iba quedando más sola.

—Serena —él puso una mano en mi hombro, llamando mi atención—, si me necesitas, llámame. No importa dónde esté yo o dónde estés tú, si estás en problemas, llámame y yo siempre estaré ahí para ti.

Sabía que podía contar con Renzo. Él era más que mi guardaespaldas, más que un amigo, era como un hermano mayor.

—Gracias, Renzo. Pero voy a estar bien.

Aún así, me incliné hacia él y lo abracé, rodeando mis brazos alrededor de sus hombros.

—Quedan tres meses para que te marches y ya estoy triste.

—Puedo rechazar el ascenso… —murmuró con un tono suave, casi culpable.

Me separé lentamente de él.

—No, no puedes. Te lo has ganado. Además, todavía tengo tres meses para hacerme a la idea.

Él abrió la boca, pero no llegó a decir ni una palabra porque una voz se lo impidió:

—Siento interrumpir el momento.

Leonid se encontraba a unos pasos de nosotros.

Él estaba furioso, y por una vez, no estaba intentando disimularlo.

CAPÍTULO 14

LEONID

Tenía que tratarse de un error. Pero no lo era.

Me apoyé sobre el capó del coche. Miré la explanada de tierra que me rodeaba. Mis deportivas, afortunadamente esa mañana había decidido no ponerme las Havaianas, se hundían en la tierra. Traté de buscar a mi alrededor algún tipo de cártel o una cabaña, alguna señal de vida humana o de un lugar donde pudiera encontrarse lo que buscaba, pero tan solo hallé el sonido del viento y una línea de árboles.

Estaba solo.

Volví a mirar la pantalla de mi teléfono por enésima vez tan solo en ese minuto, comprobando que la dirección que Yaroslav tenía apuntada en la nota que encontré en su apartamento era la correcta.

¿Qué narices? ¿Qué esperaba mi hermano que hiciera en un lugar perdido de la mano de Dios en el que no había nada?

Me pasé la mano por la cara. Después de que la fiesta de compromiso terminara, había tenido que acudir a nuestra discoteca para solucionar unos problemas de negocios que me llevaron toda la noche. Tan solo había pasado por mi apartamento para darme una ducha, y después, había venido directo a esta dirección.

Esperaba que la luz de las primeras horas del día me ayudara. Esperaba encontrar algo. Pero no había encontrado nada.

Seguía en punto muerto.

Metí mi mano en el bolsillo derecho de mis pantalones y toqué algo. Fue un movimiento fruto de mi instinto. Sostuve el pendiente entre mis dedos y lo aplasté contra mi palma, como si me diera las fuerzas suficientes para relajarme, para seguir hacia delante.

A pesar de que me había cambiado de ropa, me lo había llevado conmigo. Aunque en ese momento no supe por qué, ahora lo entendía. Era una buena excusa, una razón para volver a verla. No debería necesitar una, ella era mi prometida, pero su familia tradicionalista estaba llena de normas y costumbres obsoletas.

Y las estaba siguiendo; al menos, la mayor parte de ellas. Pero debería haberme imaginado que, en algún momento, las rompería.

Por supuesto que lo haría. Cuando se trataba de Serena Calissano, era incapaz de razonar.

Aunque ese día necesitaba verla por una buena razón. Porque era la única capaz de silenciar el caos en mi cabeza, la única que lograba disipar la frustración y apagar la ira que hervía dentro de mí.

Abrí mi palma, contemplando de nuevo el pendiente que yacía sobre mi palma y destellaba a la luz del sol. El pendiente que a Serena se le había caído después de huir tras besarnos en la fiesta de nuestro compromiso.

Tal vez, era hora de devolvérselo a su dueña.

Acceder a la casa de Edoardo Carbone fue sencillo. Sabía que ni él ni su esposa se

encontraban allí, ya que estaban asistiendo a un *brunch* en el otro extremo de la ciudad. Y tal y como esperaba, los hombres de Edoardo no me negaron la entrada.

Al fin y al cabo, era el prometido de la sobrina de su Don y el segundo del marido de su hija. Aunque no tenía ninguna duda de que le habían avisado.

Pero ellos no se enfrentarían a mí; no se arriesgarían a una pelea. Sin embargo, lo cierto era que no me habría importado. En ese momento, descargar la ira que me consumía me resultaba demasiado tentador.

Nunca había sido de ese tipo de hombres; uno que pelase por placer, pero, últimamente, esto estaba cambiando. O quizá siempre había estado ahí. Esa violencia, esa sed de sangre, empezaba a ser predominante en mí. Con cada encargo que realizaba para mi organización, iba acentuándose.

Un soldado de la familia me había estado esperando en la puerta de entrada de la mansión antes de que bajase del coche, avisado por los vigilantes de la garita sin duda alguna. Él se limitó a decirme que Serena se encontraba en el jardín trasero, en la piscina.

Fantaseé con encontrarla vestida con un bikini que revelase más de lo que tapaba, a pesar de que sabía que era imposible, ya que el día no acompañaba y que Serena no llevaría el tipo de bikini que mi mente estaba dibujando. Pero me conformaría con cualquier prenda que revelase parte de su cuerpo que no había visto.

En realidad, me conformaba con verla.

Con lo que no me conformaba, lo que no toleraba, era que ella estuviese abrazando a su guardaespaldas.

No me gustó la manera en la que él la sostenía, como si tuviera derecho a hacerlo, y tampoco lo relajado que se veía el cuerpo de ella. Tan diferente a cuando estaba conmigo. Serena no quería apartarse de él. Yo mismo acababa de ver cómo ella le había abrazado a él.

Sentí cómo el fuego me quemaba por dentro, pero no dejé que me consumiera. Avancé con una falsa estoica calma y me acerqué a ellos.

—Siento interrumpir el momento. —La mordacidad en mis palabras fue más evidente de lo que me hubiera gustado. O quizá eso era exactamente lo que buscaba.

Agradecí que mi voz fuera suficiente para que ella se separara de él, o lo hubiera arrancado con mis manos de sus brazos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —espetó Renzo con cara de pocos amigos, levantándose de un salto.

—Vengo a hablar con *mi prometida* —recalqué mis palabras, porque, al parecer, a ese gilipollas no le estaba quedando claro.

—No puedes estar aquí. No tengo ningún aviso.

—No tengo por qué avisarte a ti. Tan solo eres un soldado.

—¿Lo sabe Edoardo?

—¿Sabe Edoardo que estás sobrepasándote con su sobrina?

Renzo arrugó profundamente el ceño

—¿Qué estás insinuando?

Ese tío era gilipollas.

—No estoy insinuando nada. Lo estoy diciendo claramente.

Renzo se acercó a mí. Los hombres como Renzo eran tan fáciles de provocar.

Ese era mi punto fuerte: sabía desquiciar a los demás y, lo más importante, sabía cuándo parar. Por eso me di cuenta que ese era el momento exacto para detenerme antes de que las cosas

se salieran de control. Aunque no quería hacerlo; no podía hacerlo.

—Leonid… —me llamó Serena, pero la ignoré.

Lo último que me apetecía era hablar con ella. No habían pasado ni veinticuatro horas desde que nos habíamos besado y ya estaba lanzándose en brazos de otro hombre.

La parte racional de mi cerebro me decía que era un abrazo inocente, que no había visto lo suficiente como para sacar ninguna conclusión precipitada. En el fondo de mí sabía que lo era, porque estaba convencido de que mi golondrina no sería capaz de traicionarme.

Pero luego estaba esa otra parte emocional que me gritaba que yo era el único hombre que ella tenía que abrazar, el único que podía hacerla reír. Yo tenía que ser su mundo de la misma manera que ella era el mío.

Y esa parte era mucho más fuerte.

Joder, ella era mía.

¿Por qué le costaba tanto aceptarlo?

—Mi prometida es terreno vetado para ti. No vuelvas a tocarla —le advertí a Renzo con un tono de voz gélido—. No me gustaría tener que matarte.

En realidad, sí me gustaría. No había otra cosa que más anhelara en esos instantes que rodear su cuello con mis manos y estrangularlo hasta que se quedara sin respiración.

—Estoy hasta los cojones de ti —gruñó Renzo y se llevó la mano a la cinturilla de su pantalón para sacar su arma y apuntarme con ella—. Vete ahora mismo si no quieres que dispare.

—¿Crees que una pistola me asusta? —Di un paso hacia él—. Tú no me das órdenes. —Otro paso, y otro más hasta que sentí el frío metálico del cañón apoyarse contra mi frente —. Dispara si tienes cojones. Mátame delante de mi prometida. ¿No es lo que quieres, protegerla de mí?

—¡Leonid! —me llamó Serena; podía sentir la cruda desesperación en su voz—. ¿Qué estás haciendo?

Esa era una buena pregunta.

—Debería matarte —espetó Renzo con los dientes apretados, la mirada encendida de rabia —. Serena se merece un hombre mejor que tú.

Me reí.

No fue una risa normal ni tranquila. Fue una carcajada áspera, quebrada, casi desquiciada. Como si algo dentro de mí se hubiera roto, o tal vez… despertado. Me reí con fuerza, con un tono que resonaba entre el sarcasmo, la furia contenida y una oscuridad que, en ese momento, no me molestaba en ocultar.

—¿Un hombre como tú? ¿Eso es lo que quieres decir? ¿Crees que tú te la mereces más que yo? ¿Qué jodidamente alguien lo hace?

—No veo a Serena de esa manera. Es mi deber protegerla.

En las últimas semanas había interrogado a suficientes personas como para saber que no estaba mintiendo, pero no me importaba.

Porque no podía pensar. No quería a ese tío cerca de Serena. Y estaba dispuesto a morir si con eso conseguía que se alejara de ella; porque si me mataba, a él lo asesinarían por traición.

—Vamos, venga. Dispara —le alenté.

Ni yo mismo tenía muy claro lo que estaba buscando con eso. Aunque, en realidad, sí. Quería ponerme al límite y dejarle claro a Serena hasta donde estaba dispuesto a llegar por ella. No iba a darle una paliza a su guardaespaldas porque eso solo le daría más alas a su argumento de que era un monstruo que mataba por diversión, pero le demostraría que estaba dispuesto a

morir por ella.

De repente, sentí unas manos que me empujaban con fuerza, pillándome por sorpresa y haciéndome trastrabillar. No me caí porque era bueno manteniendo el equilibrio.

De algún modo, se había interpuesto entre los dos, colocándose justo en medio. Su cuerpo ahora estaba frente al mío… y lo más jodido: la pistola de Renzo apuntaba directamente a la parte trasera de su cabeza.

Renzo se quedó tan impactado como yo. Bajó el arma de inmediato.

—¿Pero qué cojones haces? —solté, con el corazón latiéndome como un tambor—. ¿¡Cómo se te ocurre ponerte en medio de una pistola!?

Ella me miró con ira, respirando agitadamente.

—Estoy harta de que los hombres os comportéis como trogloditas.

—Eso no es excusa. Renzo podía haberte disparado.

¿Es que estaba loca?

—Él nunca me dispararía; ni siquiera por error.

La seguridad con la que lo dijo, esa confianza ciega que se reflejaba en sus palabras, provocó que una bola de fuego se encendiera en mi estómago. Porque Serena confiaba en él, pero no lo hacía en mí.

Le había demostrado que estaba dispuesto a dar mi vida por ella, que haría cualquier cosa por mantenerla a mi lado. Pero nada era suficiente; nunca lo sería.

Ella prefería a ese guardaespaldas de poca monta antes que a mí.

Quería matar a ese imbécil. Y si a mí me asesinaban por hacerlo, al menos moriría con la certeza de que lo había alejado de ella.

—¿Alguien me puede explicar qué está pasando aquí? —Me giré para ver a Edoardo, que se acercaba a nosotros con pasos apresurados y el rostro rojo por la ira. Escuché un movimiento, y cuando volví a mirar al frente, Serena se había movido y estaba al lado de Renzo—. ¡He hecho una pregunta y quiero una respuesta ya! —gritó cuando nadie le respondió.

Renzo apretó los labios con fuerza y, sin tan siquiera mirarme, me señaló con la barbilla.

—Él no puede estar aquí.

—Sí que puedo —dije.

Tenía más derecho que él. Serena era mi prometida.

—No, no puedes —me corrigió Edoardo con un bufido—. He tenido que regresar de un evento importante porque tú no sabes seguir las normas.

—Y menos mal que es así. Porque tú ni siquiera te enteras de lo que está pasando en tu propia casa.

Edoardo me miró, confundido.

—¿Qué quieres decir?

—Tu hombre estaba tocando inapropiadamente a mi prometida.

Escuché un sollozo ahogado, pero no me giré hacia ella.

—¡¿Qué?!

—¡Eso es mentira, joder! —gritó Renzo, fuera de sí—. ¡Es un puto mentiroso! —Levantó la pistola hacia mí y, por un instante, estuve seguro de que me dispararía, pero una mirada severa de Edoardo bastó para que la bajara.

—Tío, no es verdad. Solo estábamos abrazados —justificó Serena.

Casi quise reírme, porque si pretendía arreglarlo, tan solo había conseguido todo lo contrario, tal y como evidenció el gruñido que soltó Edoardo.

—Márchate —me ordenó—. Yo me encargo.

Y una mierda.

No me moví.

—Serena es mi prometida.

—Pero hasta que no sea tu esposa es responsabilidad de su padre, y como él no está aquí, es mía.

—No estoy de acuerdo.

—Son las normas. Lo aceptaste en el contrato que firmamos —me recordó Edoardo—. Ahora no puedes hacer lo que te dé la gana.

Desgraciadamente, él no mentía. Me había leído el contrato a conciencia a pesar de que tan solo eran un montón de normas y reglas absurdas sobre sus costumbres antes del matrimonio. Un papel mojado, una simple formalidad que no tenía valor, y Edoardo lo sabía. Pero yo también sabía que estaba jugando con fuego.

Me gustara o no, Serena todavía no estaba casada conmigo.

—Antes de irme, necesito hablar con Serena un momento —insistí.

—Ya lo harás cuando volváis a veros, dentro de las normas. ¡Fuera!

—Bien, me voy, aunque hay algo que tenemos que hablar. Luego te llamo.

Edoardo me respondió con un gruñido que interpreté como un sí. Antes de girarme, ladeé mi cabeza hacia Serena y le guiñé un ojo a modo de despedida.

Ella entrecerró los suyos.

No pude evitar sonreír, porque mi golondrina era una luchadora.

No fue hasta más de media hora después, cuando estaba en mi coche, regresando a mi casa, que me di cuenta de algo.

Ella estaba segura de que Renzo no la dispararía, pero no que no me dispararía a mí. Por eso se había interpuesto entre el arma y yo, para protegerme.

Si de verdad quería librarse de mí, hubiera sido tan fácil como dejar que Renzo solucionase su problema. Su felicidad había estado a una bala de distancia.

En cambio, había intentado evitarlo.

Porque mi golondrina no quería huir de mí, ella quería ser atrapada. Y yo haría que ese deseo se cumpliese.

CAPÍTULO 15

LEONID

«Bajo la nieve y el acero, juro con mi sangre proteger a los míos, guardar silencio y dar mi vida si fuera necesario. Que mi lealtad no flaquee, que mi voluntad no tiemble y que mi alma permanezca firme. Si rompo este juramento, que el hielo me reclame y el acero me condene. Este es mi pacto, este es mi destino».

Esas palabras habían estado sumergidas en mi mente, perdidas entre capas y capas de oscuridad hasta disolverse como si nunca hubieran existido. Y, durante años, lo había creído.

Pero seguían allí, grabadas en mi memoria, en mi corazón y en mis venas.

El juramento de la Bratva. Aquel que hice con catorce años.

La primera vez que maté a un hombre con mis propias manos, el día en el que vendí el alma a nuestra organización.

Mierda, estaba mintiendo de nuevo. En realidad, fue la segunda. La primera fue un año y medio antes.

—Lo siento… —La voz amortiguada me devolvió a la realidad—. No volverá… no volverá a pasar.

Miré al joven que estaba atado en la silla. No podía ser mucho más mayor que yo; tal vez, hasta incluso era un par de años más pequeño. Pero sus facciones endurecidas por las drogas hacían que pareciera que tenía más edad.

Era uno de nuestros soldados. Yo tan solo lo había visto durante unas pocas veces, pero las suficientes para darnos cuenta de que su adicción por la coca nos iba a dar problemas. Mikhail también lo sabía, por eso lo había estado vigilando de cerca.

Y por eso había descubierto que estaba vendiendo información sobre nuestros negocios a los colombianos. Afortunadamente, su rango era demasiado bajo y no sabía nada importante.

—¿Me lo prometes, Andréi? —pregunté, pasando la hoja del cuchillo sobre su rostro magullado, haciéndole un pequeño corte en la nariz. Normalmente, tendía a utilizar la pistola, era más efectiva y rápida. Mikhail era más aficionado al cuchillo que yo, pero ese día me apetecía tomarme mi tiempo.

—Sí… sí… —respondió con desesperación.

Me sorprendía que siguiera pudiendo hablar. Había perdido la cuenta de la cantidad de puñaladas que le había asestado. Apenas podía abrir los ojos y su camiseta estaba cubierta de sangre. La tela se estaba pegando a su cuerpo y la camiseta blanca impoluta se estaba convirtiendo en una amalgama de tonos rojizos y marrones.

La estaba ensuciando.

Me incliné hacia él para acercar la punta de mi cuchillo al cuello de su camisa y rasgué la tela hasta que quedó como un ovillo alrededor de sus brazos, que estaban detrás de su espalda, atados al respaldo de la silla en la que estaba sentado.

El blanco era señal de pureza; de una alma noble y bondadosa como lo era mi golondrina. Ella era merecedora de usar ese color, pero tipejos como Andréi no se merecían tener ese privilegio.

Él era un traidor y un mentiroso.

Antes de ser consciente, había clavado la punta del cuchillo en su estómago con tanta fuerza que el chillido de Andréi resonó con fuerza en todo el sótano. Menos mal que estaba muy bien insonorizado y no se escuchaba nada en el resto de la discoteca.

—Supongo que todos cometemos errores —dije, sacando la hoja de su interior con lentitud, alargando su sufrimiento—. Al fin y al cabo, somos humanos. —Lo rodeé para cortar la cuerda que sostenía sus manos y, después, la de sus pies—. Lo importante es aprender de ellos, ¿no crees?

Al darse cuenta de que había sido liberado, Andréi miró hacia un punto fijo detrás de mí que supuse que sería la puerta. Me aparté y él, con su último aliento, se levantó, tratando de correr hacia la libertad, pero al primer paso que dio, cayó al suelo, con su cara chocando con fuerza contra los peldaños del suelo.

Me agaché para ponerme a su altura.

—El problema es que algunos errores son imperdonables. —Y le asesté una última puñalada en la espalda, aunque dudaba que Andréi me hubiera escuchado.

Él estaba muerto.

Me levanté y dejé el cuchillo sobre la silla que antes había ocupado Andréi. Esperaba que viniesen lo antes posible a arreglar ese desastre.

—Has alargado la tortura —observó Mikhail, apoyado distraídamente sobre el marco de la puerta, con la mirada fija en el cuerpo sin vida de Andréi.

—Trabajo hecho —respondí. Porque eso era lo que él me había mandado y yo había obedecido sus órdenes. No pensaba alimentar ninguna de sus ideas. Porque, seguramente, eran acertadas—. He terminado por hoy.

Fui a pasar por delante de él cuando me detuvo con sus palabras.

—¿Una copa?

Era la primera vez que Mikhail me invitaba a tomar una copa fuera de nuestro horario de trabajo.

Él era mi Pakhan, y aunque nos tolerábamos el uno a otro y nuestra relación era diaria, nosotros no nos tomábamos copas juntos ni pasábamos tiempo que no fuera relacionado con los negocios.

—Vale —contesté—, pero espérame un minuto a que me limpie. Ha sido más aparatoso de lo que pensaba. Me ha manchado hasta los pies. —Señalé mis Havaianas.

—Tú y tu puta manía de ir en chanclas a todos lados —lo escuché murmurar mientras abría la puerta que se encontraba en el extremo derecho del sótano y que conducía a un pequeño baño.

Cuando salí, Mikhail me hizo un gesto para que lo siguiera y subió las escaleras de la discoteca. Me llevó hasta la segunda planta, a una de nuestras salas privadas, a pesar de que era domingo y no teníamos abierta la discoteca al público, ya que en la barra de abajo estaban otros de nuestros hombres.

Me senté en un taburete mientras él rodeaba la barra y cogía una botella de vodka y dos vasos. No me preguntó, me sirvió un vaso y otro a él. Nunca había sido demasiado amante del vodka, pero por supuesto que Mikhail no iba a permitir que bebiera otra cosa.

Él estaba empeñado en que mostrara mi lado ruso. Incluso aunque cayera en estereotipos absurdos.

No me quejé. Me limité a coger el vaso y darle un buen trago.

Porque necesitaba una copa y cualquier bebida alcohólica me servía. O la botella entera.

Mikhail ocupó un lugar a mi lado.

—Edoardo me ha llamado. Está cabreado, pero ya lo sabes, ¿verdad?

Dejé el vaso casi vacío sobre la barra.

—¿Así que para esto me has invitado a una copa? ¿Esto es una encerrona para darme un sermón? Empiezas a parecerte a mi padre.

Mikhail sonrió.

—Si hubiera querido sermonearte, lo hubiera hecho en el mismo sótano. Aunque, probablemente, hubiera clavado mi cuchillo en cualquier parte de tu cuerpo. No me hace perder el tiempo y es más efectivo.

Sí, ese era el estilo de Mikhail.

Cogí el vaso y le di un último trago, terminándome la bebida y dejándolo de nuevo sobre la barra.

—¿Entonces? —Mikhail no respondió y yo me incliné para coger la botella y servirme otro vaso.

Mikhail observó mi vaso durante unos instantes, y después, me miró.

—¿Su guardaespaldas se estaba propasando con ella?

—Se estaban abrazando. Ella fue quien le abrazó a él.

Me incliné para coger la botella y servirme un vaso.

—¿Para qué fuiste?

—Se le cayó un pendiente en la fiesta de compromiso. Quería devolvérselo. —Era una excusa. Mikhail lo sabía y yo también. Quería verla—. Sé que he metido la pata, ¿vale? Soy consciente de ello.

—Hasta el fondo —apostilló Mikhail, pero no dijo nada más.

—Pero la vi con él. La manera en la que le sonreía, en la que pasaba los brazos por su espalda, y enloquecí. Sé que está mal, pero no puedo parar.

—Porque la necesidad de estar con ella te consume por dentro y serías capaz de quemar el mundo entero por tenerla.

Él estaba hablando de Isabella. Él se había sentido de la misma manera en la que lo hacía yo.

Con una gran diferencia.

—Se siente atraída por mí, lo puedo ver, lo demuestra, pero también está aterrorizada. Sé que si rompiese el compromiso y la dejase volver a Turín ella me olvidaría y sería más feliz. Pero no puedo hacerlo, no voy a hacerlo. Quiero alimentar esa parte de ella que me desea, esa parte contra la que lucha, porque quiero ver cómo pierde la batalla, cómo se rinde a mí. ¿En qué me convierte eso?

Mikhail contestó sin titubear:

—En un hombre que sabe lo que quiere.

No, me convertía en un monstruo. En un hombre de la mafia.

Si alguien podía entenderme, ese era Mikhail.

A pesar de que había sido el mejor amigo de mi hermano, la primera vez que nos reencontramos después de tantos años, lo había detestado. Aborrecía su presencia y apenas soportaba estar en el mismo espacio que él.

Ahora sabía que había sido un odio irracional. Porque no había odiado a Mikhail por quién era, sino por lo que representaba. Porque era un hombre de la Bratva, un Pakhan justo. Orgulloso de ser quién era y dispuesto a demostrárselo al mundo. Lo había odiado porque, en el fondo,

siempre había sabido que yo era como él.

—He logrado tranquilizar a Edoardo —me dijo, haciendo una mueca—. Pero una cagada más y cancela el compromiso. —Asentí—. Ah, y Edoardo me ha dicho que hablaría con tu padre, por lo que, seguramente, te llame.

Entorné los ojos.

Un sermón de mi padre. Era lo que me faltaba para terminar el día.

—Gracias.

Mikhail se terminó su vaso y lo dejó sobre la barra. Sabía que se iba a ir y había dado la conversación por finalizada, pero lo detuve con mis palabras.

—Antes de coger el avión en Moscú, estuve en el apartamento de Yaroslav —a pesar de que no habían pasado ni dos días, parecía que había pasado un lustro— y encontré una nota con una dirección.

Mikhail se congeló.

Era la primera vez en ocho meses en que le mencionaba a mi hermano. Había sido un tema tabú entre nosotros desde que Alessandro Roveda le mostró el vídeo en el que mi hermano decía que iba a traicionarlo.

—Leonid —me advirtió con los labios apretados.

—Pensaba que iba a encontrar algo —continué, ignorando, como siempre, las advertencias de Mikhail. Necesitaba desahogarme con alguien ¿y quién mejor que él?—. Llegué allí creyendo que por fin iba a encontrar una pista de lo que le pasó a mi hermano, pero tan solo era una explanada de tierra. —Cogí mi vaso y le di un largo trago.

La expresión de Mikhail cambió.

—¿Una explanada de tierra?

—Sí, un terreno perdido de la mano de Dios.

—Mierda —masculló Mikhail—. ¿Tienes la dirección?

—Sí, claro que la tengo, pero…

—Vamos.

Y antes de que pudiera reaccionar, Mikhail echó a andar sin esperarme.

Menos de media hora después estábamos en la misma explanada de tierra a la que había ido esa misma mañana.

—¿Es aquí? —preguntó, desabrochándose el cinturón.

Comprobé la dirección a pesar de que sabía que estaba en el lugar correcto.

—Sí.

Mikhail se bajó del vehículo y yo lo seguí. Encendí la linterna del teléfono para que pudiéramos ver algo. No comprendía su insistencia de ir a ese lugar en plena noche, pero lo había seguido sin hacer preguntas. Conocía lo suficiente a Mikhail como para saber que no me daría ninguna explicación.

Mikhail encendió la linterna de su teléfono y comenzó a enfocar la tierra. Con sus zapatillas comenzó a pisar con fuerza, como si estuviera buscando algo. A los pocos minutos, se detuvo.

—Saca una pala.

Antes de salir de la discoteca, Mikhail me había hecho ir a uno de los almacenes para coger dos palas. Abrí el maletero de su Lamborghini para sacar una pala, y cuando se la entregué, me dio su teléfono, pidiéndome que lo enfocara con la linterna.

Observé, sin entender nada, cómo comenzaba a cavar en la tierra.

—¿Qué estás haciendo?

—Cuando éramos unos críos y estábamos en el internado, a Yaroslav y a mí nos gustaba jugar a ser exploradores. Él siempre decía que si tuviera que esconder algo lo haría en un lugar desierto y lo enterraría.

Él fue a decir algo más, pero se interrumpió cuando escuchamos el sonido metálico de su pala chocando contra algo. Mikhail se agachó y sacó una caja de metal. Él la abrió, y cuando vio lo que había en su interior, su rostro palideció.

—Joder —masculló Mikhail, sacando una cadena de plata con una moneda antigua colgando, ennegrecida por los años y marcada con símbolos casi borrados—. Mierda, él no me traicionó.

Mis ojos se abrieron como platos. Acerqué la linterna del móvil al objeto para verlo mejor por si me estaba perdiendo algo. No habíamos encendido los faros del coche para no llamar la atención, por si alguien pasaba por allí.

—¿Lo sabes por una cadena con una moneda antigua?

Él soltó una carcajada.

—La encontramos cuando teníamos doce años en el internado, buscábamos tesoros que otros hubieran enterrado. Encontramos la moneda. Al principio, pensábamos que era muy valiosa, pero cuando se la enseñamos a nuestro profesor de historia nos dijo que era una falsificación, una moneda sin valor. Quise tirarla, pero tu hermano se la quedo. Me dijo que era un tesoro porque la habíamos encontrado juntos, que se la guardaría para recordar lo importante que era nuestra amistad. Y me la daría a mí si algún día dudaba de ello. Me reí, ya que tu hermano en aquella época era muy ñoño, aunque siempre lo fue. —Hizo una pausa—. Le dije que jamás me la daría, porque eso nunca pasaría, porque yo nunca dudaría de nuestra amistad. Nunca duraría de él.

—Pero lo hiciste.

Mikhail no lo negó, ni intentó justificarse, simplemente asintió.

—Y nunca lo volveré a hacer —prometió.

—¿Por qué Yaroslav apuntaría la dirección donde había enterrado la moneda mientras hablaba con Alessandro?

—No lo sé —dijo Mikhail—. Pero lo que si estoy seguro es de que la escondió para que tú la encontraras y para que, con la dirección, yo encontrase la cadena. Creo que él sabía que podían matarlo.

—Ya no dudas de que lo mataron.

Mikhail miró la cadena que sostenía entre sus dedos durante unos instantes que para mí fueron eternos, y después, se la colgó en el cuello antes de responder:

—No. Y vamos a encontrar al cabronazo que lo hizo y matarlo juntos.

CAPÍTULO 16

SERENA

Mi prima Bella siempre me decía que era demasiado positiva, demasiado ñoña. Pero a mí me gustaba centrarme en las partes bonitas de la vida, en esos buenos sentimientos e ignorar los malos.

Por eso evitaba el odio. Desgraciadamente, había tenido que compartir y compartía espacio con personas que no me trataban bien y que no me agradaban, pero tendía a evitarlas de alguna manera. Nunca había llegado a odiar a nadie.

Hasta que Leonid Vasiliev apareció en mi vida. En esos momentos, lo odiaba con cada poro de mi piel.

—¿Es aquí? —pregunté mientras observaba el edificio que estaba frente a mí donde Leonid me había citado. La fachada era antigua, de color caqui, y estaba bastante gastada.

Mi nuevo guardia de seguridad asintió con la cabeza en un movimiento que yo interpreté como un sí, pero bien no podía haber significado nada, ya que ni siquiera me estaba mirando, sino que tenía sus ojos fijos en su teléfono móvil.

Conocía a ese hombre de vista, pero no sabía su nombre y él ni siquiera se había dignado a presentarse a pesar de que yo sí lo había hecho. Lo único que sabía era que era uno de los soldados de mi tío e intuía que tenía una edad parecida a este.

Después de lo ocurrido en la piscina el domingo, mi tío me había ordenado que fuera a mi cuarto y se había negado a escuchar mis explicaciones por mucho que lo había intentado repetidamente. Desconocía qué había pasado con Renzo, solo que supuestamente habían decidido que lo mejor era que regresara a Turín y allí tendría una conversación con mi padre.

Había intentado hablar con él. Pero este no respondió a mis llamadas, tan solo a un mensaje diciéndome que estaba bien y que lo mejor era dejar las cosas así. Le había enviado otro mensaje preguntado si su ascenso seguía sobre la mesa, pero él no me había respondido.

Renzo nunca me mentía, o por lo menos, no deliberadamente, y eso era algo que siempre me había gustado de él. Por eso sabía lo que significaba que no respondiese. Por culpa de Leonid, por su desproporcionada reacción, por culpa de sus mentiras, Renzo estaba en problemas. Y a Leonid, lejos de importarle, me había citado como si nada hubiese pasado.

Yo no era nada violenta, más bien era una persona pacifista, pero, en esos momentos, quería golpearle. O golpearme a mí misma para ver si entraba en razón.

Había visto el corazón negro de Leonid, lo había visto en todo su esplendor, y aun así, había caído en sus redes. Hasta el punto de temer porque Renzo le disparase, hasta el punto de asustarme por pensar que podría sucederle algo. Porque desde que nos habíamos besado, él había logrado que la confusión se apoderase de mí.

Pero ahora volvía a tenerlo claro. Leonid era un hombre despreciable.

Me dirigí hacia la puerta y observé durante unos instantes el tirador de oro, grande y ornamentado, en forma de anillo atravesado por la boca de un león. A pesar de que estaba gastado por el uso y el paso de los años, era llamativo y precioso.

Inspiré profundamente y tiré del aro, abriendo la puerta, pese a que lo último que deseaba

hacer era entrar.

—¿Tú no entras? —le pregunté al guardia de seguridad cuando percibí que seguía apoyado sobre el coche con su teléfono.

Este se limitó a mover la cabeza un lado a otro.

Durante unos momentos, dudé en si entrar o no. Renzo jamás me hubiera dejado hacerlo sola, pero, desgraciadamente, él ya no estaba. Al final, di un paso al frente y me adentré en su interior.

Leonid se encontraba en medio de una estancia amplia, iluminado justo por una luz dorada que reflejaba su cabello rubio, la única que iluminaba el lugar. Parecía un dios, una criatura de otro mundo, y a esas alturas ni siquiera me sorprendía que lo hubiera hecho apropósito.

—Te estaba esperando, golondrina.

Escuché un sonido de algo golpeándose detrás de mí y me di la vuelta de un respingo para darme cuenta de que había sido la puerta cerrándose. Eché un rápido vistazo a mi alrededor comprobando que no parecía haber nadie más allí.

—¿Estamos solos?

—Quería una cita contigo a solas —dijo, y percibí una pizca de soberbia en su voz, como de orgullo escondido.

A solas.

Habíamos estado a solas en su coche o en la terraza del hotel, pero siempre rodeados de gente. Allí estábamos a puerta cerrada. No sabía cómo había logrado que mi tío accediera a aquello. Tuve ganas de correr, pero las reprimí.

Porque estaba cansada de mostrar miedo. Estaba harta de que Leonid creyera que podía jugar conmigo y achantarme.

Sostuve la correa de mi bolso con fuerza y alcé la barbilla mientras daba un paso al frente.

—Me alegro de que hayas venido.

—¿Tenía otra opción? —pregunté con un tono de voz amargo.

Leonid soltó una risa ahogada. Llevaba una camisa de lino blanca y unos bermudas color caqui. Su cabello estaba un poco revuelto, pero él estaba tan guapo como siempre. ¿Por qué tenía que ser tan guapo?

Enfadada conmigo misma y con él por ser tan atractivo, aparté mi mirada de él y la centré en mi alrededor, prestando atención por primera vez desde que había entrado a la estancia en la que estaba. Altas estanterías de roble, repletas de libros de todos los tamaños y colores, se alzaban hasta perderse en la penumbra del techo. El aire estaba impregnado con el inconfundible aroma a papel envejecido, cuero y tinta, ese perfume único de los libros antiguos.

Me acerqué a una de las estanterías.

—Esto es… esto es… —No logré que las palabras saliesen de mi boca.

Aquel lugar era una especie de biblioteca. Pero no una cualquiera, era extraordinaria. Observé las dos escaleras de caracol que serpenteaban hacia el piso superior, forjadas en hierro antiguo, con barandillas talladas con motivos que parecían runas. Se elevaban entre las estanterías como columnas de un templo antiguo. En el techo, colgaban lámparas de cristal ámbar que derramaban una luz suave, casi mágica, sobre los lomos polvorientos de los libros.

Me sentí como inmersa en una fantasía. Una de la que no quería despertar. Aquel lugar no parecía real. Demasiado especial, demasiado mágico para serlo.

—Es una biblioteca privada. Pertenece a un club muy selecto, sus miembros son personas muy importantes y no solo de Dublín. Aquí puedes encontrar primeras ediciones de libros

rarísimos… tratados antiguos de alquimia, grimorios olvidados, manuscritos de filosofía prohibida, recopilaciones de saberes ocultos, diarios de exploradores, códices sobre civilizaciones perdidas y textos que no figuran en ninguna biblioteca pública. Algunos de ellos ni siquiera deberían existir. —Giré la cabeza para mirarle. Él chasqueó la lengua—. Sí, me lo ha dicho uno de los socios y me lo he aprendido de memoria, pero no pongo en duda sus palabras.

Me mordí el labio inferior para no reírme. No quería hacerlo. Estaba enfadada con él, pero Leonid me ponía demasiado fácil olvidarme de ello, olvidarme de la clase de hombre que era.

—¿Cómo has conseguido que nos dejen estar aquí? —Dudaba mucho que un lugar como ese pudiese reservarse para unas horas—. Dinero y poder, claro —dije antes de que él pudiese responder.

—Antes yo pensaba también que el dinero y el poder era lo que abrían todas las puertas, pero estaba equivocado.

—¿Los has amenazado?

—¿Por qué siempre piensas lo peor de mí? —me preguntó. Por un instante pude ver la vulnerabilidad en sus ojos—. Lo que abre puertas son los favores. El presidente del club me debía uno y yo sabía que el lugar te gustaría. Cualquier amante de la lectura se quedaría hipnotizado.

Arrugué el ceño.

—¿Cómo sabes que me gustan los libros?

—La última vez que nos vimos vi que tenías un libro a tu lado. Supuse que te gustaba leer. Te pega.

—Te equivocas —negué solo por el hecho de llevarle la contraria, cruzándome de brazos. No solía actuar de manera tan infantil, pero no iba a dejar que él creyese que me acababa de impresionar. Ni siquiera sabía por qué intentaba hacerlo.

Leonid arqueó una ceja y se rio.

—¿Alguna vez te han dicho que eres una mentirosa terrible? —Muchas veces, pero no se lo dije—. Vamos. —Él me hizo un gesto hacia una de las escaleras de caracol de madera y fui hasta ellas, subiendo los escalones hasta llegar al piso superior.

Leonid me guio por un pasillo estrecho, flanqueado por estanterías repletas de libros hasta llegar al fondo. Allí se abría una estancia amplia y silenciosa, con grandes ventanales que dejaban entrar la luz tenue de la tarde y ofrecían una vista encantadora de la calle. Varias mesas redondas de roble, elegantemente dispuestas, ocupaban el espacio, acompañadas de sillas acolchadas que invitaban a quedarse horas allí.

No podía imaginar un lugar mejor para leer un libro. Aquella sala parecía hecha para perderse entre las páginas y el tiempo.

—He pedido comida en la Trattoria de Paolo. Seguro que no es tan buena como tu restaurante favorito aquí ni la de Turín, pero tenían muy buenas opiniones en internet.

Su voz me devolvió a la realidad. Entonces fue cuando me fijé que en una de las mesas tenía puesto un mantel de cuadros blancos y rojos sobre el que había varios platos de comida.

Leonid se acercó a una de las sillas y la deslizó con suavidad, invitándome a sentarme. Pero yo rodeé la mesa para ocupar la otra silla que estaba en frente. Leonid me miró y soltó una risa, pero no dijo nada y se sentó en la silla que estaba sosteniendo.

Miré la comida. No conocía el restaurante que me había nombrado, pero los espaguetis se veían deliciosos.

—¿Quieres un poco de vino? —me preguntó.

—No, gracias —contesté secamente.

—¿Agua entonces?

Asentí y Leonid fue a coger la botella, pero, por una vez, yo fui más rápida y la agarré antes de que él pudiera hacerlo.

—Ya me sirvo yo. No necesito ayuda.

Leonid arrugó levemente la nariz, pero ignoró mi arrebato deliberadamente.

—Como no sé cuál es tu comida favorita, he pedido varios platos a recomendación de la cocinera. Es bastante comida, pero lo que sobre puedes llevártelo a casa. También he pedido un par de entrantes. Aunque no soy italiano, esa *focaccia* tiene una pinta espectacular, ¿no crees?

Leonid estaba siendo amable. El chico que llevaba a su prometida a un lugar de ensueño para ella con la intención de proporcionarle la cita perfecta. Caí en ese juego la primera vez, pero no iba a volver a caer. No me dejaría envolver por sus mentiras de nuevo.

—No tengo hambre —espeté, cruzándome de brazos, teniendo que contenerme para no estirar el brazo y coger un trozo de *focaccia*. Porque Leonid tenía razón; tenía una pinta maravillosa.

Leonid suspiró.

—¿Qué sucede ahora?

—¡¿Que qué me sucede?! —exploté, levantándome de la silla, que cayó al suelo en un pequeño estruendo—. ¿Cómo puedes fingir que no lo sabes? ¿Cómo puedes estar ahí tan tranquilo jugando al prometido perfecto?

Leonid apoyó sus codos sobre la mesa y me miró sin inmutarse. Por supuesto que él no reaccionaría.

—No estoy jugando a nada, Rena.

—Serena, me llamo Serena. No tienes derecho a usar un diminutivo cariñoso de mi nombre. No tienes derecho a traerme a un lugar maravilloso como este, no tienes derecho a nada.

—Soy tu prometido, claro que lo tengo.

—Quiero irme a casa —dije, aún de pie y cruzando mis brazos entre sí.

Él suspiró.

—Quédate y disfruta de…

—Puedes obligarme a casarme contigo, a estas citas absurdas, pero lo que no puedes es obligarme a que disfrute de tu compañía —le interrumpí antes de que pudiese terminar la frase.

—Oh, Rena —Leonid pronunció mi apodo con lentitud, alargando las silabas para que fuera más notable—, sí que disfrutas de mi compañía aunque finjas que no lo haces. —Su mirada descendió hasta el dedo anular de mi mano derecha, donde estaba el anillo de compromiso que él me había regalado.

No me lo había quitado, no lo había hecho pese a todo. Ni siquiera había pasado por mi cabeza.

Moví un poco mi brazo para tapar mi mano con él y, de esa manera, también el anillo. Pero aquel gesto infantil tan solo consiguió que la sonrisa de satisfacción de Leonid se estirara.

—No finjo nada —espeté.

—Lo haces, igual que te engañas a ti misma diciéndote que no disfrutaste del beso que nos dimos, pero lo hiciste. Bien sabes que lo hiciste.

Ríos de ira abrasadora y desconocida para mí ascendieron por mi garganta. Nunca en mi vida me había sentido tan furiosa, tan enfadada, porque Leonid tenía razón en todo. Había disfrutado de su beso y, a pesar de odiarlo con toda mi alma, no podía negar que deseaba que se

repitiera.

—Y tú disfrutas jugando con mi cabeza —contraataqué—. Disfrutas haciéndome daño.

—Yo no… —empezó, pero no le dejé terminar.

—No lo niegues, por eso te inventaste una burda mentira contra Renzo, porque sabías que era importante para mí. Lo has alejado de mí, como me has alejado de mi familia porque…

No pude terminar porque él se levantó de la silla como un resorte.

—¡¿Toda esta mierda es por él?! ¡¿Querías tirártelo Serena, eso querías?! —reprochó, alzando la voz. Leonid solía ser tan contenido, tan frío, parecía que nada podía perturbar su constante calma, pero, en ese instante, pude ver sus ojos ardiendo en fuego.

—¿Qué? ¡Claro que no!

—O tal vez querías besarlo, para ver si así olvidabas lo que yo te hice sentir. Pero nadie puede hacerte olvidar eso, golondrina.

A pesar de que jamás lo reconocería en voz alta y menos aún a él, Leonid no mentía. Jamás podría olvidar nuestro beso, porque nunca antes había experimentado algo siquiera parecido a lo que él me hizo sentir, porque había cambiado algo en mi interior. Tal vez, lo había cambiado todo.

—Estás diciendo locuras —mascullé, pasándome una mano por mi pelo. Mis dedos se enredaron en el lazo de color azul con el que me había recogido mi cabello—. Estoy enfadada porque a Renzo le iban a ascender y puede que por tu culpa no lo hagan.

Leonid me observó en silencio durante unos instantes, escrutando mi rostro, como si estuviera buscando en él alguna señal de que mentía. No lo hacía; ni siquiera podía creer que pensara que Renzo y yo teníamos algo más allá de una relación fraternal. Era totalmente ridículo.

No debió encontrar en mí nada que aumentara su absurda paranoia, porque sus hombros se relajaron y se inclinó hacia delante, apoyando sus manos sobre el borde de la mesa.

—Por lo menos, está vivo. Si me lo hubiera dejado a mí, no lo estaría.

—¿Lo matarías a sangre fría como mataste Zeno Brambilla en el aparcamiento? ¿También lo matarías por divertimento?

Apenas se movió. Su postura era igual de relajada que hacía un segundo, pero pude notar que algo cambió en él cuando escuchó mis palabras. Tal vez fue sus ojos oscureciéndose, o la expresión vacía en su rostro lo que me hizo darme cuenta de que Leonid acababa de levantar de nuevo sus muros.

Porque el Leonid que acababa de ver, el que había alzado la voz y mostrado sus emociones, era un Leonid real.

Y era el que quería ver.

—No, Serena —dijo, pronunciando mi nombre completo con un tono gélido que hizo que mi estómago diera un vuelco. Debería estar complacida porque estaba cumpliendo mi petición, pero Serena no sonaba tan bien como Rena en sus labios—. Lo mataría porque le abrazaste. No puedo soportar verte tocando a otro hombre, confiando en él. Incluso riéndote de sus bromas. Eres mía, de nadie más.

Leonid no estaba mintiendo. Él estaba hablando en serio.

La posesividad con la que hablaba, la intensidad con la que me miraba, debería haberme horrorizado y espantado. Lo que me estaba diciendo era desquiciante y perturbador, pero mi piel se calentó y mi corazón revoloteó en mi pecho.

Porque una parte enfermiza de mí que no sabía que existía en mi interior lo comprendió. Porque una parte de mí se sentía de la misma manera con él.

Esa parte insana e incontrolable que me consumía por dentro y que se propagaba por mis venas como un dulce veneno, dominándome y anulándome la razón para empujarme a sus brazos aunque supiera que entre ellos me esperaba la ruina.

—Est… estás loco —balbuceé.

¿Y yo? ¿Yo cómo estaba?

Igual de loca que él.

—Estoy loco por ti, Rena. —Esbozó una sonrisa oscura—. Te advertí que no compartía lo que es mío con nadie.

—¡No soy tuya! —grité. Porque estaba cansada de que dijera que era de él, estaba cansada de que no pudiera sacármelo de la cabeza aunque lo intentara, estaba harta de esa situación—. ¡No soy una propiedad! ¡Me has arruinado la vida! No hay día en el que no desee no haber ido a aquel *brunch* en el club. Nunca pensé que odiaría a alguien, pero te odio.

Leonid me miró en silencio, y si no supiera que no tenía un corazón que romper, hubiera creído que mis palabras lo habían herido.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Librarte de mí? —preguntó con frialdad, pero no me dio tiempo a contestar. Quizá porque conocía mi respuesta, o porque no le interesaba escucharla—. Está bien, esta noche me siento generoso, golondrina. Por eso te propongo un trato.

Parpadeé, confundida. Y a pesar de que tuve la sensación de que se trataba de una trampa, no pude evitar preguntar:

—¿Un trato?

Un destello de un sentimiento que no reconocí brilló en los ojos de Leonid. Él se sentó en la silla que se hallaba a su lado y estiró sus piernas, acomodándose en ella.

—Si consigues llegar a la salida antes de que te atrape hablaré con tu tío y con tu padre y cancelaré el compromiso —dijo—. Te librarás de mí para siempre. —Hizo una pausa, ladeando la cabeza con fingida cortesía—. Te daré treinta segundos de ventaja antes de que empiece a buscarte.

Aquel era el trato más tentador que nunca me habían propuesto, y aunque sabía que no debería estar siquiera meditándolo, no pude evitar hacerlo.

—¿Cómo sé que cumplirás con el trato esta vez?

Leonid sonrió.

—Yo siempre cumplo con mis tratos, golondrina.

—¿Y si no lo consigo?

—¿No te parece suficiente la pérdida de no poder librarte de mí? —inquirió, y noté el tono irónico en su voz.

—El peor de los castigos —respondí.

Era una provocación tanto como una mentira.

—Corre entonces, golondrina. Corre —tarareó Leonid.

Él empezó a alzar su mano y yo me agaché para desatar mis sandalias de lazos con un poco de tacón. Supe que me estaba esperando porque justo cuando yo terminé él empezó a contar, levantando los dedos de su mano.

—Uno —alzó un dedo—, dos —alzó el otro.

No esperé al tercero. Eché a correr hacia la escalera de caracol, con el pulso desbocado y los pensamientos atropellándose en mi cabeza. Corrí como si mi vida dependiera de ello… y, en parte, así era. Baje los peldaños con torpeza, casi sin sentir el suelo bajo mis pies. Aun así, no pude evitar mirar por encima del hombro. No lo veía, no venía tras de mí.

¿Dónde estaba? Ya habían tenido que pasar los quince segundos y no le escuchaba contar. Estaba llegando al final de la escalera, iba a lograr mi deseo, estaba cerca, muy cerca, pero entonces, alcé la mirada y lo vi.

Leonid estaba allí.

De pie, apoyado en el marco de la puerta, con una sonrisa de suficiencia en sus labios.

Me maldije a mí misma. Había dos escaleras de caracol, habría usado la otra. Corrí de nuevo hacia arriba. No sabía muy bien con qué intención. Tal vez buscar una ventana por la que poder salir; ni siquiera estaba segura.

En lugar de regresar al espacio abierto donde habíamos estado, me deslicé rápidamente entre las estanterías, buscando un rincón donde pudiese esconderme. Encontré un pequeño hueco entre dos estantes, lo suficientemente oscuro para pasar desapercibida. Me agaché, conteniendo la respiración, intentando hacer el menor ruido posible.

El sonido de sus pasos retumbaba en la biblioteca, y podía sentir su mirada recorriéndolo todo, como si me estuviera persiguiendo a cada paso. Mi corazón latía con fuerza, y el aire me parecía cada vez más denso, más pesado.

De repente, el ruido de un libro cayendo al suelo rompió el silencio. Mi mano, al intentar mantenerme inmóvil, había golpeado uno de los tomos que descansaban en la estantería. El libro cayó al suelo con un golpe sordo y le siguió un estremecedor silencio.

—Vaya, vaya —escuché su voz, calmada, burlona—. Me lo estás poniendo fácil, golondrina.

Salí de allí como un suspiro, sin pensarlo. Corrí tan rápido como mis piernas me lo permitieron. Oí el sonido de sus pasos amortiguados por los latidos de mi corazón.

Él se acercaba, y yo estaba atrapada. Sentí que iba a perder, que él ganaría de nuevo. No podía permitirlo, no sin luchar. Porque, en ese preciso momento, algo cambió dentro de mí. La Serena conformista, aquella que solía mirar hacia otro lado, cada vez parecía más lejana. Menos yo.

La risa de Leonid retumbó entre los pasillos.

—Puedes correr todo lo que quieras, golondrina, pero siempre te atraparé.

Ignoré su provocación. Aunque la desesperación hizo mella en mí cuando me di cuenta de que había llegado al final del pasillo.

Los pasos de Leonid resonaban a lo lejos, firmes, seguros, cada vez más cercanos. No había salida, no podía retroceder. A mi alrededor solo había estanterías, interminables filas de libros que no ofrecían escapatoria alguna.

Me giré desesperada, buscando algo, lo que fuera. Entonces, me apoyé sin querer en una de las estanterías… y, para mi sorpresa, cedió ligeramente bajo mi peso. Sentí un leve clic, casi imperceptible, y la estructura se deslizó con suavidad, revelando un estrecho hueco oculto tras ella.

Sin pensarlo, me colé dentro. Era una pequeña habitación sin ventanas, con paredes revestidas de madera y apenas espacio para moverme. Una sala secreta, oculta, silenciosa.

Palpé a tientas el interior, mis dedos temblorosos recorrieron la pared hasta dar con un resorte. Lo presioné y, de inmediato, la estantería volvió a su lugar con un leve chasquido, encerrándome dentro.

Me quedé completamente a oscuras.

Contuve la respiración, con el corazón martilleándome el pecho, pero, al mismo tiempo… supe que él no me encontraría ahí. Por primera vez en toda esa persecución, me sentí segura. A

salvo, invisible.

Solo tenía que esperar a que se cansase de dar vueltas, a que llegase a la conclusión de que, de alguna manera, había escapado. Y entonces, se iría a buscarme al exterior y yo ganaría.

El compromiso se rompería y no volvería a verlo. ¿Por qué ese pensamiento no me provocaba la felicidad que debería?

El silencio era casi absoluto, solo roto por mi propia respiración, que intentaba mantener bajo control. Los minutos pasaban, interminables. Me obligué a quedarme quieta, paciente. A punto de convencerme de que realmente lo había logrado.

Hasta que sucedió.

Un suave clic. Y luego, la puerta se abrió.

La luz inundó la pequeña habitación y, en el umbral, de pie y con una expresión de triunfo y ¿orgullo? se encontraba Leonid.

—Se me olvidó decirte algo, golondrina —murmuró con esa voz suya, arrastrando las palabras como si disfrutara cada segundo de su victoria—. Esta biblioteca guarda muchos secretos. Aunque veo que has encontrado uno de ellos por ti misma.

—Has ganado. Espero que disfrutes de tu triunfo.

—Oh, sí, voy a disfrutar mucho —dijo a la vez que entraba en la habitación.

La puerta se cerró tras él. La oscuridad volvió a invadirme, pero no sentí miedo, tampoco la urgencia de huir.

Era como si algo en mi cuerpo ya supiera la verdad que mi mente aún se resistía a aceptar: que nunca podría escapar de él… y, lo más inquietante, que una parte de mí ya no quería hacerlo.

Lo sentí moverse a mi alrededor y luego sus dedos tocaron la pared. La luz se encendió, cálida y suave, iluminando el interior de la sala. Giré la cabeza para observar la pequeña estancia. Había una pequeña mesa con varios libros apilados, dos sillas de madera antigua, y algunos cuadros decorando las paredes, retratos de épocas pasadas, hombres de rostro severo y mirada ausente.

—Esta biblioteca tiene muchos años —me explicó, acercándose a paso lento—. Aquí se escondían hombres que no querían ser encontrados. Hay varias salas como esta para quienes sabían que la única forma de sobrevivir era desaparecer.

—¿Y tú? —pregunté, sin saber por qué—. ¿También eres uno de esos hombres que se escondería aquí si no quiere que le encuentren?

Él soltó una risa baja, casi sin humor.

—No, golondrina. Yo no me escondo… Yo cazo.

Y antes de que pudiera reaccionar, me acorraló contra la pared. Su cuerpo se pegó al mío, firme, inevitable, el calor de su cercanía robándome el aliento. Su mirada me sostuvo, intensa y casi peligrosa, y aún así, no aparté los ojos.

—No importa lo que corras ni donde te escondas, siempre te encontraré.

No supe qué responder. O quizá no quise hacerlo. Porque en el siguiente segundo, sus labios encontraron los míos en un beso tan abrupto como inevitable. No fue suave, no fue tierno. Fue un choque de fuego contenido, de tensión acumulada, de todo lo que ninguno de los dos se atrevía a decir en voz alta.

Y, aún así… no lo rechacé.

No lo hice porque, desde el beso en la terraza, estaba anhelando que volviese a besarme. Anhelándolo en silencio, con una necesidad que ni siquiera quería admitir.

En un solo movimiento, me alzó del suelo, como si no pesara nada. Me rodeé de su cuello

por instinto, aferrándome a él mientras me llevaba hasta la mesa del rincón. De un manotazo arrastró los libros que descansaban allí, dejándolos caer al suelo con un golpe seco, y me sentó sobre la superficie con firmeza.

Todo sin dejar de besarme, como si fuese incapaz de dejar de saborear mi boca. El beso se volvió abrasador; todo mi cuerpo ardía en llamas.

Cuando por fin se apartó, su respiración era tan agitada como la mía. Bajó la mirada lentamente, y por un instante, su mandíbula se tensó. Seguí el recorrido de sus ojos… y entonces, lo entendí: el vestido se me había subido sin que me diera cuenta, dejando mis bragas blancas expuestas ante él.

Tragó saliva. Sus ojos tenían un brillo peligroso, como si estuviera al borde de perder el control.

—Intento ser un buen hombre… —murmuró con voz baja, rasposa—. Pero tú me lo pones difícil. Quizá debería dejar de intentar ser algo que no soy.

No pude responder a sus palabras, porque sus manos ya se deslizaban por mis muslos desnudos, subiendo con una lentitud que me erizaba la piel. Cuando llegaron a mi ropa interior, la deslizó con rapidez por mis piernas, sin vacilar, y volvió a abrirme para él. Se colocó entre ellas, y yo… no hice nada para detenerlo.

Estaba expuesta a él, más de lo que jamás había estado antes, pero no sentí vergüenza, ni siquiera nervios. Solo un calor profundo, ardiente, creciendo en el centro de mi cuerpo, como una oleada imposible de ignorar.

Y cuando lo vi arrodillarse frente a mí, su mirada fija en la mía con una intensidad que me robó el aliento, supe exactamente lo que iba a hacer… pero ni por un segundo se me pasó por la cabeza detenerlo.

Bajó la cabeza. Sus manos aferradas a mis muslos, manteniéndome quieta, sin poder moverme, aunque tampoco lo hubiese hecho. No quería hacerlo. Su boca se acercó a mi centro y el calor de su aliento me hizo temblar. La anticipación era tan intensa que me cortaba la respiración.

Y entonces, su lengua rozó mi clítoris, suave, preciso, y un gemido escapó de mis labios antes de poder contenerlo.

Ese sonido pareció encender algo en él.

Como si mi placer fuese gasolina sobre su deseo, comenzó a lamerme con más fuerza, más profundidad, más hambre. Voraz, decidido… como si saborearme fuese una necesidad, un instinto, algo primitivo que no podía —ni quería— controlar.

Mi espalda se arqueó, mis dedos se clavaron en el borde de la mesa, y apenas pude respirar. Cada movimiento suyo me llevaba más alto, más al borde, y cuando succionó mi clítoris con precisión, mi cuerpo entero tembló.

Eso no estaba bien. Me habían enseñado que el sexo era algo reservado solo para el matrimonio. Podía ser virgen y entender poco sobre el acto en sí, pero aunque no estuviera perdiendo mi virginidad de forma literal, no podía negar que lo que estábamos haciendo, en su esencia, era sexo.

Algo que debería suceder solo en la noche de bodas.

Pero tal como vino aquel pensamiento desapareció, porque en lo único que podía pensar era en la sensación ardiente que se extendía por todo mi cuerpo, como si estuviera a punto de estallar en llamas.

—Leonid… —susurré su nombre entre jadeos, sin reconocer siquiera mi propia voz.

No estaba muy segura de lo que estaba pidiendo, pero, por suerte, él sí.

En vez de responder con palabras, introdujo uno de sus dedos en mi interior. Lo movió con ritmo pausado y profundo mientras su boca seguía torturando mi clítoris sin pausa, pero sin la presión suficiente para hacerme volar.

—Por favor, Leonid. Necesito… no sé... yo…

Él separó su boca de mi centro un instante, aunque introdujo otro dedo en mi interior para que la pérdida no fuese tan acuciante.

—No te preocupes, golondrina, voy a cuidarte. Voy a darte lo que necesitas, lo que tú ni siquiera sabes que anhelas.

Su boca regresó a mi clítoris, pero, esta vez, lo mordió y lo lamió, mientras sus dedos entraban y salían de mi interior a una velocidad desenfrenada.

Estaba a punto de romperme, de caer, todo mi cuerpo se tensó, y entonces… estallé.

Un gemido ahogado se escapó de mi garganta, y mi cuerpo se sacudió bajo su boca mientras el orgasmo me atravesaba con fuerza, como una ola cálida y devastadora que arrasaba todo a su paso.

Pero él no se detuvo. Me lamió suavemente, como si quisiera alargarlo, saborear hasta el último temblor de mi cuerpo.

Solo cuando mis piernas empezaron a flaquear, se incorporó, despacio. El triunfo reflejado en su rostro, pero también el deseo brillando en sus ojos.

Mi respiración comenzó a calmarse, aunque mi cuerpo seguía vibrando por la intensidad de lo que habíamos compartido. Bajé la mirada, casi sin querer, y me encontré con la tela de sus bermudas. La presión que ejercía su erección contra la tela era evidente, buscando escapar, como si no pudiera ser contenido.

¿Él quería que le devolviese el favor?

Nunca había pensado como sería el sexo para mí, nunca había llegado tan lejos. Todos mis pensamientos se habían quedado en besos furtivos y en una bonita boda. Pero aquello no era una fantasía, era real.

Y la realidad, era cruda, difícil y muy placentera.

Porque jamás podría olvidar el placer que él me acababa de hacer sentir. Ese momento quedaría grabado en mi memoria para el resto de mi vida.

Fui a bajarme de la mesa. Quería darle placer, como él me había dado a mí, crear una huella imborrable en su memoria. Pero él me sujetó los muslos con las manos. Tardé unos segundos en darme cuenta de que estaba subiendo la tela de mi ropa interior por mis piernas.

Luego, me ayudó a bajar de la mesa. Una vez de pie, sentí que él posaba algo sobre mi palma. No fue hasta que no bajé la mirada que no vi el pendiente de mi madre. El que perdí la noche de nuestro compromiso y que había buscado sin suerte.

—Se te cayó en la terraza. Quise devolvértelo el otro día, pero, al final, no pude hacerlo.

¿Por eso se presentó en la casa de mi tío? ¿Para devolverme el pendiente?

—Gracias. —Fue lo único que pude decir.

Leonid sonrió y se dio la vuelta, empezando a caminar hacia las escaleras. ¿Él se iba?

No fue hasta que no estuvo a punto de llegar a las escaleras de caracol que lo detuve con mis palabras, pero él no se dio la vuelta.

—Leonid, ¿qué hubiera pasado si hubiera logrado llegar a la puerta? ¿Hubieras cancelado el compromiso?

—Esa no era una posibilidad. Nunca podrás huir de mí, golondrina. Siempre te atraparé —

respondió con la voz ronca. Antes de que pudiera contestar, añadió—: Tengo que irme a una reunión, pero puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Solo cuando se marchó y yo salí del cuarto secreto caí en la cuenta de que él tenía razón. Nunca podría huir, porque él me había atrapado para siempre.

CAPÍTULO 17

SERENA

—Siempre se me ha dado fatal hacer maletas —me quejé mientras doblaba cuidadosamente un vestido blanco de flores para meterlo en la maleta.

—Eso es porque llevas muy poco espacio —me dijo mi prima, cruzando las piernas y chasqueando la lengua, sentada en el borde de la cama a la vez que se bebía un *smoothie*—. ¿Cómo se te ocurre llevar solo una maleta?

—Bella, tan solo voy cuatro días. ¿Cuántas maletas quieres que lleve?

—Mínimo, cuatro.

La miré durante unos segundos. ¿Ella estaba hablando en serio?

Por supuesto que lo hacía, mi prima Isabella nunca bromeaba con ese tipo de cosas. Y estaba segura de que luego no se pondría ni la mitad de la ropa. En ese sentido, se parecía mucho a mi hermana Melania.

—Aunque deteste el calor, agradezco que sea verano, porque siempre puedo meter muchas más cosas. —Miré entre la falda rosa de tablas y una negra, decantándome al final por la falda rosa de tablas.

—Te ves feliz —observó mi prima.

—Lo estoy —reconocí—. Esta escapada me va a venir bien. Además, estuve en Liguria hace muchos años cuando era pequeña. Tengo ganas de volver.

—Aunque sea a casa de la familia de Saverio. —Mi prima rodó los ojos mientras se terminaba su *smoothie*.

—Bella… —le advertí, como siempre hacía las pocas veces que había salido el tema del marido de mi hermana.

—Él es un cerdo, Rena.

Suspiré.

—Mira, Saverio tampoco es mi persona favorita, ¿vale? —Mordí mi labio inferior. Era la primera vez que lo reconocía en voz alta. Generalmente tendía a evitar el tema del marido de mi hermana, tal y como hacía con todos los temas que me incomodaban o me resultaban conflictivos. Sin embargo, estaba empezando a ser un poco más valiente a la hora de expresar mis opiniones—. Pero él ha tenido un buen gesto invitándonos a pasar unos días a su casa familiar.

Estaba emocionada con aquel plan. Cuando mis padres me llamaron hacía tres días para contarme que Saverio nos había invitado a su casa familiar a pasar unos días no dudé en aceptar. Porque me vendría bien despejarme un poco, salir de la casa de mis tíos, y especialmente, poder pasar tiempo con mis padres.

Aquello me haría recordar mi antigua vida.

—Un buen gesto mis cojones. —A pesar de que reñí a mi prima por ser mal hablada, ella me ignoró. Descruzó sus piernas y se levantó para dejar su vaso de *smoothie* sobre una mesa redonda que se encontraba a un lado de mi habitación—. Algo querrá. Me fijé que os abordó en tu fiesta de compromiso. Seguramente, está intentando hacer negocios con Leonid. Mikhail me

contó que lo ha estado persiguiendo como una mosca cojonera, pero que él ha pasado. Como ahora vais a ser familia, creerá que metiéndose en el bolsillo a Leonid puede llegar a Mikhail.

Leonid.

Él también estaría allí durante esos cuatro días.

Había evitado pensar en él; ni siquiera había preguntado si iría. Sin embargo, había sido mi madre quien me lo había contado, de manera pausada, esperando mi reacción. Me había mantenido en silencio porque no tenía nada qué decir. Desde nuestro último encuentro en la biblioteca privada hacía más de una semana, Leonid había desaparecido. Ni un mensaje, ni una llamada, nada.

Desgraciadamente, no lo había hecho de mis pensamientos. No había podido evitar que lo sucedido se repitiese en mi mente una y otra vez. Incluso intentándolo.

Aparcar en mi memoria temas de los que no quería hablar y hacer como si no existieran eran mi especialidad. Solía ser muy buena haciéndolo, pero no funcionaba cuando se trataba de Leonid.

Hasta había tenido un sueño vivido donde le devolvía el favor. Donde era yo quien le lamia y le hacía explotar de placer.

Era la primera vez en mi vida que había tenido un sueño húmedo.

—Es una pena que no puedas venir —le dije a Isabella, cambiando de tema—. Me hubiera encantado que vinieras conmigo.

—Mis padres están en Bérgamo, en las bodas de oro de un socio de mi padre. Ivo no tiene colegio y Mikhail está fuera, es el momento perfecto para que pasemos unos días de hermanos. Últimamente no hemos podido vernos mucho.

—Lo entiendo. —Mi prima adoraba a su hermano pequeño—. ¿Qué tal se lleva Ivo con Mikhail?

—Se llevan genial. —Isabella solía ser bastante fría y distante con la mayor parte del mundo, pero una gran sonrisa iluminó su rostro, como cada vez que hablaba de su hermano—. Ivo lo adora, lo copia en todo lo que hace. Quizá, demasiado. —Mi prima suspiró—. Mikhail tiene muchísima paciencia con él. Hasta hacen *puzzles* juntos.

—Él va a ser un buen padre.

—Lo va a ser.

—¿Cuándo me vas a hacer tía?

Éramos primas, pero sus hijos serían como unos sobrinos para mí.

—No en un futuro cercano. Ya he empezado a escuchar comentarios por parte de mis padres —hizo una mueca—, pero los dos somos demasiado jóvenes. Antes quiero terminar la carrera y aprovechar unos años para viajar y disfrutar del tiempo nosotros dos solos.

—Tomaos vuestro tiempo. —A veces nuestras familias presionaban demasiado, y aunque era algo que había normalizado, comprendía a mi prima.

No pude evitar pensar en mí misma. Yo siempre había soñado con formar una familia y tener hijos. Siempre había pensado que sucedería poco después de la boda. Incluso me había imaginado que el primero sería un niño y que le pondría el nombre de mi padre.

Pero ahora sabía que todo eso eran fantasías. Ahora me daba cuenta de que, con diecinueve años, era demasiado joven para ser madre, y Leonid, con veintidós, también. Era mejor esperar…

Interrumpí mi propio pensamiento. ¿De dónde había salido eso?

—Esto también va en la maleta —dijo Isabella, devolviéndome a la realidad. Cogió una prenda de ropa que estaba sobre la cama y la metió en la maleta.

Observé el *trikini* plateado que ella me regaló el año pasado y que aún estaba con la etiqueta porque no había estrenado. Aunque me gustaba, era demasiado atrevido para mí y nada apropiado para el viaje que íbamos a hacer.

—¿Estás loca? No, Bella, no pienso llevarlo —me negué, cogiendo el *trikini* y volviéndolo a dejar sobre la cama.

—¿Por qué no? Te lo probaste en la tienda, te queda espectacular.

—Tú me obligaste a probármelo y después lo compraste a traición para regalármelo —le recordé—. Además, ¿qué pretendes que haga con él?

—Ponértelo —respondió mi prima, como si fuera obvio, volviendo a meter el *trikini* en la maleta.

—No es apropiado, Bella.

—Claro que lo es. Es sexy, pero no es tan revelador. Además, así harás sufrir a tu prometido y a cualquier persona que veas en la playa.

—No quiero hacer sufrir a ningún hombre, y mucho menos, a Leonid. No quiero provocar ningún efecto en él.

Mentira, mentira, y más mentira.

Mi prima me ignoró.

—A él le tiene que quedar claro que se mira, pero no se toca.

—Puede que ya haya tocado un poco —reconocí en un hilo de voz tan bajito que ni yo misma pude oírme con claridad mientras sacaba el *trikini* de nuevo y metía unos pantalones de tela azules. Pero Isabella sí me escuchó.

—¿Qué?

—El otro día, cuando me llevó a la biblioteca, pasó algo. Él me besó…

—¿Te besó?

Sentí cómo enrojecía, e incapaz de pronunciar las palabras señalé hacia abajo, esperando que mi prima comprendiera lo que quería decirle.

—¿Él te obligó? Pienso matarlo con mis propias manos si te hizo algo. Poco me importa que sea el segundo de mi prometido.

—No, Bella, yo le dejé. Fue consentido. Ninguna de las veces Leonid se aprovechó de mí.

—¿Ninguna de las veces?

—Puede que te haya omitido alguna que otra cosa. ¿Te acuerdas de mi fiesta de compromiso? Nos besamos en la terraza.

Isabella se quedó en silencio.

—¿Solo os habéis besado?

—No, nos hemos acostado… pero —me interrumpí, incapaz de seguir la frase, me daba demasiada vergüenza.

—¿Lo disfrutaste?

—Lo hice. —No había dudas en mi voz

Isabella suspiró. Se acercó a mí y agarró mi mano.

—Rena, ten cuidado. Eres demasiado buena para nuestro mundo y eres demasiado buena para un hombre como Leonid. No dejes que se meta en tu cabeza, no dejes que te manipule.

Puede que mi prima tuviera razón, pero cuando dos horas más tarde llegué al aeropuerto y mi corazón se hundió cuando me di cuenta de que Leonid no viajaría conmigo, me di cuenta de que, quizá, ya era demasiado tarde para eso.

CAPÍTULO 18

SERENA

La familia de Saverio tenía una casa impresionante, un refugio privado enclavado en la costa, con un acceso directo a una playa aislada que parecía sacada de un sueño. La casa, de arquitectura tradicional italiana, se erguía sobre la costa rocosa, rodeada de jardines bien cuidados, donde el aroma a pinos y salitre se mezclaba en el aire. Un largo camino empedrado descendía hasta la orilla, y allí, las olas chocaban suavemente contra las rocas, rompiendo el silencio con su canto constante.

La playa estaba bordeada de acantilados y vegetales frondosos. Un pequeño paraíso privado donde el tiempo parecía detenerse.

Había llegado tarde la noche anterior, por lo que no había tenido aún tiempo de bajar hasta la playa, pero me encontraba sentada en una silla en el jardín desde donde se podía ver el océano.

Mi mirada se perdía en el vaivén suave de las olas. A esas horas, a primera hora de la mañana, el mar se encontraba tranquilo. Había algo en la calma de esas aguas que me resultaba reconfortante. Aunque, en cierto modo, siempre había preferido el mar revuelto, cuando las olas se alzaban imponentes, desafiantes.

El mar siempre me había fascinado, aunque sabía que podía ser peligroso. Había algo en la furia de sus olas que resultaba hipnótico, en su capacidad para cambiar de un momento a otro, como un ser impredecible y salvaje. Las olas podían ser gigantescas, arrastrarte sin que te dieras cuenta, y el mar, con su aparente calma, ocultaba su fuerza letal bajo la superficie. Me gustaba admirarlo desde la distancia, respetando ese poder que tanto me atraía, pero sabiendo que, en cuanto te acercabas demasiado, podía volverse en tu contra, mostrándote su lado más oscuro y peligroso.

Le di un largo trago al zumo de fresas y naranjas que Giulia, la ama de llaves que llevaba trabajando toda una vida para la familia de Saverio, tan amablemente me había preparado. La mujer era un encanto y había insistido en prepararme un desayuno demasiado elaborado y abundante: observé la bandeja de *cornettos* rellenos de chocolate, los rollos de canela y las tortitas con crema de chocolate y plátano que se encontraba sobre la mesa que estaba frente a mí.

Había aprovechado para desayunar fuera, ya que sabía que dentro de poco el calor comenzaría a ser insoportable para mí y querría buscar desesperadamente una sombra. El calor sofocante era algo que no echaba de menos. En Dublín la temperatura era mucho más soportable en verano; aunque mi prima se quejase a menudo de ello, tenían suerte. A mí me gustaban los días lluviosos y las temperaturas bajas. Siempre había sido más de invierno que de verano.

—¿Disfrutando de las vistas? —Leonid apareció de la nada, arrebatándome el vaso que sostenía de mi mano para sorber de la pajita—. Está buenísimo —dijo, devolviéndomelo.

Llevaba una camisa gris clara con pequeñas tablas de surf dibujadas en ella, con los primeros botones desabrochados, dejando descubierta parte de la piel bronceada de su pecho. Sus ojos estaban cubiertos por unas gafas de sol negras y llevaba una gorra de color azul.

Y estaba tan guapo como siempre.

Observé cómo cogía una silla y la colocaba a mi lado para sentarse en ella.

No nos veíamos desde el día en la biblioteca. Había parecido una eternidad, pero ahora, con él a mi lado, era como si el tiempo nunca se hubiera interpuesto entre nosotros, como si la distancia nunca hubiera existido.

Eso era algo que nunca había sentido con nadie.

Estaba empezando a ser una costumbre que Leonid me hiciese sentir cosas nuevas para mí.

—Acabas de llegar. —Quise que sonara como un apunte, pero más bien pareció un reproche.

Leonid enarcó una ceja rubia en actitud burlona.

—¿Te importa?

—Para nada.

Un poco. Tal vez más que un poco. Demasiado.

Debería darme igual que ayer a la noche no hubiera aparecido en la cena y que hubiera llegado hoy a la mañana. Y lo hacía, al menos, en parte. Pero no podía evitar estar un poco molesta con él porque nunca sabía dónde estaba. Tras nuestro último encuentro, ni siquiera se había molestado en comunicarse conmigo; ni una llamada, ni un solo mensaje. Nada.

Después de lo que había pasado entre nosotros.

Aunque ¿no era eso lo que yo quería? ¿Acaso no debería estar agradecida porque él no me hubiera molestado?

Ni siquiera me entendía yo misma.

—Eso era lo que suponía —contestó Leonid con una sonrisa que sugería justo lo contrario.

Resoplé y partí otro trozo de tortita, una ración generosa, para llevármela a la boca. Mastiqué mientras desviaba la mirada de Leonid para centrarla en las vistas. Quizá si lo ignoraba olvidaría que existía, o quizá él se terminaría aburriendo y se marcharía.

Aunque, a esas alturas, debería saber que eso con Leonid no funcionaba.

—¿Te gusta el mar?

A pesar de que no le respondí, no pude evitar reflexionar sobre su pregunta. Porque había estado pensando en ello minutos antes. ¿No sería él como Edward Cullen y podría leer mis pensamientos? Ladeé la cabeza para mirarlo, dándome cuenta de las tonterías que estaban pasando por mi cabeza.

—Yo no concibo mi vida sin el mar —dijo Leonid al ver que yo no le respondía, iniciando una conversación, dándome una información que no debería importarme, como si fuéramos cercanos que charlaban. Y, como siempre, lo conseguía. Lo odiaba por eso—. El mar, la arena, todo eso me da paz. Me da una sensación de libertad que no encuentro en ningún otro lugar.

En cierta manera, ¿no era Leonid como el mar? Bonito para contemplar desde fuera, disfrutando la vista que ofrecía desde la distancia, pero peligroso cuando te adentrabas en él. Como el mar embravecido, te podía absorber y ahogar en él. Eso era lo que podía hacer Leonid contigo: engullirte y consumirte.

—Por eso me gusta tanto surfear.

—¿Te gusta el surf? —pregunté, maldiciéndome a mí misma en el instante en el que la pregunta se escapó de mis labios. No debería estar siguiéndole la conversación e interesándome por él, sino darle el tratamiento de la indiferencia.

—Es mi deporte favorito. —Ahora que lo pensaba, le pegaba—. ¿Tú surfeas?

—Nunca lo he hecho. Las olas me dan miedo.

—Debería enseñarte —propuso Leonid con una sonrisa entusiasta, como si ya estuviera planificando lo que iba a hacer—. En esta playa el oleaje no es tan fuerte, así que podría ser un

buen lugar para empezar.

—No quiero surfear. Y mucho menos contigo.

Leonid centró su mirada en mí para responderme. Pero cualquier pensamiento de su cabeza se esfumó cuando vi que sus ojos bajaban hasta la comisura de mis labios.

—Tienes un poco de chocolate ahí —dijo, señalando la esquina derecha de mi labio inferior. Fui a coger la servilleta para limpiarme pero él se inclinó hacia mí y su lengua barrió mi labio inferior, limpiando cualquier rastro de chocolate que tuviera en él—. Dulce, pero un poco más amargo de lo que esperaba —murmuró, separándose de mí con tanta rapidez que, por un instante, dudé de si lo que acababa de pasar era cierto o había sido producto de mi imaginación.

—¡¿Qué estás haciendo?! —prácticamente grité, mirando hacia todos los lados en busca de algún testigo—. ¡Si mi familia te ve! —Mis padres pondrían el grito en el cielo. Éramos prometidos, ese tipo de acercamientos no estaban permitidos. No hasta nuestro matrimonio—. ¡No puedes hacer ese tipo de cosas! ¡Es inapropiado!

—¿No crees que estás siendo un poco exagerada? —Leonid cogió un trozo de plátano con los dedos y se lo llevó a la boca despreocupadamente. Como si a él no le importara; aunque, seguramente, no lo hacía—. Además, en peores lugares de tu cuerpo ha estado mi lengua, golondrina.

Sentí cómo el rubor inundaba mis mejillas y sabía que estaba roja como un tomate cuando los recuerdos de lo que sucedió días atrás pasaron por mi mente. Imágenes demasiado explicitas que no había podido olvidar.

Él se estaba burlando de mí. Otra vez.

—Imbécil —mascullé.

—Es la primera vez que escucho salir un insulto de tu bonita boca. —Leonid se inclinó hacia mí, con sus codos apoyados en la mesa—. Me gusta. Reconozco que me pone un poco cachondo —me susurró, como si me estuviera contando un secreto.

—¡Buenos días! —Una voz enérgica con un saludo exageradamente alto provocó que me separara de golpe de Leonid, tratando de alejarme desesperadamente de él, y sino fuera porque él sostuvo el brazo de mi silla, me hubiera caído hacia atrás. Mi padre se acercaba hacia nosotros con pasos seguros.

Comencé a entrar en pánico. ¿Habría escuchado las palabras poco apropiadas de Leonid? No, él no podría haberlo hecho. Leonid me las había susurrado y él estaba lejos. Era imposible, ¿no?

Cuando mi padre se detuvo frente a nosotros, pude ver la sonrisa tensa y las arrugas que se formaban en sus ojos. Leonid se levantó para saludarlo, y pese a que mi padre estrechó su mano, tan solo lo hizo durante un segundo y sin apenas mirarlo. Él se inclinó hacia mí para darme un beso en la mejilla.

—Princesita —me saludó cariñosamente, y después, se apartó de mí para dirigirse hacia una de las sillas que rodeaban la mesa. Pero en vez de sentarse en ella, la cogió y la movió hasta el poco espacio libre que había entre Leonid y yo, buscando hacerse un hueco. Leonid no se movió al principio, él compartió una mirada con mi padre y luego fijó sus ojos en mí, para, finalmente, deslizar la silla hacia un lado, dejando que mi padre se sentara entre los dos—, ¿qué tal has dormido?

—Bien, papá.

—¿Y tú, Riccardo? —le preguntó Leonid con una sonrisa.

—Bien —respondió secamente. Podía sentir la tensión en el aire, algo que me extrañó,

porque papá solía ser agradable con todo el mundo. Él era un gran conversador y muy carismático, incluso con las personas que no eran de su agrado.—. ¿Cuándo has llegado?

—Mi vuelo ha aterrizado a las seis de la mañana. Acabo de llegar.

—¿Quieres desayunar algo, papá? —le ofrecí—. Puedo llamar a Giulia.

Mi padre negó con la cabeza.

—No te preocupes, princesita. Estoy bien.

—¿No vas a desayunar? —pregunté, sorprendida. Mi padre siempre desayunaba—. ¿Ni siquiera un café? —insistí. Mis padres, al contrario que yo, eran adictos a la cafeína.

Mi padre esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—No tengo hambre. Ayer cenamos demasiado.

Aquello no era cierto. Él apenas tocó la comida y tampoco llegó al postre porque se retiró con Saverio antes de que nos lo trajeran.

—¡Ya decía que no te veía, cariño! —exclamó con entusiasmo una voz femenina muy familiar para mí. Ladeé mi cabeza hacia atrás para ver a mi madre acercándose hacia nosotros con una sonrisa.

Llevaba un vestido color naranja suelto que le llegaba por debajo de las rodillas y unas sandalias con un poco de tacón. Se había recogido su cabello rubio con una pinza. Como siempre, estaba guapísima.

—¡Mamá! —la saludé.

Mi madre me saludó y después besó a mi padre.

—Renatta, es un placer conocerte. —Leonid se levantó para darle dos besos. Pude percibir que ella se tensaba ligeramente, pero trató de mantener la sonrisa en sus labios—. Ya veo de quién ha sacado Serena esos ojos tan bonitos.

—Gracias —le respondió mi madre—. Aunque nos hemos visto antes, ¿verdad?

—Creo que coincidimos en la fiesta de máscaras de vuestra familia hace meses, pero no tuve la oportunidad de presentarme

—Buenos días —saludó Saverio con tono alegre, uniéndose a nosotros—. Leonid, bienvenido a mi casa. —Señaló su mansión con orgullo—. ¿Por qué no dejamos a las señoritas descansar un poco y nos dedicamos a lo nuestro? Tengo varios asuntos que discutir contigo.

—Preferiría terminar de desayunar primero —dijo Leonid—. No quiero que el estómago me cruja mientras tratamos esos temas tan importantes para ti. —La burla en su tono de voz era evidente, a pesar de que él hablaba casualmente, casi amable.

Saverio no se dio cuenta, aunque mi padre sí, porque esbozó una leve sonrisa.

—No te preocupes por eso, le diré a Giulia que te lleve el desayuno a nuestro despacho.

Leonid emitió un suspiro demasiado exagerado.

—Preferiría desayunar en compañía de mi prometida. —Saverio abrió la boca, pero Leonid lo interrumpió levántandose de la silla—. Imagino que no es posible, así que, si no te importa, pídele a Giulia que me lleve lo mismo que está desayunando Serena. Ella tiene un buen gusto culinario.

Negué con la cabeza, pero no por lo que estaba diciendo Leonid, sino para evitar reírme. Él se estaba burlando de Saverio de una manera sutil, casi imperceptible.

—¿Y Melania? —preguntó mi madre justo cuando mi padre se levantó también de la silla.

Saverio hizo un gesto con su mano.

—Ella sigue dormida —dijo, como si no le importara.

Probablemente, no lo hacía. Me había fijado en ellos durante la cena de la noche anterior.

Mi hermana era infeliz, y a Saverio no le importaba. Incluso le había visto dirigirse a ella de una manera desagradable. No era algo nuevo, pero, por primera vez, había prestado atención.

Había estado a punto de reaccionar, de enfrentarme a él, pero me contuve. No quería causar una escena, o quizás, porque esa fortaleza que comenzaba a descubrir en mí, esa que emergía junto a Leonid, aún no era lo suficientemente fuerte para hacerme actuar.

Pero lo cierto era que me gustaba la Serena de las últimas semanas. La Serena que era cuando estaba con él.

Saverio se despidió de nosotras con un gesto con la mano, sin apenas mirarnos. Pero mi padre me dio un beso en la mejilla, un gesto que Leonid imitó ante la expresión fruncida de este de desaprobación.

—¿Tú quieres desayunar, mamá? —le pregunté cuando se fueron.

—Por supuesto, cariño —respondió mi madre—. ¿Por qué no desayunamos y luego, cuando tu hermana despierte, hacemos algo las tres juntas?

Sonreí, porque la verdad era que me apetecía mucho. No recordaba cuando había compartido un día con mi madre y mi hermana juntas.

También me hubiera gustado que mi hermano Elio no se hubiera tenido que quedar en Turín por negocios. Desgraciadamente, sabía que eso no sería posible.

CAPÍTULO 19

LEONID

Saverio era un total imbécil. No solo se había olvidado de pedirle a su empleada que me llevase el desayuno, sino que nos había tenido más de una hora al padre de Serena y a mí hablando de sus futuros proyectos.

El muy gilipollas aspiraba a ser el presidente del país. No de una manera legal claro, sino mediante corruptelas. Pero tenía menos carisma que un cerdo. Ni siquiera manipulando las elecciones lo lograría.

Mikhail me había dejado claro que no aceptase hacer ningún trato con él. Por lo visto, Saverio había tenido negocios con el padre de Mikhail y habían mantenido una buena relación. Y Mikhail no quería a su alrededor a nadie que hubiese estado cerca de su fallecido progenitor.

Aun así, le había escuchado con educación y me había limitado a decirle que lo consultaría con mi Pakhan en cada propuesta que me hacía. Era evidente que Saverio no estaba complacido, pero menos complacido estaba yo que estaba muerto de hambre.

Y Riccardo era de poca ayuda; apenas había abierto la boca. Él no parecía mi contento ni con su yerno ni conmigo.

—Voy a pedir algo de beber —dijo Saverio, que se le debía haber secado la boca después de tanto hablar. Cogió una campana pequeña que se encontraba en su escritorio y comenzó a agitarla. Dos segundos después, apareció una chica que estaría a mitad de sus veinte. ¿Acababa de llamarla con una campana? Si pensaba que no podía ser más gilipollas, me acababa de demostrar lo mucho que me equivocaba—. Dos whiskys bien cargados —pidió, mirando con una complicidad que estaba convencido de que no era correspondida a Riccardo—. ¿Y tú, Leonid? ¿Un vodka?

Ya empezábamos con los estereotipos…

—Un *ice latte* mejor —respondió.

La chica me dio una sonrisa temblorosa y se dio la vuelta, marchándose.

—¿Un *ice latte*? —repitió Saverio con una mueca burlona—. ¿En serio? ¿Qué clase de nenaza estás hecho? ¿Qué hombre no toma una buena bebida cargada de alcohol a media mañana?

—¿Uno que no es un alcohólico? —contesté con una sonrisa falsamente inocente.

Si creía que iba a dañar tan fácilmente mi masculinidad, estaba muy equivocado. Estaba acostumbrado a lidiar con gilipollas machitos como ese. Lo había estado hasta que me alejé de la mafia y ahora, por desgracia, convivía con ellos todos los días.

—¿Cuándo será la boda? —preguntó Saverio, cambiando de tema—. No hemos recibido la invitación y mi mujer necesita saber si será de mañana o tarde para el vestido.

A él no podía importarle menos lo que su mujer necesitaba o no. Era un cerdo machista que trataba a su esposa como un objeto. Si no fuera porque desataría una guerra y perdería a Serena en el camino, lo hubiese matado allí mismo. El mundo no necesitaba hombres como ese.

—Aún quedan varios meses —dijo Riccardo, respondiendo por mí. No se me paso desapercibido en su tono de voz que, si por él fuese, la boda no se celebraría nunca.

Desgraciadamente, tendría que vivir con la decepción.

La puerta se abrió y apareció la chica de antes con una bandeja con las bebidas. Le entregó el whisky a Riccardo y a mí mi *ice latte*. Cuando fue a dejar el vaso delante de Saverio, lo hizo inclinándose más de la cuenta y él le dirigió una mirada descarada a su escote, desabrochado los primeros botones de su blusa blanca. Ella le respondió con una sonrisa coqueta antes de incorporarse.

—Ella es Fiorella —la presentó Saverio—. Trabaja en nuestra casa limpiando, pero le he dicho que venga estos días a echarle una mano a Giulia.

Casi me quise reír.

Estaba seguro de que no era a Giulia a la única que le echaba una mano.

Miré a Riccardo, que parecía distraído dándole un sorbo a su whisky. ¿El marido de su hija se traía a su amante para seguir tirándosela delante de todos y le daba igual?

Y a mí no me quería con Serena el muy hipócrita.

Yo jamás le haría algo así. Ni siquiera había estado con otra mujer desde que nos prometimos. Qué demonios, no había tocado a nadie desde aquella vez en el aparcamiento.

Solo podía pensar en ella. En nadie más.

Incluso antes de aquel momento ya había algo, una atracción latente, contenida, casi sutil. Pero cuando salió corriendo de mí, asustada, frágil y valiente a la vez… tan jodidamente hermosa… supe que estaba perdido. Supe que sería mía.

Cogí mi *ice latte* y me levanté de la silla en la que estaba sentado para mirar por el amplio ventanal del despacho, fijándome que daba a un balcón.

—Tiene una vista privilegiada —dijo Saverio con orgullo mientras yo abría la puerta y salía al balcón—. Por eso elegí este despacho. Antes era el de mi padre, pero él ya casi no viene, así que me lo ha cedido —continuó, siguiéndome.

Riccardo fue tras nosotros.

Saverio tenía razón. La vista era privilegiada, pero yo no me fijé en el mar, sino en algo que era mucho más apasionante para mí.

La vi a lo lejos. En el jardín.

Serena se había recogido su cabello rubio rizado en una trenza, podía ver el lazo blanco ondeando al viento. Ella sostenía un arco, y entonces me di cuenta que había una diana frente a ella. Escuché que Saverio seguía hablando, pero no le presté atención. Apoyé mi brazo distraídamente sobre la barandilla y le di un sorbo a mi bebida.

Ella ladeó su cabeza brevemente y sonrió a algo que su madre le dijo, que se encontraba detrás de ella junto a su hermana. Serena tensó la cuerda, y cuando pensaba que la flecha iba a salir disparada hacia la diana, ella hizo un movimiento con el arco que provocó que la flecha saliera disparada hacia mí y me atravesara la gorra azul que llevaba puesta, lanzándola al suelo del balcón, a mis pies.

—¡Joder! —gritó Saverio, mirando hacia el jardín—. Las mujeres y su puntería. Cómo para darles un arma.

—Mi hija tiene una puntería estupenda. —Riccardo se agachó para coger mi gorra y quitó la flecha, lanzándola al suelo—. Lleva practicando tiro de arco desde que tiene cinco años.

No hacía falta que él me lo dijera, porque sabía que lo que acababa de pasar no era fruto de una mala puntería. Fue casi imperceptible, pero, durante un instante, vi cómo Serena miraba hacia donde yo me encontraba y sonreía.

Al parecer, yo no era el único mentiroso de los dos. Mi golondrina también tenía sus

propios secretos.

CAPÍTULO 20

SERENA

—Es una pena que tu hermana se esté perdiendo este helado de pistacho —dijo mi madre mientras se llevaba una cucharada a la boca—. Sabes que ninguno supera el de Dolce Storia —añadió mencionando a la heladería cercana a nuestra casa en Turín—, pero, sin duda, este entra en mi top cinco de mejores helados de pistacho que he probado.

—El de dulce de leche con brownie está buenísimo —comenté mientras saboreaba mi helado.

Después de pasar la mañana practicando tiro con arco en el jardín, había propuesto dar un paseo por el pueblo. No me sorprendió que mi hermana Melania no se sumara al plan. Solía evitar todos los planes que hacíamos; ella prefería pasar tiempo sola o con sus amigas. Cualquier cosa menos estar con su familia.

No solo me evitaba a mí, sino también a mis padres. Sabía que eso era algo que afectaba a mi madre, pero ella nunca hablaba de ello. Me estaba empezando a dar cuenta de que en mi familia no se hablaba de nada.

—Liguria es precioso —expresé mientras caminábamos por el paseo.

—La última vez que vinimos, tú tenías cinco años —recordó mi madre con una sonrisa—. Y ya te gustaba el helado tanto como ahora. Me acuerdo que no paraste hasta que tu padre y yo no te llevamos a una heladería.

Me eché a reír.

—Es culpa de papá. De él he heredado mi afición por el chocolate —me defendí mientras me llevaba una cucharada de helado a la boca. Después, dejé la cuchara hincada en el helado y me detuve para girarme hacia mi madre—. Me alegro tanto de estar aquí contigo, te he echado de menos. —No pude evitar abrazarla con entusiasmo. Fue una auténtica suerte que ni mi helado ni el de ella se derramara al suelo.

—Yo también te he echado de menos. —Mi madre me estrechó entre sus brazos con fuerza. Apoyé mi cabeza en su hombro, disfrutando del momento. No supe cuánto tiempo estuvimos así, en medio del paseo—. Cariño —dijo suavemente, llamando mi atención. Hizo una pausa breve, como si estuviera pensando qué decirme a continuación—, tengo que reconocer que Leonid es diferente a lo que imaginaba.

Me separé lentamente de ella para mirarla. ¿En serio tenía que mencionar a Leonid?

—Es una suerte que no haga tanto calor —dije, cambiando de tema, porque para a un momento a solas que tenía con ella lo que menos me apetecía era hablar sobre mi prometido—. Antes de venir leí que las temperaturas rondarían los treinta grados, es una suerte que hoy el día sea un poco menos cálido.

—Cariño, ¿él te trata mal? ¿Es malo contigo?

Mi madre no solía insistir en los temas que eran incómodos para mí. Aunque, ciertamente, no hablábamos sobre ningún tema incómodo.

—No, mamá —contesté con honestidad. Porque no era justo para Leonid que ella tuviese esa idea de él—. Leonid es agradable conmigo.

—Entonces, ¿cuál es el problema? He visto cómo te mira; ese chico está loco por ti.

—Leonid no está loco por mí. Es muy bueno fingiendo.

—Oh, cariño, hay cosas que no se pueden fingir. —Mi madre sonrió—. ¿Por qué no le das una oportunidad? Los comienzos nunca son fáciles para nosotros.

—Para ti y para papá sí —contraataqué, sin comprenderla. ¿Ahora se estaba poniendo del lado de Leonid?

Mi madre se mordió el labio inferior. Tardó un instante en responder, como si estuviera debatiéndose entre hacerlo o no.

—Para nosotros tampoco lo fue.

—Sí que lo fue. Lo vuestro fue amor a primera vista; os mirasteis a los ojos y os disteis cuenta de que estabais hechos el uno para el otro.

—Oh, esa historia… —Mi madre hizo una mueca, como si no se acordara de lo que ella misma había contado cientos de veces. Como si no se acordara de su propia historia—. Digamos que no sucedió exactamente así.

—¿Cómo? No… no puede ser —balbuceé, sin comprender—. Pero si es lo que siempre contáis. —Llevaba escuchando la historia de cómo mis padres se conocieron prácticamente desde que tenía uso de razón.

Mi madre suspiró.

—Para tu padre sí que lo fue. Él siempre dice que cuando me vio por primera vez supo que sería la mujer de su vida. Él no tenía previsto casarse cuando su padre hizo un acuerdo con el mío, pero digamos que yo… Para mí no fue exactamente así. Porque yo estaba enamorada de otro hombre.

—¡¿Qué?!

—Era el hijo de uno de los soldados de tu abuelo. Él me enviaba cartas y me regalaba flores; me prometió una vida juntos y yo le creí. Ya sabes, era joven e inocente. —Mi madre lanzó una exhalación y se llevó una cucharada de helado a la boca—. Pensaba que nos casaríamos, él iba a pedirle la mano a mi padre, pero la propuesta no fue aceptada. Intenté que mi padre entrase en razón, pero ya conociste a tu abuelo… Era tan cabezota como tu hermano Elio. Cuando algo se le metía entre ceja y ceja, era imposible hacerle cambiar de opinión. Por eso hasta pensé en fugarme. —Mi madre se rio.

—¿Te fugaste?

—Tu padre ahuyentó al chico antes de poder hacerlo. Lo amenazó de muerte. El día de nuestra boda lo odiaba, creía que era el peor hombre del mundo. Recuerdo apenas dirigirle la palabra hasta el segundo mes. Le respondía con monosílabos y evitaba estar en el mismo espacio que él durante más de cinco minutos. Y eso que vivíamos juntos… Imagínate la situación. —Mi madre se mordió el labio inferior y negó con la cabeza, con una sonrisa nostálgica, como quien cuenta una anécdota—. Pero yo creía que me había arrebatado al amor de mi vida. Sin embargo, con el tiempo, descubrí lo que era el verdadero amor, que nada tenía que ver con lo que creía que sentía. Descubrí lo que era el amor puro y el formar una familia. Y todo fue gracias a tu padre. Él fue el que me enseñó lo que era el verdadero amor.

—¿Así que lo que contasteis no era verdad?

Mi madre esbozó una sonrisa de disculpa.

—Adorné un poco la historia.

¿Adornarla? Se la había inventado por completo.

—No quería mentirte, cariño. Supongo que te conté lo que querías escuchar. Siempre has

sido muy romántica desde pequeñita.

—Sí, mama, pero también porque pensaba que vuestra historia había sido como la de las películas.

Mi madre se encogió de hombros.

—Y en parte lo fue, cielo. Lo que tu padre y yo sentimos el uno por el otro es amor verdadero… solo que no fue instantáneo ni perfecto. A veces, lo que realmente vale la pena no llega fácilmente. Hay que lucharlo, construirlo, entenderlo con el tiempo.

—Pero yo quiero una historia de amor perfecta. Yo quiero una historia de amor de película.

Mi madre me dio una de esas miradas maternales que tanto me consolaban.

—Las historias de amor las construyen las personas. Y las personas somos imperfectas.

—Lo sé, pero… —Hice una pausa, porque no sabía qué más decir—. Supongo que salió bien para vosotros.

—Lo hizo. —Mi madre esbozó esa sonrisa de enamorada que se dibujaba en sus labios cada vez que miraba a mi padre—. Pero no es perfecto. Alguna vez me ha tocado marcharme para que tu padre recuerde todo lo que me ama.

—Tú nunca has dejado a papa. Tú… —¿Mi madre se había ido con otro?

Ella abrió los ojos al darse cuenta de por donde iban mis pensamientos.

—No, claro que no. Tu padre es el único para mí y así lo será siempre. Lo que quiero decir es que cuando discutimos y él no entra en razón, me hago un viaje con las amigas. Lo que tarde en volver depende de lo que tu padre tarde en disculparse.

Mi madre solía irse de viaje unas cuantas veces al año; a veces, sus escapadas eran espontáneas. Siempre había creído que se debía a una mala organización, aunque si hubiera pensado mínimamente en ello, me hubiera dado cuenta de lo incoherente que era ese argumento, ya que mi madre era la persona más organizada que conocía.

—Pensaba que papá y tú nunca discutíais, que vuestra relación era idílica.

—Es idílica, cariño. O todo lo idílico que puede ser un matrimonio de tantos años como el nuestro. Las discusiones son parte de él. Y además, luego llegan las reconciliaciones…

Hice un gesto de desagrado, interrumpiéndola al comprender por dónde iba aquella conversación.

Mi madre nunca había hablado tan claramente conmigo. Me gustaba, pero no necesitaba detalles innecesarios.

—Lo he entendido.

—No, aún no lo haces —dijo con una sonrisa suave—. Pero pronto lo harás.

Después de comer el helado, mi madre y yo habíamos ido a un cine que se encontraba cerca del paseo marítimo donde reproducían películas antiguas. Ese día, estaban reproduciendo *Vacaciones en Roma*. La había visto varias veces, pero esa no era la razón por la que no disfruté de ella, sino porque la historia que mi madre me había contado, en cierta manera, lo había cambiado todo.

Ella no se había casado enamorada, se había casado odiando a mi padre. Pero, al final, el odio la había llevado al amor. Un amor con peleas y reconciliaciones que, por su cara de felicidad, eran épicas.

El inicio de la relación de mis padres no eran tan diferente al mío con Leonid. No había un segundo hombre involucrado, pero yo odiaba a Leonid. ¿Lo odiaba?

A esas alturas no estaba tan segura, no estaba segura de nada.

Cuando regresamos a la casa de Saverio, ya era de noche, por eso nos fuimos directamente a nuestras habitaciones. Me puse el camisón y me metí en la cama.

Estaba cansada, agotada, pero el sueño no llegaba a mí. No hacía más que dar vueltas y, al final, decidí salir de la cama. Cuando el insomnio me acechaba, solo había una cosa que lograba que conciliara el sueño: un vaso caliente de leche.

Salí de la habitación y bajé las escaleras hasta la planta baja, donde estaba la cocina. Pero mientras caminaba por el pasillo, vi una puerta entreabierta. Una que daba a las muchas habitaciones que había en esa casa.

Un objeto que había allí llamó mi atención y, sin pensármelo dos veces, porque era demasiado curiosa para mi propio bien, empujé la puerta y entré.

CAPÍTULO 21

LEONID

Mikhail me había tenido más de una hora al teléfono poniéndome al día, no solo sobre nuestros negocios, sino también sobre los avances —o la falta de ellos— en la investigación para encontrar al asesino de Yaroslav.

Seguíamos sin nada sólido. Cada pista terminaba llevándonos a un callejón sin salida. Ahora que mi Pakhan estaba de nuevo involucrado personalmente en el asunto, debería sentirme más respaldado… y en cierto modo, así era. Pero, al mismo tiempo, la sensación de impotencia era aún mayor.

Porque incluso con más recursos y más contactos todo seguía igual: estancado, vacío y sin respuestas.

Había ido a la playa para hablar con él, ya que no quería que nadie me escuchase.

Cuando regresé a la casa, esta estaba en silencio; debía ser más de medianoche y yo iba a dirigirme hacia mi habitación, cuando pasé por la segunda planta y vi una luz. No me consideraba una persona demasiado curiosa, pero no pude evitar adentrarme en el pasillo, y por la puerta entreabierta, la vi. Estaba de espaldas, podía observar su cabello rizado rubio y ese lazo de satén blanco que recogía sus mechones.

Dios, ella era tan guapa.

¿Qué hacía allí a medianoche? Aunque no debería sorprenderme, mi golondrina era curiosa.

Me di cuenta de que estaba mirando un globo terráqueo.

—Yo tenía un globo terráqueo en la habitación de la universidad —comenté, y ella pegó un brinco, dándose la vuelta para mirarme—. Aunque el mío era mucho más pequeño y barato que este.

Serena se llevó una mano al corazón. Sus ojos parpadearon, confusa. Bajé mi mirada por su cuerpo. Llevaba un camisón blanco y una bata de seda del mismo color.

Realmente era un ángel.

—Yo estaba… estaba… —comenzó, pensando una excusa, aunque no parecía que se le ocurriera ninguna. Tampoco la necesitaba conmigo—. Es tarde. Ya me iba.

Serena fue a pasar por mi lado y yo la detuve agarrando su muñeca con suavidad. La alcé y la llevé hasta el globo terráqueo, provocando que se girara hacia él.

—Cuando me gradué fue una de las pocas pertenencias que llevé al apartamento que alquilé mientras hacía el máster —continué con la conversación que ella había ignorado—. Pero cuando mi padre me llamó y tuve que volver, lo dejé allí. No era de gran valor; este, sin duda, es una reliquia. Debe valer una fortuna.

Suponía que era de la familia de Saverio, porque viendo los diferentes mapas y estanterías completas de libros de la amplia habitación dudaba que Saverio hubiera entrado siquiera una vez. Con lo palurdo que era dudaba que supiera decir dónde estaba Europa en un mapa.

—¿Sabes lo que me gustaba hacer? —Acaricié la piel suave de su muñeca, y aunque podía sentir cómo se estremecía, no intentó apartarse de mí—. Me encantaba cerrar los ojos, girar el globo, apuntar con el dedo y pensar que, en un futuro, viajaría al lugar que saliese. —Porque así

me sentía libre, lejos de los grilletes de la Bratva. La última vez que lo hice, fue unos pocos meses antes de que mi hermano muriera, y aunque no había pasado tanto tiempo, se sentía como una década. Casi como si hubiera sido en otra vida—. ¿A ti adónde te gustaría viajar, golondrina? —le susurré en su oído, apartando los mechones de su cabello que caían sobre el lado derecho de su cuello con la mano con la que no sostenía la suya—. Si pudieses cerrar los ojos y elegir un destino cualquiera —mi mano se movió sobre la suya, pasando su dedo índice por el globo, acariciando diferentes países—, uno que siempre hayas deseado, sin pensar en nada más que en ti, ¿cuál sería?

Serena cerró los ojos y, por un instante, podía sentir que se estaba dejando llevar, pero después los abrió de golpe y me miró. Y supe que esa conexión, ese momento, se acababa de romper. Ella se soltó de mi mano y retrocedió un paso, apartándose de mí.

—Es tarde.

Pero antes de que pudiera caminar hacia la puerta, la detuve de nuevo. Esta vez, con mis palabras.

—¿Por qué me mentiste? —Serena me miró, confundida—. El tiro en la feria. ¿Fallaste apropósito, no? Tu puntería es perfecta.

Inevitablemente, mi mirada descendió hasta su pecho, que se transparentaba levemente debajo de la tela, y ella siguió el camino de mis ojos. Sus mejillas se enrojecieron al darse cuenta y yo esbocé una sonrisa descarada mientras ella se tapaba rápidamente con la bata.

Durante unos instantes no me contestó, aturdida, pero después, reaccionó. Pude ver en su lenguaje corporal cómo se ponía a la defensiva.

—¿Crees que eres el único que puedes mentir? —contraatacó—. Quizás soy igual de mentirosa que tú.

Por supuesto que ella no lo negaría. No lo haría porque era demasiado honesta para mentirme a la cara.

—Puede que haya sido un mentiroso conmigo mismo. —Me había mentido durante años y al único que había hecho daño había sido a mí mismo—. Pero a ti nunca te he mentido y nunca lo haré. Y tú tampoco a mí, porque la mentira es demasiado sucia para una alma tan pura como tú —dije, acercándome a ella para acariciar su mejilla.

—Mi alma no es pura.

Casi me reí ante semejante mentira.

—Sí lo es, golondrina.

—Si lo fuese, no te hubiese dejado que me tocases… que… lo que hiciste en la biblioteca.

Le había hecho sexo oral. Y ella lo había disfrutado. No tenía ni la menor duda, pero aún era tan inocente, tan pura, que ni siquiera se atrevía a expresarlo en palabras.

—¿Qué te toqué, golondrina? ¿Dónde puse mi lengua?

Debería haber contenido esa provocación. Debería haberla dejado refugiarse tras su pudor, permitirle ocultarse tras la modestia que le habían enseñado a tener.

Pero no pude.

Había visto su fuego, ese que dormía bajo la superficie y que ardía con cada caricia mía. Ella era luz, era inocencia… y yo estaba manchando todo eso; corrompiéndola. Y aunque sabía que debería detenerme, no quería hacerlo. No podía.

—Leonid… para.

Di un paso hacia ella.

—No quieres que pare, Rena. No quieres hacerlo por lo mismo que no explotaste el globo,

por lo mismo que no me detuviste cuando te saboreé.

—¿Y por qué es eso? —me preguntó, alzando la barbilla—. Dímelo, porque ni yo misma lo entiendo. Fallé adrede, tienes razón. Quería que me besaras, y me odié por ello. Por ser débil.

—No eres débil, golondrina. —Di otro paso hacia ella y alargué mi mano para acariciar su mejilla con el borde de mis dedos. Ella no se apartó—. Eres la mujer más fuerte que he conocido en mi vida, pero lo que hay entre nosotros es demasiado intenso, demasiado real como para luchar contra ello. Yo me rendí desde el principio, pero tú sigues resistiéndote. Sigues intentando huir de algo que ya nos ha arrasado por dentro.

—Lo que vi en el aparcamiento… Yo…

—¿No puedes olvidarlo aunque sea por un minuto? —le pregunté; más bien, le supliqué.

En ese momento, debería haberle dicho la verdad. Que maté a ese hombre porque estaba abusando de una mujer, que no era el asesino despiadado que ella pensaba. Aunque, en realidad, sí lo era. No podía seguir justificando mis actos bajo excusas baratas. Me lo había negado a mí mismo durante mucho tiempo, había logrado mantener esa parte guardada en mi interior, pero ya no quería hacerlo.

¿A quién quería engañar? Ese era yo.

Y me gustaba ser así. Necesitaba ser así.

Ella me miró. Durante un instante, creí que iba a salir corriendo, pero en lugar de eso, se arrodilló frente a mí, dejándome sin aliento.

—Puedo, pero solo para demostrarte que mi alma no es pura.

Con dedos ágiles, desató el cordón de mis bermudas. Las bajó por mis piernas, y luego hizo lo mismo con los calzoncillos. Quería decirle que no tenía por qué hacerlo, que no tenía nada que demostrarme, pero ni una palabra salió de mi boca. ¿Cómo iba a hacerlo cuando sentí el deseo en sus ojos al ver mi polla?

Ella no me había tocado y ya sentía que iba a explotar.

Entonces extendió la mano y me acarició. Fue apenas un roce delicado, casi reverente, pero suficiente para hacerme cerrar los ojos y contener el impulso de agarrarla por la nuca y guiar su boca hasta mi miembro.

Su inocencia se mezclaba con una sensualidad poderosa, devastadora. Y yo estaba a un paso de arder en llamas.

—Es bonita —dijo mirando mi longitud y mordiéndose el labio inferior.

Solo ella podía decir algo así y solo de ella me pareció lo más morboso que me habían dicho nunca.

Sus manos comenzaron a explorarme con una delicadeza que me volvió loco. Me acariciaba con ambas manos, como si quisiera memorizar cada línea, cada detalle, cada pulso. Sus dedos se deslizaban lentos, casi tímidos al principio, pero firmes, seguros, despertando en mí una oleada de deseo que apenas podía contener.

—Nunca había tocado a un hombre… —confesó en un murmullo apenas audible mientras sus dedos rodeaban mi base con más confianza.

—Me alegro —reconocí en una exhalación.

Ella levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decir?

—Golondrina, todas mis neuronas están alteradas en estos momentos. Créeme, no es el cerebro con el que puedo pensar. Es mejor que no te diga lo que pasa por mi cabeza.

—¿Y si quiero que lo hagas? —preguntó en voz baja, desafiante, con ese tono suave que

me volvía absolutamente loco.

Mi mandíbula se tensó.

—¿Quieres que te diga que ahora mismo solo puedo pensar en follarte la boca? —le solté, con voz ronca, cargada de deseo contenido—. ¿Qué me está costando no agarrarte de la nuca y hundirme en tu garganta? ¿Qué cada vez que me miras así, con esa carita inocente y esas manos tan suaves sobre mí, solo puedo pensar en perder el control?

Ella no se apartó, no se escandalizó. Al contrario, su mirada se volvió aún más intensa; ardía.

—Entonces deja de contenerte —susurró, y volvió a inclinarse sobre mí.

Se introdujo mi longitud en la boca poco a poco, tentativamente. Pero enseguida comenzó a mover la lengua con movimientos circulares, y cuando succionó la punta, estuve a punto de estallar; ni siquiera sé cómo fui capaz de contenerme.

Alzó la mirada, clavando sus ojos en los míos, y ese gesto me hizo estremecerme. Luego bajó la cabeza de nuevo y empezó a moverse con más determinación, tomando mi miembro con más profundidad, deslizándolo dentro y fuera de su boca, arrancándome un gruñido grave y gutural.

Ese sonido pareció encenderla. Como si fuera el impulso que necesitaba, se dejó llevar por completo. Era evidente que era la primera vez que hacía algo así, pero su falta de experiencia se mezclaba con un deseo genuino, con esas ganas feroces de complacerme… y esa combinación era incendiaria.

Cada caricia de su lengua, cada succión lenta, cada vez que sus labios se cerraban alrededor de mí, me hacía perder un poco más la cordura. Su boca era cálida, húmeda, deliciosa, y mi cuerpo entero se tensaba al borde del abismo, cada vez más cerca del punto de no retorno.

Bajó una de sus manos a mis testículos para acunarlos y yo llegué a mi límite.

—Rena, voy… voy… —Las palabras salían entrecortadas, rotas por la tensión que me recorría el cuerpo.

Estiré la mano, tocando suavemente su mejilla, en un intento de advertencia, de darle la oportunidad de apartarse. Pero ella no solo no lo hizo, sino que succionó con más fuerza.

Y no pude resistirme más.

Me rendí al abismo, dejándome arrastrar por la oleada de placer que estalló en mi interior.

Exploté con un gruñido profundo, gutural, gritando su nombre con desesperación, tan alto y sin control que, por un instante, agradecí haber cerrado la puerta. Aunque, en realidad, no me habría importado una mierda despertar a toda la casa. No me importaban las consecuencias. ¿Cómo iba a hacerlo cuándo estaba sumergido en el placer que ella me estaba dando?

Pero lo que estaba sintiendo no era solo físico, era algo más profundo, algo que me desgarraba por dentro y me hacía comprender que ya no existía un mundo en el que ella no estuviera.

Serena se apartó lentamente, limpiándose con el dorso de la mano, sin dejar de mirarme, y esa mirada… joder, casi me hizo arrodillarme ante ella y venerarla como si fuera una diosa.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando mi respiración se acompasó.

Asintió con un movimiento de cabeza.

Estiré la mano y ella la cogió. La ayudé a levantarse y la atraje hacia mí. Rodeé su cintura con un brazo y la besé.

—Estás temblando —murmuré sobre sus labios, acariciándole la espalda lentamente.

—No sabía que algo tan… podía ser tan… —se interrumpió, buscando las palabras—. Algo

tan sucio podía ser tan hermoso —terminó diciendo, con la voz apenas audible, como si le costara aceptar lo que sentía.

—He ensuciado tu pureza. Pero no solo no me arrepiento, sino que tengo la intención de ensuciarla mucho más.

Serena se separó de mí.

—¿Qué estamos haciendo, Leonid?

—Lo que dos prometidos hacen.

Ella negó con la cabeza.

—Está mal de tantas maneras...

—No, Rena, no hay nada malo.

Ella ladeó la cabeza y volvió a mirar el globo terráqueo.

—Tanzania. —Arrugué el ceño, sin entender, y ella añadió—: Me encantaría ir a Tanzania a ver un safari y una puesta de sol.

Joder, no habría nada que me pidiera que no le daría.

—Iremos a Tanzania. —Sostuve entre mis dedos uno de sus cabellos pegados con sudor a su frente y se lo coloqué detrás de la oreja—. Te llevaré a recorrer el mundo, te llevaré a donde quieras. Daría el mundo por ti, golondrina. No hay nada que me pidas que no te dé.

Le bajaría la luna y quemaría el mundo por ella.

Ella esbozó una sonrisa triste.

—¿Libertad? ¿Me darás la oportunidad de alejarme de ti?

Todo menos eso.

Porque no podía dejarla ir.

Y ella lo vio en mis ojos, porque asintió con la cabeza.

—Entonces, no puedes dármelo todo.

No respondí, sino que me hice a un lado y ella echó a correr sin despedirse.

CAPÍTULO 22

SERENA

Para mi sorpresa, en cuanto me metí en la cama, caí rendida. Era como si mi cuerpo y mi mente se hubieran apagado al mismo tiempo, completamente agotados. No desperté hasta bien entrada la mañana, y me sentí más descansada de lo que me había sentido en mucho tiempo.

La casa estaba en completo silencio. Giulia me informó de que los hombres estaban reunidos en el despacho de mi cuñado y mi madre había salido.

Hacía un día precioso, así que me puse un vestido ligero de flores, con mi bikini verde debajo, y salí rumbo a la playa.

Caminé descalza por la arena, llevando en las manos las sandalias planas que me había puesto. El sol acariciaba mi piel con una calidez suave y reconfortante. Cerré los ojos por un momento, dejando que el murmullo de las olas y el olor salado del mar me envolvieran por completo. Me permití disfrutar del instante, como si el tiempo se hubiera detenido.

Volví a abrir los ojos y avancé sin prisa, dejando que mis pasos me guiaran por la orilla. El agua me rozaba los pies de vez en cuando, arrancándome una sonrisa.

No me había dado cuenta, pero era feliz, más feliz de lo que lo había sido en mucho tiempo.

Me alejé un poco más, hacia uno de los extremos de la playa donde las rocas formaban pequeñas calas casi escondidas y todo parecía quedar en silencio.

Fue entonces cuando lo escuché.

Un sollozo. Leve, contenido… pero inconfundible.

Me detuve en seco, frunciendo el ceño. El sonido parecía venir de detrás de las rocas, desde un pequeño recoveco apartado, casi oculto a la vista. Avancé con cautela, movida por una mezcla de curiosidad y preocupación, y al rodear una de las formaciones rocosas, la vi.

Allí estaba ella. Mi hermana.

Sentada en el suelo, con las rodillas contra el pecho y el rostro hundido entre las manos, lloraba en silencio, como si no quisiera que nadie la viera, como si el mundo entero se le viniera abajo y no supiera cómo sostenerlo.

Me quedé quieta unos instantes, sin saber cómo actuar. Una parte de mí me decía que me diese la vuelta y le concediese la intimidad que ella había ido a buscar allí, pero la otra parte me gritaba que me acercase.

Podíamos no estar muy unidas, pero ella era mi hermana, y la quería. Me puse las sandalias y me acerque.

—¿Estás bien? —pregunté con voz suave, temiendo asustarla.

Melania alzó la mirada lentamente, con los ojos enrojecidos. Al principio vi una expresión de pánico en su rostro, pero cuando me reconoció, sus hombros se relajaron.

—Sí —respondió a la vez que se limpiaba rápidamente las lágrimas con la mano—. Déjame sola, Serena, y no le digas a nadie que me has visto de esta manera.

—No se lo voy a decir a nadie, pero no me voy.

Me miró con sorpresa; incluso yo me sorprendí a mí misma. Unas semanas antes, probablemente me habría marchado sin insistir, pero no ahora.

Me senté a su lado, en silencio

—Serena… —murmuró, con la voz quebrada.

—No tienes que contarme nada, Melania. Pero me voy a quedar aquí, contigo. Quiero que sepas que puedes contar conmigo, aunque sea solo para no sentirte sola.

Coloqué una mano en su rodilla desnuda para mostrarle mi apoyo.

Ella me dio una pequeña sonrisa.

—Gracias.

—No tienes que dármelas, somos hermanas. Puedes contarme lo que sea, pedirme lo que sea, haré todo lo posible por ayudarte.

Mi hermana centró sus ojos del mismo color que los míos en mí y dijo:

—Te he odiado por tanto tiempo que no sé cómo dejar de hacerlo.

Aquella confesión me pilló tan por sorpresa que me sobresalte. Hacía años que mi hermana había puesto un muro entre nosotras que era imposible de traspasar, pero pensaba que se debía a la diferencia de edad y a que ella se mudó de casa siendo demasiado joven.

Ahora, con veintiséis, seguía siendo joven, pero había algo en ella —en su forma de mirar, en la rigidez de sus gestos, en la manera en que cargaba con el mundo sobre los hombros— que la hacía parecer más mayor. Como si la vida le hubiese robado parte de su juventud.

—¿Qué he hecho para que me odies? —le pregunté cuando recuperé la voz.

Ella dejó de mirarme para fijar sus ojos en el mar.

—Siempre has sido la preferida de papá. Su princesita, su niña bonita. —Giró la cabeza para centrar su atención en mí, sus ojos brillaban con dolor—. Lleva años rechazando propuestas de matrimonio para ti. Propuestas muy beneficiosas. En cambio, a mí me entregó a la primera de cambio, sin importarle la clase de hombre con él que me obligó a casarme. Solo le importaron los beneficios que eso le aportaba.

—Yo… —me interrumpí, porque ni siquiera sabía qué decir.

—No tienes la culpa, ya lo sé. Pero cuando me enteré que al final te había obligado a comprometerte con un miembro de Bratva, me alegré. Pensé que por fin se había hecho justicia, pero luego en tu fiesta de compromiso vi cómo te miraba y os vi besaros en la terraza. Ese hombre te ama. Y entonces, te odie más que nunca.

—Estás equivocada, él no me ama.

Melania exhaló un largo suspiro.

—No quiero odiarte, Serena.

—Si no quieres hacerlo, no me odies, es tan fácil como eso —le dije—. ¿Por qué no empiezas contándome eso que te está machacando por dentro? —sugerí—. Puedes confiar en mí, Melania. Por favor, confía en mí. —Apoyé mi mano sobre su rodilla desnuda.

Quería que ella se quitase parte de ese peso que llevaba en los hombros. Aunque me dolía que mi hermana me detestara, sabía que, en el fondo, sí tenía razones para odiarme. No las que me había dado, pero sí otras. Aunque yo sabía que no era feliz en su matrimonio, había visto a su marido despreciarla, miraba hacia otro lado, me engañaba a mí misma fingiendo que no me daba cuenta. Mi hermana me necesitaba, pero yo vivía en mi mundo de fantasía.

Tal vez había podido excusarme cuando era una niña; ahora era una adulta.

—Estoy embarazada y no es de Saverio —soltó a bocajarro.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¿Él piensa que es de él?

—No lo sabe. Y no puede saberlo, no puedo permitir que él críe a mi hijo.

—¿Estás segura de que no es suyo?

—Me puse un DIU sin que él lo supiera. Lleva años deseando que le dé un hijo, porque eso unirá definitivamente y para siempre a nuestras familias. Y le interesa el poder, es lo único que quiere. Me culpa a mí de no quedarme embarazada, pero no ha querido ir al médico por si es infértil. Porque eso hundiría su orgullo. En el fondo, no es más que un patético cobarde.

—¿Y cómo te has quedado embarazada?

—Me quitaron el DIU porque tenían que cambiármelo. Mi ginecólogo me aconsejó que dejase pasar un mes antes de ponerme otro. Me aseguré de no mantener relaciones sexuales con Saverio ese mes, pero conocí a un hombre. Fue de casualidad. Él es extranjero, vive en Nueva York. Estuvimos juntos un mes hasta que tuvo que regresar a su país, pero estoy enamorada, Serena. Es de esa clase de amor que pensé que no existía.

—¿Él…?

No necesité terminar la frase, porque mi hermana lo hizo por mí.

—No sabe que estoy casada, y tampoco que mi familia pertenece a la mafia. Es un hombre normal. Es enfermero. Estuvo tres meses trabajando en un hospital en Turín, pero ha regresado a Nueva York, ya que ha conseguido trabajo en un hospital allí. Me ha pedido que me marche con él.

—¿Le has dicho que esta embarazada de él?

—No, no puedo hacerlo. —La voz de mi hermana se quebró—. Él corre peligro. Si alguien se entera que es el padre del hijo que espero, él…

No pudo terminar la frase, pero no hacía falta que lo hiciera.

Él moriría.

Apreté un poco más su rodilla, dándole ánimos.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé —reconoció con desesperación, las lágrimas cayendo por sus ojos—. Si Saverio descubre que el bebé no es suyo, me obligará a abortar, y si se entera una vez nazca, lo matará.

—Tu marido es despreciable, pero matar a un bebe... Él…

—Es capaz de las mayores atrocidades, Serena —me interrumpió Melania con severidad—. Le he visto hacer cosas… —Mordió su labio inferior con fuerza, negando con la cabeza, como si quisiera borrar esos oscuros recuerdos de su cabeza—. Estoy desesperada, yo…

No pudo terminar, porque su voz se rompió y comenzó a llorar con fuerza. Me incliné hacia ella y la abracé. Y, por primera vez desde que éramos unas niñas, mi hermana dejó que la estrechara entre mis brazos. Se dejó consolar por mí.

Cuando ella se removió, me aparté lentamente de ella, dejándola espacio.

—Dejaste de beber por el bebé, ¿verdad?

Ahora comprendía la conversación que mantuvimos en el baño el día de mi compromiso. Las palabras enigmáticas, su indisposición… ¿Cómo no me había dado cuenta?

—En realidad, lo dejé cuando conocí a Brad. Él me ha cambiado la vida.

Así que se llamaba Brad. Era un nombre bonito, y no pude evitar imaginármelos a los dos caminando juntos de la mano en las calles de Nueva York junto a un niño pequeño con los mismos ojos azules que nosotras.

—¿Y si le pedimos ayuda a papá? —sugerí—. Él sabrá qué hacer.

—No puede hacer nada, Serena. Aunque quisiera, está atado de pies y manos. Ya sabes cómo son las normas.

Sí, sí que lo sabía.

Lo había vivido en mis propias carnes.

—Me dan igual las normas —espeté, y lo decía completamente en serio. Me había regido por ellas toda mi vida, pero eran injustas y crueles. Mi hermana estaba sufriendo por ellas—. Te mereces ser feliz, mi sobrino o sobrina se merece tener una vida feliz, con una madre y un padre que lo amen. Voy a ayudarte.

Mi hermana me miró con incredulidad.

—Es imposible, Serena… Aunque quieras…

—Voy a hacerlo —dije con decisión—. Quieras tú o no.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé, pero voy a encontrar la manera Te ayudaré a escapar, te ayudaré a que puedas irte con el hombre al que amas. Te mereces ser feliz junto a Brad, Melania. Te mereces vivir la historia de amor que Saverio te arrancó.

Mi hermana me observó en silencio durante unos instantes, y creí que volvería a negarse a que la ayudara, pero se lanzó hacia mí para abrazarme con fuerza. Tanta, que casi me ahogó en sus brazos; al parecer, era peor que mi madre y que yo.

—Gracias, Serena. —Apoyó su cabeza sobre mi hombro—. Siempre has sido una romántica empedernida, desde pequeña. Me alegro que no hayas cambiado.

—Nunca cambiaré, Melania. Siempre creeré en el amor verdadero y lucharé por las historias de amor. Puede que yo nunca tenga la mía, pero me aseguraré de que tú puedas vivir la tuya con Brad.

Melania se apartó de mí y me esbozó una sonrisa cómplice.

—Oh, hermana, puede que no te des cuenta, pero tú ya estás viviendo la tuya.

CAPÍTULO 23

SERENA

—Tengo que reconocer que en el resto de citas has acertado, pero esta no me gusta.

Leonid esbozó una sonrisa.

—Te has divertido mientras te enseñaba las posiciones en la arena.

—¿Divertirme? —bufé—. Lo que se dice divertirme… no mucho. Tengo agujetas por todas partes. Me has hecho tumbarme en la tabla y ponerme de pie de un solo impulso unas cien veces.

Leonid se rio.

—Han sido veinte. Y es necesario que te familiarizaras con la tabla antes de meterte en el agua.

—Bien, pues necesito familiarizarme más. Seguimos mañana.

—Mañana regresamos a Dublín.

—Precisamente por eso.

Leonid enarcó una ceja.

—No te tenía por una cobarde.

—Entonces no me conoces. Me voy a presentar otra vez. —Me giré hacia él y extendí mi mano—. Hola, Leonid, soy Serena... y soy una cobarde.

En vez de reírse como esperaba, su expresión se endureció.

—No eres una cobarde, Rena. Eres una mujer muy valiente, pero también muy inteligente. Por eso solo peleas aquellas batallas que verdaderamente merecen la pena.

Sus palabras me calaron más hondo de lo que me hubiera gustado. Porque, tal vez, tenía razón. Tal vez las últimas semanas no me habían cambiado, sino que, simplemente, había encontrado las razones por las que valía la pena luchar.

—¿Y esta pelea no me merece la pena lucharla? —bromeé.

—Esto no es una pelea, golondrina, es una cita —me corrigió, y comenzó a andar de nuevo hacia la orilla del mar sosteniendo la tabla de surf bajo su brazo. Cuando estuvo dentro del agua, me hizo un gesto con su mano—. Venga, vamos, va a gustarte.

Me quedé unos segundos observándolo antes de seguirlo. El agua me rodeó los tobillos primero, y una punzada helada me recorrió el cuerpo. Estaba fría, mucho más de lo que esperaba. Me estremecí al primer contacto, pero, poco a poco, mi cuerpo comenzó a acostumbrarse. La brisa marina me erizaba la piel y el sonido de las olas parecía latir con fuerza en mis oídos.

Leonid se giró hacia mí, sonriendo con complicidad. Estaba tan guapo, con su cabello rubio ligeramente húmedo y esa sonrisa desenfada que se dibujaba en su rostro. Esta era real; podía distinguirlo por la manera en la que se curvaban sus labios y por la forma en la que se iluminaban sus ojos.

Deslicé mi mirada por sus anchos hombros y su estómago definido. No había podido dejar de mirarlo desde que lo había visto en bañador hacía una hora.

Tenía que reconocer que mi prometido era todo un espectáculo para la vista.

—¿Fría? —me preguntó, señalando al agua.

—No, refrescante —mentí mientras tiritaba ligeramente.

Él soltó una carcajada y nadó unos metros más adentro llevando la tabla con él.

—¿Cómo has conseguido una tabla? No me digas que la has traído en la maleta.

—La verdad es que mis tablas de surf siguen en Los Ángeles. No pude traérmelas cuando tuve que regresar a Dublín. Mi vecino de en frente se ofreció a guardármelas mientras veía cómo gestionaba la mudanza, y ahora me está dando largas.

—¿No quiere devolvértelas? —pregunté, adentrándome un poco más en el mar. Aún tocaba pie, así que me sentía bastante cómoda.

—Eso parece —tarareó, despreocupado.

—¿Y no puedes obligarlo?

El ladeó la cabeza para mirarme con una expresión que no supe leer.

—Pensaba que, a pesar de quiénes son los miembros de tu familia, estás en contra de la violencia.

—Y lo estoy. Me refería a denunciarlo.

—No quiero las tablas, Rena —respondió con un suspiro—. Ya no —añadió—. Esas tablas deben quedarse en Los Ángeles, que fue donde las compré. Son parte de mi pasado, como lo fue mi vida allí. —Antes de que pudiera abrir la boca para preguntarle a qué se refería, habló de nuevo, impidiéndomelo—: Respondiendo a tu pregunta, hay una tienda de tablas de surf aquí cerca. No alquilan, pero conmigo han hecho una excepción. El dependiente dice que soy encantador.

Entorné los ojos.

—¿Por qué no me sorprende que todos caigan rendidos a tus encantos?

—¿Por qué soy irresistible?

—No para mí.

—¿Seguro? —cuestionó Leonid, esbozando una sonrisa pícara—. No parecía eso la noche anterior, cuando mi polla estaba en tu garganta.

—¡Cállate! —prácticamente grité, mirando hacia todos los lados. Aunque estábamos solos en el mar, mis padres estaban dando un paseo por la playa—. Mis padres pueden escucharte.

—Estás gritando tú más que yo.

Suspiré mientras sentía cómo enrojecía, porque Leonid tenía razón.

—No quiero hablar de eso.

—Yo tampoco, prefiero repetirlo.

—No se va a repetir.

—Ya veremos —me dijo, guiñándome un ojo.

Sentí que enrojecía aún más, porque ni yo misma estaba segura de mi afirmación.

—No pienso surfear —repetí, cambiando de tema. Mi confianza comenzó a tambalearse cuando me metí un poco más en el mar y empecé a no tocar pie—. Tengo miedo a las olas.

—Por eso te he traído ahora, que no hay casi olas —dijo, señalándome la tabla de surf en la que estaba apoyado—. Vamos, es más fácil de lo que parece —me animó—. ¿Por qué no te subes primero? Yo te sujeto la tabla, colócate detrás e impúlsate para tumbarte.

Negué con la cabeza.

—No, me voy a caer.

—¿Y? Te caerías al agua. Además, yo estoy aquí, no te va a pasar nada mientras esté aquí.

—Eso no lo puedes asegurar, el mar es muy traicionero.

—Puedes confiar en mí.

—No se trata de confianza. Simplemente, no me gusta.

—No sabes si algo no te gusta si no lo pruebas.

—Sé que no me gusta comer madera y nunca la he probado.

—Pues deberías, está muy buena con mostaza.

Lo dijo con tanta seriedad que no pude evitar reírme. La risa me alivió un poco el nudo en el estómago.

—Eres un idiota —mascullé, lanzándole un poco de agua.

—Pero un idiota encantador —apuntó con una sonrisa.

Mi corazón se derritió un poco con su sonrisa. Porque, Leonid tenía razón: él era encantador.

Esos momentos con él me gustaban. Esos momentos cuando podía olvidar quién era él en realidad, cuando podía olvidarlo todo. Y ese pensamiento no me molestó cómo lo había hecho en otras ocasiones.

No me castigué a mí misma por sentirme cómoda con él. No sabía si había sido la conversación con mi hermana o lo que había sucedido la noche anterior, o quizá que estaba empezando a aceptar que Leonid era mi prometido y que iba a casarme con él.

—Vamos, golondrina, estoy seguro de que te va a gustar tanto como a mí —insistió—. El surf no es solo un deporte, es una forma de sentir la vida. De conectar contigo misma, con el mar… Te va a encantar, ya lo verás.

—Pues de momento lo único que siento es el dolor de las agujetas y ganas de ahogarte en el mar.

—En realidad, no sería una mala forma de morir. Si tuviera que elegir, sería esta: con mi preciosa prometida quitándome la vida en mi lugar favorito: el mar. Rodeado por su inmensidad, su fuerza, su calma. No se me ocurre un final más perfecto que desaparecer entre las olas, en el único sitio donde siempre me he sentido libre.

Él estaba bromeando, pero, a la vez, había verdad y seriedad en sus palabras.

—Es sorprendente la pasión que sientes por el mar —comenté con honestidad, casi en un susurro.

Leonid sonrió con cierta nostalgia en la mirada.

—No siempre fue así. La primera vez que me metí en el mar también tuve miedo. No debía tener más de tres o cuatro años. Recuerdo que fuimos con nuestra niñera y mi hermano Yaroslav. Mi padre estaba de viaje por negocios, como casi siempre. Aquel día había bastante oleaje, pero Yaroslav quería que nos metiéramos. Aunque él solo tenía seis años, yo lo veía como si fuera un adulto. —Hizo una pausa, como si estuviera reviviendo aquel momento—. Como él se metió, yo lo seguí. Pero una ola me envolvió y pensé que me moría. Me asusté tanto que pasé todo el verano sin querer volver a pisar una playa; ni siquiera era capaz de acercarme al agua. Pero, al año siguiente, Yaroslav me llevó de nuevo a la misma playa, con el mismo oleaje, y me obligó a meterme otra vez. Menos mal que lo hizo, porque si no, me habría perdido una de las cosas que más feliz me hacen en la vida solo por miedo.

Era la primera vez que Leonid me hablaba de su hermano Yaroslav. Sabía por Isabella que él se quitó la vida hacía más de un año.

—¿Estabais unidos? —pregunté.

Suspiró.

—No demasiado. Nuestra relación era complicada…

Yo sabía algo de relaciones complicadas entre hermanos. Pero, a diferencia de él, todavía tenía la oportunidad de intentar enmendar las cosas con Melania. Incluso tenía la esperanza de

poder acercarme también a mi hermano Elio. Leonid, en cambio, ya no tenía esa posibilidad. Y eso, de algún modo, me apretó el pecho.

—Pero lo echas de menos, ¿verdad?

—A cada día que pasa —murmuró con intensidad. Fui a decir algo más, pero Leonid me interrumpió—. ¿Ves cómo podías?

Fue solo cuando escuché sus palabras que me di cuenta que estaba tumbada sobre la tabla. Inconscientemente, mientras escuchaba su historia, me había relajado tanto que me había subido sin darme cuenta.

—¡Estoy montada! —exclamé, sorprendida por lo que acababa de hacer.

Leonid sonrió, con una chispa de orgullo en los ojos.

—Vamos, mueve tus brazos. Ahora intenta ponerte de pie, cómo te he enseñado.

Inspiré hondo, con el corazón acelerado, y traté de incorporarme, aunque con algo de torpeza, pero decidida. Mis manos se aferraron a la tabla mientras mi cuerpo luchaba por encontrar el equilibrio. Apenas había logrado alzar el torso cuando, de repente, una ola mucho más grande de lo esperado se levantó frente a nosotros, amenazando con desestabilizarme. Pensé que me derribaría de inmediato, y la incertidumbre me paralizó por un segundo.

Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar o caer al agua, unos brazos me rodearon con firmeza, sosteniéndome. Caí sobre su pecho. La sensación de seguridad que transmitía su cuerpo me sorprendió, y el impacto de la ola, que parecía tan intimidante momentos antes, se desvaneció.

—Te dije que nada te pasaría estando a mi lado. Conmigo estás a salvo, golondrina. Yo te protegeré.

Las palabras de Leonid resonaron en mi mente, suaves y llenas de seguridad. Y lo creí, sin dudarlo. Sabía que él me protegería de todo lo que pudiera amenazarme. De los miedos, de las tormentas, de cualquier peligro que pudiera acecharme.

Menos de él.

Y, en ese preciso instante, con su abrazo seguro y cálido rodeándome, supe que me había enamorado perdidamente de él.

—Deberíamos salir del agua —me dijo.

Estaba perdida en mis pensamientos, y no fue hasta cuando seguí su mirada que vi a mi padre observándonos desde la orilla con el ceño fruncido y haciendo gestos con sus manos para que saliéramos.

—Sí, mi padre no parece muy feliz de que me estés enseñando a surfear.

Leonid hizo una mueca.

—A tu padre no le hace feliz que estés conmigo.

—Y aun así, me ha comprometido a ti —suspiré.

Leonid se limitó a tenderme la mano y ayudarme a salir del agua.

—Lo ha hecho porque no le he dado otra opción —me dijo cuando estábamos llegando a la orilla—. Y tampoco te la he dado a ti —añadió con una expresión seria—. Un buen hombre te dejaría ir, pero yo no lo soy —admitió con una amargura que erizó mi piel.

—Y parece que eso te molesta.

—Lo hacía —respondió con una profunda exhalación—. Solía pensar que era un buen hombre. Durante años, me esforcé por serlo, pero no lo soy ¿y sabes qué? —Me dio una mirada oscura—. Me gusta quién soy.

Leonid no era ningún buen hombre. Tenía el corazón oscuro y sus manos manchadas de

sangre, pero nunca jamás nadie me había deseado con tanta intensidad, ni mirado como si fuera todo su mundo. Nunca jamás nadie me había hecho sentir tanto como él cuando estaba a su lado.

Y, en ese momento, me di cuenta de que puede que no fuera un buen hombre, pero tampoco era tan malo como él creía. Porque, quizás, mi madre y mi hermana tenían razón.

Tal vez estaba viviendo mi historia de amor, porque tal vez el amor no era como yo creía. Pero eso no era algo malo.

CAPÍTULO 24

SERENA

Era curioso cómo el mismo lugar podía verse de manera tan diferente dependiendo de lo que uno sentía en el momento.

Dublín era una ciudad que, desde el primer día en el que la visité aún siendo una niña, me había gustado. La temperatura no tan cálida como la de Turín, los días grises y la vida que siempre parecía haber en las calles. Pero siempre lo había sentido como un lugar pasajero, un sitio al que iba durante unos pocos días y después regresaba a mi casa.

Y eso era lo que me había pasado desde que llegué hacía casi dos meses.

Sin embargo, desde mi vuelta de Liguria una semana atrás, esa sensación de vacaciones prolongadas estaba convirtiéndose en una de familiaridad, casi como si fuese mi hogar.

—Está un poco lejos del centro, pero merece la pena venir —me dijo Isabella, sacándome de mi ensoñación—. Hace poco que la han abierto —señaló con su dedo índice la cafetería en la que nos encontrábamos—, pero ya hay más de cinco meses de lista de espera. ¿A qué los *smoothies* son impresionantes? —me preguntó mientras le daba un sorbo el suyo.

Miré mi *smoothie* de mango y de otros ingredientes extravagantes que ni siquiera entendía, como más de la mitad de la carta, y asentí con la cabeza, aunque ciertamente me parecía igual de bueno que el que ofrecerían en cualquier cafetería. La única diferencia era que allí, te lo cobraban cinco veces más caro.

—El mejor que he probado nunca —secundó mi hermana Melania. A ella le gustaban tanto los sitios lujosos y prestigiosos como a mi prima—. Me encanta este sitio.

Pero no pude evitar sonreír mientras la miraba, porque estaba muy feliz de que ella hubiera venido a pasar una semana a la ciudad. Había llegado junto a su marido Saverio hacía dos días por unos negocios que este tenía que hacer, y mi hermana le había convencido de que le dejase acompañarla. Se estaban quedando en un hotel en la zona financiera.

—¿A ti, Serena? —me preguntó mi hermana con una sonrisa.

—¿Honestamente? —respondí mientras me encogía de hombros—. No me parece para tanto. El *smoothie* no está mal, pero no es nada del otro mundo, el chocolate del panqueque es demasiado amargo y las vistas ni siquiera son buenas. Estamos en la tercera y última planta de un centro comercial y lo único que vemos es ese edificio enorme que tapa todo.

Isabella me hizo un gesto.

—Qué mal gusto has tenido siempre.

—Pues para mí los panqueques están buenísimos —Mi hermana se inclinó para partir un trozo y llevárselo a la boca—. Mmm… deliciosos. Nunca he sido mucho de chocolate, pero desde… —Ella se quedó congelada al darse cuenta de lo que iba a decir.

—Antojos de embarazada —apostilló Isabella bajando la voz para que nadie pudiera escucharnos, pese a que el local era amplio y nuestra mesa estaba pegada al ventanal y apartada del resto.

Mi hermana decidió contárselo ayer. A pesar de que ellas no eran cercanas, Isabella y yo sí lo éramos y ella podría sernos de gran ayuda.

Además, nadie sabía mejor cómo saltarse las reglas sin que nadie se enterara que mi prima Isabella. Era toda una especialista.

Isabella no la había juzgado, todo lo contrario, le había mostrado su comprensión y ofrecido su ayuda, junto con una larga lista de calificativos, que era más bien insultos, hacia su marido Saverio.

—Todavía no estoy ni de cuatro meses… —Con el tenedor atrapado en sus dientes, Melania bajó la mirada hasta su estómago. Lleva una camisa plateada de tirantes bastante suelta con una falda rosa. No era perceptible, pero no tardaría en serlo.

No le quedaba mucho tiempo y lo sabíamos.

Y por la forma en la que dejó el tenedor sobre el plato y su mirada triste, ella lo estaba pensando en esos momentos.

—Todo saldrá bien —le dije mientras estiraba mi mano y la ponía sobre la suya—. Ya verás.

—Gracias por todo. A las dos.

Aunque Melania me ofreció una sonrisa, pude ver que no estaba segura.

Pero yo sí. No permitiría que nada le sucediese a mi sobrino o sobrina y no me detendría hasta que mi hermana pudiese escapar de su marido. No solo se merecía vivir su historia de amor, ella se merecía una vida lejos de ese impresentable.

Se merecía ser feliz.

—Una semana debería ser tiempo suficiente para encontrar una solución —apuntó Isabella con aire pensativo.

Fui a decir algo, pero mi móvil, que estaba en mi mesa, vibró.

«Estoy bien, *prometida*».

Sonreí al ver el mensaje de Leonid.

Él me enviaba uno todos los días. Me había sorprendido cuando me llegó el primero tras nuestro regreso de Liguria, contándome que se iba a Moscú por negocios. Después, me envió otro avisándome que acababa de aterrizar.

Él nunca antes se había puesto en contacto conmigo; siempre era mi guardaespaldas o mi tío quienes me transmitían cualquier mensaje que Leonid tuviera que darme.

Pero aunque sonase incoherente, me gustaba que me avisara. A pesar de que no nos fuéramos a ver, quería saber que estaba bien. Quería saber que estaba a salvo.

Y ¿para qué seguir mintiéndome a mí misma? También me gustaba hablar con él.

Estos días lo había echado de menos.

Iba a contestarle cuando la voz de Isabella me interrumpió:

—¿Ese no es Saverio?

Seguí su mirada hasta la amplia cristalera que se encontraba a mi lado. A pesar de la altura, podía distinguir perfectamente a Saverio entrando por la puerta del alto edificio que teníamos enfrente. Llevaba un traje de tres piezas y el cabello negro tan engominado como siempre.

—Pensaba que me habías dicho que él se quedaría en el hotel todo el día —le dije a mi hermana.

—Eso me ha dicho él. Que tenía una reunión importante con un posible socio a la tarde y que el hotel le había dejado una de sus salas para ellos. —Melania se quedó en silencio durante unos instantes y después, añadió—: Seguramente está yendo a ver a alguna de sus amantes —lo dijo con tanta normalidad que el corazón se me encogió, porque ella tenía totalmente normalizado que su marido le era infiel.

—Pero ese edificio no parece un hotel —señaló mi prima arrugando la nariz.

—Uno de los pisos será un prostíbulo de lujo —respondió Melania mientras partía otro trozo de sus tortitas—. Es un cliente vip de todos los locales de ese estilo de Turín, así que imagino que no le habrá costado encontrar uno aquí.

—No me extraña que te hayas acostado con otro —susurró Isabella.

Pero mi hermana la escuchó. Dejó el tenedor sobre el plato y alzó la mirada para fijarla en Isabella.

—No ha sido por venganza. En realidad, vivía con la esperanza de que se enamorase de alguna de esas mujeres y me dejase. Aunque, siendo sincera, sé que es demasiado ambicioso para eso. Pero, al menos, cada vez que encontraba una amante que le satisfacía, me dejaba en paz durante unas semanas. No sabéis cuántas veces he rezado para que se encontrase con más mujeres como esas, pero, desgraciadamente, se cansa pronto de todas.

—Pedazo cabrón —masculló Isabella mientras cerraba las manos en puños—. Deberías cortarle la polla mientras duerme. Yo lo habría hecho.

—Eres una soez —le dije—. Aunque estoy de acuerdo contigo.

—Debería haberlo hecho. Muchas veces he pensado en asesinarlo mientras dormía —reconoció mi hermana—, pero no soy tan valiente.

—Porque no eres una asesina, Melania. —Estiré mi mano para colocarla encima de la suya —. Pero eres valiente. Solo una persona valiente soportaría una vida al lado de ese hombre. —Mi hermana trató de darme una sonrisa que terminó siendo una mueca tensa. Sus ojos brillaron con lágrimas no derramadas—. Siento mucho que hayas tenido que pasar por todo eso sola.

—No es tu culpa, Serena.

Y no, no lo era. No había mucho que pudiese haber hecho. Pero, aún así, había mirado hacia otro lado y no lo volvería a hacer.

—Vamos ayudarte, Melania. Vas a alejarte de él —le prometió Isabella con seguridad—. Y si en el proceso le podemos cortar la polla para que ninguna otra mujer tenga que sufrir la desgracia de acostarse con él, mejor.

Las tres nos echamos a reír.

Luego, Melania cambió de tema. Ella necesitaba disfrutar de unas horas de paz y olvidar todos sus problemas. Y eso era algo que Isabella y yo podíamos darle.

Después de terminar de merendar, decidimos ir a varias tiendas del centro comercial que se encontraban en las demás plantas de compras. Mi hermana Melania se mostró relajada y, por primera vez en años, sentí que estaba reanudando mi relación con ella. Y parecía que con Isabella se estaban llevando bien.

Lo cierto era que ambas tenían muchas cosas en común.

—¿Te vienes a mi casa un rato, no? —le preguntó Isabella a mi hermana cuando estábamos llegando a la puerta de salida del centro comercial.

Como Mikhail estaba en Rusia con Leonid, Isabella me había invitado a dormir esa noche a su casa. Mi tío no estaba de acuerdo, pero Mikhail lo había convencido. Incluso era uno de los hombres de este quien nos vigilaba.

—Sí, pero no me quedo a cenar. He quedado con Saverio y uno de sus socios en un restaurante a las ocho. —Mi hermana suspiró—. Me apetece más comer chinchetas, pero él no va a permitir que me zafe.

Traté de animarme pensando que le quedaba poco de soportarlo. Odiaba ver a mi hermana tan infeliz.

Salimos del centro comercial y nos estábamos dirigiendo hacia el vehículo en el que el soldado de Mikhail nos estaba esperando, cuando me detuve. Un hombre calvo de mediana edad que llevaba una gabardina negra salía del edificio alto que se encontraba frente a nosotras.

No había nada raro en él. Lo conocía, estaba segura. No sabía si fueron sus movimientos desgarbados o sus facciones, que podía atisbar ligeramente desde donde me encontraba, pero había algo que me era sumamente familiar en él.

Entonces, él alzó su barbilla y ladeó su cabeza hacia el lado derecho y lo vi.

El ojo de cristal.

Era el mismo hombre que había visto en la feria.

Sentí que me quedaba petrificada y la bolsa que sostenía en mi mano derecha se caía al suelo.

¿Qué hacía él allí?

—¡Rena! —La mano de mi prima tirando de mí me sacó de mi ensoñación—. ¡Estamos llamándote! ¿Estás bien?

Mi hermana estaba al lado del soldado de Mikhail que nos estaba abriendo la puerta del coche y me observaba con atención.

—Yo… —Volví a fijar mi mirada al frente, pero el hombre ya había desaparecido—. Nada, estoy bien —respondí con una sonrisa temblorosa antes de agacharme y recoger mi bolsa.

—Ya me puedes contar qué te ha pasado antes —me exigió mi prima en cuanto llegamos a su casa y estuvimos las tres completamente solas—. Y no me des ninguna excusa. Eres una pésima mentirosa, sabré que estás mintiendo.

—Es una tontería —murmuré, dejándome caer en su sofá—. Es que me ha parecido ver… Yo… —¿Si ni siquiera era capaz de poner en orden mis pensamientos cómo iba a decírselo a ellas?—. ¿Recuerdas la cita que tuve con Leonid en la feria hace más de un mes? —le pregunté a mi prima, y esta asintió—. Escuché una conversación extraña mientras estaba en el baño. Después, salí y vi al hombre que había estado teniendo esa conversación por teléfono. Algo en él me perturbó, y sin saber por qué, lo seguí. Pero me choqué con Leonid, que estaba buscándome, y le perdí la pista.

—¿Qué escuchaste? —me preguntó Isabella.

—Estaba poniendo al día a la persona con la que hablaba. Por lo visto, esta le había enviado a seguir a un hombre. Y le contaba que este había llevado a la feria a una mujer….—hice una pausa, intentando recordar la palabra— frígida y que sentía pena por él porque ni siquiera se habían besado.

—Pues si que es rara la conversación, sí —masculló Isabella, haciendo una mueca.

—Ese es el edificio en el que ha entrado Saverio —señaló mi hermana, pensativa, interrumpiéndonos.

Ni siquiera lo había pensado hasta ese momento.

—¿Crees que se han reunido juntos? —le pregunté.

—Era un edificio grande de varios pisos —respondió Melania—. Tal vez solo era una casualidad. —A pesar de sus palabras, pude ver en su rostro que no lo creía.

—¿Y también es una casualidad que ese hombre estuviese en la feria siguiendo a un hombre que había llevado allí a una mujer? Justo como hacía Leonid —apostilló Isabella.

—¿Crees que estaba siguiendo a Leonid por orden de Saverio? —inquirí, uniendo los

puntos.

—Es una posibilidad —dijo Isabella.

—No soy ninguna frígida —recalqué, aunque eso no era lo importante en ese momento.

Mi prima puso los ojos en blanco, pero decidió ignorarme.

—La cuestión es, ¿por qué Saverio mandaría seguir a Leonid? No tiene sentido.

—Saverio oculta muchos secretos —dijo Melania—. Él cree que no me entero de nada, que soy una imbécil, pero le he escuchado llegar a tratos con enemigos de la familia.

—¿Y por qué no se lo has dicho a papá? —indagué.

Melania suspiró.

—No tengo pruebas y tampoco eran tratos demasiado importantes. Aunque pertenece a nuestra familia por matrimonio, no es un hombre la mafia. Probablemente, se llevaría una reprimenda y me lo haría pagar.

—Tal vez esto es algo más grande. Quizá sea algo de lo que no pueda salir —dijo mi prima, pensativa, mientras se dejaba caer a mi lado en el sofá.

—O quizá sea todo una casualidad —suspiré.

—O quizás es la carta a tu felicidad —sugirió mi prima, mirando a Melania—. Lo que necesitábamos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Melania, estrechando los ojos.

—Si encontramos pruebas de que Saverio está traicionando a la familia, podemos chantajearle.

—¿Y qué propones que hagamos? —Me pasé una mano por el pelo, confusa—. No tenemos pruebas que demuestren que ese hombre estaba siguiendo a Leonid. Si vamos a ese edificio a preguntar, nos lo ocultarán, y si no lo hay, nos meteremos en problemas.

—¿Tu marido ha traído su portátil? —le preguntó Isabella a Melania.

—Nunca viaja sin él.

—¿Sabes la contraseña?

—No, aunque tampoco serviría de nada. Él lo guarda en la caja de seguridad del hotel cuando no se lo lleva con él.

Mi prima sonrió.

—Estoy segura de que si nos hacemos con él, encontraremos la llave de tu libertad.

Y yo también esbocé una sonrisa, porque Isabella podía esta en lo cierto. Quizá esa era la carta a la felicidad de mi hermana.

Y por la forma en la que los ojos de Melania se iluminaron, ella también lo creyó.

El problema era conseguir la información que escondía ese portátil sin levantar sospechas.

—El hermano de una compañera de facultad es bueno con los ordenadores —dijo Isabella, como si hubiese leído mis pensamientos—. Si podemos encontrar la manera de abrir la caja de seguridad cuando se marche de la habitación y lo dejé allí, tal vez él pueda ayudarnos.

—Es difícil. Él tiene mucho cuidado con eso —suspiró Melania.

—Tenemos que encontrar la manera. —Mordí mi labio inferior con fuerza, decidida.

Mi hermana miró su reloj de pulsera y exhaló profundamente.

—Tengo que irme.

Isabella y yo nos levantamos del sofá para despedirnos de ella. Mi corazón se encogió cuando vi la mirada de tristeza que mi hermana me dio antes de abrir la puerta del *penthouse* de mi prima y marchase.

—Se nos tiene que ocurrir algo —murmuré, más para mí misma que para mi prima, pero

ella me escuchó.

—Lo conseguiremos —me prometió, apoyando una mano sobre mi hombro—. Como si tengo que romper esa caja de seguridad a machetazos.

No pude evitar reírme de su broma. Aunque, pensándolo bien, tampoco era mala idea… ¿Dónde podríamos conseguir un machete?

Iba a preguntárselo cuando su teléfono, que descansaba en la mesita que se encontraba frente al sofá, vibró. Ella se dio la vuelta y se inclinó para cogerlo.

—Es Mikhail —me dijo, a pesar de que supe quién era en el momento en el que vi su sonrisa al mirar la pantalla—. Ha adelantado su regreso. Va a coger un vuelo en una hora.

Mi pulso se aceleró y las mariposas aletearon en mi estómago, porque que Mikhail regresase significaba que Leonid también lo haría. Se suponía que no volvían hasta mañana por la noche.

No pude evitar agacharme y coger mi bolso, que había dejado en el suelo. Lo abrí y saqué mi móvil esperando un mensaje de Leonid.

Pero no había nada.

—Tal vez Leonid se quede. —La voz de mi prima hizo que alzara la mirada hasta ella. No le había contado que Leonid y yo nos estábamos enviando mensajes, pero sé que pudo intuirlo por la expresión de su rostro—. Por lo general, Mikhail siempre vuelve antes de Rusia que él.

—Seguro —murmuré mientras volvía a guardar mi móvil en el bolso.

Sin embargo, a pesar de que traté de convencerme que Isabella estaba en lo cierto, no pude evitar la presión amarga que creció en mi pecho. Porque, aunque no quisiera reconocerlo en voz alta, estaba contando las horas para verlo.

CAPÍTULO 25

SERENA

La cama de la habitación en la que mi prima me había alojado para pasar la noche era comodísima. Era como estar en el cielo tumbada en una nube, o así era cómo me imaginaba que sentiría estar en una. Sin embargo, no lograba conciliar el sueño.

Me giré una y otra vez, intentando encontrar una posición que me relajara, pero no lo conseguía. No era de las que les costaba dormir en camas ajenas; de hecho, siempre me acostumbraba bastante rápido. No obstante, la preocupación por mi hermana me mantenía despierta.

Finalmente, me rendí. Me levanté y salí despacio de la habitación. Aunque las noches refrescaban y llevaba puesto mi pijama corto azul, dentro del apartamento hacía una buena temperatura. Me dirigí a la cocina despacio, de cuclillas, evitando hacer ruido para no despertar a mi prima.

Bajé las escaleras hasta la primera planta. Había escuchado a mi tío quejarse que mi prima y su marido siguiesen viviendo en el apartamento de soltero de este. Mi tío quería que se mudasen a una mansión cerca de la suya; probablemente, para tenerlos más controlados. Sobre todo, a Mikhail.

Ellos no estaban por la labor, pero mi prima me había asegurado que no era solo por no estar cerca de su padre, sino porque a ella le encantaba este lugar. Y podía entender la razón. La *penthouse* de Mikhail estaba ubicada en la planta decimocuarta, la última de un bloque de edificios, y tenía una panorámica espectacular de la ciudad.

Me dirigí a la cocina, tan solo guiándome por la luz de la luna que entraba por los ventanales. Busqué a tientas el interruptor y parpadeé momentáneamente cuando encendí la luz, acostumbrándome a la claridad. Abrí la nevera y saqué un *brick* de leche. Me serví un vaso y lo calenté rápidamente en el microondas.

La leche caliente siempre me ayudaba a conciliar el sueño. El pitido del microondas me avisó de que ya estaba preparada. Saqué el vaso, no quemaba ya que no lo había dejado mucho tiempo. Le di un sorbo y me apoyé con la espalda sobre la encimera de la cocina disfrutando de la calma.

De repente, escuché un carraspeo detrás de mí. Me giré de un salto, sobresaltada, para encontrarme a Mikhail, el marido de mi prima, de pie en la entrada de la cocina. Isabella me había contado que regresaría esa noche, pero, honestamente, no pensaba encontrarme con él.

Y menos, los dos solos.

—Hola —lo saludé con una sonrisa nerviosa— . ¿Acabas de llegar? —pregunté, fijándome en la cazadora de cuero negra que llevaba puesta.

—Hace unos minutos —respondió. Me sorprendió no haber escuchado la puerta de entrada —. Pensaba que tal vez eras Isabella, que me estaba esperando. —Hizo una pausa y negó con la cabeza— . Probablemente, ella esté más que dormida.

—Seguramente, pero está deseando verte. Ya sabes cómo es, nada la perturba.

Mikhail soltó una carcajada. Era la primera vez que lo escuchaba riéndose. De hecho, hasta

me sorprendía que supiera hacerlo.

—¿No puedes dormir? —preguntó, entrando en la cocina.

—No, pero ya me iba.

Observé cómo Mikhail se dirigía hacia uno de los estantes y sacaba un vaso de agua. Después, se acercó a la nevera y la abrió para coger una botella de agua y verterla en el vaso.

Me sorprendía que me estuviera hablando. Mikhail no era precisamente un hombre muy accesible y, menos aún, sociable. Tampoco había intentado acercarme a él, ya que el marido de mi prima me intimidaba. Lo hizo desde el primer instante en el que lo vi.

Fijé mis ojos en mis zapatillas de pelo azules, evitando mirarlo, mientras le daba otro trago a mi vaso, tratando de terminarlo para marcharme de allí.

—Si estás preocupada por tu prometido, él ya está en su casa, sano y salvo.

Miré a Mikhail. Él estaba apoyado sobre la puerta de la nevera.

—¿Leonid no se ha quedado en Rusia?

—No, él ha vuelto conmigo. ¿No te ha avisado?

Aunque su tono de voz sonaba despreocupado, sabía que no lo era. Puede que apenas conociera a Mikhail, pero él nunca empezaba una conversación conmigo y, mucho menos, me hacía preguntas. Estaba convencida de que había una intención detrás de su repentino interés que nada tenía de altruista.

Pero me dio exactamente igual. Porque lo único en lo que podía pensar en esos momentos era en que Leonid no me había avisado. Tan solo era un gesto que solo le habría llevado unos pocos segundos y que para mí habría significado mucho. ¿Tan poco le importaba que no había sido capaz de contarme que iba a volver antes?

Quizá no me estaba echando de menos tanto como yo a él, quizá ni siquiera le apetecía verme.

Se sintió como una traición.

—No, no lo ha hecho —respondí con mi estómago hundiéndose—. Pero no importa.

Era una burda mentira y Mikhail se dio cuenta.

Terminé de beber la leche y, de manera automática, lavé el vaso, lo sequé y lo guardé en su lugar. Podía sentir la mirada de Mikhail sobre mí, pero él no dijo nada. Tampoco era como si esperase que él me consolara. Aunque hubiera sido un bonito detalle por su parte. El silencio entre los dos se hizo pesado, y fue entonces cuando la incomodidad que sentía en su presencia me impulsó a hablar.

—¿No deberías ir a la cama con tu mujer? Hace una semana que no os veis —solté, sin pensar demasiado en las palabras.

No entendía por qué había dicho eso, pero probablemente fue porque su presencia me incomodaba. No entendía qué hacía él allí, en la cocina, en medio de la noche. Era su casa, claro, y tenía más derecho que yo a estar allí, pero aún así, me perturbaba.

Y ¿para qué mentirme a mí misma? Estaba enfadada con Leonid y lo estaba pagando con él.

Inmediatamente, me sentí un poco avergonzada por haber sido tan directa.

—Perdón, no quería ser grosera —me justifiqué rápidamente, sin saber cómo recuperar la situación.

—Tienes razón. Estoy deseando ir a mi habitación y follarme a mi mujer.

Mis mejillas se calentaron ante sus palabras, y el rubor comenzó a extenderse desde mis pómulos hasta la punta de mis orejas. Debía estar más roja que un tomate.

Y la culpa era mía. No debería haber provocado a Mikhail, sabiendo que tenía todas las de

perder.

—Creo… —balbuceé, tragando saliva— creo que me voy a ir a la cama. Buenas noches, Mikhail. —Me di la vuelta y crucé la cocina para llegar hasta la puerta. Pero antes de poder llegar a ella, Mikhail me detuvo.

—Sé que viste a Leonid matar a Zeno Brambilla.

Me quedé petrificada. Por supuesto que él lo sabía. Si había sido él quien se lo contó a Isabella, era algo obvio, pero con todo lo que tenía en la cabeza con el compromiso, ni siquiera había pensado detenidamente en ello hasta ese momento.

Inspiré profundamente y me di la vuelta para mirarlo. Él seguía apoyado sobre la puerta de la nevera, con el vaso de agua tocando sus labios. Parecía relajado, pero seguía siendo igual de inquietante que siempre.

—Sí, pero no voy a contar nada —le prometí—. No lo he hecho y no lo haré. No debes preocuparte por eso.

Mikhail se bebió lo que quedaba de agua y se incorporó para dejar el vaso sobre la encimera.

—No estoy preocupado.

Asentí nerviosamente.

—Asumo que tampoco dirás nada de Agnieszka.

Arrugué el ceño, confundida.

—¿Quién?

—La empleada del club a la que Zeno Brambilla estuvo a punto de violar. Ella estaba en el aparcamiento también.

—¿Qué? ¿Yo no vi a nadie? Solo… solo estaban ellos dos. No sabía que…

—¿No lo sabías? —Mikhail ni siquiera se esforzó en que su pregunta sonara real—. Ella debió huir antes de que tú llegaras. Si no fuera porque Leonid llegó a tiempo, hubiera abusado de ella.

—Él la salvó —repetí. Hice una pausa, dándome cuenta de algo—. ¿Por eso lo mató? ¿Por eso desafió tus órdenes?

Mikhail asintió.

—Leonid consideró que ese desgraciado no merecía vivir. Y yo no puedo culparlo por eso, porque habría hecho lo mismo que él.

—¿Por qué Isabella no me lo contó?

—Porque Isabella no lo sabía. Leonid me lo confesó más tarde y yo no se lo he contado.

—¿Y por qué Leonid no me lo ha dicho?

¿Por qué él había permitido que pensara lo peor de él? Había tenido incontables ocasiones para contármelo, pero había decidido no hacerlo.

No lo entendía.

—Eso es algo que le deberías preguntar a él, no a mí.

—Tienes razón —dije con decisión cuando una idea pasó por mi cabeza—. ¿Me has dicho que Leonid está en su casa, verdad? —No esperé a que Mikhail me respondiera—. Dame su dirección, voy a ir a verlo.

Eran más de las cuatro de la madrugada, pero no me importaba. Esa noche estaba a cargo de uno de los hombres de Mikhail, por lo que tenía una oportunidad que no volvería a repetirse en mucho tiempo.

Por un instante, pensé que Mikhail se negaría. Al fin y al cabo, era una locura e iba en

contra de las normas.

Pero entonces, Mikhail dijo:

—Cámbiate y baja en cinco minutos. Uno de mis soldados te llevará hasta el apartamento de Leonid.

Suspiré, aliviada. Porque debería haber sabido que Mikhail respetaba las normas tan poco como Isabella. Por algo estaban juntos.

—Vale —contesté con rapidez, pero antes de irme, tenía que hacerle una última pregunta. Algo que necesitaba saber—: ¿Por qué me lo has contado?

Mikhail me miró con intensidad.

—Porque Isabella quiere que seas feliz y yo quiero que ella tenga todo lo que desea. Y porque, aunque a veces desee matarlo, quiero lo mejor para Leonid.

CAPÍTULO 26

SERENA

Aunque me habían llevado en coche, el apartamento de Leonid estaba tan cerca del de Mikhail que bien podría haber ido caminando.

Nunca había estado allí antes; ni siquiera sabía con exactitud dónde vivía, así que me sorprendió descubrir que su apartamento se encontraba en pleno centro de Dublín. Por alguna razón, siempre lo había imaginado viviendo en una pequeña casa de una sola planta a las afueras, rodeado de tranquilidad y discreción.

Pero aquel edificio, moderno y lujoso, encajaba mucho más con el puesto que Leonid ocupaba en la Bratva. Aun así, mientras me acercaba al portal, no podía evitar sentir que algo no cuadraba. Era como si ese lugar no reflejara en absoluto al hombre que yo creía conocer.

Aunque, después de lo que me había contado Mikhail… tal vez no lo conocía en absoluto. O, peor aún, tal vez lo conocía demasiado bien.

El portero me abrió la puerta, pero bastó una mirada para notar que no tenía ninguna intención real de dejarme pasar. Sin embargo, el soldado de Mikhail apareció detrás de mí, y con un simple gesto de su mano, el hombre se hizo a un lado sin protestar.

—¿En qué piso vive? —pregunté.

—En la tercera planta. Es el único piso que hay.

No sabía quién de los dos me había dado la respuesta, pero no me importaba.

Entré en uno de los dos ascensores y pulsé el botón de la tercera planta. El ascensor comenzó a subir y sentí cómo el corazón me golpeaba con fuerza en el pecho. No era por nervios, sino por pura furia

No recordaba haber estado tan enfadada en mi vida. Era una ira densa, abrasadora, que eclipsaba cualquier otro sentimiento. Y lo más inquietante era que no se sentía mal. Al contrario, se sentía casi… liberador. Como si siempre hubiese estado ahí, contenida, esperando su momento. Como si hubiera roto por fin todos los muros que la reprimían y ahora reclamara su lugar.

En cuanto la puerta del ascensor se abrió, salí con paso firme. Recorrí un largo pasillo alfombrado, silencioso y perfectamente iluminado, hasta detenerme frente a una sólida puerta de madera oscura.

A los pocos segundos, escuché pasos al otro lado. La cerradura giró y la puerta se entreabrió con cautela. Leonid asomó la cabeza, con el ceño fruncido, y cuando me vio, sus ojos se abrieron con sorpresa.

—¿Rena? —preguntó, parpadeando, visiblemente desconcertado—. ¿Qué haces aquí? — Abrió la puerta del todo, dando una rápida mirada al pasillo, como si estuviera comprobado que estaba sola.

Mi mirada descendió instintivamente a su mano derecha. Sostenía una pistola. Apenas se dio cuenta de que la estaba mirando, se apresuró a dejarla sobre el mueble del recibidor, como si no quisiera que me asustara. Aunque, ¿por qué iba a hacerlo? Todos los hombres que estaban a mi alrededor iban armados; tanto Renzo, como mi padre o cualquier guardia de seguridad que me

acompañase.

Entré en el apartamento sin esperar su permiso, aunque él se apartó en silencio para dejarme pasar. Escuché cómo cerraba la puerta detrás de mí. La luz cálida de la lámpara del recibidor iluminaba el espacio.

—¿Qué haces en mi apartamento a las cinco menos veinte de la mañana?

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté en vez de responder, girándome para enfrentarlo—. Se suponía que estabas en Moscú. ¿Por qué no me has avisado de que volvíais antes?

Leonid suspiró y mordió su labio inferior.

—Rena… —comenzó.

—Rena nada —lo interrumpí con un tono cortante, cruzando los brazos—. Mikhail tuvo la decencia de avisar a Bella de que al final regresaba un día antes. Tú, en cambio, ni siquiera eso.

Leonid movió la cabeza con una expresión de incredulidad en su rostro, como si no estuviera seguro de si estaba soñando.

—¿Y no podías haberme enviado un mensaje para quejarte? ¿Era necesario que vinieras hasta aquí? Además, ¿quién te ha traído?

—Uno de los hombres de Mikhail —respondí sin perder la calma—. Con su permiso, claro. Estaba pasando la noche en su casa con Isabella y me he encontrado con él en la cocina.

Leonid me miró unos segundos, evaluándome con una expresión difícil de leer.

—Rena, ¿por qué estás aquí realmente?

—Me has mentido —solté, descruzando mis brazos.

—¿En qué?

—No mataste a Zeno Brambilla por diversión. Lo hiciste para salvar a una pobre mujer. ¿Por qué no me lo contaste?

Durante unos instantes que se sintieron eternos para mí, Leonid me observó en silencio. Me pregunté si me seguiría mintiendo sobre lo que sucedió aquel mediodía, si negaría lo que ambos sabíamos que era verdad.

Porque, después de todo lo que había vivido con Leonid, después de haber conocido al Leonid real, sabía que él jamás sería capaz de hacer algo así. No sin una razón.

—Mikhail se ha ido de la lengua —murmuró, chasqueando la lengua.

¿Eso era lo único que iba a decirme? ¿En serio?

—Me mentiste, Leonid, y me prometiste que nunca lo harías.

—Nunca te mentí. Fuiste tú la que lo asumiste y yo no te corregí. Parece que siempre piensas lo peor de mí, así que dejé que siguieras haciéndolo.

—Yo no… —Me interrumpí a mí misma porque Leonid tenía razón en eso. Yo sola había llegado a esa conclusión; había querido pensar lo peor de él, me había convencido a mí misma de que era peor que el mismísimo diablo. Me había convenido hacerlo—. ¿Por qué no me corregiste? ¿Por qué no me lo contaste? Has tenido decenas de ocasiones para hacerlo. ¿Por qué no me has dicho la verdad?

—¿Y por qué debería haberlo hecho, Rena? —preguntó, dando un paso hacia mí—. ¿Qué hubiera cambiado?

—Todo —respondí, aunque no estaba muy segura de ello.

—No, no habría cambiado nada —refutó con una sonrisa triste curvando sus labios—. Además, tenías razón, me divertí matándolo. Disfruté quitándome de en medio a una mierda como Zeno Bambrilla. No soy un buen hombre, Rena. Lo he intentado, pero no lo he logrado.

Negué con la cabeza.

Tuve la sensación de que quería alejarme de él, de que quería que corriera hacia la puerta y regresara a la casa de mi prima. Pero no iba a hacerlo, porque no hay nada que él pudiera decirme que me hiciera huir de él.

Nada que me hiciera odiarlo.

Ya no.

Porque estaba enamorada de ese hombre y lucharía por él. Lucharía por nosotros.

—Eres mejor hombre de lo que crees —dije, dando otro paso hacia él y quedando tan cerca que mi nariz rozaba su barbilla. Estiré mi mano y entrelacé mis dedos con los suyos, para levantarlas y posarlas sobre su corazón—. Me lo has demostrado.

Leonid me miró con una intensidad que me hizo estremecer.

—Siempre he sabido que eras demasiado buena para mí. —Él bajó su cabeza y sus labios se deslizaron suavemente como una pluma por mi mejilla—. Un buen hombre no estaría pensando en follarte hasta dejarte exhausta. Un buen hombre no estaría imaginando en su cabeza todas las maneras en las que hacer que te retuerzas de placer por mí. Un buen hombre llamaría al hombre que te trajo hasta aquí para que te lleve de vuelta.

El aire se volvió denso, como si las palabras hubiesen incendiado el espacio entre nosotros.

Leonid tenía razón, era el momento de irme. Yo no debería estar en su apartamento a las casi cinco de la madrugada cuando él y yo aún ni siquiera estábamos casados. Si mi tío o mi padre lo descubrían lo considerarían como una ofensa y hasta podrían cancelar la boda.

Yo era una buena chica, una que siempre seguía las normas. Y lo que estábamos haciendo las rompía todas.

Y, aun sabiéndolo, no me moví.

Porque lo peor era que no me sentía ofendida. Me sentía viva; mas que nunca.

—Huye, Rena… Huye antes de que me arrepienta —dijo Leonid, apartándose a un lado, dándome una última oportunidad para dar marcha atrás.

Huir… eso era precisamente lo que llevaba haciendo durante semanas, pero no está vez. Esta vez, no quería correr. No quería esconderme de lo que sentía.

—Tal vez tengas razón y no seas un buen hombre —respondí con la voz firme—. Pero, entonces, yo no soy una buena mujer… Porque una buena mujer se iría. Y yo no pienso hacerlo.

Leonid me miró fijamente, con los ojos entrecerrados, como si estuviera evaluando cada palabra, cada milímetro de mi cuerpo, cada latido que se desbordaba en el aire espeso entre nosotros.

Y antes de que pudiera darme cuenta, ya estaba frente a mí, borrando la distancia que nos separaba con un solo movimiento.

Me alzó con fuerza, con una facilidad salvaje que me hizo contener el aliento, y yo me aferré a él, rodeando su cintura con las piernas y enlazando mis brazos alrededor de su cuello. Su boca se estrelló contra la mía en un beso brutal, voraz, hambriento. No había delicadeza ni control, solo deseo crudo. Se lo devolví con la misma ferocidad. Nos habíamos besados otras veces, pero esa se sintió diferente, más carnal.

Sin dejar de besarme, empezó a caminar por el pasillo. Mis manos se enredaron en su cabello y mis labios seguían buscando los suyos mientras el mundo alrededor desaparecía.

Empujó con el hombro la puerta de una habitación y entró sin detenerse. La penumbra apenas dejaba entrever los contornos del mobiliario. Me soltó lentamente y casi no fui consciente en el momento en el que mis pies tocaron el suelo.

Lo escuché moverse por la habitación, y la tenue luz de una lámpara de mesilla iluminó la

estancia.

Sin decir una sola palabra, con los ojos encendidos por el deseo, se acercó a mí nuevamente. Me quitó la chaqueta con un gesto ágil y la dejó caer al suelo sin preocuparse por dónde caía. Luego, con la misma facilidad, deslizó mi vestido por mi cuerpo hasta que la tela se arremolinó bajo mis pies.

Me quedé allí, en ropa interior, expuesta frente a él. Su mirada me recorría como si quisiera memorizar cada parte de mí.

—Eres tan bonita —susurró, con una voz grave que hizo que mi piel se estremeciera.

Con dedos seguros, desabrochó mi sujetador y lo dejó caer. Luego, lentamente, bajó mis bragas por mis piernas, como si saboreara cada segundo del momento. Una de sus manos se posó con delicadeza sobre uno de mis pechos, acariciándolo con reverencia.

—Son un poco pequeños —murmuré, de forma casi automática.

Nunca me había sentido avergonzada de mi cuerpo, pero lo cierto era que su mano parecía enorme al rodearlo, y esa simple comparación me hizo dudar.

Él me miró, con una sonrisa amplia y sincera curvándose en sus labios.

—Son perfectos.

Agachó la cabeza lentamente, y su boca se acercó a uno de mis pezones. Lo atrapó con sus labios y lo chupó con suavidad al principio, provocándome un estremecimiento involuntario. El calor de su lengua, el roce húmedo y cálido, haciendo que se me escapara un suspiro ahogado. Después, sin apartarse demasiado, se deslizó hacia el otro pecho, dándole el mismo trato. Lo lamió, lo mordisqueó suavemente, y volvió a succionarlo, provocando una oleada de placer que recorrió todo mi cuerpo.

Sentía que me incendiaba por dentro. Cada caricia, cada beso, avivaba más el fuego que él había encendido en mí. Mis dedos se enredaron en su cabello sin que me diera cuenta, queriendo mantenerlo ahí, pegado a mi piel, como si su boca fuese el único punto de conexión con la realidad.

Levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—Si no paro ahora no voy a poder hacerlo —me dijo en un susurro.

—No quiero que lo hagas.

Mis palabras bastaron para que él se pusiera en acción. Sin dudarlo, me alzó de nuevo entre sus brazos, con esa facilidad que me hacía sentir ligera, como si perteneciera allí. Esta vez, el trayecto fue breve; en apenas un parpadeo me depositó sobre la cama.

El colchón se hundió suavemente bajo mi peso, pero mi atención seguía fija en él. Leonid permaneció de pie unos segundos, observándome con una intensidad que me dejó sin aliento.

—Eres como una diosa —dijo con voz grave—. Sé que no te merezco… pero, aun así, tomaré todo lo que estés dispuesta a darme.

Y yo quería dárselo todo. Lo deseaba con cada fibra de mi cuerpo.

Se despojó de su ropa con rapidez, dejando las prendas caer al suelo sin preocuparse por nada más que por nosotros. Después, se acercó a la mesilla de noche y abrió uno de los cajones. Al escuchar el sonido del envoltorio supe de inmediato lo que era. Un preservativo. Mi respiración se aceleró.

Iba a suceder. No había vuelta atrás. Pero no sentía miedo, ni dudas… solo una certeza palpitante. Estaba más preparada que nunca. No sería en una noche de bodas ni siguiendo ninguna tradición impuesta, pero romper las normas nunca se había sentido tan correcto; tan inevitable.

Leonid volvió junto a mí y su cuerpo desnudo se deslizó sobre el mío. Su piel caliente contra la mía era un bálsamo y un incendio al mismo tiempo.

Me besó de nuevo, esta vez más lento, más profundo, como si saboreara cada segundo, como si quisiera memorizar cada rincón de mi boca antes de perderse por completo en mí. Sus manos recorrieron mi cuerpo con adoración, como si no pudiera decidir qué parte tocar primero. Yo me aferré a él, sintiéndolo tan real, tan mío, tan perfecto.

—No importa lo que he dicho antes. Si quieres parar, dímelo y lo haré.

Lo sabía, porque él no me obligaría. Aquello no se trataba de él ni de mí, se trataba de los dos. Era mucho más que sexo.

—Sé que puedo, pero no lo haré.

Agachó la cabeza y sus labios se posaron delicadamente sobre mi estómago, descendiendo lentamente por mi piel hasta llegar a mi núcleo. Sus ojos conectaron con los míos cuando sacó la lengua y lamió mi clítoris. Estaba preparándome para recibirlo.

—Creo que soy adicto a tu sabor —me susurró contra mis pliegues.

Leonid se incorporó para colocarse entre mis piernas. Él me dio un suave beso en la nariz y yo entrecerré los ojos. Mi corazón palpitaba en mi pecho con fuerza, pero no de miedo, sino de anticipación.

—Voy a tener cuidado, te lo prometo —dijo mientras comenzaba a penetrarme.

—Sé que lo tendrás.

Confiaba en Leonid, confiaba en él con mi vida. Pese a cómo había comenzado nuestra historia, lo cierto era que sabía que ese hombre jamás me haría daño.

Durante unos instantes, Leonid se quedó quieto. Me miró, pidiéndome permiso y yo asentí. Retrocedió un poco y después movió las caderas con una embestida, adentrándose por completo en mi interior. El dolor me invadió y mordí mi labio inferior con fuerza. El primer pensamiento fue matar a mi prima. Ella me había asegurado de que no dolía, la muy mentirosa.

Pero lo cierto era que, en esos momentos, no me importaba. Porque puede que aquella no fuera la primera vez que había imaginado; en la noche de bodas, en un hotel lujoso y una cama rodeada de pétalos de rosas y velas. Era completamente improvisada, a escondidas, antes de nuestro matrimonio y con un hombre que distaba mucho de ser un príncipe.

Y sin embargo, era mucho mejor que lo que podría haber fantaseado en mis sueños más dulces. Tal vez no era una primera vez de cuento, pero era la mía, la que yo deseaba.

Porque era con él. Y por eso era perfecta.

Me había dado cuenta de que yo no quería a un príncipe ni al hombre perfecto, yo lo quería a *él*.

A Leonid.

—¿Te duele? —me preguntó con una expresión de preocupación

—Como el demonio —reconocí—, pero estoy bien. No podría ser más feliz que ahora.

—Yo tampoco, golondrina. —Leonid esbozó una sonrisa dulce—. Mejorará, te lo prometo —me dijo, y comenzó a repartir suaves besos por mi rostro.

Estaba completamente quieto y podía ver que sus facciones estaban contraídas por el esfuerzo. Su respiración era rápida e irregular. Sabía que él no sentía ningún dolor, pero, desde luego, no estaba siendo fácil para él.

Acercó su boca a mi oído y me susurró palabras de consuelo. Poco a poco sentí cómo el dolor menguaba y mi cuerpo se acostumbraba a él.

—Puedes moverte —le dije.

—¿Estás segura? —preguntó.

—¿No quieres?

—No hay nada que desee más en este momento, golondrina. Pero no quiero hacerte más daño.

—No lo harás. Lo peor ya ha pasado.

No podía saberlo con seguridad, pero, aun así, estaba convencida de ello.

Comenzó a moverse primero despacio, y luego algo más rápido, aunque no era suficiente para mí. Sentía que algo estaba comenzando a formarse en el interior, pero necesitaba más; más presión. Estiré los brazos y agarré su trasero, atrayéndolo hacia mí. Él entendió la señal y comenzó a moverse más rápido.

Mi cuerpo entero estaba en tensión y sentía que el dulce alivio estaba casi al alcance de mis manos.

—Más rápido —gemí.

—Golondrina… —me advirtió con su voz llena de deseo.

—No me voy a romper, Leonid. Hazlo.

Y lo hizo. Comenzó a entrar y salir de mí a un ritmo acelerado. Supe que estaba a unos pocos segundos de un orgasmo espectacular, a uno pocos segundos de explotar de felicidad.

Tres… dos… uno.

Y mi mundo estalló en mil pedazos. Leonid seguía moviéndose mientras yo volaba, pero unos segundos más tarde él llegó al clímax entre espasmos gritando mi nombre.

—Joder, golondrina, joder —dijo cuando su respiración se calmó. Se separó de mí y se tumbó en la cama a mi lado.

—Creo que me ha gustado —confesé con una sonrisa pícara.

—Espero que estés de broma —se quejó, entrecerrando los ojos, aunque su sonrisa le delataba.

—No sabía que el sexo podía ser tan bueno.

—Y puede ser aún mejor —prometió a la vez que se incorporaba levemente para darme un tenue beso en los labios.

—¿Me lo demuestras? —pregunté, mordiéndome el labio inferior.

Él soltó una carcajada.

—Necesito unos minutos para recuperarme y tú estás dolorida.

Suspiré mientras me incorporaba y una pequeña punzada de dolor me invadía.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo, golondrina —respondió con una sonrisa de suficiencia y yo puse los ojos en blanco—. Ven, vamos a darnos un baño.

Una media hora después, me encontraba sumida en la relajante quietud de la gran bañera de chorros, apoyada suavemente en el torso de Leonid. El sonido del agua me envolvía, creando una atmósfera de calma. Él dibujaba círculos lentos y tranquilos en mi hombro. Un gesto tan sencillo y al mismo tiempo tan reconfortante. Ambos estábamos completamente limpios, pero el agua seguía tibia, envolviéndonos en una sensación de calor placentero. Lo que menos me apetecía era salir de allí; en ese momento, todo parecía perfecto. La quietud, el silencio compartido, y la cercanía entre nosotros. Como si el mundo exterior no existiera y solo quedásemos nosotros dos, flotando en ese espacio de tiempo suspendido.

—No estaba en Moscú por negocios —confesó rompiendo el silencio—. Mikhail y yo estábamos allí porque estábamos siguiendo una pista. Una que esperábamos que nos llevase al asesino de mi hermano. Pero ha terminado siendo humo. —Hizo una pausa y yo no dije nada, porque estaba intentando procesar sus palabras—. No te avisé de que adelantábamos el regreso porque estaba devastado. Llevo un año intentando encontrar al culpable, pero no logro avanzar.

Fui a moverme, pero Leonid rodeó mi cintura con su brazo, acercándome más a él. Era evidente que no quería que me separase de él, así que no me moví, a pesar de que me hubiera gustado mirarlo a la cara.

—Pensé que tu hermano se había suicidado.

Él suspiró.

—Esa es la versión oficial —respondió con amargura—, lo que su asesinó quiere que creamos. Y, al parecer, lo está consiguiendo, porque es lo que todos piensan menos Mikhail y yo.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—Mi hermano tenía sus propios demonios, como todos los que vivimos en este mundo los tenemos, pero nunca se quitaría la vida.

Me moví para separarme de él, y esta vez, sí me lo permitió. Me giré y le miré a la cara.

—Tu hermano no querría que te dejases arrastrar por la ira y la venganza —dije con suavidad. Él abrió la boca para responder, pero lo interrumpí con un leve ademán de la mano—. No lo conocí, lo sé… pero estoy segura de que lo que más habría querido es que tú fueses feliz. Que vivieras una vida plena, no consumido por el dolor ni por la necesidad de vengarlo.

Leonid frunció su rostro en una expresión de dolor.

—No puedo permitir que todo el mundo piense que se quitó la vida. Él nunca hubiera traicionado a nuestra organización, él era leal. Para mi hermano, la Bratva era su mundo, no habría nada que no daría por ella.

—Tú lo sabes, Leonid. Sabes que tu hermano era un hombre de honor, leal, íntegro. Y eso debería bastarte. No necesitas demostrarlo al mundo si tú ya estás convencido de quién era realmente.

—Su asesino…

—Antes o después cometerá un error —lo interrumpí con suavidad—. Y cuando lo haga, tú estarás ahí para encontrarlo. Pero, hasta entonces… vive. No permitas que la oscuridad te consuma, ni que el dolor te robe lo que aún tienes.

Y entonces, de forma repentina, se incorporó y me levantó con él, con un gesto firme pero delicado. Me sacó de la bañera con cuidado y me dejó de pie junto a él. Luego, tomó una toalla y me la tendió, envolviéndome con ella con la misma suavidad con la que momentos antes había dibujado círculos en mi piel.

—Gracias, golondrina. Gracias por aparecer en mi vida.

Antes de que pudiese responderle, unió sus labios a los míos. No fue un beso urgente ni posesivo, sino profundo y sincero, como si con él intentara agradecerme todo aquello que no sabía expresar con palabras.

Sus manos se apoyaron con suavidad en mi cintura mientras mi cuerpo, aún envuelto en la toalla, se pegaba al suyo. Sentí su calor, su necesidad de conexión, pero también su fragilidad.

Y entonces, lo entendí. Leonid era fuerte, rudo; un hombre de la mafia, pero era humano y tenía fragilidades. La muerte de su hermano era una de ellas. Y yo le ayudaría a recomponerse, porque el amor también era eso: sostener al otro cuando siente que no puede solo, tenderle la mano cuando el peso del pasado amenaza con aplastarlo.

Porque cuando amas a alguien, no solo amas lo fácil, lo bonito o lo perfecto. Amas también lo malo, lo roto, lo que duele. Y yo amaba a Leonid con todo.

—Te quiero. —Las palabras se deslizaron por mi lengua con facilidad cuando mis labios se separaron de los suyos.

Él me miró, atónito.

—¿Me quieres?

—Sí, creo que desde hace más tiempo del que pensaba. Quizá lo he hecho desde que te conocí, aunque me ha costado entenderlo. Yo pensaba que el amor era fácil, instantáneo, bonito, pero me he dado cuenta de que es todo eso, pero que también es oscuro, complicado y desafiante. Que el amor verdadero no es solo mariposas en el estómago, también es dudas, miedos y decisiones. Es quedarse cuando sería más fácil huir. Y elegir al otro, incluso cuando no todo es perfecto.

—Vaya…

—¿En serio? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Leonid soltó una suave risa y me atrajo más hacia él.

—Yo también te amo, golondrina —dijo con voz grave, pero cargada de emoción—. Te amo con mi escasa luz y con toda mi oscuridad. Te amo incluso en los rincones de mi interior en los que ni yo me atrevo a entrar. Y si alguna vez me pierdo ahí dentro, prométeme que me encontrarás.

Le acaricié la mejilla con los dedos, con infinita ternura.

—Siempre lo haré —susurré—. Aunque tenga que caminar a ciegas, aunque el camino sea duro, siempre iré a buscarte.

Leonid me besó de nuevo, pero, esta vez, fue un beso más lento, más profundo, un beso que no era preludio de nada, un beso que estaba cargado de amor.

—No quiero —me dijo, rompiendo el beso, con su boca aún cerca de la mía—, pero tienes que regresar con tu prima.

Él tenía razón. Tenía que estar de regreso en casa de mi tío por la mañana, y si no lo hacía, este enviaría a uno de sus hombres en mi búsqueda.

—Lo sé —hice un mohín—, pero yo tampoco quiero irme. Quiero quedarme a dormir contigo.

Leonid suspiró.

—Pronto no tendrás que alejarte de mi lado, pronto serás mi esposa y no tendrás que irte nunca.

Y, por primera vez desde que comenzamos nuestra relación, sonó como una promesa tentadora y no como una amenaza.

CAPÍTULO 27

LEONID

Siempre había pensado que la mejor noche de mi vida fue la primera que pasé en Los Ángeles, casi ocho años atrás, cuando conseguí alejarme de Moscú. Pero me equivocaba, porque la mejor noche de mi vida era en la que había tenido a Serena desnuda en mi cama y entre mis brazos.

Dejarla ir había sido una de las cosas más complicadas que había tenido que hacer en toda mi existencia. Pero tan solo teníamos que esperar un poco. Unos meses y ella sería mía para siempre. Y yo de ella.

—Seguimos en punto muerto —masculló Mikhail, interrumpiendo mis pensamientos. Se pasó las manos por la cara, con los codos apoyados sobre el escritorio de su despacho en la discoteca—. Ha pasado casi un año desde que mataron a Yaroslav y no tenemos nada, ¡joder! —Le dio una patada a la madera, creando un pequeño estruendo.

Mikhail no se equivocaba.

Ni siquiera teníamos una pequeña pista de quién podría ser su asesino.

Nos habíamos tirado casi una semana en Moscú, pero seguíamos sin averiguar nada. Era como si su asesino hubiera desaparecido de la tierra.

—Parece que nada de lo que hacemos es suficiente —suspiré.

Y entonces, volví a pensar en Serena, en sus palabras en la bañera. Ella había logrado llegar a mí. No por lo que había dicho, sino por la manera de decírmelo. Mi golondrina tenía razón, todo este asunto de Yaroslav estaba haciendo que me sumiera en una espiral de autodestrucción. Poco a poco, me estaba consumiendo, perdiéndome a mí mismo en el odio y la venganza.

Antes de conocerla, no me importaba. Porque había estado dispuesto a sacrificar cualquier cosa con tal de conseguir vengar el asesinato de mi hermano. ¿Pero ahora?

No podía permitir que ella sufriera. Quería hacerla feliz, darle la vida que ese ángel se merecía a mi lado.

Serena tenía razón, era lo que Yaroslav querría.

—Igual no merece la pena seguir buscando al culpable de la muerte de Yaroslav —añadí cuando Mikhail me miró en silencio—, seguir intentando vengar su muerte.

—Era lo que querías hacer. Por ti estoy dentro otra vez.

—Y no me arrepiento ni durante un solo segundo. Mi hermano es inocente y quería que lo supieras.

Mikhail arqueó una ceja.

—¿Ya no quieres vengar su muerte?

—Claro que quiero. No hay cosa que más desee que vengar a Yaroslav, pero… —hice una pausa, tratando de aclarar mis ideas— no a cualquier precio. No sé si se merece la pena seguir. Llevamos meses y meses dando vueltas en círculo. Estamos perdiendo el tiempo, pausando nuestras vidas, ¿y para qué? A veces, pienso que es mejor dejarlo y seguir adelante. Estoy empezando a pensar que era lo que Yaroslav querría.

Mikhail me observó con intensidad. Durante unos instantes no pronunció ni una sola

palabra y sentí que estaba perdido en sus propios pensamientos.

—¿Es por Serena, verdad? Te has enamorado de ella. —Él no me dio la opción de contestar, seguramente porque ya sabía la respuesta—. Te entiendo porque me pasó lo mismo cuando conocí a Isabella. En el fondo, incluso después de ver el vídeo, siempre hubo una parte de mí que me gritaba que mi mejor amigo jamás me traicionaría, pero preferí ser egoísta y pensar en mi propia felicidad con mi esposa. Decidí pasar página, ¿pero sabes qué? No pude hacerlo, porque no hay ni un solo día durante estos nueve meses en los que no haya pensado en Yaroslav. Me rendí una vez, no pienso hacerlo una segunda.

—No me estoy rindiendo, Mikhail. —Jamás me rendiría con mi hermano—. Pero esto me está matando por dentro. —Tal vez Mikhail tenía razón y estaba siendo egoísta—. Solo quiero centrarme en mi presente. Y mi presente es Serena. Mientras siga buscando incansablemente al culpable de Yaroslav, no estaré del todo con ella.

Mikhail me miró.

—Buscar al culpable de la muerte de Yaroslav es lo que hizo que te quedases en la Bratva.

Sabía lo que me estaba diciendo. Había tenido una oportunidad de escapar y no la había cogido. No habría otra. Si intentaba volver a irme, Mikhail me buscaría y me mataría por traición.

Aunque no tendría que hacerlo.

Lo de Yaroslav había sido la excusa perfecta, el motivo noble con el que me había engañado a mí mismo durante todo este tiempo. Pero ahora lo comprendía con una claridad brutal: la Bratva no era solo un deber, era parte de mí. Estaba en mi sangre, en mis huesos, en cada decisión que tomaba. Era un hombre de la mafia hasta en el último rincón de mi ser. No por herencia, sino por elección.

—Me quedé porque nuestra organización es donde pertenezco. —Era la primera vez que lo expresaba en voz alta. Sin ningún tipo de vergüenza, sin arrepentimiento, solo con orgullo. Y joder, se sentía bien—. Soy tu segundo, no voy a irme a ningún lado. Además, estoy haciendo bien mi labor.

—Bastante mejor de lo que pensaba —reconoció Mikhail con una sonrisa.

—¿Eso es un halago, Pakhan? —bromeé—. Vas a hacer que me emocione.

Mikhail entornó los ojos.

—El amor no ha mejorado tu sentido del humor. Sigue siendo una mierda.

—También lo era el de Yaroslav.

—Cierto —dijo Mikhail. Suspiró—. Te entiendo, Leonid. Pero yo no puedo parar, no otra vez. Se lo debo.

—No creo que él quiera que perdamos la cordura buscando a su asesino. Él querría que nos centrásemos en la organización, que la convirtamos en la más fuerte de toda la Bratva, que nos hagamos con el poder en Dublín.

Mikhail volvió a suspirar y se acomodó en su silla.

—Lo sé. Para él lo más importante era nuestra organización. Respiraba por la Bratva.

Mikhail iba a decir algo más, pero unos golpes en la pared lo interrumpieron.

—¡Estoy ocupado! —gritó.

—Lo siento, jefe. Es urgente —dijo Nikolái, uno de los soldados que se encargaban de la seguridad de la discoteca.

Mikhail bufó.

—¡Más te vale tener una buena razón! ¡Pasa!

La puerta se abrió y Nikolái entró. Miró a Mikhail con nerviosismo.

—Lo siento, jefe. No te hubiera molestado si no fuera urgente. Me…

Antes de que pudiera terminar la frase, una voz femenina lo interrumpió.

—Ya te he dicho que no necesito ninguna presentación, soy su mujer. Me va a atender. —Isabella pasó al lado de Nikolái con esos aires de grandeza que tanto la caracterizaban. Pero lo que me sorprendió fue que Serena y su hermana estaban con ella.

CAPÍTULO 28

SERENA

Eran las nueve de la noche cuando mi teléfono sonó.

Me había pasado todo el día rememorando la noche que había compartido con Leonid, pero más que el sexo lo que no paraba de repetirse en mi cabeza eran sus palabras declarándome su amor.

No habían sido románticas, o al menos no como lo eran en las películas o en los libros que tanto me gustaban. Pero habían sido reales, intensas, sinceras, y por eso, perfectas. Porque no eran palabras ensayadas ni adornadas, eran suyas, crudas y profundas, nacidas de lo más oscuro y honesto de su corazón. Y eso, de algún modo, las hacía mucho más valiosas.

Pero todos esos pensamientos pasaron a segundo plano cuando vi el nombre de mi hermana en la pantalla. Un mal presentimiento se apoderó de mí, helándome por dentro, como si mi cuerpo supiera antes que mi mente que algo malo había pasado.

Y no me equivoqué.

Mi hermana estaba histérica. Apenas podía entenderla por teléfono. Le dije que cogiera un taxi y fuera a casa de Isabella, que quedábamos allí en veinte minutos.

Ya habían pasado treinta y cinco desde entonces y no había ni rastro de mi hermana.

—¿Estará bien? —le pregunté a Isabella, que se encontraba a mi lado—. ¿Y si le ha pasado algo, Bella? ¿Y si le ha hecho algo? Tenemos que hacer algo, tenemos que…

—Tienes que relajarte, Rena. —Mi prima sostuvo mis brazos con fuerza—. Ella va a aparecer.

Y un segundo más tarde, el timbre del telefonillo provocó que ambas nos sobresaltáramos. Corrí hasta la puerta de entrada y descolgué el telefonillo, relajándome cuando escuché al portero anunciando el nombre de mi hermana.

—¿Ves? —me dijo Isabella—. Te he dicho que vendría.

Pero todo mi alivio se convirtió en terror lívido cuando unos pocos minutos después mi hermana cruzó la puerta del *penthouse*.

Ella era un auténtico desastre. Su cabello negro estaba recogido en un moño completamente despeinado. La luz tenue del recibidor iluminó su rostro, revelando las líneas oscuras debajo de sus ojos y las sombras moradas que se extendían hasta sus mejillas. Ella había estado llorando.

Aunque no era solo maquillaje lo que marcaba su piel. Su mejilla derecha estaba roja e hinchada, y un leve hematoma comenzaba a formarse bajo su ojo derecho.

—¡Melania! —Me lancé hacia ella, abrazándola—. ¿Estás bien? ¿Qué te ha hecho ese desgraciado?

Mi hermana estalló en llanto. Rodeé su espalda con mis brazos, consolándola mientras la atraía hacia mí. Vi cómo Isabella nos rodeaba para cerrar la puerta, buscando privacidad.

—Él… él… —balbuceó cuando se separó de mí unos minutos después— él lo sabe.

Apoyé mis manos sobre sus hombros.

—¿Qué sabe, Melania?

—Lo de Brad. Saverio se ha enterado de lo de Brad.

—Vamos, siéntate. Necesitas relajarte un poco. Voy a traerte un poco de agua —le dijo Isabella.

Melania asintió. Ella caminó hasta el sofá y se sentó. Yo ocupé un sitio a su lado.

Isabella le trajo un vaso de agua y mi hermana lo bebió de un trago para, después, dejarlo sobre la mesa redonda que se encontraba frente al sofá. Ella había dejado de llorar y su respiración se había acompasado.

Me incliné hacia ella para apretar su rodilla.

—¿Qué ha pasado, Mel?

—Saverio y yo habíamos quedado para ir a cenar en el centro a un restaurante con otro posible socio o algo así. Llevo notando desde que llegamos a Dublín que está más insistente conmigo, haciéndome más preguntas, pero he tratado de ignorarlo. Me he metido en la ducha y me estaba preparando en el baño para ir a la cena y él ha aprovechado para rebuscar entre mis cosas. Yo tengo otro móvil, uno desde el que me comunico con Brad. Él piensa que me llamó Alina, que soy secretaria de un bufete de abogados en Roma, pero que me he tomado unos meses libres para viajar por Italia y desconectar. Le he dicho que no podría responder a sus mensajes esta semana porque estaba pasando unos días en una cabaña sin cobertura con unas amigas. Por eso no necesitaba haber traído el móvil, pero no pude evitarlo. Porque ¿y si a Brad le pasaba algo, si necesitaba comunicarse de manera urgente conmigo? —Suspiró profundamente y se pasó una mano por su rostro—. He sido una tonta, una descuidada. Siempre borro cualquier conversación, pero su último mensaje era tan bonito… —Su voz se quebró.

—Mel, tranquila —traté de consolarla, apretando un poco más su rodilla a modo de apoyo.

—Me escribió que no podía dejar de pensar en lo bonita que estaba solo con su camiseta puesta, que me amaba con todo su ser —continuó—. Que estaba dispuesto a dejar su trabajo y venirse conmigo a Italia y que prefería vivir debajo de un puente a vivir en una mansión sin mí. —Ella hizo una pausa, tragando—. Y Saverio lo ha leído.

—Oh, Dios… —Me llevé una mano a la boca.

—Él ha enloquecido. Se ha puesto a tirar cosas y a llamarme de todo. Le he dicho que quería divorciarme de él, que no aguantaba más. Él me ha dicho que si no estaba con él nadie me tendría. Me ha pegado. Saverio es un cerdo y un infiel, pero jamás me había puesto una mano encima. Aunque no debería sorprenderme, él es capaz de cualquier cosa. Estaba tan fuera de sí… Por un momento, he creído que iba a matarme. Desesperada, he cogido un jarrón que estaba en el suelo y le he dado con él en la cabeza antes de salir corriendo.

—¿Está muerto? —pregunté.

—No, respiraba.

Y sentí cierta decepción, porque aunque no quería que mi hermana viviese con la culpa de haber asesinado a su marido, Saverio se merecía morir.

—He entrado en pánico y le he robado su portátil.

No fue hasta que Melania no levantó ligeramente sus muslos que no vi el ordenador que descansaba en ellos.

—¿No se te ocurre alguna contraseña? —le preguntó Isabella, que se encontraba frente a nosotras, de pie.

—¿Tal vez su día de nacimiento o su comida favorita? —Traté de dar ideas.

—Podemos probar —dijo Melania, abriendo el portátil.

—Probablemente se bloquee si hacemos varios intentos fallidos —le advertí a mi hermana —. O puede que incluso tenga algún tipo de protección extra, algo que al activarse avise

automáticamente a alguien de su confianza en cuanto se bloquee.

No entendía demasiado de ordenadores, pero con doce años estaba en un viaje con mis padres y me dejaron un rato sola en la habitación del hotel. En aquel entonces estaba obsesionada con *El Diario de Noa.* Estaba aburrida y vi el ordenador de mi padre sobre la mesa del escritorio del hotel. Pensé que tal vez podría utilizarlo para ver la película e intenté entrar, probando con varias contraseñas. No tardó ni dos minutos en entrar corriendo en la habitación, armado, junto a tres de sus hombres que también tenían las pistolas en sus manos.

Él creía que alguien había entrado en su habitación. Al parecer, tenía una protección extra en su ordenador que se activaba cuando alguien que no era él introducía una contraseña errónea.

—Es probable —coincidió Isabella con el rostro serio.

—¿El hermano de tu compañera no podía ayudarnos? —le recordó Melania a Isabella.

—Sí, pero no ahora. Tu marido recuperará el conocimiento pronto. Necesitamos ayuda inmediata.

—¿Y qué sugieres?

—Sé quién puede ayudarnos —dijo Isabella con decisión.

Isabella se las había arreglado para sacarnos del apartamento sin que ni el hombre que le había puesto Mikhail para vigilarla ni el de mi tío nos siguiesen. Ella había cogido uno de los coches que Mikhail tenía en el garaje.

Mi prima se había sacado el carnet de conducir hacía años, pero no conducía con mucha regularidad, algo que se notaba, ya que en más de un momento del trayecto temí por mi vida.

En cuanto aparcó el coche, la miré, confundida.

—¿Si ibas a traernos a la discoteca de tu marido porque te has deshecho de su hombre? —le pregunté, reconociendo el lugar en el que estábamos.

—Porque prefiero que Mikhail no sepa que venimos. Cuanto menos se imagine, más fácil será que nos ayude —me respondió, como si fuera la explicación más lógica del mundo.

—Él no nos ayudará —dijo Melania—. No va a ir en contra de mi marido. Eso sería enfrentarse a nuestra familia.

Isabella se encogió de hombros.

—Puedo ser muy persuasiva cuando quiero.

No lo ponía en duda. Y si me quedaba alguna, la disipó en cuanto llegamos a la puerta de la discoteca y uno de los guardias intentó detenernos. Isabella lo amenazó con cortarle los huevos si se atrevía a impedirnos el paso.

Nos dejó entrar, pero el hombre salió corriendo hacia el despacho de Mikhail. Isabella fue tras él sin perder el paso, y nosotras la seguimos.

—Ya te he dicho que no necesito ninguna presentación, soy su mujer. Me va a atender —dijo Isabella entrando por delante del hombre de Mikhail que había abierto la puerta y se encontraba en el umbral.

Mikhail estaba allí, sentado tras su escritorio, pero se levantó al vernos entrar. El otro hombre que lo acompañaba también se puso de pie, y tuve que contener la sorpresa al descubrir que se trataba de Leonid.

—Nikolái, vete y cierra la puerta —ordenó Mikhail con voz seca. Su soldado obedeció sin demora.

—¿Isabella, qué pasa? —preguntó Mikhail, acercándose a ella con el ceño fruncido.

Pero no pude escuchar su respuesta. Un brazo me rodeó la cintura de forma repentina, y antes de poder reaccionar, me encontré frente a Leonid.

—¿Estás bien, te ha hecho alguien daño? —me preguntó con ferocidad, dispuesto a matar a quien me estuviese dañando.

Lejos de parecerme perturbador, mi corazón se llenó de una calidez inexplicable. Su protección me hizo sentir a salvo y, por un momento, feliz.

—¿Te has vuelto loca? —gruñó Mikhail, provocando que no llegase a responder a Leonid y me separase de él.

—Mírala —dijo Isabella, señalando a Melania—. Él le ha pegado.

Melania llevaba el portátil en sus brazos y se encogió ante la mirada de Mikhail.

—Y lo siento mucho —respondió con un suspiro—. Pero no puedo hacer nada.

—¿No podemos? —preguntó Leonid.

—No sin enfrentarnos a una guerra —dijo Mikhail—. Y olvídate de tu boda.

Leonid negaba con la cabeza, pero la evidencia llegaba a sus ojos. No iba a ayudarnos.

—Podemos mandar a alguien a que le pegue un susto —sugirió Leonid—. Que le dé una paliza y le avise que si no trata bien a su mujer regresará. No tendrá pruebas de quién ha sido, pero se andará con cuidado.

Mikhail parecía estar sopesando esta opción.

—¡Queréis dejar de decir tonterías y escucharme! —gritó Isabella, y ambos hombres la miraron—. Melania ha pegado a su marido con un jarrón para defenderse, a estas alturas igual ya se ha recuperado y ha pedido ayuda. Ella no va a regresar con él.

—Matará a mi bebé cuando se entere de que estoy embarazada de mi amante —confesó Melania—. Y él lo va a saber, porque después de descubrir que tengo un amante, pedirá una prueba de ADN en cuanto descubra mi embarazo.

Mikhail soltó una blasfemia.

—Me aseguraré de que el bebé esté a salvo —prometió Leonid—. Hablaremos con tu padre. Tus padres pueden buscarle una buena familia.

Ese fue mi momento para gritar.

—¡¿Estás insinuando que tenga el bebé y lo de en adopción? ¿Has perdido la cabeza?!

Escuché a Melania empezar a llorar y me acerqué a ella. Le toqué el brazo, dándole ánimos.

—Rena, tienes que entender…

—No, no entiendo nada.

—¿Podéis por lo menos entrar en su ordenador? Melania se lo ha robado y creemos que puede contener información comprometida.

—Todos nuestros órdenadores la contienen —dijo Mikhail—. Si entramos en su ordenador, él lo sabrá. Pensará que le hemos pedido a su mujer que lo golpee y lo robe. Todas las familias italianas aparecerán en mi puerta. No puedo permitírmelo.

Estábamos perdidas. Solo quedaba una baza. No estaba segura de si funcionaría, pero tenía que intentarlo.

—Leonid, ¿recuerdas el día de la feria cuando fui al baño y te dije que me había perdido al salir?

—Sí —respondió, aunque pude ver su impaciencia por saber a dónde quería llegar.

—En realidad, estaba siguiendo a un hombre.

En el siguiente minuto, le conté la conversación que había escuchado y le describí al hombre que había visto. Leonid sacó su móvil del bolsillo y me enseñó una foto.

—¿Es este?

La calidad de la imagen no era demasiado buena. El hombre estaba con la mirada perdida y, como la vez de la feria, llevaba una capucha que le tapaba parte del rostro, pero tan solo necesité ver su ojo de cristal para darme cuenta de que se trataba de la misma persona.

—Sí —dije sin ninguna duda.

—Me di cuenta de que me seguía —le comentó a Mikhail, que había enarcado una ceja.

—¿Y no me lo dijiste? —preguntó Mikhail.

—Le saqué una foto para investigarle. Se la envié a un detective privado. Uno que está en nómina con algunos de nuestros socios. Di por hecho que uno de ellos me lo había puesto para asegurarse de que soy de fiar. A fin de cuentas, no era yo quien debía ser el segundo. Además, hace semanas que no me sigue.

—Ninguno de nuestros socios haría eso. No fiarse de uno de mis hombres sería no fiarse de mí. Y yo no tolero la desconfianza —dijo Mikhail.

Leonid abrió la boca, pero yo no le permití hablar.

—Parece que a Saverio eso le da igual —dije, provocando que ambos me mirasen—. Él se reunió con ese hombre ayer. Nosotras le vimos.

No estaba segura de si esto era cierto, pero no tenía nada que perder.

—Y Melania escuchó hace unas semanas a Saverio hablar por teléfono pidiéndole a un hombre que vigilase a Leonid —mintió Isabella—. Ella pensó que igual era para asegurarse de que no hacía daño a Serena. La pobre, a pesar de todo, quería pensar en la buena voluntad de su marido. Hasta hoy, claro.

La mentira era flagrante, Melania no había escuchado nada y mi hermana nunca hubiera pensado bien de su marido.

Leonid y Mikhail miraron a Melania y esta asintió, incapaz de hablar.

Estábamos jugando un órdago, pero funcionó.

Mikhail le pidió el portátil a Melania y llamó a uno de sus hombres que se encargaban de los problemas informáticos. Vamos, un hácker.

Queríamos quedarnos para saber qué contenía, pero Mikhail y Leonid se negaron y ni siquiera Isabella logró convencerlos.

Uno de los hombres de Mikhail nos llevó a casa, pero no se quedó en la calle. Este entró con nosotros al interior del apartamento. Dos hombres más estaban fuera, vigilando.

Según nos dijeron, para asegurarse de que, si Saverio descubría que Melania estaba allí, no pudiese entrar, aunque yo estaba segura de que Mikhail quería asegurarse de que Isabella no hacía ninguna tontería.

CAPÍTULO 29

LEONID

—No estoy seguro de que Serena estuviera diciendo toda la verdad —le dije a Mikhail, bajando la voz, para que el *hacker* que teníamos en nómina y estaba tratando de acceder al ordenador de Saverio, no pudiera escucharnos.

—Yo estoy seguro de que Isabella mentía —respondió él. Ladeó la cabeza para mirarme—. Es capaz de cualquier cosa con tan del conseguir lo que considera justo.

O por satisfacer uno de sus caprichos.

Él no lo dijo, pero estaba convencido de que lo estaba pensando.

—Y, aun así, aquí estamos —suspiré con resignación mientras hundía los hombros.

—Dos idiotas enamorados que no quieren ver sufrir a sus chicas. Seguro que mi padre se está retorciendo en su tumba.

—Esa es la parte positiva de todo esto, ¿no?

Mikhail soltó una carcajada seca.

—Espero que el cabronazo se esté pudriendo en el infierno, y que cuando me llegue la hora, aún quede algo de él para torturar.

A pesar de que mi padre fue su mano derecha, nunca tuve demasiada relación con Zinov, el padre de Mikhail. Incluso antes de saber lo que estuvo haciendo los años antes de su muerte, siempre evité compartir espacio con ese tío.

Fue un Pakhan de mierda, un padre de mierda y una persona de mierda.

Aún no entendía cómo Mikhail pudo resistir la tentación de matarlo. Menos mal que lo hizo otro por él.

El mundo era mejor sin escoria como Zinov Andreyev en él.

—Das por hecho que vas a ir al infierno —musité.

Se encogió de hombros con indiferencia.

—No soy religioso, pero si hay un cielo y un infierno, no tengo dudas: tú y yo acabaremos abajo.

Yo tampoco era religioso, pero siempre había querido creer que, si alguien juzgaba nuestras vidas después de la muerte, yo saldría bien parado. Ahora sabía que solo me engañaba a mí mismo.

El infierno se quedaría corto para mí.

Miramos al *hacker* sentado en la silla de Mikhail concentrado en su tarea. Era un chico joven, de nacionalidad rusa, en mitad de sus veinte, que siempre acudía con rapidez cuando lo llamábamos. No solo porque el dinero que le pagábamos era una suma considerable, sino porque Mikhail lo había salvado de una injusta condena perpetúa en una de las cárceles más inhóspitas de Rusia trayéndolo a Dublín.

—Como no encontremos algo con lo que amenazarlo, vamos a estar muy jodidos —resopló Mikhail, cruzándose de brazos con frustración.

—Sean —que así se llamaba el hombre que Serena había visto en la feria— me estaba siguiendo. En eso, Serena decía la verdad. Si realmente se reunió con Saverio, quizá podamos

sacar algo de ahí.

—O quizá se reunió por cualquier otra razón que no tenía que ver contigo —replicó Mikhail, por una vez actuando como la voz de la razón—. La verdad es que estamos haciendo una gilipollez solo para que nuestras mujeres estén felices.

—Saverio es un cabronazo que ha golpeado a su mujer —dije, conteniendo la rabia—. Y esa mujer es la hermana de mi prometida.

—Y con suerte, si le dieras una paliza por eso, las familias italianas lo dejarían pasar. Pero ya sabes cómo va esto… Saverio va a decir que no la ha tocado, que fue ella quien lo atacó y le robó el ordenador por orden nuestra. Y todo porque tenía un amante y quería escapar. O, peor aún, dirá que ese amante también fue parte de un montaje nuestro para manipularla.

—Joder —mascullé, pasándome una mano por el cabello, porque, desgraciadamente, Mikhail tenía razón.

—Joder es lo que no vamos a hacer ni tú ni yo —dijo, y yo lo miré con los ojos entrecerrados—. Isabella no me va a dejar que la toque por no ayudar a su prima, y tú no te vas a casar con Serena porque su familia va a tapar bajo la manta lo que hemos hecho a cambio de que canceles el compromiso, olvidemos lo que hizo a Alessandro, y a saber la de mierdas más que me pedirá mi suegro por su silencio. Eso si Saverio no exige una guerra.

—No voy a perder a Serena.

—No vas a tener que hacerlo —dijo una voz, pero no fue la de Mikhail. El *hacker*, que estaba más atento a nuestra conversación de lo que pensaba, me miró—. Los dos vais a poder acostaros con vuestras mujeres, pero antes igual queréis joder a otra persona con vuestros cuchillos.

Los dos lo miramos sin entender, intercambiando una mirada rápida de desconcierto. El chico no pronunció ni una sola palabra, simplemente tecleó algo en el ordenador y, tras unos segundos, un archivo de audio comenzó a reproducirse por los altavoces.

La voz de Saverio resonó con claridad en la sala.

—¡Todo ha salido bien! Mi hombre hizo que la muerte del ruso pareciera un suicidio… Fue tan fácil como quitarle un caramelo a un niño. Incluso el imbécil de Mikhail Andreyev lo cree. Nadie sospecha nada.

¿El ruso? ¿Estaba hablando de mi hermano?

No podía ser… No era posible…

¿Por qué Saverio estaría detrás de la muerte de Yaroslav? No me constaba que tuvieran ninguna relación. Además, ¿qué ganaría Saverio con eso?

No entendía nada.

—Él graba todas sus conversaciones con una aplicación que se guardan en el portátil automáticamente —nos explicó el hacker—. Esta la había borrado, pero es bastante fácil recuperar. Ese tío es un imbécil presuntuoso. Si me dais unos minutos, puedo recuperar más.

—Sigue trabajando, Jasha. Si encuentras algo más que sea relevante, me lo envías al móvil. Leonid y yo tenemos que hacer una pequeña excursión.

No necesité preguntarle a Mikhail para saber a lo que se refería.

—Sí, nosotros somos más de hablar en persona.

Toda mi ropa estaba cubierta de sangre, pero no me había limpiado y no quería hacerlo aún. La sangre de Saverio no sería la única con la que se mancharían mis manos. Iba a matar al

hombre que Saverio asesinó para matar a mi hermano. Pero antes iba a sufrir, igual que lo había hecho Saverio.

Mikhail salió del pequeño baño que teníamos en el almacén del puerto en el que nos encontrábamos. Se había duchado y cambiado de ropa.

—¿Vas a entrar? —me preguntó, señalando con su barbilla la puerta del baño.

—Aún no —dije, acomodándome en la silla de madera.

Escuché el sonido de la sala contigua. Los limpiadores estaban trabajando, arreglando el desastre que habíamos causado.

—Yaroslav arriesgó su vida por la organización y por ti —dije.

Mikhail se sentó en una silla a mi lado.

Saverio nos había confesado, con bastante facilidad para mi gusto, que el padre de Mikhail y él habían tenido un pacto. Saverio le pasaba información relevante de la familia de su mujer y este le daba parte de sus negocios en Dublín. Por lo visto, Saverio quería dedicarse a mucho más que a la política. Él aspiraba a meterse en la mafia, y no solo como el marido de la hija de un alto miembro.

Tras la muerte del padre de Mikhail, Saverio obtuvo información muy relevante de nuestra organización. Él quería usarla para derrocar a Mikhail. Su intención era venderla a las familias de la mafia de Dublín, usarlo para lograr el poder que ansiaba. Solo tenía que esperar que las aguas se calmasen un poco. Pero entonces, descubrió que Alessandro estaba jugando sucio, traicionando a la familia, juntándose con la misma gente que se habían relacionado Zinov y él. Personas que sabían lo que él había hecho.

Era cuestión de tiempo que Alessandro lo descubriese. No podía matarlo sin levantar sospechas, pero jugó una baza que tenía guardada, una que le había dado el padre de Mikhail: la prueba de maternidad que certificaba que Yaroslav era hijo de Alessandro. Se la hizo llegar, pensando que este pediría explicaciones. Que, con suerte, él mismo se cargaría a Alessandro. Pero Yaroslav era inteligente y descubrió que alguien estaba detrás; descubrió demasiado. Mi hermano fingió que estaba del lado de Alessandro para averiguar quién estaba intentando derrocar a Mikhail.

Saverio no estaba seguro de si lo había descubierto, pero sí de que había llegado demasiado lejos.

—Lo hizo, y aunque Saverio no nos ha dado todas las respuestas, sí nos ha dado la más importante y un hilo para saber el resto.

Asentí.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—Lo mantendremos en silencio. No creo que mi suegro esté involucrado, pero prefiero no arriesgarme.

—¿Quieres que preparemos un escenario donde parezca que se ha suicidado? —pregunté. Sería una venganza irónica.

—Va a estar complicado. Nadie va a creer que se ha apuñalado y torturado a sí mismo. —En eso, tenía un punto—. Había pensado en un accidente de coche. Uno en el que quede calcinado. El primer forense en llegar será uno de los que tenemos en nómina.

—Será una desgracia. Sobre todo, porque Melania iba en el coche con él y también se calcinó .

—Así es.

—¿Lo haces por el bien de nuestra organización o por el de Isabella?

—¿No puede ser por las dos? —preguntó arqueando una ceja—. Además —continuó—, vas a ayudar a la hermana de Serena a que tenga la vida que desea, una con el padre de su bebé lejos de la mafia. Serena te va a estar eternamente agradecida.

No respondí, no porque no tuviera mil cosas que decir. Sino porque, ¿quería que Serena se casase conmigo por agradecimiento?

Ella me amaba, me lo había dicho. Pero yo temía que, un día, dejase de hacerlo y acabase tomando medidas desesperadas como su hermana. Yo no era como Saverio, pero no era un buen hombre. La destruiría, la haría daño sin querer.

Serena era demasiado buena para mí.

Y entonces, lo comprendí.

Tenía que dejarla ir.

CAPÍTULO 30

SERENA

—Melania nos ha enviado un mensaje —me dijo mi padre—. Nos ha dicho que está bien y que tenía un plan muy interesante esta noche.

Mi hermana iba a Broadway a ver un musical con Brad. No se lo había podido decir a mis padres porque ellos desconocían dónde se encontraba exactamente. Esa era una información que tan solo conocíamos Mikhail, Leonid, Isabella y yo. Por temas de seguridad era mejor que, cuantas menos personas lo supiéramos, mejor.

Al menos, de momento.

—Ella está muy feliz.

Mi padre asintió.

—Gracias, princesita. —Cuando arqueé una ceja, mi padre añadió—: Sé que tu hermana decidiera contarnos la verdad ha sido, en parte, porque tú la convenciste. Nos has hecho muy felices a tu madre y a mí. No hubiera soportado vivir con la muerte de mi hija.

—Ella estuvo de acuerdo, papá.

A Mikhail casi le dio un ataque al corazón cuando se lo propusimos. Pero, en el fondo, Melania no quería marcharse para siempre y dejar a mis padres con ese dolor clavado en el alma. Yo sabía que, tarde o temprano, esa carga la consumiría. Y, al final, ella también lo entendió y estuvo de acuerdo conmigo. Nadie más lo supo, ni lo sabrían jamás. Ahora vivía con otra identidad, en otro lugar… y, por primera vez en mucho tiempo, era feliz.

No sabía qué le había parecido a Leonid, porque en los diez días que habían pasado desde que todo explotó, no había sabido nada de él. Ni siquiera había aparecido en el ficticio funeral de mi hermana que habíamos realizado en Turín el día anterior. Esa misma tarde había regresado a la casa de mi tío, y mi padre me había acompañado porque Leonid y su progenitor querían que nos reuniésemos con ellos en el despacho de mi tío.

—Pero porque tú la convenciste —insistió mi padre—. Nuestra relación con Melania no ha sido la mejor desde que ella se casó Saverio. Melania no confiaba en mí y puedo entenderlo, princesita. Me lo merezco. La fallé una vez, pero no será así ahora. Estaré siempre para ella.

Sonreí y estiré mi mano para agarrar la de mi padre.

—Lo sé, papá. Y Melania lo sabe también.

Mi padre me miró con tristeza. Se deshizo de mi agarre con suavidad.

—También te fallé a ti.

—Papá…

—No, princesita, escúchame. Durante todos estos meses he estado rehuyéndote, siendo incapaz de mirarte a la cara, pero no puedo seguir mirando hacia otro lado. Tengo que enfrentarme. Cuando tu hermana tenía diecisiete años nuestra familia no estaba en la mejor posición en Turín. Habíamos tenido varios problemas y las cosas no iban bien. El padre de Saverio me ofreció un acuerdo que para mí fue como una tabla de salvación. Y lo acepté, aún sabiendo qué clase de hombre era Saverio. Lo hice por nuestra familia. Y no hay día en el que no me odie por ello. Vi cómo cada día Melania se fue perdiendo un poco más, la vi morir en vida.

Por eso me prometí que no me iba a volver a pasar. Me dejé la vida en trabajar, hice cosas de las que no me siento especialmente orgulloso para ganar poder, y cuando todo iba bien, por un error que no es mío, me vi obligado a aceptar tu matrimonio con Leonid.

—¿Por eso rechazabas todos los matrimonios que te ofrecían?

—La mayor parte de propuestas ni siquiera las escuché. Ningún hombre me parecía suficiente para ti, princesita. Después de lo que le hice a tu hermana, quería encontrar al hombre ideal para ti, pero realmente no estaba considerando a ninguno. ¿Y qué he conseguido? Lanzarte en brazos del hombre equivocado. Si te hubiera encontrado a uno, a alguien de confianza en Turín… —Mi padre suspiró—. Ahora estarías viviendo a mi lado y nada de esto habría pasado. Debes odiarme, princesita. Y me lo merezco.

Mi padre me había estado ignorando porque era incapaz de ver cómo la historia de mi hermana se repetía, porque era incapaz de contemplar cómo su hija pequeña comenzaba a despreciarlo.

Pero eso nunca pasaría.

—Papá, no te odio. Nunca lo haría. —No importaba lo que él me hiciera, jamás podría odiar a mi padre—. Reconozco que he estado enfadada contigo por la manera en la que me has evitado, pero te estoy eternamente agradecida. —Mi padre arqueó una ceja—. Me he enamorado, papá. De alguna manera, todo esto tenía que pasar para que Leonid y yo nos encontráramos. No podría ser más feliz.

La expresión de mi padre se endureció.

—Princesita, ten cuidado. Ese hombre…

—Él es bueno, papá —lo interrumpí. Sabía que no tenía un buen concepto de Leonid, pero lo cierto era que ni siquiera se había molestado en conocerlo—. Dale una oportunidad, pasa un poco tiempo con él y lo verás. Él me quiere, papá. Está enamorado de mí tanto como yo de él. —Pude ver la duda reflejada en el rostro de mi padre, pero sabía que con el tiempo él lo comprobaría con sus propios ojos—. Nuestra historia de amor no ha sido perfecta, pero es la nuestra, como la tuya y la de mamá.

Mi padre hizo una mueca.

—Ella te lo ha contado, ¿verdad?

—Sí.

—Esa historia… —Mi padre chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Sabía que en algún momento tendríamos que contarte la verdad. Quedamos en adornarla un poco, pero ya conoces a tu madre… Es demasiado fantasiosa, no sabe cuándo parar.

Me reí.

Porque papá tenía razón.

Ahora que lo pensaba detenidamente, no sabía cómo me la había creído ciegamente. Era una copia exacta de cualquier película taquillera de Hollywood.

Era completamente inverosímil, pero yo me la había creído porque me interesaba hacerlo. Porque era el cuento perfecto, la historia bonita que yo también podría vivir.

—Papá, hablé con Renzo en el funeral ficticio de Melania, pero él solo me dio el pésame. Me aseguró que estaba todo bien ¿es así? Sé lo que contó Leonid y yo no hablé contigo porque me lo pidió Renzo, pero él no me tocó.

—Lo sé, golondrina. Confío en Renzo con mi vida, por eso era tu guardaespaldas. Lo interrogué, pero no fue castigado. Y ha conseguido su ascenso.

Respiré, aliviada.

—Leonid no debió sacar las cosas de quicio. Yo abracé a Renzo. Un abrazo de hermanos —corregí con rapidez.

—A tu prometido no le gusta que abraces a otro hombre, aunque sea como amistad —dijo mi padre con una gran sonrisa.

—Pareces complacido —mascullé frunciendo el ceño.

—Lo hago.

Puse los ojos en blanco y decidí cambiar de tema.

—¿Sabes por qué querían Leonid y su padre que nos reuniéramos con ellos? —le pregunté con un poco de inquietud, sentándome en el borde de la cama de la habitación en casa de mi tío que usaba como mía.

Mi padre negó con la cabeza.

—Hasta donde sé, ha sido Leonid quien ha insistido. ¿No te ha dicho nada?

—No he hablado con él. Ni siquiera me ha devuelto los mensajes.

Mi padre hizo una mueca.

—Estos días Mikhail y él han estado muy ocupado con los negocios. — No sabía cuanto conocía mi padre de la traición de Saverio. Yo sabía algo, porque me lo había contado Isabella. Saverio había matado al hermano de Leonid, y yo entendía que él tuviese mucho qué procesar, pero lo echaba de menos—. Aunque estoy bastante seguro que lo que quiere es adelantar la boda. Pero no te preocupes….

—Me parece bien adelantarla —dije, interrumpiendo a mi padre—. Si fuera por mí, me casaba hoy mismo.

—No corras tanto, princesita. —Mi padre lanzó una exhalación profunda, pero me miró con dulzura—. Te dejo para que te prepares. —Se inclinó para darme un beso en la mejilla y después salió de la habitación.

No podía evitar estar un poco inquieta. Los nervios bailaban en mis venas y tenía un nudo formándose en mi estómago ante la incertidumbre de lo que iba a pasar. Pero, sobre todo, mi corazón latía con fuerza porque, por fin, iba a volver a ver a Leonid.

CAPÍTULO 31

LEONID

—Gracias, hijo.

Miré a mi padre brevemente, que estaba sentado en el asiento del copiloto. Y luego volví a centrar la mirada en la carretera.

—Gracias por no rendirte, gracias por seguir buscando al culpable de la muerte de tu hermano y nunca perder la fe en él cuando yo lo había hecho. Yo tomé el camino fácil desde el principio, pero tú no lo hiciste. Se ha hecho justicia gracias a ti.

—Ya te lo dije, papá. Hice lo que Yaroslav hubiera hecho por mí. Además… —suspiré— yo tampoco soy perfecto. Durante un momento estuve a punto de tirar la toalla. Estuve a punto de parar porque no podía más.

—Pero, al final, no lo hiciste. Siempre he confiado en ti, hijo.

Una carcajada amarga se escapó de mis labios.

—Ambos sabemos que eso no es cierto. Si Yaroslav no hubiera muerto, seguiría en Los Ángeles haciendo mi vida lejos de la Bratva. Tú me permitiste hacerlo.

Mi padre me contempló en silencio durante unos instantes. Podía sentir el peso de su mirada sobre mí.

—Hubieras vuelto, Leonid. Nunca te desvinculaste de la mafia, ambos sabemos que eso no funciona así.

—Pero tú me dejaste ir. A Yaroslav nunca le hubieras permitido marcharse. Al final, yo era el recuerdo de la muerte de mamá.

—Hijo, nunca he sido el padre más expresivo, pero jamás te he culpado de la muerte de tu madre. Ella tomó su decisión y yo la respeté. Si te dejé irte fue porque vi que necesitabas un tiempo. Este mundo puede ser complicado y me di cuenta de que te estaba consumiendo y que necesitabas alejarte para poder luchar con tus propios demonios.

—¿Y si no hubiera querido volver?

—Te lo he dicho, antes o temprano ibas a volver. Perteneces a este mundo, Leonid, estás hecho para ello. Tan solo necesitabas tiempo para aceptarte a ti mismo, para aceptar tus impulsos. Puede que tú no lo hubieras visto en aquel entonces, pero yo sí. Lo vi en ti cuando mataste a aquel hombre.

—El día de mi iniciación —añadí con un tono de voz amargo.

Mi padre había estado allí, como todos los altos cargos de la Bratva.

—No estoy hablando del día de tu iniciación.

Durante unos momentos no dije nada. No podía ser… Él no podía…

—¿Lo sabías?

Mi padre se rio.

—Tu hermano siempre fue un mentiroso de mierda, Leonid. Por supuesto que supe que fuiste tú el que le diste un ladrillazo a ese distribuidor. Él estaba en el almacén conmigo, tú te quedaste en la furgoneta. Puede que Yaroslav asumiera la culpa del asesinato y yo hice la vista gorda, pero siempre lo supe.

—En realidad, fueron unos quince golpes. —En aquel entonces, tan solo tenía trece años. Habían pasado casi diez años, pero me acordaba como si fuera ayer—. Él estaba violando a una chica. No pude permitirlo. Aunque ni siquiera es una excusa.

—Puede que seamos hombres sanguinarios y que haya hecho cosas de las que ni siquiera yo estoy orgulloso, pero, ante todo, somos hombres de honor. Tenemos principios.

Teníamos principios, pero también éramos asesinos. Hombres despiadados. No quería eso para Serena, ella se había criado en esa vida pero protegida. Yo no podría protegerle de todo ese horror.

No podría protegerla de mí.

—¿Bajamos? —me preguntó mi padre.

Ni siquiera me había dado cuenta de que ya habíamos llegado y había aparcado frente a la casa del tío de Serena.

—Sí.

Mi padre se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta, pero yo no me moví. Al darse cuenta, la volvió a cerrar, pero no se movió.

—¿No vienes?

—Creo que no.

Mi padre me miró con confusión.

—Tú has organizado esta reunión y yo ni siquiera sé la razón.

Giré la cabeza para mirar a mi padre.

—Voy a cancelar mi compromiso con Serena. Es lo que todos quieren, no pondrán ninguna pega.

—Leonid… —comenzó mi padre.

—Quiero que se lo comuniques tú, pero les digas que tenemos una condición. El hombre con el que se case debe ser uno que ella elija, pero que no pertenezca a la mafia. No soy tan crédulo como para pensar que no sea alguien con unas buenas conexiones, pero que se case con ella porque la ama, no por lo que le beneficia.

Pensar en Serena siendo tocada por otro hombre hervía mi sangre, pero lo que me mataba por dentro era que se enamorase de otro. Sin embargo, era lo correcto. Lo que debía hacer.

—Hijo, te estás equivocando.

Entrecerré los ojos.

—Papá, por favor.

—Bien, pero entra conmigo. Te apoyaré, pero debes ser tú quien lo comunique.

Negué con la cabeza.

Amaba a Serena, tanto que debía dejarla libre.

Debía darle la oportunidad de conocer a alguien con quien fuera feliz. Pero seguía siendo tan egoísta que si la miraba a los ojos, que si la veía de nuevo, no sería capaz de hacerlo.

Por eso necesitaba que lo hiciera mi padre por mí.

—Como quieras —cedió finalmente con un suspiro antes de alejarse.

Mi golondrina por fin podría tener la vida que se merecía.

Era lo mejor para ella. Estaba tomando la decisión correcta.

Entonces, ¿por qué sentía cómo si me estuviera envenenando por dentro? ¿Por qué tenía que contenerme para no salir del coche y correr hacia la casa de Edoardo y pedirle a Serena que se casara conmigo en ese mismo instante?

¿Por qué sentía cómo si estuviera cometiendo el mayor error de mi vida?

CAPÍTULO 32

SERENA

Yo no era una persona violenta. Jamás había levantado la mano a nadie. Incluso evitaba usar palabras malsonantes.

Pero iba a matar a ese hombre con forma de cerdo. Lo iba a destripar. Una retahíla de insultos se dibujaron en mi mente mientras salía a toda prisa por la puerta principal.

Me había encontrado con Georgy bajando las escaleras, justo cuando me dirigía al despacho donde mi padre y mi tío ya se encontraban. Él me había dicho que su hijo quería romper el compromiso porque no se consideraba digno de mí.

Había añadido más cosas, pero había dejado de escucharlo. Mi cuerpo ya había echado a correr antes de que pudiera procesar nada más. No estaba muy segura de qué pretendía hacer. ¿Coger uno de los coches de mi tío sin saber conducir? ¿Pedir un taxi? ¿Correr hasta su apartamento?

No llegué a resolverlo, porque lo único que podía pensar era en encontrarlo y meterle un poco de sentido común en esa cabeza suya.

Por suerte para mí, no tuve que tomar ninguna decisión precipitada. Estaba allí, sentado dentro de su coche, en la entrada.

Me acerqué y miré por las ventanillas —que al no estar tintadas dejaban ver perfectamente — cómo él contemplaba el vacío con la mirada perdida. Puse la mano en la manija y la puerta se abrió. Entré sin decir nada y me senté en el asiento del copiloto.

—¿Ibas a dejarme sin tener los huevos de decírmelo personalmente?

—Golondrina —dijo, girando ligeramente la cabeza hacia mí—. Antes no eras tan malhablada.

—Y sigo sin serlo —repliqué con voz firme—. Pero tú consigues sacar lo peor de mí.

Leonid esbozó una sonrisa triste.

—Y esa es una de las mil razones por las que debo dejarte ir.

No lo comprendía, después de todo lo que habíamos pasado, después de todo lo que había luchado por estar conmigo, ¿ahora se rendía?

—¿Has dejado de amarme?

—No, golondrina… jamás. Pero tú mereces un buen hombre. Alguien que pueda darte una vida fuera de este mundo. Alguien que te haga feliz.

—Tú me haces feliz. Siempre soñé con tener una historia de amor —dije, con voz suave—. Pero no tenía ni idea de lo que era amar de verdad. Cuando lo descubrí, me asusté… porque no se parecía en nada a lo que había imaginado. Pensé que no podía ser amor, que tú no eras lo correcto, pero ahora lo entiendo. Ahora estoy lista. No quiero a otro hombre. Te quiero a ti. —Estiré mis manos para agarrar las suyas—. Tú luchaste por mí, incluso cuando yo solo sabía correr en la dirección contraria.

Leonid soltó una risa sin humor.

—No luchaba por amor, golondrina… era obsesión. Me obsesioné contigo. Y como el hombre egoísta que soy, no quise resistirme. Me dejé llevar.

—Pero me amas.

—Sí, te amo. Lo hago con todo mi corazón, con todo lo que tengo.

—Entonces quizás lo nuestro tenga algo de obsesión, pero también tiene amor. Y te juro por lo más sagrado que si intentas escapar de mí, iré a buscarte. Y la presa se convertirá en cazadora.

—Creo que estoy un poco acojonado, golondrina.

—Deberías.

Él me miró con ternura antes de inclinarse y unir sus labios a los míos en un beso cargado de sentimientos.

—¿Aún quieres romper el compromiso? —pregunté cuando el beso se rompió.

Alzó una mano y me acarició la mejilla con suavidad.

—No. Y si te soy sincero, no creo que hubiera sido capaz de dejarte ir. Ni siquiera era capaz de encender el motor y marcharme.

—Bien, porque no te lo voy a permitir. Y ahora, llévame a tu casa y demuéstrame cuánto me amas.

Él me miró, sorprendido.

—Mi golondrina se ha vuelto muy atrevida.

—Solo cuando se trata de ti.

—Nada me gustaría más, pero va contra las normas.

—Que le den a las normas —dije, y por una vez, no me escandalicé de mis propias palabras.

—Joder, golondrina, no sabes lo cachondo que me estás poniendo.

Leonid encendió el motor y me llevó a su apartamento. Allí me demostró lo que me amaba y todo lo que me deseaba. Y a mí no me quedó ninguna duda de que estaba viviendo mi historia de amor.

No iba a ser fácil, no iba a ser perfecta. Pero sería real.

Y lo más importante, sería nuestra.

EPÍLOGO

SERENA

—Cuando te dije que me gustas tal y como eres, no me refería a la impuntualidad.

Leonid esbozó una sonrisa y me dio un beso en la mejilla.

—Me he entretenido comprándote esto. —Leonid me entregó un peluche con forma de golondrina haciéndome reír—. Ya que no has guardado el primer peluche que te regalé, espero que este sí.

—Es perfecto —le dije, omitiendo adrede su reproche.

En realidad, sí que había guardado el peluche que conseguimos en el puesto de la feria. Lo tenía en la habitación de la casa de mi tío y pronto pasaría a estar en el dormitorio que compartiríamos en la pequeña y coqueta casa de dos plantas con un pequeño jardín a las afueras en la que íbamos a vivir después de la boda.

Pero me guardaría ese secreto de momento.

—Tengo que reconocer que es un local acogedor —me dijo Leonid, sentándose frente a mí en la pequeña mesa cubierta con un mantel de cuadros rojos y blancos.

Le había citado allí. A una semana de la boda quería ser yo quien eligiese el lugar de la cita esta vez y él había estado encantado.

Nos hubiera gustado casarnos antes, pero habíamos tenido que esperar tres meses, ya que mi madre y mi tía habían insistido en preparar una gran fiesta y no había tenido corazón para negárselo. Sobre todo, a mi madre. Ella se estaba perdiendo el embarazo de mi hermana y se perdería su parto y la infancia de su nieto. Quería hacerla feliz.

—Es mi restaurante favorito de comida italiana.

Una sonrisa iluminó el rostro de Leonid.

—Del que me hablaste el día de la feria.

—Ese mismo.

—¿Has pedido todo eso para ti? —me preguntó, mirando los platos de comida que había en la mesa.

—En realidad, lo he pedido para los dos. Has tardado mucho y has perdido la oportunidad de elegir.

—¿Vamos a compartir?

Asentí.

—Es lo que más me gusta hacer en un restaurante, compartir comida.

—Nunca lo has hecho conmigo hasta ahora —murmuró, frunciendo el ceño.

—Eso es porque no te lo habías ganado.

Él soltó una carcajada que hizo los comensales de las únicas otras dos mesas que estaban ocupadas nos mirasen.

—¿Al final has decidido en qué carrera te vas a matricular? —me preguntó mientras partía un trozo de lasaña.

Mi prima me había convencido para que estudiase una carrera. Lo cierto era que nunca había pensado mucho en mi futuro más allá de casarme. Pero ahora que había encontrado el

amor, que era feliz, quería hacer algo más con mi vida. Y las múltiples actividades que realizaba no eran suficientes.

—Literatura —respondí con una sonrisa—. Es la carrera que más me convence y sé que la voy a disfrutar.

—Seguro que lo harás. Te pasas el día con la cabeza metida en los libros.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—No, pero prefiero que la tengas metida en otro lado.

—Leonid… —dije, muerta de la vergüenza.

Él se rio.

—Tengo muchas ganas de nuestra noche de bodas.

—Yo también. —Hice una pausa—. Aunque también tengo ganas de la luna de miel en Tanzania.

Leonid se había encargado de preparar el viaje. Donde, por supuesto, había contratado un safari. Él no había escatimado en detalles. Leonid no me mintió cuando me prometió que me daría el mundo si se lo pedía. Hacía cualquier cosa con tal de hacerme feliz. Aunque yo era feliz solo estando con él.

—Hablando de eso, ha habido un cambio de última hora. Los cuatro días que íbamos a pasar en Punta Cana no van a poder ser. —No pude evitar que una sensación amarga se adueñase de mí estómago. Sabía que, al ser el segundo de su organización, cogerse diez días libres era mucho, pero había esperado que no tuviese ningún problema.

—No importa, ya iremos en otra ocasión. —De todas formas, tampoco era mi destino soñado. Lo habíamos elegido por Leonid.

Leonid me lanzó una mirada que no supe identificar.

—Vamos a ir a Chicago.

—¿Chicago? —pregunté con confusión.

—Sí, tu amiga Alina va a estar durante esos días allí con su pareja. Un viaje de relax antes de dar a luz. Y le he prometido que iríamos a verlos.

Pegué un salto y me levanté de la silla, rodeé la mesa y me senté en su regazo.

—¿No es peligroso? —le pregunté, susurrándole al oído.

—Todos van a pensar que estamos en Punta Cana. Y además, ellos no viven en Chicago, solo van a estar allí de vacaciones.

No pude evitar que las lágrimas recorriesen mis mejillas. No había nada que me apeteciese más que ver a mi hermana.

—Te quiero con todo mi alma.

—No tanto como yo te quiero a ti, golondrina.

Redes sociales

Instagram: Lexi_thurman03